

Robertson Davies
Ángeles Rebeldes

Traducción de Concepción Cardenoso



Lectulandia

La Universidad de San Juan y el Espíritu Santo, adormecida en su absorbente vida académica, se revoluciona con el regreso del brillante y malvado profesor Parlabane a sus góticos muros y con el complicado legado que la universidad acaba de recibir de Arthur Cornish, uno de los más importantes coleccionistas de arte canadienses del siglo xx. Las suspicacias entre los albaceas del testamento de Cornish —los profesores Hollier, McVarish y Darcourt— se acrecientan al descubrir entre los objetos del legado un manuscrito inédito de Rabelais. La codicia que va a desatar el preciado manuscrito revelará el verdadero carácter de cada uno de los personajes de la novela.

Con su prodigiosa habilidad para combinar los más variados temas, Davies urde una intriga en la que nos pasea por la vida académica, el mecenazgo, la alquimia, el coleccionismo, la tradición gitana o el apasionante mundo de los lutieres. Esta novela, la siguiente que Davies escribiría tras la *Trilogía de Deptford*, abre la *Trilogía de Cornish*: una serie de tres novelas unidas por la figura de Francis Cornish, aunque concebidas para ser leídas de manera independiente.

Lectulandia

Robertson Davies

Ángeles rebeldes

Trilogía de Cornish - 1

ePub r1.0

Titivillus 03.08.16

Título original: *The Rebel Angels*
Robertson Davies, 1981
Traducción: Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El segundo paraíso I

I

—Parlabane ha vuelto.

—¿Cómo?

—¿No te has enterado? Parlabane ha vuelto.

—¡Ay, Dios!

Seguí a paso vivo por el largo corredor sorteando estudiantes que charlaban y personal de la facultad que cotilleaba; volví a oírlo en boca de un profesor cuando saludaba a otro.

—Se habrá enterado de lo de Parlabane, ¿no?

—No. ¿De qué se trata?

—Ha vuelto.

—¿Aquí?

—Sí, a la universidad.

—No pensará quedarse, ¿verdad?

—¡Quién sabe! De Parlabane se puede esperar cualquier cosa.

Justo lo que necesitaba: algo que decirle a Hollier cuando volviéramos a vernos ahora, después de casi cuatro meses de separación. Éramos amantes desde la última vez que nos vimos, o eso creía yo, ilusa de mí. Lo cierto es que, desdichadamente, yo me enamoré de él y luego me pasé el verano desasosegada, alborotada, esperando una postal desde el rincón de Europa en el que se encontrase; pero él no era dado a escribir postales. Ni tampoco a hablar mucho de cuestiones personales, aunque era capaz de emocionarse, de manifestar sentimientos. Aquel día de primeros de mayo, después de contarme los últimos avances de su trabajo y de que yo —deseosa de servirlo, de ganarme su agradecimiento y hasta su amor acaso— cometiera la traición imperdonable de revelarle el secreto del bomarí, estaba fuera de sí..., y fue entonces cuando me abrazó, me llevó al horrendo sofá viejo de su despacho y me tomó, con mucho trajín de ropa por medio, mucho ruido de muelles y mucha ansiedad de fondo por si de pronto irrumpía alguien. Y luego nos separamos, cohibido él, desbordada yo de perplejidad y entrega amorosa: ahora iba a verlo de nuevo. Necesitaba un comentario con el que romper el hielo.

Conque subí los dos tramos de escalera de caracol, que parecían tres por la altura de los techos de la San Juan. ¿A qué venía tanta prisa? ¿Tanto deseaba volver a verlo? No, quería verlo, eso desde luego, pero también temía el momento. ¿Cómo saluda una a su profesor, a su director de tesis, a quien ama, que la ha tomado en el viejo sofá, y de quien se espera una posible correspondencia amorosa? Pensar en mí misma como «una» era síntoma del estado mental en que me encontraba, me distanciaba dándome un trato impersonal. Llegué sin aliento al piso en el que no había más habitaciones que las suyas, a la puerta del estudio con el cartel manuscrito y medio roto de siempre que decía: «El profesor Hollier está; llame y entre». Así lo hice y allí estaba él sentado a su mesa, como Dante, si Dante hubiera tenido la dentadura

superior en mejores condiciones, o quizá como Savonarola, si Savonarola hubiera sido más guapo. Aturullada y ligeramente mareada, solté la escueta noticia.

—Parlabane ha vuelto.

El efecto fue más fulminante de lo que esperaba. Irguió la espalda sin levantarse del asiento y, aunque no abrió la boca, se le aflojó la mandíbula y puso una cara de concentración muy suya que me gustaba más incluso que su sonrisa, aunque no le favorecía en exceso.

—¿Ha dicho usted que Parlabane está aquí? —No se habla de otra cosa por los pasillos.

—¡Dios del cielo! ¡Qué espanto!

—¿Espanto? ¿Por qué? ¿Quién es Parlabane?

—Le aseguro que no tardará en descubrirlo. ¿Qué tal el verano? ¿Ha trabajado algo?

¡Me hablaba de usted! Ni la menor evocación de la aventura del sofá, que estaba justo a su lado y me parecía el objeto más importante de la estancia, y sólo preguntas de profesor sobre el trabajo. Le importaba un comino cómo hubiera pasado yo el verano. Sólo quería saber si había adelantado algo el trabajo, que en realidad no era más que una particulilla engorrosa de la subestructura del suyo. Ni siquiera me había dicho que me sentara y mi educación me prohibía sentarme en presencia de un profesor sin su permiso. Conque me puse a explicarle lo que había hecho y, al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que seguía de pie y me señaló una silla con la mano. Mi informe le satisfizo.

—Ya está todo arreglado para que trabaje aquí este año. Tendrá un hueco en alguna otra parte para usted sola, desde luego, pero aquí puede hacer el despliegue de libros y papeles y dejarlo permanentemente. Le he despejado esta mesa. Quiero tenerla cerca.

Me estremecí. ¿Las chicas se estremecerán cuando su amor les dice que quiere tenerlas cerca? Yo sí.

—¿Sabe por qué quiero tenerla cerca? —añadió.

Me ruboricé. Ojalá no me ruborizase, pero todavía se me suben los colores, a los veintitrés años. No pude decir palabra.

—No, claro que no. Es imposible que tenga la menor idea. Pues se lo voy a decir yo y se va a caer del susto. Cornish ha muerto esta mañana.

¡Oh, desolación abominable! No se refería al sofá con todas sus implicaciones.

—La verdad es que no sé quién es Cornish.

—Francis Cornish es —era—, sin duda, el mayor mecenas del arte, el máximo conecedor y el más entendido que ha habido en la historia de este país. Era inmensamente rico e invertía en arte a manos llenas. Los cuadros se los quedará la Galería Nacional; lo sé porque soy su albacea. No diga una palabra de esto porque no conviene que sea de dominio público todavía. También deja una selecta colección de libros que irán a la biblioteca de la universidad.

Y además coleccionaba manuscritos, aunque para eso tenía menos criterio; en realidad no sabía lo que tenía, porque la pintura lo absorbía tanto que no le quedaba tiempo para otras cosas. Los manuscritos también son para la biblioteca. Uno de ellos será el trampolín que la catapulte a usted y a mí me será muy útil, espero. En cuanto podamos echarle el guante, empezará a trabajar en serio: esa tarea la encumbrará unos cuantos peldaños más en el escalafón académico. El manuscrito, que no es el clásico guiñapo manido y mohoso con el que tiene que habérselas la mayoría de los doctorandos, constituirá la entraña de su tesis. Puede llegar a ser un pequeño bombazo en el terreno de los estudios renacentistas.

Me quedé sin habla. Quería decir: «¿No soy más que una estudiante, otra vez, a pesar del revolcón que me diste en el sofá? ¿Tan insensible eres, tan profesor?», pero sabía lo que él quería oír y lo dije.

—¡Qué emocionante! ¡Es maravilloso! ¿De qué trata?

—No lo sé a ciencia cierta, sólo sé que entra en su terreno. Tendrá que echar mano de todas las lenguas que conoce: francés, latín, griego, e incluso puede que tenga que hincar los codos un poco con el hebreo.

—Pero, ¿de qué trata? Porque no creo que le despertara tanto interés si no lo supiera.

—Sólo puedo decir que es un hallazgo excepcional, y que puede ser una... un bombazo, pero tengo mucho que hacer antes de comer, así que dejemos la cuestión para otro momento. Lo mejor es que ahora traiga sus cosas aquí y coloque un cartel en la puerta para que se sepa que está. Me alegro de volver a verla.

Sin una palabra más, se fue escaleras arriba arrastrando sus viejas zapatillas hasta la gran alcoba contigua, que era su estudio privado, donde había una cama plegable disimulada tras un biombo. Lo sabía porque había subido a fisgar una vez, cuando él no estaba. En ese momento, aparentaba un millón de años, aunque estos académicos prodigiosos son maestros del transformismo: cuando el trabajo marcha bien, sale por esa puerta al cabo de dos horas como si tuviera treinta, en vez de los cuarenta y cinco que tiene, pero ahora le tocaba hacer el papel del típico vejestorio académico.

Se alegraba de volver a verme, ¡ja! ¡Ni un beso, ni una sonrisa ni un triste apretón de manos! El desencanto me envenenó la sangre.

Pero tiempo al tiempo; yo ocuparía la antesala, siempre bajo su atenta mirada, y el tiempo obra maravillas.

Bastó la picadura del gusanillo académico para que otra emoción paliara el desencanto. ¿Qué contendría ese manuscrito, para que Hollier escurriera el bulto de esa forma?

II

Estaba organizando mis papeles y demás material en la mesa de la antesala, después de comer, cuando, tras llamar discretamente a la puerta, entró una persona que sólo podía ser Parlabane. No era ninguno de los conocidos de la San Juan que pudieran presentarse de tal guisa; la sotana o vestidura monacal que llevaba tenía justo el toque de elegancia que diferencia a los clérigos anglicanos de los romanos, pero no era ninguno de los profesores de teología de la San Juan.

—Soy el hermano John o doctor Parlabane, como prefiera. ¿Está el profesor Hollier?

—No sé cuándo volverá, pero tardará más de una hora, eso seguro. ¿Quiere que le diga que ha venido usted?

—Querida mía, me está insinuando que me marche y vuelva más tarde, pero no tengo prisa. Charlemos. Me gustaría saber quién es usted.

—Soy alumna del profesor Hollier.

—¿Y trabaja aquí mismo?

—Sí, desde hoy, precisamente.

—Tiene que ser una alumna muy excepcional, para trabajar tan cerca de una eminencia, porque el profesor es una verdadera eminencia. Sí, Clement Hollier, mi antiguo compañero de estudios, ha llegado a ser una auténtica eminencia entre quienes entienden su labor. Seguro que usted es uno de ellos, ¿verdad?

—Ya le he dicho que soy alumna suya.

—Pero se llamará usted de alguna manera, querida.

—Soy la señorita Theotoky.

—¡Ah, qué joya de nombre! ¡Una flor en la boca! Señorita Theotoky..., pero también tendrá nombre propio, supongo. ¿Señorita Algo Theotoky?

—Ya que insiste en saberlo, mi nombre completo es Maria Magdalena Theotoky.

—Insuperable, pero, ¡qué contraste! Theotoky —con el acento fuertemente marcado en la primera «o»— unido al nombre de la pecadora de la que Nuestro Señor echó a siete demonios. Deduzco que no es usted canadiense.

—Sí que lo soy.

—Por descontado. Siempre se me olvida que cualquier apellido puede ser canadiense; pero en su caso, desde hace poco, diría yo.

—Nací aquí.

—Pero sus padres no, supongo. Dígame, ¿de dónde procedían?

—De Inglaterra.

—¿Y antes de Inglaterra?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque tengo una curiosidad insaciable y usted me excita la curiosidad, querida. La chicas muy guapas —y usted ha de saber que es una chica muy guapa, naturalmente— excitan la curiosidad, pero pierda cuidado, que en mi caso, se trata de

una curiosidad benévola, paternal, podríamos decir. El caso es que no es usted una adorable rosa inglesa, sino algo más misterioso. El apellido Theotoky significa «la que trae a Dios», ¿no es así? No, inglesa no, por descontado. Así pues, disculpe mi dulce curiosidad cristiana y dígame: ¿de dónde procedían sus padres, antes de llegar a Inglaterra?

—De Hungría.

—¡Acabáramos! Y sus queridos padres tuvieron la sensatez de salir de Hungría por piernas cuando la cosa se puso fea. ¿No es así?

—Exactamente.

—Una confidencia lleva a otra. Ya que los apellidos son de la mayor importancia, voy a contarle la historia del mío. Es de origen hugonote, y supongo que algún antepasado mío se lo ganó un buen día, hace mucho tiempo, merced a su pico de oro. Varias generaciones de irlandeses después, se convirtió en Parlabane y ahora, tras unas cuantas más en Canadá, es tan canadiense como el suyo, querida mía. Qué tontos somos, la verdad, los que vivimos en este continente. Nuestro origen se remonta quinientas generaciones en otra parte del mundo, pero nos imaginamos que en el breve lapso de una sola vida nos volvemos canadienses, tercos norteamericanos, realistas hasta la médula. Maria Magdalena Theotoky, creo que vamos a ser muy buenos amigos.

—Bueno... el caso es que ahora tengo trabajo. El profesor Hollier tardará bastante en volver.

—Estupendo, porque resulta que me sobra tiempo. Esperaré. Con su permiso, voy a acomodarme en ese viejo sofá indecente, que a usted no le hace ningún servicio. ¡Menudo trasto! Clem nunca se ha preocupado de lo que le rodea. Este sitio le viene a él pintiparado, cosa que me llena de gozo, desde luego. Estoy muy contento de hallarme de nuevo en el seno de nuestra querida Entelequia.

—Le advierto que al rector le disgusta profundamente que se llame Entelequia a la universidad.

—Muy sensato por parte del rector. Le aseguro que no cometeré semejante indiscreción en su presencia; pero entre nosotros, Molly (voy a llamarla Molly, si no le importa), por Dios bendito, ¿cómo puede esperar el rector que un lugar llamado Universidad de San Juan y el Espíritu Santo no acabe siendo la Entelequia? A mí me gusta Entelequia, me parece afectuoso y me gusta ser afectuoso.

Ya se había tumbado en el sofá, que tantos recuerdos me traía, y estaba claro que no habría forma de deshacerse de él, de modo que no dije nada más y seguí con mis cosas.

Pero, ¡qué razón tenía! La habitación era fiel reflejo de Hollier y también de la Entelequia. El edificio tiene unos ciento cuarenta años de antigüedad, se construyó en la época en que el neogótico hacía furor entre los arquitectos de universidades. El creador de la Entelequia dominaba su oficio, por eso no era horrenda, pero había rincones raros y excesos arquitectónicos insostenibles por doquier y, en las

habitaciones que ocupaba Hollier, el espacio estaba mal aprovechado y resultaba poco funcional. Eran las únicas que había, al final de dos largos tramos de escaleras, además de un pasadizo que conducía a la galería del órgano de la capilla. Constaban de la antesala, donde trabajaba yo, que era bastante espaciosa y tenía dos grandes ventanas góticas de arco y, subiendo tres escalones y como a la vuelta de una esquina, el estudio de Hollier, donde trabajaba y dormía. Para ir al lavabo y al retrete, había que bajar un largo tramo de escaleras y, cuando quería bañarse, tenía que darse una caminata hasta otra ala del edificio, al glorioso estilo tradicional de Oxbridge. El ambiente era todo lo gótico que el siglo XIX fue capaz de reproducir. Sin embargo, Hollier, que carecía de sentido de la armonía, había amueblado su espacio con armatostes decrepitos de la casa de su madre; todo lo que tenía patas bailaba y todo lo que tenía relleno lo perdía poco a poco por las costuras de una tapicería desagradablemente mugrienta. Los cuadros eran fotografías de grupos universitarios, de cuando Hollier estudiaba aquí, en la Entelequia. Aparte de los libros, había una sola cosa que armonizase con el entorno: una gran retorta de alquimista, de las que parecen una escultura abstracta de un pelícano, colocada en el estante superior de una librería; alguien que no sabía de la indiferencia de Hollier por los objetos le había regalado ése tan pintoresco hacía muchos años. En términos generales, las habitaciones eran un desastre, aunque no dejaban de tener cierta coherencia y comodidad propias. Tan pronto como el desorden, el desinterés y la suciedad —supongo que así debo llamarla— dejaban de molestar, resultaban curiosamente atractivas, como el propio Hollier.

Parlabane pasó casi dos horas tumbado en el sofá y creo que no dejó de observarme ni un momento. Yo quería salir a atender unos asuntos, pero no estaba dispuesta a dejarlo allí de dueño y señor, así es que me inventé algo que hacer y me puse a pensar en él. ¿Cómo se las había arreglado para sacarme tanta información en tan poco tiempo? ¿Cómo había llegado a llamarme «querida mía» impunemente, sin que yo le parase los pies? ¡Y «Molly»! Tenía más cara que espalda, pero era una cara tan tierna y luminosa que desarmaba. Empecé a comprender la consternación general que había producido la noticia de su regreso. Por fin llegó Hollier.

—¡Clem! ¡Querido Clem! ¡Mi gran amigo, qué alegría volver a verte! —John..., sabía que habías vuelto.

—¡Y hay que ver cuánto se alegra la Entelequia de verme! ¡Y me ha obsequiado con su bienvenida especial! Con decirte que no he parado de sacudirme la escarcha de encima en toda la mañana..., pero aquí estoy con mi querido amigo y la deliciosa Molly, que pronto será otra amiga querida.

—¿Conoces a la señorita Theotoky?

—¡Mi querida Molly! Hasta hemos intimado en este rato.

—Bueno, John; vamos dentro y me cuentas. Señorita T., tiene que marcharse, ¿verdad?

«Señorita T.», así me llama semiformalmente, cuando se queda a medio camino

entre mi verdadero nombre y Maria, que raras veces pronuncia.

Subieron los escalones y entraron en el estudio; yo bajé trotando los dos largos tramos de escaleras con un hondo presentimiento de que algo se había torcido irreparablemente. No iba a ser el maravilloso y anhelado trimestre en el que había puesto todas mis esperanzas.

III

Me gusta llegar temprano al trabajo, lo que significa estar sentada al escritorio a las nueve y media, y digo temprano porque los académicos como yo empiezan tarde y se quedan trabajando hasta tarde. Al entrar en la antesala de Hollier, me dio en la nariz una fuerte vaharada del tufo que impregna una habitación cuando un hombre poco aseado duerme en ella con las ventanas cerradas: más o menos como la jaula del león del zoo. Allí estaba Parlabane, tumbado en el sofá y profundamente dormido. No se había quitado más que el hábito de monje, con el que se tapaba a modo de manta. Como un animal, detectó mi presencia al momento; abrió los ojos y bostezó.

—Buenos días, mi querida Molly.

—¿Ha pasado la noche aquí?

—La eminencia me ha dado permiso para quedarme a dormir aquí hasta que la Entelequia me encuentre un hueco. Se me olvidó avisar oficialmente al tesorero de mi llegada. Ahora tengo que rezar mis oraciones y afeitarme; un afeitado de monje: con agua fría y sin jabón, a menos que lo haya en el cuarto de baño. Estas muestras de austeridad me ayudan a cultivar la humildad.

Se puso unas grandes botas negras, se ató los cordones y, después, de una mochila que había encajado detrás del sofá, sacó una bolsa sucia, donde imagino que guardaba los utensilios de aseo. Salió murmurando entre dientes —sus oraciones, supuse— y yo abrí las ventanas para orear hasta el último rincón de la estancia.

Calculo que habría trabajado unas dos horas, entre sacar los papeles, distribuir los libros en la gran mesa y enchufar la máquina de escribir portátil, cuando Parlabane volvió cargado con una maleta de cuero, grande y cochambrosa, que parecía salida de un despacho de equipajes extraviados.

—Haga como que no estoy, querida. Seré más sigiloso que un ratón. Sólo voy a dejar aquí este bulto —¿no le parece que «bulto» es lo más apropiado para un trasto viejo como éste?—, en este rincón, para que no la estorbe.

Así lo hizo, y después se arrellanó en el sofá otra vez y se puso a leer un grueso libro negro moviendo los labios, pero sin emitir sonido alguno. Supuse que seguiría rezando.

—Discúlpeme, doctor Parlabane, ¿piensa quedarse aquí toda la mañana?

—Toda la mañana, toda la tarde y esta noche. El tesorero no me ha encontrado plaza, pero ha tenido la amabilidad de darme permiso para acudir al comedor, eso sí, aunque, por lo que recuerdo de la comida de la Entelequia dudo que pueda considerarse amabilidad.

—Pero, ¡aquí es donde trabajo yo!

—Compartir este espacio con usted es un honor para mí.

—¡Imposible! ¿Cómo voy a trabajar, con usted por aquí?

—¡Ah! Comprendo perfectamente la necesidad de verdadero aislamiento que caracteriza al estudioso, pero apiádense de mí querida Molly. ¡Por compasión! No

tengo donde ir.

—¡Hablaré con el profesor Hollier!

—Yo me lo pensaría dos veces. Es posible que me pida que me marche, pero también existe la posibilidad —no muy remota— de que la mande a usted a su cubículo o como se llamen ahora esos agujeros donde trabajan los doctorandos. Él y yo somos viejos amigos, querida mía, desde una época en la que usted ni siquiera había nacido.

Me enfurecí, me quedé sin palabras. Salí de allí y anduve merodeando por la biblioteca hasta después de comer. Entonces volví resuelta a intentarlo de nuevo. Parlabane estaba en el sofá leyendo unos documentos de mi mesa.

—¡Bienvenida, bienvenida, querida Molly! Sabía que volvería. Usted no es rencorosa en el fondo, no le duran los enfados. Con ese nombre tan precioso que tiene —Maria, Madre de Dios— ha de ser toda perdón y comprensión, pero dígame por qué ha dedicado tanto y tan escrupuloso estudio a ese monje renegado, ese François Rabelais. Sí, ya ve, he curioseado un poco entre sus papeles. ¡Rabelais! No me esperaba que frecuentase semejantes compañías.

—Rabelais es uno de los grandes incomprendidos de la Reforma. Es parte de mi terreno particular de estudio.

¡Qué rabia me dio justificarme! Pero Parlabane tenía una facilidad tremenda para hacerme reaccionar a la defensiva.

—¡Ah, la llamada Reforma! ¡Cuánto ruido por tan poca cosa! ¿De verdad fue Rabelais uno de aquellos inmundos reformistas cismáticos? ¿Calzaba el mismo pie que el pestilente Lutero?

—Calzaba el mismo pie que el admirable Erasmo.

—Ah, ya, pero tenía una cloaca en la cabeza y, si mal no recuerdo, porque hace muchos años que leí aquel bodrio suyo tan ordinario sobre unos gigantes, despreciaba enormemente a la mujer..., pero no discutamos; tenemos que vivir juntos, con caridad cristiana. He visto a Clem después de nuestra última charla y me ha dicho que puedo quedarme. Yo, en su lugar, no lo molestaría más con esta cuestión. Al parecer, tiene cosas muy importantes en qué pensar.

¡Había ganado él! ¡Si no me hubiese marchado! Había visto a Hollier antes que yo. Me miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Querida mía, debe comprender que mi caso es excepcional. La verdad es que he sido un caso excepcional toda la vida, pero tengo la solución a todos nuestros problemas. ¡Mire qué habitación! Es lo más parecido que pueda imaginarse a los aposentos de un estudioso medieval. Fíjese en ese objeto de la librería; es de alquimia, lo sé hasta yo. No me diga que no es como los aposentos de un alquimista en una apacible universidad medieval. ¡Y no falta detalle! Tenemos al eminente académico en persona, Clement Hollier. La tenemos a usted, la necesidad ineludible del alquimista, su soror mystica, su novia intelectual, por decirlo con palabras modernas..., pero, ¿qué falta? Falta el famulus, por supuesto, el criado íntimo del

académico, el discípulo devoto, el siervo incondicional. Me nombro a mí mismo famulus de este pequeño reducto medieval. Ya verá qué práctico le resulto. Mire, ya he colocado los libros de la estantería por orden alfabético.

¡Maldita sea! Eso pensaba hacerlo yo. Hollier nunca encontraba lo que quería porque era muy desordenado. Me entraron ganas de llorar, pero no iba a hacerlo delante de Parlabane. Él no callaba.

—Supongo que limpian esta habitación una vez a la semana, ¿no?, y la limpiaré una mujer a la que Hollier ha aterrorizado de tal forma que ya no se atreve a tocar ni mover nada, ¿no? Yo me encargaré de limpiarla a diario y estará como... bueno, como los chorros del oro no, pero pasable, que es lo máximo que tolera un académico. El exceso de limpieza está reñido con la creación, con el pensamiento especulativo. Y limpiaré por usted, querida Molly. Le guardaré el respeto que el famulus debe a la soror mystica de su amo.

—¿Me respetará hasta el punto de no husmear en mis papeles?

—Probablemente no tanto. Me gusta saber lo que pasa alrededor, querida niña, pero no la traicionaré encuentre lo que encuentre. No he llegado a donde estoy largando todo lo que sé.

¿Y adónde creía que había llegado? ¡A monje andrajoso de gafas pegadas con cinta aislante a la altura de las sienes! Caí en la cuenta inmediatamente: había llegado a invadir mi mundo particular y ya me había privado de una gran parte. Lo miré directamente a los ojos, pero a ese juego me ganaba él, así es que, poco después, bajé otra vez la escalera de caracol, furiosa, dolida y perpleja, sin saber qué hacer. ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

El nuevo Aubrey I

I

Otoño: para mí, la estación más agradable de todas; la universidad, la más agradable de las formas de vivir para mí. A lo largo de mi época estudiantil y, posteriormente, de catedrático, he tenido ocasión de observar que los trimestres suelen dar comienzo con buen tiempo. Iba caminando por el paseo de arces que conduce a la librería universitaria, tan feliz como supongo que me es dado ser por naturaleza; tiendo a la felicidad por naturaleza o al entusiasmo industrioso, que para mí es lo mismo.

Cuando me encontré con Ellerman y con Urquhart McVarish, uno de los pocos hombres que me desagradan de verdad. Al pobre Ellerman se le veía el cáncer en la cara incomparablemente más que la última vez.

—Se ha jubilado usted, pero aquí está, como de costumbre, el primer día de un nuevo trimestre —dije—. Pensaba que estaría usted en las islas griegas o en cualquier otra parte disfrutando de la libertad.

Ellerman sonrió con nostalgia y McVarish soltó un característico silbido a modo de risa, muy suyo.

—Digo yo, padre Darcourt, que usted sabrá mejor que nadie que el perro vuelve a su vómito y la puerca, a revolcarse en el lodazal.

Y silbó de nuevo con complacencia.

Típico de McVarish: hiriente para con el pobre Ellerman, que estaba evidentemente enfermo de muerte, e hiriente para conmigo, un sacerdote, cosa que, según él, ningún hombre en su sano juicio tiene derecho a ser.

—Se me ha ocurrido acercarme a ver qué impresión me daba el campus, ahora que ya no pinto nada aquí —dijo Ellerman—. Y, la verdad sea dicha, sobre todo me apetecía ver gente joven. Toda la vida he estado rodeado de jóvenes.

—Una debilidad grave —dijo Urky McVarish—; no es conveniente tomar apego a la juventud. Las manzanas verdes dan dolor de tripa.

Ver gente joven..., tengo observado que ese deseo se repite con frecuencia entre personas moribundas. Mujeres que querían ver a niños pequeños y cosas así. Pobre Ellerman, pero él siguió a lo suyo.

—No sólo a los jóvenes, Urky, también a los mayores. La universidad es una comunidad espléndida, ya sabe. Aquí se encuentran seres de todas clases y cada cual demuestra lo que es con mucha más franqueza que en los negocios, en la abogacía o en cualquier otro ambiente. Todo eso tendría que escribirse, ya sabe. He pensado muchas veces en ponerme a escribirlo yo mismo, pero ahora ya no estoy aquí.

—Ya se está escribiendo —dijo McVarish—. ¿Acaso no paga la universidad a Doyle para que deje constancia de la historia de este lugar? ¿No la ha relevado de todas las demás obligaciones por un periodo de tres años y la ha dotado de presupuesto, secretarios, ayudantes y cuanto pueda desear su codicioso corazón de historiadora? Serán tres tomos de sandeces faltas de iluminación pero, ¿qué más da? Será una historia.

—No, no lo será; yo no me refiero a eso —dijo Ellerman—. Yo me refiero a una historia peregrina, que recoja todos los cabos sueltos, las trivialidades que nadie se acuerda nunca de recoger, pero que son la verdadera esencia de la vida: lo que uno dijo informalmente, lo que hicieron otros de espaldas a la galería, todos los chismorreos y rumores que corren por ahí, pero sin necesidad de demostrar nada.

—Algo parecido a las Brief Lives de Aubrey —dije yo, sin pensarlo mucho pero con intención de ser amable con Ellerman, que tan mala cara tenía, el pobre.

Reaccionó con un vigor que no me esperaba. Casi dio un brinco en el sitio.

—¡Eso es! ¡Eso exactamente! Alguien como John Aubrey, que todo lo escuche, que se deje sorprender por todo, que tome notas sobre la marcha sin preocuparse del estilo: una urraca académica, un afanador de irreverencias menudas. Esta universidad necesita un Aubrey. ¡Ay, quién tuviera diez años menos!

Pobre infeliz, pensé, se agarra a la vida que se le escapa y cree que la encontraría en un cóctel de habladurías.

—¿A qué espera, Darcourt? —dijo McVarish—, Ellerman lo ha descrito a usted a la perfección: urraca académica a la que no le importa el estilo. Su vivo retrato. Usted es como un cuervo que domina todo el campus desde la atalaya de su torre. Ellerman le ha dado una razón de ser.

McVarish siempre me recuerda al cuento de la niña que escupía sapos cada vez que abría la boca. Yo no conocía a nadie capaz de decir más cosas malintencionadas en una conversación normal y hacer que los pobres inocentes como Ellerman se las tragaran como si fueran ocurrencias ingeniosas. Ellerman se echó a reír.

—¿Lo ve, Darcourt? ¡Ya tiene el futuro resuelto! El nuevo Aubrey: he ahí su destino.

—Podría empezar por Desollazurillos —dijo McVarish—. Ha de ser, sin duda, el pez más raro de este mar de rarezas.

—No sé a quién se refiere.

—¡Sí que lo sabe! Al profesor Ozias Froats.

—No lo había oído nunca.

—Ya lo oírás, Darcourt, ya lo oírás, porque se dedica a eso precisamente y para eso le conceden suculentas becas y, ahora que se administra con tanto rigor el dinero de la universidad, seguro que el tema saldrá a relucir. Después... bueno, hay mucho donde escoger, pero debería ponerse sin demora con Francis Cornish. ¿Se ha enterado de que murió anoche?

—¡Cuánto lo lamento! —dijo Ellerman, a quien ahora afectaba particularmente cualquier noticia de defunción—. ¡Qué colecciones!

—Creo que sería más apropiado decir «acumulaciones». Montones y montones de objetos; no creo que supiera lo que tenía, siquiera, en estos últimos años, pero yo sí que lo voy a saber. Soy su albacea.

—Libros, pinturas, manuscritos —enumeró Ellerman emocionado, con los ojos brillantes—. Es de suponer que la universidad heredará una gran parte.

—No lo sabré hasta que vea el testamento pero sí, es de esperar. Y supongo que será un bombón —dijo McVarish llenándose la boca con la palabra.

—¿Es usted el albacea? ¿El único albacea? —dijo Ellerman—. Espero durar lo suficiente para enterarme de lo que pasa.

Pobre hombre, sabía que era poco probable.

—Soy el único, que yo sepa. Eramos muy amigos. Estoy impaciente por verlo —dijo McVarish. Y siguieron su camino.

Me pareció que ya no hacía tan buen día. ¿Cornish habría cambiado el testamento? Hacía años que tenía la impresión de que su albacea era yo.

II

Lo confirmé en el curso de los siguientes días. Me encontraba enterrando a Cornish, oficiando con otros dos clérigos la magnífica ceremonia de despedida que le dedicamos en la hermosa capilla de la Entelequia. El difunto había sido alumno distinguido de la Universidad de San Juan y el Espíritu Santo, no estaba vinculado a ninguna parroquia y la Entelequia esperaba recibir de él un dineral. Tres buenas razones para honrarlo por todo lo alto.

Yo apreciaba a Cornish. Nos unía el entusiasmo por la música antigua, incluso le había aconsejado sobre la adquisición de manuscritos de partituras, pero sería una necedad por mi parte creer que habíamos sido íntimos. Era un excéntrico y creo que sus gustos sexuales se salían de lo común. Tenía algunas amistades raras, entre ellas, Urquhart McVarish. Cuando recibí la copia del testamento que me mandaron los abogados, no me hizo ninguna gracia comprobar que, en efecto, McVarish era uno de los albaceas, junto conmigo y un tercero, Clement Hollier. La elección de Hollier era comprensible: un gran académico medievalista, reconocido mundialmente por su especialización en un terreno fuera de lo común, la denominada paleopsicología, consistente, al parecer, en escarbar profundamente en manuscritos y libros antiguos con el fin de acercarse a la verdadera visión que el mundo prerrenacentista tenía de sí mismo y del universo conocido a la sazón. Habíamos tenido un trato superficial, en la época de estudiantes en la Entelequia, y nos saludábamos con un gesto siempre que coincidíamos, pero cada cual había seguido su camino. Hollier sería una persona apropiada para hacerse cargo de gran parte del legado de Cornish... pero, ¿por qué McVarish?

Aunque, en fin, McVarish no tendría las manos libres, como tampoco Hollier ni yo, porque el testamento no nos nombraba albaceas exactamente, sino consejeros y expertos para la ejecución del traspaso y legado de las colecciones de pintura, libros y manuscritos. El verdadero albacea era Arthur Cornish, el sobrino de Francis Cornish, joven financiero con fama de rico y capaz, y los tres tendríamos que actuar bajo su dirección. Allí estaba, en el primer banco, con la espalda recta y manifiesta indiferencia, próspero financiero de la cabeza a los pies, sin ningún parecido con su tío Francis —alto, desgarbado y miope—, a quien íbamos a enterrar.

Desde mi sitio en el presbiterio, veía a McVarish también en el primer banco, haciendo lo propio en cada momento: ponerse en pie, sentarse, arrodillarse y demás, pero lo hacía todo como dando a entender que él era un gran señor entre gente supersticiosa y poco civilizada, que nadie creyese que se lo tomaba en serio. Mientras el rector de la Entelequia hacía un breve panegírico de Cornish recordando los aspectos más atractivos del difunto, McVarish escuchaba con una sonrisa burlona que no dejaba lugar a dudas, como si supiera un par de cosas que sazonarían el panegírico hasta dejarlo irreconocible... y no necesariamente referidas al sexo. Cornish había comprado y vendido muchos cuadros, obra, algunos de ellos, de los mejores pintores

canadienses, y entre los asistentes reconocí a algunos a quienes había cortado el cuello, por así decir, como entendido en la materia. ¿Por qué se habrían presentado al funeral? Me pasó por la cabeza un pensamiento muy poco caritativo: que habían acudido para cerciorarse cabalmente de la muerte de Cornish. Los grandes coleccionistas y entendidos no siempre son bondadosos. En cambio, los grandes benefactores lo son indefectible e indiscutiblemente y Cornish había dejado un dineral a la Entelequia; aunque oficialmente ésta no lo sabía, yo le había dado el soplo al rector; quien demostraba su gratitud de la única forma que pueden hacerlo los académicos beneficiarios: rezando alto y claro por el amigo muerto.

Muy medieval, la verdad. Por más imbuida de ciencia, teoría de la educación y pensamiento progresista que esté una facultad o una universidad, siempre conserva un fuerte regusto de sus orígenes medievales y, sorprendentemente, tal era el caso de la Entelequia, a pesar de ser una facultad del Nuevo Mundo dentro de la universidad del Nuevo Mundo.

La congregación, cuyos rostros veía perfectamente desde mi sitio, escuchaba las muy venerables palabras del rector con expresión rayana en la serenidad del Medievo, salvedad hecha, claro está, de la altiva mueca de McVarish. Me fijé en Hollier, que no se había adelantado a la primera fila, aunque tenía todo el derecho a un lugar prominente, y sus delgadas y espléndidas facciones se veían duras y solemnes. Cerca de él se encontraba una muchacha que había despertado un gran interés en mí, una tal Maria Magdalena Theotoky, que el día anterior se había unido a mi clase extraordinaria de Griego Neotestamentario. Las muchachas que quieren cursar esa asignatura suelen ser mayores que ella y tener inclinaciones más definidas por la vida académica. Sin lugar a dudas, Maria poseía una gran belleza, aunque no de la clase que cualquiera puede advertir o valorar y que, sospecho, no goza de gran éxito entre sus coetáneos. Un rostro ovalado, sereno y sobrecogedor como los de los iconos o los retratos de mosaico, con una nariz larga y aguileña que, si no se cuidaba los dientes delanteros, terminaría pareciendo ganchuda con el tiempo; el pelo era negro auténtico, como el color azabache de verdad, con reflejos azules, sin sombra del horrible tono que dan los tintes. ¿Qué hacía Maria en el funeral de Cornish? A primera vista, lo que más llamaba la atención eran los ojos, porque se le veía lo blanco alrededor de todo el iris, por arriba y por abajo y cuando parpadeaba —aunque no parecía que parpadease con la frecuencia normal—, el párpado inferior subía al tiempo que el superior descendía, cosa verdaderamente extraordinaria. En ese momento me sorprendió su mirada, fija y aparentemente devota. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo suelto, al contrario que la mayoría de las mujeres presentes en la capilla, porque ellas eran modernas y daban poco valor a la admonición de san Pablo al respecto, pero, ¿qué hacía allí Maria?

La faceta cómica —que no puede faltar en todo funeral que se precie—, la puso John Parlabane, quien, según decían, era la plaga de la Entelequia. Se presentó con hábito monacal y no dejó de hacer visajes y pucheros de elevado estilo anglicano en

su máximo esplendor. No es que me moleste. Todo el mundo debe hincar la rodilla en tierra ante el nombre de Jesús, pero Parlabane, no conforme con arrodillarse, se encogía y se santiguaba con el gesto consumado de quien no ha hecho otra cosa en su vida y que él precisamente, nacido en el seno de una secta protestante nada ritualista, exageraba tremendamente. Exhibía una sonrisa mojjigata en la cara, arrasada de cicatrices —recordé cómo y cuándo se las había hecho—, que era una combinación de pesar por la muerte de un amigo y regocijo porque el amigo hubiera alcanzado la gloria divina.

Soy anglicano y sacerdote, pero a veces desearía que mis correligionarios no llevaran las cosas a tales extremos.

Como sacerdote, yo tenía una misión concreta en el sepelio. El rector me había pedido que leyera las exequias y, a continuación, el coro cantó: «Y oí una voz del cielo que me decía: “Escribe: ‘Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueran en el Señor. Sí —dice el Espíritu—, que descansarán de sus trabajos’”».

Y así, Francis Cornish descansó de sus trabajos, aunque no sabría decir si murió en el Señor. Lo cierto es que a mí me había dejado trabajos, porque su patrimonio era considerable y no sólo en dinero, sino también en valiosas posesiones, y tendría que vérmelas con la encomienda y con Hollier... y con Urquart McVarish.

III

Tres días después, estábamos los tres en el despacho de Arthur Cornish, en uno de los grandes edificios bancarios del distrito financiero, mientras nos explicaba con pelos y señales el cometido de cada cual. No es que el joven fuera descortés, pero no estábamos acostumbrados a esa clase de trato. Conocíamos muy bien las reuniones con decanos ansiosos que daban vueltas y vueltas a las cosas y hacían lo imposible por que se escuchara hasta el último matiz de la opinión del último mono y ahogaban las iniciativas emprendedoras en la cuerda floja y polvorienta del escrúpulo académico. Arthur Cornish, en cambio, sabía lo que se debía hacer y esperaba de nosotros que cumpliéramos nuestro cometido con rapidez y eficacia.

—Naturalmente, me encargaré de todos los aspectos económicos y financieros —dijo—. Ustedes, caballeros, han sido nombrados para que se ocupen de dar el destino apropiado a los bienes de mi tío Frank, las obras de arte y esa clase de cosas. Es posible que requiera mucho trabajo. Habrá que contratar a un transportista de confianza para que se haga cargo de lo que se deba despachar y enviar a sus nuevos dueños; les facilitaré el nombre de la compañía que he seleccionado y que atenderá todas sus órdenes, contrafirmadas por mi secretaria. Ella los ayudará en cuanto precisen. Quisiera terminar con esto lo antes posible, porque después vendrá la validación testamentaria y la distribución de los legados y donaciones. Por eso, me permito pedirles que procedan tan rápidamente como les sea posible.

A los profesores no les gusta que les metan prisas y menos aún un hombre que no ha cumplido los treinta. Pueden proceder con rapidez, o eso creen, pero no les gusta recibir órdenes. Hollier, McVarish y yo no tuvimos necesidad de mirarnos para cerrar filas ante aquel joven agresivo. Hollier tomó la palabra.

—Nuestro primer cometido será averiguar los bienes de que hay que disponer, las obras de arte y «esa clase de cosas», por decirlo con sus propias palabras, señor Cornish.

—Supongo que habrá un inventario en alguna parte.

—¿Conocía usted mucho a su tío? —terció McVarish.

—En realidad, no. Sólo nos veíamos de vez en cuando.

—¿Fue alguna vez a su morada?

—¿A su casa? No, nunca. No llegó a invitarme. Me pareció oportuno decir unas palabras:

—Creo que «casa» no es la mejor manera de referirse al lugar donde vivía Francis Cornish.

—Pues digamos su apartamento.

—Tenía tres apartamentos —proseguí—. Ocupan un piso completo de un edificio de su propiedad y están atestados del suelo al techo de obras de arte... y esa clase de cosas. Y digo bien «atestados», no simplemente amueblados en exceso.

—Si no conocía a su tío —dijo Hollier, también con el propósito de poner al

niñato rico en su sitio—, no puede hacerse idea de lo improbable que es que llevara un inventario; no era dado a los inventarios.

—Me lo imagino: una auténtica leonera de solterón empedernido, pero confío en que ustedes la pongan en orden. Busquen ayuda si la necesitan y hagan un catálogo completo del contenido. Hay que tasarlo todo, para la validación. Supongo que en total debe de valer una fortuna. Si necesitan personal administrativo, no duden en contratarlo; mi secretaria contrafirmará los recibos de los pagos correspondientes.

Un poco más de lo mismo y nos marchamos pasando por el despacho de la secretaria apoderada (una mujer madura con atractivo profesional), por el de otras secretarías jóvenes que tamborileaban en máquinas caras y silenciosas, y ante el hombre uniformado que vigilaba los portales... y digo portales porque las hojas eran enormes.

—Nunca había conocido a nadie así —dije mientras bajábamos dieciséis pisos en ascensor.

—Yo sí —dijo McVarish—. ¿Han observado los paneles de caoba? Simple revestimiento, supongo, como el del propio joven Cornish.

—Revestimiento, no —dijo Hollier—. Lo he tocado para comprobarlo. No era revestimiento. Habrá que ir con pies de plomo, con ese joven.

—¿Se han fijado en las pinturas de las paredes? —preguntó McVarish con su risita burlona—. El estilo típico de una empresa, elegido por un decorador, nada más lejos del gusto de su tío Frank.

Yo también me había fijado en las pinturas y McVarish se equivocaba, pero queríamos sentirnos superiores al ejecutor principal porque nos imponía cierto respeto.

IV

En la semana siguiente, Hollier, McVarish y yo nos reunimos todas las tardes en los tres apartamentos de Francis Cornish. La secretaria apoderada nos había entregado las llaves. Al cabo de cinco días, la situación parecía peor de lo que nos habíamos imaginado y no sabíamos por dónde empezar con la tarea.

Francis Cornish había vivido en uno de los apartamentos, que presentaba indicios de habitación humana, aunque se parecía mucho a una tienda de objetos de arte desordenada en extremo y, efectivamente, también le había servido para ese fin. A lo largo de su vida, se había esforzado en lograr el reconocimiento de los buenos pintores canadienses. Había adquirido gran número de obras a título personal, pero también actuaba como agente de pintores que todavía no se habían forjado un nombre. Por eso guardaba algunos cuadros suyos en el apartamento, los vendía cuando se presentaba la ocasión, les remitía las ganancias y no les cobraba porcentajes de representante. Así era, al menos, en teoría. En la práctica, adquiriría cuadros de pintores jóvenes, los almacenaba en el piso, los olvidaba o se los prestaba distraídamente a quien le gustaran y después, lo asombraba y le dolía que un pintor agraviado le montara un escándalo o lo amenazase con denunciarlo.

En realidad, Francis Cornish actuaba sin malicia, pero también sin método, y se decía que precisamente por eso se había mantenido al margen del negocio familiar, iniciado por su abuelo en la industria maderera y papelera, considerablemente aumentado por su padre y, en los últimos veinticinco años, transformado en una empresa financiera de gran envergadura. Arthur, de la cuarta generación, era actualmente el presidente de la compañía. Gracias en parte a un fideicomiso constituido por su padre y en parte a la herencia de su madre, Francis había sido muy rico y había podido cultivar su gusto por el mecenazgo del arte sin tener que pensar mucho en el dinero.

Rara vez había vendido obras de pintores, pero tan pronto como se sabía que tenía alguna en venta, otros agentes más astutos buscaban al autor y, de esa forma azarosa, Cornish llegó a convertirse en un personaje muy considerado entre los tratantes de arte. Tenía un gusto tan certero como discutible era su método comercial.

Un aspecto de nuestro problema era la acumulación, en el primer apartamento, de una gran cantidad de pinturas, dibujos y litografías, además de un número considerable de esculturas pequeñas, y no sabíamos si eran propiedad de Cornish o de los propios artistas.

Por si fuera poco, el segundo apartamento estaba tan atestado de cuadros que sólo se podía entrar de perfil, y apenas quedaba espacio para una sola persona. Allí estaba la colección no canadiense y seguro que hacía veinticinco años que Cornish no había vuelto a ver muchas de aquellas obras. Tanteando entre el polvo, averiguamos que estaban representados casi todos los nombres importantes de los últimos cincuenta años, aunque fue imposible saber hasta qué punto y a qué periodo de cada autor

pertenecían las obras, porque para mover un cuadro había que apartar otros y, después de trajinar con unos pocos, ya no había más espacio y el que buscaba corría peligro de quedar acorralado a cierta distancia de la puerta.

Fue Hollier quien encontró cuatro grandes paquetes envueltos en papel marrón dentro de una bañera, cubiertos por una gruesa capa de polvo. Una vez quitado el polvo (la tarea le dio un mal rato porque tenía alergia al polvo), descubrió que los paquetes estaban etiquetados con la bella letra de Cornish: «Litografías P. Picasso: no abrir con las manos sucias».

Mi cueva de Aladino particular era el tercer apartamento, donde se almacenaban los libros y los manuscritos. Es decir quise hacerlo mío, pero Hollier y McVarish se empeñaron en husmear; fue imposible impedir el acceso de aquellos dos académicos a semejante tesoro. Había libros amontonados encima y debajo de las mesas: grandes folios, pequeños dozavos, toda suerte de publicaciones, desde incunables hasta lo que parecía una colección completa de primeras ediciones de Edgar Wallace. Los libros se alzaban como chimeneas en altas e inestables pilas que se derrumbaban fácilmente. Había libros iluminados y bastaba una ojeada para saber que eran de gran belleza; Cornish debía de haberlos adquirido hacía cuarenta años, porque esas cosas ya no se encuentran ahora, por más dinero que se esté dispuesto a pagar. Había caricaturas y manuscritos, algunos bastante más modernos; tan sólo de Max Beerbohm había material más que suficiente para organizar una exposición espléndida, como maravillosos retratos satíricos no publicados de personajes de la realeza y la nobleza de la última década del XIX y principios del XX, y por ellos suspiraba mi corazón. Y también había pornografía, sobre la que se abalanzó McVarish con grandes muestras de regocijo.

Sé poca cosa de pornografía, no me excita. Sin embargo, McVarish parecía saber mucho. Había un clásico del género, nada menos que una buena copia de los *Sonnetti Lussuriosi* de Aretino, con todos los grabados originales de Giulio Romano. Había oído hablar de esa maravilla del erotismo y todos le echamos un buen vistazo. Enseguida me cansé, porque los dibujos —a los que McVarish llamaba invariablemente «Las Posturas»— ilustraban variantes del acto sexual, aunque los desnudos eran tan clásicos en la forma, tan inamoviblemente clásicos en su serenidad, fuera lo que fuese lo que estuvieran haciendo, que me parecieron insulsos. No transmitían emoción alguna. Por el contrario, en muchos grabados japoneses se veían hombres furiosos que, con miembros asombrosamente aumentados, se abalanzaban casi como caníbales sobre mujeres de cara blanca y redonda. Hollier los miraba con una expresión de calma melancólica, pero McVarish gorjeaba con tal excitación que temí que llegara a tener un orgasmo allí mismo, en medio del polvo. Nunca habría imaginado que un adulto pudiera dejarse sugestionar tanto por unas imágenes indecentes. La primera semana, no dejó de insistir en volver una y otra vez a refocilarse con esas cosas en aquella habitación del tercer apartamento.

—Verán, yo también cultivo un poco este tema —dijo—; aquí tienen mi trofeo

máspreciado.

Sacó del bolsillo una cajita de rapé que parecía del siglo XVIII. Dentro había una imagen esmaltada de Leda y el cisne y, al accionar un pequeño pomo, el cisne entraba y salía de entre las piernas de Leda, que brincaba, a su vez, con éxtasis mecánico. Me pareció un juguete inmundo, pero Urky lo adoraba.

—A los caballeros solteros nos gusta esta clase de objetos —dijo—. ¿Y usted qué, Darcourt? Porque todos sabemos que Hollier tiene a su bella Maria.

Me sorprendió que Hollier se ruborizase, aunque no dijo nada. ¿Su bella Maria? ¿Mi señorita Theotoky, de Griego Neotestamentario? Eso no me gustó nada.

El quinto día, que era viernes, estábamos más lejos que el lunes de empezar el trabajo de clasificación. Al pasar de apartamento en apartamento, procurando disimular la absoluta falta de planes que teníamos, se oyó girar una llave en el primer apartamento y acto seguido entró Arthur Cornish. Le demostramos la magnitud del problema al que nos enfrentábamos.

—¡Huy, Dios mío! —dijo—. No tenía la menor idea de las proporciones de este asunto.

—No creo que se haya hecho limpieza aquí ni una sola vez —dijo McVarish—. Su tío Francis tenía una opinión muy categórica de las mujeres de la limpieza. Solía decir: «¿Se ha fijado en las ruinas de la Acrópolis, en las pirámides, en Stonehenge o en el Coliseo de Roma? ¿Quién las ha reducido a su estado actual? Los necios lo achacan a las invasiones militares, a la erosión provocada por el paso del tiempo. ¡Sandeces! ¡Fueron las mujeres de la limpieza!». Decía que se armaban de plumeros con botones duros en las puntas y con ellos flagelaban y arañaban toda superficie delicada.

—Ya sabía yo que era excéntrico —dijo Arthur.

—Con esa palabra suele darse a entender algo vago, impreciso. Su tío era un hombre desafortunado, sobre todo con sus obras de arte.

Arthur no parecía prestar atención, andaba husmeando por allí. No existe otra expresión para describir lo que aquel desorden extraordinario y de valor incalculable incitaba a hacer.

—Esto me gusta —dijo, con una pequeña acuarela en la mano—. Reconozco este lugar. Está en la bahía Georgian; pasé muchas temporadas allí, de pequeño. Supongo que no causaría ningún perjuicio a nadie, si me la quedara, ¿verdad?

Lo asombró mucho que los tres saltáramos sobre él al mismo tiempo. Llevábamos cinco días descubriendo pequeñas maravillas que podríamos quedarnos —nos parecía— sin perjuicio para nadie, pero nos habíamos contenido.

Hollier se lo explicó. La acuarela tenía firma, era de Varley. No sabíamos si Cornish la habría comprado o se habría hecho cargo de ella en un momento de necesidad de Varley, con la esperanza de venderla y sacar algo de dinero para el autor, ni podíamos averiguarlo. Si no la había comprado, esa obra, ahora de gran valor, pertenecía al patrimonio del difunto pintor. ¿Qué debíamos hacer con esa clase de

problema, que se nos presentaba constantemente?

Fue entonces cuando descubrimos que Arthur Cornish, que todavía no había cumplido los treinta, tenía talento para los negocios.

—Lo mejor que pueden hacer es preguntar a todos los pintores vivos que puedan localizar sobre las obras firmadas que aquí se encuentren; de lo contrario, todo irá a parar a la Galería Nacional, conforme al testamento. Es lo único que podemos hacer para determinar la propiedad de cada cosa. «De cuanto posea a la hora de mi muerte», dice el testamento y, por lo que a nosotros respecta, a la hora de su muerte poseía todo lo que hay en estos tres apartamentos. Habrá que escribir muchas cartas, les enviaré una buena secretaria.

Al salir, miró nostálgicamente el pequeño Varley. ¡Qué fácil es desear algo cuando el propietario ha muerto y lo ha legado todo a una institución pública sin alma ni rostro!

El segundo paraíso II

I

A lo largo de los diez primeros días que Parlabane pasó instalado en la antesala de Hollier, mis sentimientos hacia él fueron variando: indignación por que hubiera invadido lo que quería para mí; gran fastidio por tener que compartir con él un espacio que, en poco tiempo, impregnó con su fuerte olor personal; rabia por su manía de husmear en mis papeles e incluso en mi maletín cada vez que me ausentaba; irritación por su forma de hablar, un espeluznante estilo clerical decimonónico salpicado de obscenidades y expresiones muy hirientes; la sensación de que se reía de mí y jugaba conmigo; irritación femenina al verme tratada burlescamente como el vaso más frágil. No avanzaba en mi trabajo y decidí poner las cosas en claro con Hollier.

No era fácil pillarlo porque salía todas las tardes; supuse que por motivos relacionados con el legado de Cornish. Tenía esperanzas de que volviera a hablarme pronto del misterioso manuscrito, pero un día lo pillé en el patio y lo convencí para que se sentara en un banco a escuchar lo que tenía que decirle.

—Claro que se le hace pesado —dijo—, a mí me pasa lo mismo, pero Parlabane es un viejo amigo, y a los viejos amigos no se les puede dar la espalda. Fuimos juntos a la escuela y a la Universidad de Colborne, después estudiamos juntos en la Entelequia y juntos iniciamos la carrera académica. Conozco un poco a su familia, y no es una historia feliz. Ahora, la suerte lo ha abandonado.

»Supongo que la culpa es toda suya, pero siempre lo admiré, ¿comprende? Aunque no creo que se imagine lo que significa eso entre muchachos. A esa edad, adorar a un héroe es importante y, si después se olvida uno del peso que el héroe tuvo en su día, es como traicionarse a uno mismo. Él siempre era el primero de la clase, en todas las asignaturas, y yo me consideraba afortunado de ser el quinto. Componía poemas ligeros con brillantez, todavía conservo algunos. Su conversación era un placer para todo nuestro grupo; era ingenioso, mientras que yo no, desde luego. Todo el mundo esperaba grandes cosas de él, su fama sobrepasaba los límites de la facultad y se extendía a toda la universidad. Nada más licenciarse, con la Medalla del Gobernador General y los máximos honores de todas clases, pasó como una flecha a Princeton con una beca principesca para hacer el doctorado y ninguno de nosotros sintió envidia; nos maravillaba a todos. Era verdaderamente excepcional, ¿comprende?

—¿Pero qué fue lo que falló?

—No se me da bien entender lo que le falla a la gente, pero cuando volvió, la Entelequia lo captó inmediatamente para la facultad de Filosofía; era, sin lugar a dudas, el mejor filósofo joven de la universidad y de todo Canadá, me imagino. Ahora bien, en el transcurso de esos años había cambiado. Su especialidad era la Filosofía Medieval —principalmente Tomás de Aquino—, dominaba el refinado debate escolástico, era su elemento, podríamos decir, pero hizo una cosa poco

habitual entre los filósofos académicos: permitió que la filosofía permeara su vida y, sólo por divertirse, defendía los argumentos más disparatados. Se especializó en la historia del escepticismo: la imposibilidad de conocer la realidad de las cosas y, por tanto, la ausencia de verdades ciertas. Le resultaba muy fácil hacer que lo blanco pareciese negro. Supongo que todo eso tuvo efectos sobre su vida privada, hubo algunos follones y la Entelequia lo consideró indigesto para su estómago, y así, con el consentimiento general, se fue a otra parte dejando un rastro de escándalo tras de sí.

—Me suena a mucho intelecto y poco carácter.

—No sea farisea, Maria, no es propio de su edad ni de su belleza Usted no lo conoció como lo conozco yo.

—Ya, pero ¡todo ese rollo monacal...!

—Lo hace para escandalizar a la Entelequia y, además, es que ha sido monje. Ha sido su última intentona de encontrar un lugar en esta vida.

—¿Quiere decir que ya no lo es?

—Legalmente, tal vez sí, pero se fue saltando la tapia y no le sería fácil volver. Yo había perdido el contacto con él, pero hace unos meses recibí una carta muy patética en la que me contaba lo desgraciado que era en el monasterio —en las Midlands— y me pedía ayuda para salir, conque le mandé dinero, no me quedó más remedio. Ni se me ocurrió que fuera a dejarse caer por aquí y menos aún con esa facha que lleva, pero supongo que es la única ropa que tiene.

—¿Y piensa quedarse para siempre?

—El tesorero está empezando a inquietarse. No le importa que un invitado se quede a dormir aquí una noche de vez en cuando, pero el otro día estuvimos hablando de Parlabane y me dijo que no podía permitir la presencia de «ocupas» en la universidad y que dejaría de fiarle en el comedor hasta que le diera garantías de que podría pagar la cuenta en algún momento. Sin embargo, no puede dárselas, ¿comprende? De modo que voy a tener que hacer algo.

—Espero que no se responsabilice de él permanentemente.

—Ah, conque eso espera, ¿eh, Maria? ¿Con qué derecho?

No supe responder. Creía que Hollier dejaría de tratarme como profesor... después del encuentro en el sofá, que ahora se había convertido en la cama de Parlabane. Tuve que bajar de las nubes.

—Lo siento, pero es que el asunto me afecta. Usted me dijo que podía trabajar en su antesala. ¿Cómo voy a trabajar con Parlabane sentado ahí todo el día tejiendo calcetines interminablemente, mirándome fijamente y jugando conmigo hasta sacarme de quicio?

—Tenga un poco más de paciencia. No me he olvidado de usted ni del trabajo que quiero que haga. Intente comprender a Parlabane.

Entonces, se puso en pie y ahí terminó la conversación. Mientras se alejaba, miré hacia arriba y, en las ventanas de las habitaciones de Hollier —muy altas, porque la Entelequia, de otra cosa no, pero de efectos góticos rebosa—, vi a Parlabane

mirándonos. No podía haber oído una palabra, desde luego, pero se reía y me señaló con el dedo, agitándolo, como si dijera: «¡Niña mala! ¡Niñita mala, malísima!».

II

«Intente comprender a Parlabane». De acuerdo. Subí arriba y, sin darle tiempo a hablar, dije:

—Doctor Parlabane, ¿podría cenar esta noche conmigo?

—Sería un honor, Maria, pero, ¿puedo saber el motivo de esa repentina invitación? ¿Tengo pinta de famélico?

—Ayer me birló una tableta de chocolate del maletín y pensé que a lo mejor tenía hambre.

—Y la tengo. El tesorero pone muy mala cara últimamente, cuando aparezco por el comedor. Sospecha que no voy a poder pagar la cuenta, y tiene razón. Nosotros, los monjes, aprendemos a insensibilizarnos ante la pobreza.

—¿Quedamos abajo a las seis y media?

Lo llevé a un local de pasta italiana frecuentado por estudiantes que se llamaba The Rude Plenty; empezó por un sustancioso caldo vegetal, después se comió una montaña de espaguetis con salsa de carne y se bebió una botella entera de Chianti, salvo el vaso que tomé yo. A continuación se puso morado de postre —un no sé qué de crema, ralladura de coco y mermelada de ciruela— y después dejó en las últimas una gran porción de Gorgonzola que había llegado entera. Tomó dos tazas grandes de café espumoso rematadas con Strega e incluso lo convidé a un puro italiano tremendo.

Comía deprisa y con avidez y eructaba estruendosamente. Hablaba al tiempo que masticaba, enseñando sin reparo lo que tenía en la boca, y no paraba de hacerme preguntas que requerían respuestas prolijas.

—¿Y en qué anda ahora, María? Es decir, cuando no me está fulminando con la mirada mientras tejo mis inocentes y monacales calcetines largos; nosotros, los monjes, los usamos largos, verdad, por no enseñar escandalosamente una porción de pierna amojamada, si acaso el viento nos levanta el hábito.

—Estoy trabajando en torno a lo que, con el tiempo, será mi tesis doctoral en Filosofía.

—¡Ah! El bendito título que nos marca de por vida como criaturas de valor intelectual garantizado, pero ¿cuál es su especialidad?

—Es un poco complicado. Entro en la denominación general de Literatura Comparada, pero eso es como una casa con muchos salones. Puesto que trabajo con el profesor Hollier, encauzaré la tesis en consonancia con su especialidad.

—Que, por cierto, no es lo que yo llamaría Literatura Comparada. No es más que hurgar en los muladares y vertederos de la Edad Media. ¿Con qué se labró su reputación?

—Con un estudio magistral sobre Dionisio el Exiguo y el establecimiento del calendario eclesiástico. Ya se había hecho mucho sobre el tema anteriormente, pero fue Hollier quien demostró en qué se basaban sus conclusiones, es decir, las creencias

populares, las costumbres antiguas y demás conocimientos subyacentes a la obra de Dionisio. Fue lo que le valió el reconocimiento definitivo como paleopsicólogo.

—¡El Señor se apiade de nosotros! ¿Qué es eso? ¿Una nueva clase de psiquiatra?

—Sabe usted perfectamente que no. En realidad, es profundizar en el pensamiento humano de los tiempos en que todo era un revoltijo de religión, creencias populares y fragmentos de conocimientos clásicos mal entendidos, no como el pensamiento actual, que podríamos considerar, supongo, un revoltijo de materialismo, creencias populares y fragmentos de conocimientos científicos mal entendidos. La Literatura Comparada guarda cierta afinidad con esto, porque es necesario saber muchos idiomas, pero tiene una vertiente en común con el Centro de Estudios de la Historia de la Ciencia y la Tecnología. Como ya sabe, Hollier también tiene un cargo en ese centro.

—No, no lo sabía.

—Se habla mucho de crear un Instituto de Estudios Avanzados, donde él ocuparía un puesto destacado. Se hará tan pronto como la universidad disponga de dinero suficiente.

—Eso puede tardar. Nuestro Gobierno, tan paternalista él, está muy preocupado por las grandes sumas que consumen las universidades. Es dinero público, querida Maria, téngalo en cuenta. Y el público, ese juez infalible del valor de las cosas, impone su voluntad sobre lo que quiere, y lo que cree que quiere (porque así se lo dicen los políticos) es gente capaz en puestos de trabajo útiles. No tipos ajenos a la realidad que se dedican a rebuscar en el pasado, como Clem Hollier. ¿Para qué demonios va a servir usted a la sociedad cuando gane su doctorado?

—Depende de lo que consideremos la sociedad. A lo mejor, si descubro lo que éramos en determinada época pasada, consigo despejar alguna incógnita sobre lo que somos en la actualidad.

—Con eso no se va a ganar el afecto de nadie, bonita. La ignorancia conviene dejarla como está porque es como un fruto raro y exótico: si se toca, la flor se marchita. ¿Sabe de quién es esa idea?

—De Oscar Wilde, ¿no?

—Chica lista. Fue el difunto y querido Oscar, que no tenía un pelo de tonto cuando no fingía pensar y se limitaba a dejar volar la imaginación..., pero me había hecho la idea de que estaba usted trabajando sobre Rabelais.

—Sí..., bueno, necesito un tema para la tesis y Hollier quiere que me ponga al día sobre los fundamentos intelectuales de Rabelais.

—Antiguallas, ¿verdad?

—Cree que puedo hacer un par de descubrimientos o dar un nuevo enfoque a cosas ya sabidas. La tesis doctoral no tiene por qué ser un bombazo, ¿no?

—Desde luego. El mundo no podría soportar tantos. Todavía no ha escrito nada, ¿verdad?

—Estoy preparándome. Primero tengo que empaparme de griego neo-

testamentario; Rabelais era muy aficionado. Causaba furor entonces.

—Con un apellido como el que tiene, algo ha de saber usted de griego moderno, ¿no?

—No, pero tengo una buena base de griego clásico y también de francés, español, italiano y alemán y, naturalmente, de latín, tanto clásico como renacentista y el horrible latín vulgar que se usaba en la Edad Media.

—Me marea usted. ¿Cómo es que conoce tantas lenguas?

—A mi padre se le daban bien los idiomas. Era polaco y vivió una buena temporada en Hungría. Me enseñó las dos lenguas de pequeña como si fuera un juego. No crea que las domino todas a la perfección; no las escribo muy bien, pero las leo y las hablo con suficiente fluidez. No es complicado, si se tiene facilidad.

—Sí, si se tiene facilidad.

—Si se saben dos o tres, acabas haciéndote con muchas otras. A la gente le dan miedo las lenguas.

—Pero sus lenguas maternas son el polaco y el húngaro, ¿no? ¿Y alguna otra?

—Un par más, pero no son importantes.

No tenía la menor intención de contarle qué lengua sin importancia hablaba en casa, cuando el ambiente se caldeaba. Esperaba haber aprendido la lección, después de haber cometido la imprudencia de contar a Hollier lo del *bomarí*. Empecé a temer que si no tenía cuidado, Parlabane me lo sonsacaría. Tenía una curiosidad singularmente intensa y me apabullaba tanto en la conversación que terminaba hablando más de lo debido. A lo mejor, si empezaba a preguntarle yo conseguía librarme de su interrogatorio inmisericorde. Y lo intenté.

—Usted pregunta mucho pero nunca cuenta nada. ¿Quién es usted, doctor Parlabane? Es canadiense, ¿verdad?

—Por favor, llámeme hermano John; hace mucho que renuncié a la pompa académica, cuando caí en el mundo y descubrí que mi única salvación estribaba en la humildad. Sí, soy canadiense. Soy hijo de esta gran ciudad, de esta gran universidad y de la Entelequia. ¿Sabe por qué la llaman así?

—Es la universidad de San Juan y el Espíritu Santo. Lo de la Entelequia es por el Espíritu Santo.

—A veces es despectivo, pero otras, como ya le he dicho, es afectuoso. Sin duda conocerá la referencia. Marcos, 1:8: «Yo bautizo con agua pero vendrá el que bautizará con el Espíritu Santo», de modo que, en realidad, la universidad es un *Alma Mater*, una madre munificente que da a sus hijos la leche de la sabiduría con un pecho y, con el otro la de la doctrina verdadera y la salvación. Dicho de otra forma, el agua, imprescindible para la vida del hombre, y el Espíritu Santo, sin el cual el hombre no puede tener vida provechosa, pero los dichosos mocosines confunden las tetitas de mamá y no saben cuál es cuál. Yo no descubrí la salvación y la buena doctrina hasta haberme hundido mucho en el mundo.

—¿Y cómo fue?

—A lo mejor se lo cuento algún día.

—En fin, hermano John, no pensará ser usted el que pregunte siempre. Según me han contado, hizo una carrera académica excepcional.

—Así fue. Ya lo creo, hice una carrera meteórica en el mundo intelectual cuando todavía no sabía nada de la humanidad, y menos aún de mí mismo.

—¿Y fue ese conocimiento lo que lo hundió?

—Lo que me hundió fue la incapacidad de combinar las dos clases de conocimiento.

Me apeteció achucharlo un poco, a ver si lograba sacarle algo, aparte de aquellos escarceos.

—Demasiado intelecto y poco carácter, ¿fue eso?

Lo conseguí.

—No me esperaba yo eso de usted, Maria Magdalena Theotoky. Un comentario de esa índole podría parecer perspicaz en boca de una canadiense estrecha que sólo conociera la vida en Toronto y la bahía Georgian, pero usted ha bebido en mejores fuentes. ¿Qué entiende por «carácter»?

—Agallas. Una fuerte voluntad de equilibrar toda la ciencia libresca. Saber lo que vale un peine.

—¿Y cómo conseguir un buen nombramiento académico, después la titularidad y llegar a catedrático sin sospechar siquiera lo que se es en realidad, y luego ascender a catedrático distinguido capaz de intimidar al rector hasta el punto de obligarlo a asignarle un salario suculento, porque si no a lo mejor se marcha a Harvard? Usted no puede referirse a eso, Maria. Eso lo dice un necio procedente de su pasado. Más le vale acorralarlo y decirle que esa idea del carácter no vale nada. Lo que de verdad nos moldea, nos condiciona y nos conforma es una persona a quien muy pocos tenemos el valor de afrontar; me refiero al niño que fuimos mucho antes de que la educación oficial nos echara la zarpa: ese niño impaciente y exigente que necesita amor y poder, que nunca tiene bastante de ninguna de las dos cosas y que no deja de patear y berrear en nuestro espíritu, hasta que por fin nos cierra los ojos y todos los necios dicen: «¡Qué expresión tan apacible tiene!». Son esos niños reprimidos y ansiosos quienes hacen todas las guerras, todos los horrores, todo el arte, toda la belleza y todos los descubrimientos en la vida, porque quieren alcanzar lo que quedaba fuera de su alcance antes de cumplir los cinco años.

Vaya... sí que lo había achuchado.

—¿Y ha encontrado a ese niño, al chiquitín Jackie Parlabane?

—Eso creo, y ha resultado ser un niño bastante maltratado, pero, ¿cree lo que le he dicho?

—Sí, lo creo. Hollier dice lo mismo, aunque de otra forma. Dice que no todo el mundo vive en lo que llamamos el presente; la estructura psíquica del hombre moderno da saltos y sacudidas entre el hoy y un ayer de hace al menos diez mil años. Y todo el mundo sabe que los niños son primitivos.

—¿Conoce a algún ser primitivo?

¡Y tanto! Pero era el momento de contener la lengua, conque me limité a asentir.

—¿En qué anda Hollier, en realidad? No me hable otra vez de la paleopsicología. Dígamelo con palabras que un simple filósofo pueda entender.

¿Un filósofo? Hollier se parece mucho a Heidegger, por nombrar a un filósofo. Quiere recuperar la mentalidad de los primeros pensadores; pero no sólo de los grandes pensadores, sino de la gente corriente, entre la que había algunos que no ostentaban cargos corrientes, precisamente. Algunos fueron reyes o sacerdotes que han dejado su impronta en la historia del desarrollo intelectual gracias a la tradición, la costumbre y la creencia popular. Quiere averiguar simplemente, quiere entender esas formas tempranas de pensamiento sin criticarlas. Está inmerso en la Edad Media porque es la época que en verdad se encuentra en el medio, entre el pasado remoto y el pensamiento postrenacentista de hoy. De esa forma, situado a caballo, puede mirar a ambos lados. Busca ideas fosilizadas que le ayuden a descubrir algo sobre el funcionamiento mental de la época.

Había pedido otra botella de Chianti y Parlabane se la había bebido casi toda, porque yo nunca paso de dos copas. Además se había tomado cuatro copas de Strega y se había fumado otro puro asfixiante, pero estoy acostumbrada a los borrachos y a los apestosos. Se puso a dar voces y, en algún momento, hablaba al tiempo que eructaba levantando más aún la voz, como para compensar la interrupción proveniente de dentro.

—Mire, cuando estudiábamos juntos en la Entelequia, no habría apostado ni una moneda falsa a que Hollier pudiera ser otra cosa que un buen profesor titular, pero ha llegado mucho más lejos.

—Sí, es un catedrático distinguido, como éstos de los que se burlaba usted. Hace poco, en una entrevista con la prensa, el rector lo llamó ornamento de la universidad.

—¡El Señor se apiade de nosotros! ¡Mi querido Clem! Una flor tardía. Y, naturalmente, la tiene a usted.

—Soy alumna suya ¡y de las buenas!

—¡Chorradas! Usted es su *soror mystica*. Eso lo ve hasta un niño. En cualquier caso, este chiquitín Johnnie Parlabane, extremadamente dotado y ansioso, lo ha visto mucho antes que los adultos con sus ojos adormilados. La tiene cercada, absorbida. Está usted prendada de él.

—No grite tanto, que estamos llamando la atención. —Daba verdaderas voces.

—«No grite, la oigo perfectamente. Llevo el audífono Morley, que se esconde en el oído y no se ve. El audífono Morley acaba con la sordera al instante». ¿Se acuerda del viejo anuncio? No, claro, ¡cómo va a acordarse! Sabe demasiado y no tiene edad suficiente para acordarse de nada. —Entonces chilló con voz de falsete— «¡No grite tanto, que estamos llamando la atención!». ¿Y a quién le importa, so gilipollas? ¡Que miren! Está enamorada de él. Peor todavía, está subsumida en él, pero él no se entera. ¡Qué idiota es el catedrático Hollier! ¡Qué vergüenza!

¡Cómo que no se entera! ¿Acaso le habría permitido llevarme al sofá, cinco meses atrás, si no estuviera segura de que sabía que estaba enamorada? ¡No! No te lo preguntes. Ahora no estoy segura de la respuesta.

El propietario del Rude Plenty merodeaba cerca de nosotros. Le miré suplicante y me ayudó a levantar a Parlabane y a llevarlo hasta la puerta, pero luchando a brazo partido, porque el monje era fuerte como un toro. Parlabane empezó a cantar en voz muy alta, pero sorprendentemente melodiosa.

Que el mundo discurra, que siga su dengue.
¡Un higo me importa y un higo me duele!
Quien no puede pagar, ¿por qué deber puede?
El grande y el chico son iguales en la muerte.

Por fin conseguí sacarlo a la calle y encaminarlo hacia la entrada principal de la Entelequia, donde el portero de noche, viejo conocido mío, se hizo cargo de él.

Mientras volvía a la estación de metro pensé: «Ya ves lo que sacas de intentar comprender a Parlabane: un escándalo en el Rude Plenty. ¿Voy a seguir así?». Sí, pensé que sí.

Pero no sería por iniciativa mía. Cuando llegué a la antesala de Hollier, a la mañana siguiente, encontré una nota dirigida a mí junto a un ramo de flores —salvia— cortado, seguro, en el jardín frente a la Casa del Rector. La nota decía:

Mi más querida y comprensiva criatura de la Creación toda:

Lamento lo de anoche. Hacía tiempo que no echaba un buen trago de nada. ¿Le digo que no volverá a suceder? No, si pretendo ser un poco sincero, pero le debo una reparación, de modo que invíteme a cenar pronto otra vez y le contaré Mi Vida, que bien vale lo que le cueste.

Su miserable esclavo,
P.

III

Antes de empezar a trabajar en la tesis doctoral, es necesario hacer algunos cursos relacionados con el tema elegido. Yo había hecho casi todo lo que se requería, pero Hollier me había recomendado un par de cursos más, siquiera, para este año, uno de cultura renacentista en Europa, con el catedrático Urquhart McVarish, y otro de griego neotestamentario con el reverendo profesor Simón Darcourt. Las clases de McVarish eran aburridas; la materia era interesante, pero la trataba con tanto rigor académico que le quitaba atractivo, no fueran a tildarlo de «vulgarizante». Era un hombrecillo quisquilloso que continuamente se secaba la nariz, larga y colorada, con un pañuelo que guardaba en la manga izquierda. Según decían, esa costumbre indicaba que había sido oficial de un regimiento británico de primer orden. A sus clases asistían unos veinte alumnos.

El reverendo era diferente, era un clérigo regordete y sonrosado como un niño de pecho, pero no daba clases, sino que dirigía seminarios en los que se esperaba que todos los participantes hablaran y expusieran su opinión, o al menos hiciesen preguntas. Éramos sólo cinco alumnos: tres hombres jóvenes, otro maduro y yo; los cuatro hombres estudiaban la carrera sacerdotal. Dos de los jóvenes eran modernos y desaliñados, llevaban el pelo largo e iban desaseados, conforme a la moda del momento; aspiraban al desempeño de la misión evangélica más avanzada y dedicaban el tiempo libre a asistir oficios religiosos con música de rock, donde los fieles como ellos alejaban al maligno a base de bailes y, al final de la función, se abrazaban los unos a los otros, deshechos en lágrimas. Creo que asistían al curso con la esperanza de descubrir en los textos originales que Jesucristo también había sido un gran guitarrista y bailarín. El otro joven era el prototipo anglicano de la Iglesia Alta y llamaba a Darcourt «padre»; llevaba un traje gris marengo, al que, evidentemente, esperaba añadir pronto el alzacuellos sacerdotal. El hombre maduro había dejado la profesión de vendedor de seguros por el clero y trabajaba como un condenado a galeras, porque tenía mujer y dos hijos y necesitaba ordenarse cuanto antes. En conjunto, el grupo resultaba poco estimulante. Dios los habría llamado a los cuatro a Su servicio, sin duda, pero en un ataque de distracción, estoy segura, o como una especie de retorcido chiste judío.

Por suerte, el reverendo era mucho mejor de lo que podía imaginarme.

—¿Qué creen que van a encontrar en este seminario? —preguntó para empezar—. No voy a enseñarles una lengua, supongo que todos sabrán griego clásico. —Yo sí, pero mis cuatro compañeros de clase no parecían muy seguros y, poco a poco, reconocieron que lo habían estudiado poco o habían hecho algún curso intensivo de verano—. Si saben griego, podemos dar por sentado que también sabrán latín —dijo el reverendo, comentario que fue acogido con un silencio pesimista, ¿pero se desmoralizó por eso? ¡No!

»Veamos cuánto saben —dijo—. Voy a escribir un fragmento corto en la pizarra y

les daré unos minutos para que lo traduzcan. —Desconcierto general. Uno de los chicos melencidos dijo en voz baja que no había traído diccionario de latín—. No lo van a necesitar —dijo Darcourt—, es muy fácil.

Escribió: «Conloqui et conridere et vicissim benevole obsequi, simul leger libros duciloquos, simul nugari et simul honestan». Después se sentó y nos miró, radiante, por encima de las medias gafas.

—Es el lema, los preliminares de lo que vamos a hacer en este seminario a lo largo del año que acabamos de empezar; es el espíritu con el que trabajaremos. Bien, ahora, veamos cómo suena en nuestra lengua. ¿Quién quiere traducirlo?

Y se hizo el horrible silencio que suele imponerse en una sala cuando varias personas pretenden pasar inadvertidas.

—Hablad entre vosotros, reíd entre vosotros, trataos bien entre vosotros —murmuró el joven modoso, y no dijo nada más.

Los dos melencidos miraron a Darcourt como si ya lo odiaran.

—Las damas primero —dijo Darcourt sonriéndome. Así es que me lancé.

—Conversad y bromead entre vosotros, servios bien los unos a los otros, compartid libros de dulces palabras, compartid el absurdo y atenciones entre vosotros —dije.

—Admirable —dijo, y vi que estaba satisfecho—. Ahora, que alguien me diga de dónde proviene la cita. Vamos, caballeros, todos han leído el libro, aunque fuera en versión traducida. Deben conocerlo bien y el autor debe ser un buen amigo suyo.

Pero nadie hablaba, y sospecho que nadie lo sabía. Pensé si me apetecía hacerme la repelente. Pues sí, por qué no, llevo toda la vida haciéndome la repelente en clase.

—Las *Confesiones* de san Agustín —dije.

Los dos melencidos me miraron con odio y el modoso, muerto de envidia. El maduro tomó nota meticulosamente: tenía que sacarse la asignatura o morir en el intento; se lo debía a su mujer y a sus hijos.

—Gracias, señorita Theotoky. Caballeros, deben aprender a vencer la timidez —dijo no sin cierta ironía—. Eso es lo que vamos a intentar en este curso, hablar y bromear, espero, según lo propicie la lectura del Nuevo Testamento. No es que sea un gran libro humorístico, aunque en cierta ocasión Jesús hizo un juego de palabras con el nuevo nombre que le dio a Pedro: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia». Naturalmente, Pedro es *petras*, «piedra» en griego. Si tradujéramos: «Tú eres Roca y sobre esta roca edificaré mi iglesia», cualquiera lo entendería, pero no valdría la pena, no se habría conseguido que los fieles se troncharan a lo largo de dos mil años. Naturalmente, supongo que Jesús seguiría llamándolo «Cefas», que es «piedra» en arameo, pero el juego de palabras parece indicar que Nuestro Señor sabía algo de griego, e incluso puede que mucho. Y ustedes también deberían saberlo, si su deseo es servirle.

Me pareció que Darcourt se estaba burlando un poco de ellos; se dio cuenta de que a los melencidos no les gustaba el enfoque que iba dando y se estaba metiendo

con ellos.

—Estos estudios pueden llevarnos en muchas direcciones —dijo—, entre otras, a las profundidades de la Edad Media, cuando el griego que vamos a estudiar aquí apenas era conocido en Europa y la iglesia no lo fomentaba en absoluto. Claro que había algunos personajes estrafalarios que sí lo conocían un poco, como los alquimistas y otras gentes poco recomendables, y la tradición se mantuvo en el Próximo Oriente, donde el griego avanzaba en su largo viaje hacia lo que hoy conocemos como griego moderno. Es curioso cómo se descomponen las lenguas y se transforman en otras. El latín fue desgastándose hasta degenerar en las horribles jerigonzas que hoy son, por ejemplo, el francés, el español y el italiano, y qué sorpresa, al descubrir que podían decirse bastantes cosas nuevas en esas lenguas degeneradas, cosas que a nadie se le habían ocurrido nunca en latín. Actualmente, el inglés se está descomponiendo de una forma similar, por haberse convertido en una lengua mundial que todo hijo de vecino debe aprender y habla de una forma que daría escalofríos al doctor Johnson. Ahora le toca al inglés normativo; incluso el inglés americano, que en su día parecía un advenedizo tardío e impertinente en el mundo de la literatura, ya está trasnochado, en comparación con lo que se puede oír en África, que es donde la acción tiene lugar en la actualidad..., pero estoy cayendo en la mala costumbre de divagar, tan característica de esta profesión. Párenme los pies cuando vean que me voy por las ramas. Bien, manos a la obra. ¿Puedo contar con que todos ustedes conocen el alfabeto griego y, por tanto, saben contar hasta diez en griego? De acuerdo, en tal caso, empecemos con los cambios necesarios.

Vi que el reverendo Darcourt iba a caerme bien. Al parecer, consideraba que aprender podía ser divertido y que convenía azuzar a los tardos. Como Rabelais, de quien incluso gente tan culta como Parlabane tenía una opinión tan idiota. Rabelais era maravillosamente culto porque aprender le divertía y ésa es, a mi juicio, la mejor justificación del estudio. No la única, pero sí la mejor.

No es que yo quisiera aprender mucho por adquirir lo que hoy se considera erudición y sirve para convertirse en un «eruredicho» ante quienes no saben tanto sobre la parcelita de la que uno se apropia. Yo aspiraba a algo más: quería alcanzar nada menos que la sabiduría. En las universidades modernas, quien busca conocimiento lo encuentra en cualquiera de sus formas, aunque, si lo que se busca está pasado de moda, puede que le digan, como en las tiendas de ropa: «Lo lamento, de eso no hay demanda», pero si lo que se busca es Sabiduría, ¡Dios nos libre! ¡Qué despliegue de modestia, qué forma de quitarse responsabilidad de encima, tanto en hombres como en mujeres que irradian inteligencia por los ojos como faros en la noche! Inteligencia sí, pero de Sabiduría, ni el resplandor de una vela.

Eso fue lo que me ató a Hollier; me parecía ver la Sabiduría en él y, como dijo Paracelso, con quien tendría que familiarizarme porque formaba parte del estudio sobre Rabelais: «Esforzarse por alcanzar la sabiduría es el segundo paraíso del mundo».

De verdad esperaba alcanzar el segundo paraíso con Hollier... y el primero también.

El nuevo Aubrey II

I

¿Se puede considerar deferente el nombramiento de albacea en algún caso? Demuestra confianza, desde luego, pero puede llegar a ser una carga pesada y tediosa. El asunto Cornish nos fue absorbiendo cada vez más, a Hollier y a mí, a costa de un tiempo y una energía que necesitábamos para nuestro propio trabajo. En el testamento había una nota según la cual, cuando todo estuviera aclarado, cada uno de los asesores o subejecutores podría elegir «un objeto de su gusto, siempre y cuando no constituya un legado o parte de un legado previamente adjudicado», pero así el trabajo se nos hacía más cargante, porque no dejábamos de descubrir continuamente objetos que nos gustaría poseer, pero que ya estaban destinados a otra persona. Los abogados del joven Cornish nos dijeron que no podíamos elegir ni quedarnos con nada hasta haber terminado con todo el legado. Parecíamos los primos pobres ante el árbol de Navidad de unos niños ricos.

Ricos y menos agradecidos de lo que debían estar, en mi opinión. Los mayores beneficiarios aceptaban con alegría todo lo que les gustaba, pero manifestaban sin ningún pudor que algunos objetos de su partida correspondiente no les interesaban en particular y no deseaban quedarse con ellos.

Uno de ellos era la Galería Nacional. Cornish le dejaba docenas de telas, pero con la condición de que la pintura canadiense se conservase junta y en exposición permanente, con el nombre de Legado Cornish. Los representantes de la Galería Nacional argüían, con buen criterio, que les gustaría exponer cada obra en su marco histórico y que los Krieghoff de Cornish y otras obras tempranas debían exponerse en las salas de Primeros Pintores Canadienses; no querían salpicar todas las salas de obras primitivas. También decían que algunas de las obras modernas no les parecían de primera categoría, a pesar de la opinión de Cornish y, sencillamente, no podían asegurar que fueran a destinarles una exposición permanente. Si había que instituir un Legado Cornish, el interesado tenía que haberlo hablado con ellos de antemano o haber dejado dinero para construir una galería a tal fin y, aun cuando así hubiera sido, no tenían terrenos para hacerlo. El tono de la correspondencia era correcto, pero lo justo, y muchas veces insinuaba que algunos donantes eran autoritarios y desconsiderados y que quien carecía de un título de Bellas Artes no pasaba de mero aficionado.

Eso a Hollier no le gustó. Como hombre que es de sentimientos y lealtades firmes, pensaba que insultaban la memoria de Cornish. Yo, con mi molesta capacidad para ver ambos lados de un asunto, no estaba tan seguro. McVarish irritaba más aún a Hollier porque se tomaba el testamento y la voluntad de Cornish a la ligera, como si no tuvieran importancia.

—Los donantes y benefactores están chiflados, todos —dijo—. Lo que buscan es fama y agradecimiento póstumos. Cada una de las residencias y facultades de este campus podría contar una historia sangrante, si se le pidiera. ¿Qué les parece el caso

de la familia que destinó las rentas de un millón a la creación de una cátedra de Medicina Interna y, años más tarde, como no le gustaba la política del tercer hombre al que se nombró para administrarlas, se las arregló para retirar la dotación? ¿Y el de aquel viejo cabrón que legó una colección histórica a la biblioteca de la universidad y se enfrentó a todo el mundo y exigió un título honorífico, aun después de demostrarse que, en realidad, los libros no eran de su propiedad, sino de la fundación que dirigía? ¿Y el del viejo Mahaffy, que dejó un pastón al Centro de Estudios Celtas con la condición de que se dedicara exclusivamente a estudios irlandeses y que los escoceses, galeses y bretones se jodieran? ¿Y el de aquel miserable sabueso que creó una cátedra universitaria, pero insistió en que se iniciara en vida de él y la universidad corriera con los gastos hasta su muerte, y que años más tarde dijo al rector, sin perder la sonrisa, que había cambiado de opinión y además no le gustaban nada las clases? Las obras benéficas se hacen por egolatría en el noventa por ciento de los casos. La astucia y la zorrería que permiten a los benefactores forrarse hacen que les resulte casi imposible aflojar a la hora de la muerte. Tampoco nuestro querido amigo Cornish —un espécimen muy superior, como todos sabemos— ha sido capaz de abrir la mano del todo, pero, de todos modos ¿qué importa? Si la Galería Nacional no quiere un cuadro, démoslo a la Galería Provincial, que ya recibe unos cuantos. A la larga ¿qué importa un mamarracho más o menos? Ya saben lo que dice el testamento: los albaceas de Cornish (es decir, nosotros) distribuirán según su criterio todo lo que sobre después de que las obras especificadas estén en sus respectivos lugares. El sobrino no se enterará ni le importará. Nuestra misión se reduce a cortar el pastel y vaciar estos apartamentos.

Pero Hollier no quería ni oír hablar de eso. Hacía años que nos tratábamos superficialmente, pero no nos conocíamos a fondo. Me parecía que tenía más conciencia de lo conveniente para cualquiera: una conciencia enorme y ni rastro de sentido del humor..., combinación peligrosa.

Por otra parte, a McVarish le sobraba sentido del humor. En general, se considera que el sentido del humor es una especie de añadidura maravillosa de la personalidad, casi un sustitutivo del sentido común, por no hablar de la sabiduría, pero en el caso de McVarish, era sentido de la irresponsabilidad, pura indiferencia para con las necesidades o deseos del prójimo, en caso de que estuvieran reñidos con sus conveniencias; era un disfraz dicharachero del desprecio que sentía por todo el mundo, a excepción de sí mismo. En la conversación y en los asuntos de la vida diaria, concedía gran valor a lo que él llamaba «un toque desenfadado»; nunca había que tomarse nada en serio y la seriedad que Hollier demostraba era, según insinuaba McVarish bastante a las claras, una muestra de mala educación. Yo mismo agradezco un toque desenfadado, pero en el caso de McVarish era, sin lugar a dudas, puro y simple egoísmo. No tenía interés en cumplir los deseos de Cornish lo mejor posible; sencillamente, lo halagaba ser albacea de un hombre muy rico y singular y el hecho de codearse con representantes de las galerías, cuya categoría satisfacía sus rigurosas

exigencias. Como tantas veces en la vida, me tocó el papel de pacificador entre dos irreconciliables.

A mí me creaban problemas los archivistas en particular. La biblioteca de la universidad, no satisfecha con la promesa de un cargamento espléndido de manuscritos y rarezas bibliográficas, quería todos los documentos de Cornish. La Biblioteca Nacional, en Ottawa, a la que no había dejado nada, solicitó, amable pero terminantemente, la correspondencia, archivos, documentos y cuanto tuviera relación con la carrera de coleccionista y mecenas de Cornish. Las dos bibliotecas cerraron filas y empezaron a disputárselo correctamente pero sin dar su brazo a torcer. Supongo que a Cornish nunca se le había ocurrido que sus cartas y papelotes viejos pudieran ser de interés para alguien; no llevaba cuenta de nada, su método de archivo consistía en ir echándolo todo en cajas de cartón como buenamente fuera llegando; los cuadernos —que conservaba únicamente porque nunca tiraba nada— eran un revoltijo de recordatorios de citas escritos a mano, notas de sumas de dinero sin especificación alguna, direcciones, palabras y frases sueltas que en algún momento habrían tenido alguna importancia para él. Las miré por encima y encontré una nota en un cuaderno que, como no estaba completo, supuse que sería el último, y decía: «Rab. Ms. prestar McV. 16 de abril».

También había tesoros que nadie conocía, salvo yo, porque no pensaba permitir que los bibliotecarios curioseasen. Había cartas de pintores que después habían alcanzado celebridad, pero que, cuando eran jóvenes y pobres, habían escrito a Cornish cartas amistosas, motivadas en muchas ocasiones por conmovedoras situaciones de penuria. Las ilustraban con apuntes y bosquejos lindos y graciosos, e incluso bellos en algunos casos. Cuando le conté todo esto a Arthur Cornish, me dijo: «Lo dejo en sus manos; mi tío Frank confió en usted y con eso me basta». Muy amable de su parte, pero de nada me sirvió, porque los bibliotecarios eran duros de pelar.

La Biblioteca Nacional fundamentaba su argumento en que Cornish había sido un Gran Canadiense (cuánto se habría reído, porque era el hombre menos vanidoso que he conocido) y se debía conservar todo lo relacionado con él, archivarlo, catalogarlo, indexarlo y protegerlo definitivamente del deterioro en contenedores anticorrosión. Por su parte, la biblioteca de la universidad consideraba a Cornish un gran benefactor suyo que le había demostrado su amor a la biblioteca dejándole una espléndida colección de libros y manuscritos de gran valor; su memoria debía quedar, por tanto, en sus manos, en la medida de lo posible.

¿Por qué?, pregunté. ¿No tenían suficiente con el tesoro que les había correspondido? ¿Qué necesidad había de quedarse con tanta basura, cuya mayor parte me parecía digna únicamente del incinerador? No, dijeron los archivistas en un tono controlado tras el cual llegué a percibir los ahogados gritos de furia y espanto que les inspiraban mis respuestas, ignorantes y cerriles. ¿No se me habría olvidado la Investigación, esa gigantesca industria de la erudición? Los estudiantes de Arte, los

de Historia y los de sabe Dios cuántas materias más querrían consultar todo lo recuperable sobre Cornish. ¿Cómo se iba a poder escribir la historia oficial del benefactor, si no quedaban todos sus documentos en manos responsables para siempre?

No me convencieron. He leído dos o tres biografías oficiales de personas a las que conocía bien y siempre me ha parecido que hablaban de otra persona. En general, eran discretamente favorables al biografiado, aunque no descuidaban lo que los escritores llaman «defectos» sin el menor recato. La doctrina consagrada del biógrafo moderno establece que todas las personalidades son defectuosas y, como sacerdote cristiano, estoy dispuesto a reconocerlo, pero los defectos que encontraban los biógrafos solían deberse a que la persona tratada no opinaba exactamente lo mismo que ellos sobre la política, el progreso social o cualquier otro asunto impersonal. Lo que en mi opinión son defectos humanos —la soberbia, la ira, la envidia, la lujuria, la gula, la avaricia y la pereza, los siete pecados capitales, y en los cuatro últimos Cornish habría sacado puntuaciones altas—, pocas veces recibían una atención inteligente. En cuanto a las virtudes —fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y Cornish poseía algunas en grado loable—, los biógrafos nunca querían llamarlas por su propio nombre, ni siquiera por un nombre moderno que estuviera en boga. En las biografías de las personas a las que yo había conocido personalmente se echaba en falta el amor, y deseaba, quizá imprudentemente, que si Cornish iba a ser el tema de una Vida, fuera tratado con el debido cariño... u odio o con cualquier otra cosa que no fuera la erudita incomprensión de un biógrafo profesional.

De modo que, sumido en un mar de dudas sobre las dos pretendientes, procuré ganar tiempo, aun a costa de perder sueño, y a veces lamentaba mi falta de valor para hacer lo que tenía todo el derecho a hacer, es decir, quemar todo aquel revoltijo, pero las maravillosas cartas de los pintores me contuvieron.

¿Qué valor tenía aquel cúmulo de objetos de Cornish? A Arthur Cornish le correspondía la fácil tarea de arreglar los asuntos dinerarios, que se podían exponer en términos comprensibles para los cobradores de impuestos y los tribunales testamentarios. En cambio, las obras de arte eran harina de otro costal. Los funcionarios de Hacienda querían números con que rellenar formularios que, al menos para ellos, eran importantes. No podíamos recurrir a documentos de seguros porque Cornish nunca aseguraba nada. ¿Para qué asegurar lo irremplazable? No me costó mucho convencer a Hollier y a McVarish de la necesidad de requerir los servicios de la delegación de Sotheby's en Toronto y encargarles una tasación, pero también en eso surgieron dificultades. Los tasadores sabían lo que hacían y podían decirnos lo que se podía sacar por todo aquello subastándolo pieza a pieza, si se catalogaban y se ofrecían en el mercado adecuado, pero la validación era cosa muy distinta, porque Arthur Cornish estaba firmemente resuelto a impedir que se calculara el impuesto sobre sucesiones basándose en el exagerado valor adquirido de las obras

de arte. El hecho de que gran parte del material estuviera destinado al uso público de una forma u otra no iba a cambiar las cosas tanto como Arthur esperaba.

Era una tarea agotadora que, además, me impedía continuar con el trabajo por el que la universidad me pagaba.

II

Supongo que la principal justificación de mi vida es que soy un buen maestro, pero para dar lo mejor de mí en la enseñanza necesito cierto grado de paz mental, porque no me limito a largar lecciones magistrales preparadas desde hace años; procuro enzarzar a la clase, nunca numerosa, en conversaciones y debates; la manera de trabajar es diferente cada año, y también el resultado, porque todo depende tanto de la calidad de los alumnos como de mí mismo. Cumplir las voluntades póstumas de Cornish me exige tanta dedicación, que no estoy en las mejores condiciones para enseñar.

Y deseaba hacerlo mejor que nunca porque, por primera vez en muchos años, tenía una alumna excepcional; no era otra que Maria Magdalena Theotoky, quien ya me había llamado la atención en el funeral de Cornish. Le pregunté si lo conocía y me dijo que no, pero que, según le había dicho el profesor Hollier, un día podía tener mucho que agradecer a Cornish y le recomendó que asistiera. Por lo visto, era el ojito derecho de Hollier, cosa que me sorprendió, porque no era dado a relacionarse mucho con sus alumnos fuera de clase. Supongo que lo que le atraería de ella, igual que a mí, era su auténtica sed de saber; me daba la sensación de que buscaba el conocimiento por sí mismo, no por que pudiese proporcionarle una carrera. Debido a mi formación teológica, se me ocurrió pensar si no sería Maria una elegida para el saber; lo pensé como broma, pero sólo en parte. Así como la humanidad se dividía, según Calvino, en los elegidos, destinados a la salvación, y los réprobos, que eran todos los demás, lo mismo sucedía con el saber: unos nacen para el conocimiento y otros deben esforzarse por adquirirlo. Con los elegidos, no se tiene la sensación de estar enseñando, sino recordándoles cosas que ya sabían; tal era el caso de Maria y por eso me fascinaba.

Naturalmente, estaba mejor preparada de lo habitual para la asignatura de Griego Neotestamentario; además sabía griego clásico y, en vez de considerar degenerada la lengua neotestamentaria, la valoraba por lo que era: una ruina espléndida, como una estatua griega con la nariz rota, los brazos desaparecidos y las partes pudendas perdidas, pero griega al fin y en espléndida decadencia, una lengua que, por si fuera poco, había estado al servicio de san Pablo y los cuatro evangelistas, una lengua apta para expresar grandes conceptos.

¿Por qué se tomaba la molestia de acudir al seminario? Hizo referencia a sus estudios sobre Rabelais, que conocía el griego como sacerdote y como humanista en una época en que la Iglesia no fomentaba los estudios griegos. Comenté ese dato curioso en el seminario; en el Renacimiento, la verdadera profundización en los clásicos redescubiertos tuvo lugar fuera del ámbito universitario; los académicos ni siquiera estudiaron a Arquímedes, aunque no preconizaba ideas inquietantes, al contrario que Platón, sino que planteaba algunos descubrimientos científicos, además de la teoría del tornillo sin fin. El comentario provocó una carcajada a mis dos

alumnos ultramodernos, educados en la permisividad actual; probablemente pensarían que el atornillado sin fin, según su propia interpretación de esas palabras, fuera una vía hacia la iluminación. Sin embargo, Maria sabía adónde apuntaba yo en realidad, es decir, que las universidades no pueden ser más universales que quienes enseñan y aprenden entre sus muros. Son pocas las personas que logran trascender los conocimientos propios de su época, y tenía la sensación de que Maria podía ser una de ellas. Me consideré un maestro adecuado para guiarla.

Me recordé lo peligroso que es mimar a algún alumno en particular, pero enseñar a Maria era como arrojar una cerilla en un charco de gasolina, mientras que los demás parecían madera mojada de la que yo intentaba sacar alguna llama a fuerza de soplar. Me fastidiaba que Cornish me consumiera tanta energía.

También me fastidiaba porque me había entusiasmado con el «nuevo Aubrey». La idea del pobre Ellerman había prendido en mí y quería avivarla.

Él se refería simplemente a recoger datos sueltos sobre nuestros académicos coetáneos, pero, ¿por dónde empezar? Si se piensa que un excéntrico es sencillamente aquel que adopta alguna costumbre singular, las universidades están llenas de ellos. Ahora bien, el verdadero excéntrico, el que destaca de entre el academicismo propio de su época y puede ser el creador de un academicismo notable en el futuro, ése es un bicho más raro. No suele ser el personaje más famoso, porque extrae energía de una fuente que sus contemporáneos no entienden. Tenía razones para creer que Hollier cumplía esas condiciones, y debía aprovechar la excepcional ocasión de observarlo que Cornish me brindaba, pero los excéntricos más espectaculares, los de la *Specie Dementicus*, como los llamaban los estudiantes, me resultaban atractivos; es que me fascinan los histriones. Y las circunstancias me habían acercado a un ejemplar de excepción, encarnado en la persona de Urquhart McVarish.

No es que le faltara formación académica. Gozaba de buena fama como especialista en historia del Renacimiento, pero pecaba de presunción por ello; es la única persona respetable del mundo académico a quien he oído decir de sí mismo, sin el menor reparo, «soy un gran académico». En su época de presidente del Centro de Estudios Renacentistas, parecía que iba a lograr el reconocimiento internacional de la institución. Alentaba a los estudiantes más aptos a trabajar con él, pero no los ayudaba a forjarse un nombre propio, sino que los utilizaba como ayudantes expertos y, poco a poco, sus posibilidades de alcanzar el doctorado se disipaban. A esa acusación respondía tan campante que el simple hecho de haber estudiado con él era aval suficiente para obtener un nombramiento académico en cualquier parte del mundo. Nadie les pediría el doctorado, título absurdo que, por otra parte, se concedía a un puñado de necios manifiestos todos los años. Ser del equipo de McVarish era incomparablemente superior. Los alumnos no lo creían así por la sencilla razón de que no era cierto. Finalmente, Urky tuvo que ser depuesto, pero a cambio de un ascenso al escogido y bien remunerado grupo de «catedráticos distinguidos»,

demasiado excelsos para ocuparse de tareas administrativas. Fue como ascender de una patada.

En la universidad no se puede despedir a un profesor numerario sin pasar por una disputa de mil demonios y aunque a los académicos les gustan mucho las discusiones, detestan las disputas. Todo el mundo reconocía que la única forma de deshacerse de Urky era asesinándolo, pero a pesar de que el decano pudo haber acariciado la idea alguna vez, no quiso acabar en la cárcel. Con todo, Urky no era un mal académico. Sencillamente, era insoportable, pero eso nunca ha servido de excusa —a saber por qué— para despedir a nadie. Así pues, Urky pasó a la categoría de «profesor distinguido», con pocas obligaciones, una secretaria devota y pocos alumnos.

Pero no le satisfizo. Encajó la transformación con acritud y empezó a cultivar lo que él llamaba una «aversión tremenda» a la universidad y, en su personalísimo estilo manipulador, le daba rienda suelta con sus pocos y escogidos alumnos, a quienes los demás estudiantes bien podían apodar «los pelotas». Oí los comentarios sarcásticos que algunos de éstos hicieron en relación con el dinero legado por Cornish a la Entelequia. «Un millón de dólares —decían con desprecio—, eso no da para nada hoy día: se va en pagar a un par de profesores mediocres más, como si no tuviéramos ya suficientes mediocridades». No cabía duda del origen del comentario. Sí, de verdad, la esencia de Urquhart McVarish no se me puede escapar.

Era bien entrado octubre cuando Urky me invitó a una fiesta de las suyas. Solía organizarse cada quince días, casi siempre con alumnos y miembros jóvenes de la universidad; había habido una memorable, en la que el invitado de honor era su peluquero; Urky tenía un copete increíble de pelo blanco que se acicalaba con esmero, incluso se rumoreaba que dormía con redecilla. Yo, por el contrario, había reconocido, hacía ya mucho tiempo, que en lugar de una frente shakespeariana lo que tenía era una alopecia galopante y, por tanto, debía procurar que la envidia no me pusiera la zancadilla cada vez que lo pensaba. Hollier y yo estábamos invitados a la fiesta de octubre, que tendría regusto a Cornish.

Y así fue, ciertamente, porque también acudió Arthur Cornish, el único invitado extrauniversitario. Llegamos puntualmente a las cinco, porque la invitación, escrita con la elegante cursiva de Urky, decía: «Jerez de 5 a 7», y en nuestra universidad la puntualidad es legendaria. Naturalmente, no había sólo jerez; el whisky escocés y la ginebra corrían más, pero a Urky le parecía más elegante extender invitaciones a un «jerez» que a un «cóctel».

El apartamento estaba muy bien, había libros interesantes en estanterías caras y algunas pinturas excelentes de estilo renacentista en general: vírgenes, sanjuanés, un desnudo tan destartado que bien podía ser un Cranach, aunque no lo era, desde luego, y dos o tres bonitas estatuas antiguas. Cuidado con la envidia, me dije, porque me gustan los objetos valiosos, y tengo algunos, aunque no tan valiosos como los suyos. Un *armarium*, que en tiempos podía haber sido de una iglesia pequeña, hacía las veces de bar muy bien provisto; lo atendía, sirviendo con generosidad, un amigo

estudiante. Un decorado espléndido para Urky.

Y allí estaba el anfitrión, en el centro de la sala, con un batín o esmoquin o lo que fuera, de una preciosa seda verde botella. ¡No iba a ponerse él la típica chaqueta escocesa, como un vulgar escocés! Tildaba de falso romanticismo el uso de los cuadros escoceses, prácticamente desconocidos hasta que sir Walter Scott puso en pie la industria turística escocesa. A Urky le gustaba dárselas de escocés de alcurnia. Hablaba escocés de alcurnia, también, con una leve cadencia de las Highlands y algunas erres vibrantes, sin el menor rastro del habla popular de Robert Burns.

Me sorprendió ver a Maria. Urky la tomó por el brazo mientras le enseñaba un retrato colocado sobre la repisa de la chimenea, de un hombre del siglo xvii con pañuelo de encaje y chaqueta verde, del mismo tono que vestía nuestro anfitrión, y con la nariz tan larga y el rostro tan colorado como los de Urky.

—Exactamente, querida, y seguro que se identifica con él. Mi gran antepasado sir Thomas Urquhart, el primer traductor de Rabelais y el mejor hasta ahora indiscutiblemente. Hola, Simón, ¿conoce a Maria Theotoky? Una preciosidad por doble motivo, porque es toda una belleza y porque es rabelesiana. Hubo un tiempo en que ninguna mujer decente podía leer a Rabelais. ¿Es usted decente, Maria? Espero que no.

—No he leído la traducción de Urquhart —dijo Maria—. Prefiero leerlo en francés.

—¡No sabe lo que se pierde! ¡Todo un monumento de erudición en inglés del siglo xvii! ¡Y qué riqueza de neologismos! ¡Rufianantes esquilmadores, minadores desgengivosos, infames contragibados, protopollinos, míseros archinopes, gusanos azoquetunos, papamoscas lilitóntropos y otros epítetos difamatorios de la misma índole! ¡Cómo prescindir de todo eso! ¡Tiene que leerlo! Permítame que le regale un ejemplar. ¿Y es cierto, querida Maria, que los muslos de las damas siempre están frescos? Rabelais lo afirma y seguro que usted sabe por qué, pero, ¿es cierto?

—Dudo que Rabelais conociera bien a las damas —replicó Maria.

—Probablemente, pero mi antepasado las conocía muy bien. Era un *dandy* mayúsculo. Se cree que murió de éxtasis al saber que su Sagrada Majestad el rey Carlos II había sido devuelto al trono, ¿lo sabía usted?

—Me imagino la clase de éxtasis que sería —dijo Maria.

—¡Oh, oh! ¡*Touché... touché!* Se ha ganado una copa, que quizá le haga alcanzar cierto grado de alborozo, también.

Maria dio media vuelta en dirección al bar sin esperar a que Urky la encaminara. Una joven dueña de sí misma, evidentemente, y que no se dejaba impresionar por el galanteo altisonante y libidinoso de Urky. Le presenté a Arthur Cornish, el único invitado de la reunión ajeno a la universidad, y él se encargó de proporcionarle algo de beber. Maria pidió Campari, bebida cara y poco común entre estudiantes. Me fijé mejor en la ropa que llevaba, aunque no entiendo mucho de ropa.

Se me acercó la catedrática Agnes Marley.

—¿Se ha enterado de lo del pobre Ellerman? Me temo que no va a durar mucho.

—Ah, ¿sí? Tengo que ir a verlo. Iré mañana mismo.

—No le permiten recibir visitas.

—¡Cuánto lo siento! Hace unas semanas, me dijo una cosa..., una sugerencia. Me gustaría contarle que estoy trabajando en ello.

—Quizá pueda hablar con su mujer.

—Naturalmente, hablaré con ella. Creo que le gustará saberlo.

Se nos unió Arthur Cornish, acompañado de Maria.

—Al parecer, Murray Brown la ha emprendido con mi tío Frank —dijo.

—¿Por qué motivo?

—Por tener tanto dinero y dejar tanto a la universidad.

—Se dice que a la Entelequia le deja un millón.

—Ah, sí, pero varios millones van a otras universidades y facultades.

—Bien, ¿y eso qué tiene de malo?

—Lo que Murray Brown siempre considera malo. Por qué han de tener unos tanto y otros tan poco. Por qué puede decidir un hombre a quién deja su dinero sin tener en cuenta quién lo necesita más. Por qué puede recibir la universidad más de lo que el Estado decida asignarle, cuando además derrocha el dinero absurdamente en inmundicias. Ya conoce a Murray, el amigo de la gente llana.

—Murray Brown es lo que mi gran antepasado llamaba un vil soplón, o quizá simplemente un cagarruta estreñado —dijo Urky, que se había unido a nosotros.

—De cagarrutas estreñidos mejor no hablar —dijo Arthur—, ése es precisamente su caballo de batalla; sabe que hay un científico en la universidad que trabaja con excrementos humanos, y quiere saber de dónde procede el dinero que financia semejante asquerosidad.

—¿Cómo sabe que es una asquerosidad? —preguntó Hollier.

—No lo sabe, pero consigue que otros lo crean. Lo ha relacionado con la vivisección, que es otro de sus temas predilectos: la tortura, y ahora, encima andar marraneando con cochinas. ¡En eso se gasta el dinero del contribuyente! En fin, ya lo conocen.

—¿Y dónde ha dicho todo eso?

—En una de sus concentraciones políticas. ¡Pronto empieza a prepararse para las próximas elecciones!

—Sólo puede referirse a Ozy Froats —dijo Urky con su risilla burlona—. Hace años que Ozy se entretiene con heces humanas. Una forma muy rara de pasar el tiempo, para quien fuera tan gran futbolista, ¿no les parece?

—Creía que los demagogos estaban a favor de la ciencia —dijo Agnes Marley—. Les parece que tiene una utilidad práctica. Con lo que suelen cebarse es con las humanidades.

—Ah, es que no se ha olvidado de las humanidades. Dice que una muchacha ha transportado agua en un colador para demostrar que es virgen. Murray pregunta con

justificada indignación, como diría él, qué clase de juego universitario es ése, por todos los diablos.

—¡Ay, Dios! —exclamó Maria—. Se refiere a mí.

—Mi querida Maria —dijo Urky—, ¿qué diabluras ha estado haciendo?

—Me limito a hacer mi trabajo. Soy ayudante de profesor y uno de mis deberes es dar clase de Historia de la Ciencia y la Tecnología a los ingenieros de primer curso. No es fácil, porque creen que la ciencia carece de historia... todo está aquí y ahora. De modo que tengo que ponérselo muy interesante. Les estaba hablando de las vestales y les contaba que demostraban su virginidad transportando agua del Tíber en un colador. Entonces propuse que hicieran lo mismo varias estudiantes de mi inmensa clase de ciento cuarenta; unas pocas tuvieron la bondad de prestarse... y no lo consiguieron. Todo el mundo se rió. A continuación, yo misma di unos veinte pasos con agua en un colador sin derramar una gota, y después de los ¡Ah! ¡Oh! y ¡Otra!, les dije que observaran los coladores con atención. Naturalmente, el mío estaba engrasado, lo cual demostraba que las vestales tenían un conocimiento práctico de química coloidal. La cosa dio tan buen resultado que ahora los tengo a todos en el bote, pero supongo que algunos hablarían del asunto y ese tal Murray Nosecuántos se enteró.

—Muy lista, señorita —dijo Arthur—, demasiado lista, quizá.

—Sí —dijo Agnes Marley— la primera lección del profesor y el alumno debería ser ésta: «si no quieres pasarte la vida apurado, no te pases de listo».

—Pero, ¿funciona de verdad? —preguntó Urky—. Voy a buscar un colador a la cocina y lo probamos.

Y así lo hizo, entre grandes aspavientos; lo untó de mantequilla, consiguió transportarlo con unas gotas de agua y dejó la alfombra hecha una pena.

—Pero, claro, es que yo no soy virgen —dijo desternillándose de risa exageradamente.

—Además no ha aplicado la grasa adecuada —dijo Maria—. No ha tenido en cuenta la clase de grasa de que disponían las vestales. Pruebe con lanolina y quizá logre demostrar que es virgen, contra todo pronóstico.

—No, no, prefiero pensar que la prueba es auténtica —dijo Urky—. Prefiero creer que usted es virgen de verdad, querida Maria. ¿Lo es? Estamos entre amigos, mujer. ¿Es usted virgen?

Ése era el tenor conversacional que más le gustaba a Urky. El estudiante que atendía el bar soltó una risotada; tenía pinta de provinciano y seguro que pensaba que estaba viendo la vida de verdad, pero Maria no se dejó amilanar.

—¿Qué entiende usted por virginidad? —replicó—. Un canadiense dijo que la virginidad consistía en poner el cuerpo en manos del espíritu.

—¡Ah! Si hablamos del espíritu, no puedo considerarme una autoridad. Seguro que el padre Darcourt arroja luz sobre el asunto.

—Creo que las vestales sabían muy bien lo que hacían —dije—. La gente sencilla

necesita demostraciones sencillas de lo que no es sencillo. Creo que el escritor al que se refiere, señorita Theotoky, definió la castidad, que es una cualidad del espíritu; la virginidad es un tecnicismo físico.

—¡Ah, Simón, qué jesuíta es usted! —dijo Urky—. O sea que una muchacha puede pasárselo en grande y después decir «pero sigo siendo casta porque he cruzado los dedos espiritualmente», ¿no es eso?

—La castidad no es un atributo exclusivamente femenino, Urky —dije yo.

—Sea como fuere, conseguí lo que me había propuesto con los ingenieros —dijo Maria—; prácticamente, ya creen que la ciencia no se inventó el día en que ellos llegaron a la universidad y que es probable que los antiguos supieran un par de cosillas, aunque a su torpe modo. Hacían pruebas de muchas clases, ¿sabe? Por ejemplo, la prueba del sabio. ¿La recuerda, profesor McVarish?

—Me acojo al descargo del académico, Maria, querida; no es mi especialidad.

—Si es usted un sabio, sí que es su especialidad, no lo dude —dijo Maria—. Decían que es sabio quien puede atrapar el viento en una red.

—¿Engrasando la red?

—Era una metáfora para referirse a la comprensión de lo que se percibe pero no se ve, aunque pocos la entendían, desde luego.

Hollier había estado incómodo a lo largo de la conversación y, haciendo un esfuerzo, cambió de tema.

—Es despreciable atacar a Froats de esa manera; es un científico muy brillante.

—Pero excéntrico —dijo Urky—. Nuestro entrañable Desollazurillos es indiscutiblemente excéntrico, y ya se sabe que los excéntricos son auténticos filones para los políticos, a la hora de atacar.

—Un científico muy inteligente —insistió Hollier— y viejo amigo mío. Su trabajo y el mío guardan más relación de lo que ese agitador de Murray Brown podrá entender en su vida. Supongo que los dos queremos atrapar el viento en una red.

III

Los cócteles siempre me echan la cena a perder: como demasiadas exquisiteces. De modo que, después de la fiesta de Urky, me fui directamente a mi habitación y de camino compré un periódico para ver si el ataque de Murray Brown a la universidad seguía siendo noticia.

Oficialmente, pertenezco al profesorado de la Facultad de Teología de la Entelequia, pero no vivo ahí. Me alojo en la residencia universitaria de Ploughwright, que no está lejos y es un edificio más moderno, en comparación, aunque no en el sentido económico y malicioso de la moderna arquitectura universitaria; mis habitaciones están en la torre de la entrada y dominan tanto el patio interior de Ploughwright como una extensión considerable de nuestro enorme y descuidado campus.

No tengo cocina, pero sí un infiernillo y una nevera pequeña en el cuarto de baño. Me hice café y tostadas y saqué un frasco de miel. No es lo mejor para un hombre que empieza a ponerse corpulento, pero no me he contagiado de la actual obsesión por la línea. Comer me ayuda a pensar.

Encontré una reseña incompleta pero suficiente sobre la arenga de Brown. En mi época de clérigo de parroquia, antes de hacerme académico, coincidí con Murray varias veces. Era un hombre irascible que había canalizado su ira en forma de cruzada a favor de los pobres. Pensando en las injusticias que se cometen contra los desfavorecidos, Murray Brown era capaz de enfadarse de una manera deliciosa, soltar toda clase de exabruptos, atribuir motivos viles a cualquiera que no estuviera de acuerdo con él y despreciar por fútil cuanto quedaba fuera del alcance de su comprensión. Los conservadores lo detestaban y a los progresistas los violentaba porque carecía de formación intelectual y propósitos fijos, pero entre el público de mentalidad parecida a la suya tenía el éxito suficiente para ser elegido una y otra vez en la Asamblea Legislativa Provincial. Siempre tenía alguna causa por la que luchar, alguna iniquidad que airear, y ahora le tocaba a la universidad. A su modo, intelectualmente primitivo, era una persona dotada para la polémica. ¿Pagábamos tanto dinero para que unos tipos jugaran con la mierda y las muchachas se dedicaran a hablar de sandeces picantes en clase? ¡Desde luego que necesitábamos médicos, enfermeras, ingenieros e incluso abogados! Y necesitábamos economistas y maestros, pero, ¿qué falta nos hacía tanta floritura? El público de Murray estaba convencido de que no nos hacía ninguna falta.

¿Me consideraría Murray una floritura? Seguro que sí. Yo era un soldado que había desertado de su puesto. Para Murray, un clérigo debía trabajar entre los pobres, quizá no con la eficiencia de un trabajador social especializado, pero sí haciendo todo lo posible y cobrando poco. Supongo que a Murray no se le habría pasado por la imaginación la idea de la religión como forma de pensamiento y sentimiento capaz de consumir los mayores esfuerzos intelectuales de un hombre competente, pero yo ya

había intentado ser la clase de clérigo admisible para Murray, y después me había dedicado a la enseñanza universitaria porque estaba convencido de que, en esta época nuestra tan materialista, el investigador académico serio es —por decirlo con palabras que gustaban mucho a Einstein— el único ser humano profundamente religioso. Tras descubrir lo difícil que es salvar el alma del prójimo (en mis nueve años de labor parroquial entre pobres y menos pobres ¿de verdad llegué a salvar alguna alma?), preferí dedicar todo el tiempo posible a salvar la mía, y escogí un trabajo que me dejara algo de tiempo para esa tarea más elevada. Murray me tildaría de egoísta, pero, ¿lo soy? Me aplico con esfuerzo a la gran tarea con la persona más próxima a mí y más sensible a mis mayores esfuerzos, y quizá, mediante el ejemplo, convenza a unos pocos más de hacer lo mismo.

¡Ah, tarea infinita! Se empieza sabiendo sólo que lo que estamos haciendo seguramente está mal y que el buen camino está envuelto en bruma. Cuando era joven y optimista, me propuse seguir *La imitación de Cristo* y, como un idiota, suponía que debía ser como Él en todos los detalles, implorar a la gente que hiciera el bien, cuando en realidad no sabía en qué consistía, y lograr que me despreciaran y me azotasen con frecuencia. La crucifixión no estaba ya bien vista como método de reforma social, pero al menos podía aspirar a la crucifixión psicológica, y me sometí, y estuve colgado en mi cruz hasta que empecé a comprender que no era más que un estorbo social y que no me parecía en nada a Jesucristo... ni siquiera al tedioso Jesucristo *détraqué* que mi inmadura cabeza imaginaba.

Poco a poco, el trabajo duro en la parroquia me demostró lo necio que era y me convertí en un «cristiano entusiasta»; trabajé mucho en asociaciones masculinas e infantiles, y anunciaba que lo que contaba eran las obras y que la fe podía surgir en los gimnasios y en las aulas de artes y oficios. Y quizá sea así en algunos casos, pero no en el mío.

Con el tiempo, fui comprendiendo que imitar a Cristo tal vez no consistiera en representar la Pasión de Nuestro Señor en versión compañía ambulante, donde al pésimo actorzuelo que yo era le habían asignado el papel principal. Quizá lo imitable de Cristo fuera la firme aceptación de su destino, sin renunciar aun cuando lo condujese a una muerte ignominiosa. Era la integridad de Cristo lo que había iluminado millones de vidas, y mi tarea consistía en procurar la integridad de Simón Darcourt y manifestarla.

No el reverendo catedrático Simón Darcourt, aunque esa figura con tan espléndido título merecía también lo suyo, porque la universidad le pagaba por ser las dos cosas, reverendo y catedrático. Si Simón Darcourt, en su ser integral, vivía con conciencia clara de quién era y con ella hablaba al resto del mundo, como sacerdote y como profesor, y siempre como hombre, humilde ante Dios pero no necesariamente ante sus iguales, el sacerdote y el catedrático funcionarían aceptablemente.

En eso consistía la verdadera imitación de Cristo, y si a Thomas de Kempis no le gustaba, sería porque no era Simón Darcourt, pero mi querido Thomas podía ser un

amigo. Preguntó: «Si no sabes moldearte según tu propio deseo, ¿cómo esperas que otros te gusten en su totalidad?». No es posible, naturalmente, pero me dije que el extenuante moldeado del comienzo, la oración, la austeridad (durante un breve tiempo me ponía garbanzos en los zapatos e incluso tonteaba con un látigo, hasta que mi madre lo descubrió) y tanto hacer el animal creyendo que así era un siervo sacrificado era una tontería. Dejé de moldearme exteriormente y, armado de paciencia, esperé que el destino fuera moldeándome por dentro.

¡Armado de paciencia! En espíritu, quizá, pero la universidad no paga por esperar armado de paciencia; tenía que dar clases, formar a mis teólogos con vistas a su ordenación y participar en una maraña de comités y asociaciones universitarias profesionales. Me convertí en un académico muy atareado, pero tendría tiempo para crecer espiritualmente, o eso esperaba.

Descubrí que mi mayor desventaja era el sentido del humor. Si el humor de Urquhart McVarish se basaba en la irresponsabilidad y el desprecio por el resto de la humanidad, el mío se inclinaba del lado del desorden, cuando algo se pone patas arriba en un momento inoportuno. Como catedrático de Teología, tengo ciertos deberes sacerdotales, y en la Entelequia somos ritualistas. Con eso estoy completamente de acuerdo. ¿Qué decía Yeats?: «¿De dónde surgen la inocencia y la belleza, si no de la costumbre y la ceremonia?». Pero a veces, justo en el momento en que la costumbre y la ceremonia más deben acercarme a la adoración es cuando tengo que reprimirme un ataque de risa. Me pregunto si no sería eso mismo lo que aquejaba a Lewis Carroll. Religión y Matemáticas, dos materias en las que el sentido del humor parece completamente fuera de lugar, lo llevaron a escribir los libros de Alicia. El cristianismo no deja espacio al desorden, tolera mal el humor. Han intentado convencerme de que san Francisco tenía un gran sentido del humor, pero sigo sin creerlo. Es posible que fuera alegre, pero eso es distinto, y en algunos momentos he llegado a preguntarme si no estaría san Francisco ligeramente tocado de la cabeza. No comía suficiente, cosa que tampoco es el camino de la santidad obligatoriamente. ¿Cuántas visiones de la Eternidad se habrán debido a un bajo contenido de azúcar en la sangre? (Y todo esto, mientras me preparo la tercera tostada generosamente regada de miel).

Es cierto que una dosis de lo que podríamos llamar cinismo, pero que también podría ser visión clara, atenuada por la caridad, es un ingrediente del Simón Darcourt que intento descubrir y liberar. Eso fue lo que me impidió no tomar nota de que el retrato de sir Thomas Urquhart del salón de Urky McVarish, que tanto se parecía a él, había sido retocado para dar esa impresión exactamente. La chaqueta verde, el pelo (una peluca) y la mayor parte del rostro eran originales, pero unas diestras pinceladas acentuaban el parecido. Al mirar el cuadro de lado, bajo la luz que tan intensamente lo iluminaba, se veía la pintura del retoque a la perfección. Algo de pintura sé.

¡Pobre Urky! No me gustó nada que molestara a la joven Theotoky con el tema de la virginidad y los muslos de las damas. Eché un vistazo al pasaje en cuestión en mi

versión inglesa de Rabelais: sí, tenían los muslos fríos y húmedos porque se creía que de vez en cuando dejaban escapar unas gotitas de orina (¿por qué, me pregunto? No parece que lo hagan ahora), el sol nunca les entraba ahí y los pedos se los refrescaban. ¡Qué malvado, el viejo Rabelais, y qué malvado, Urky! Pero no logró desconcertar a María. ¡Bien por ella!

¡Urky no es más que un triste saco de tonterías! ¿Sería posible que toda su vida fuese tan falsa como el hombre que se veía desde el exterior?

¿Y era caritativo ese pensamiento? Según Pablo, la caridad es muchas cosas, pero en ningún momento dice que sea ciega.

Hay que reconocer que, si el verdadero Simón Darcourt no incluyera a Urky en *El nuevo Aubrey*, actuaría en falso. En el mismo caso estaríamos si no buscara algo amable que decir al asediado profesor Ozias Froats, a quien conocí bien en otra época, en su edad dorada de gran futbolista.

El segundo paraíso III

I

—No, no puedo prometer que esta vez no me emborrache. ¿Por qué le parece mal levantar el ánimo de una forma tan agradable, Molly?

—Porque no es tan agradable. Se arma follón, es una pesadez y la gente se queda mirando.

—¡Qué actitud tan burguesa! No me lo esperaba de usted, toda una académica, y rabelesiana además. Tendría que hacer gala de una libertad intelectual exenta del vulgar prejuicio y demostrar un hálito de espíritu rabelesiano. Emborráchese conmigo y verá que las miradas de la plebe ordinaria le pasan inadvertidas.

—Detesto las borracheras. He visto más de las que quisiera.

—¿De verdad? Toda una revelación..., la primera que oigo de sus labios, Molly. Es usted un pozo de secretos.

—Exacto.

—Es inhumano e incluso malsano, seguramente. Ábrase un poco, Molly. Cuénteme su vida.

—Creía que iba a contarme usted la suya en justo intercambio. Yo pago la cena y usted habla.

—Pero no puedo hablar al vacío.

—No soy el vacío; tengo una memoria espléndida para lo que oigo, mejor que para lo que leo, la verdad.

—Muy interesante. Suena a orígenes campesinos.

—Todo el mundo tiene orígenes campesinos, si se busca en la dirección adecuada. No me gusta hablar en sitios como éste. Hay mucho ruido.

—¡Pero si ha sido usted quien me ha traído...! El Rude Plenty, un comedero de estudiantes.

—Es un restaurante italiano que no está nada mal y es barato, en relación con lo que sirven.

—¡Qué grosería, Maria! Invita a cenar a un desdichado muerto de hambre — porque eso somos por la gracia de la Entelequia, recuerde, *miseri homines et egentes* — y le dice en la cara que lo ha traído a un local barato, como insinuando que a otra persona cualquiera la invitaría a un sitio mejor. Usted no es académico y caballero, usted es una mujer pedante y bellaca.

—Seguramente. No me va a achuchar con sus insultos, Parlabane.

—Hermano John, si no es molestia. Maldita sea, siempre tiene miedo de que cualquiera la «achuche», como dice usted. ¿Qué quiere decir eso? ¿Que la aplasten y la expriman sobre una superficie mullida? ¿Lo que Rabelais llama la bestia de dos espaldas?

—¡Cállese, hombre! Parece Urky McVarish. Cualquier tío que sepa deletrear se queda con un par de expresiones de la versión inglesa de Rabelais, se las dedica a las mujeres y así se cree un auténtico demonio. Me da cien patadas en la barriga, si

quiere saber mi opinión rabelesiana. Cuando digo «achuchar» me refiero a que los hombres siempre quieren desconcertar a las mujeres y sacarles ventaja; achuchar es la forma suave de hacerse el chulito condescendiente ¡y no pienso pasar por ahí!

—Me hiere en lo más profundo.

—No, no es verdad. Usted es un sablista culto, hermano John, pero no me importa. Me parece interesante y pago con satisfacción si habla usted. Creo que el trato es justo. Ya le he dicho que me pone mala hablar con tanto ruido alrededor.

—¡Ah, cuánto sobrevalora la pasión por el silencio! Es totalmente antinatural. Por lo general, nos engendran con generoso acompañamiento de ruido. Durante los primeros nueve meses de vida, nos transportan en un útero perennemente bullicioso: el fuerte latido del corazón, el gorgoteo de las tripas, que debe de ser como el barullo de las jarcias de un velero, y la risa fuerte de la madre, ¿se imagina lo que debe de ser todo eso para el Pequeño Nemo, que se zarandea y da bordadas en su acuosa botella al ritmo de un diafragma que sube y baja? ¿Por qué hacen ruido los niños? Porque lo llevan en la sangre, literalmente. Los padres los censuran si alegan que hacen mejor los deberes con la radio puesta, pero lo único que intentan es recuperar el estruendo primigenio en el que aprendieron a serlo todo, desde grumo hasta ser humano, pasando por pez. El gusto por el silencio es algo enteramente adquirido y sofisticado. Es antihumano.

—¿Qué van a comer?

—Empecemos por un buen plato de langostinos. Congelados, sin duda, pero como es lo máximo que piensa esforzarse por mí, entreguémonos a un lujo de tercer orden. Y montones de salsa muy picante. A continuación, tortilla *frittata* rellena de pollo. Después, espaguetis otra vez, la anterior los encontré pasables, pero hoy, ración doble, y seguro que tienen por ahí alguna salsa más contundente. Diga al *chef que* ponga más guindilla, que paga mi amiga. Luego, *zabaglione*, sin escatimar la prisa en la salsa, y para terminar, mucho queso, el más cabruno y pringoso que haya, me gusta que sea contundente. Necesitaremos una hogaza de pan italiano crujiente, de ése que tienen ustedes, mantequilla sin sal, algo verde —un buen rábano, que facilita el eructo, si viene— y manteca de ajo para untar un poco lo que nos parezca. Café con mucha espuma. Y para beber... ¡Dios, qué lista! Bueno, es inútil quejarse; un *fiasco* de Orvieto y Chianti por cabeza, el Orvieto que no esté helado, porque Dios no lo dispuso así y no pienso contradecirlo. Más adelante hablaremos del Strega. Y que sea rápido.

La camarera me miró de reojo y yo asentí.

—He pedido acertadamente, ¿no le parece? Toda buena comida requiere una buena puesta en escena; los eduardianos así lo entendían. Daban a sus banquetes una teatralidad espléndida, como una obra de Pinero, con un sabio planteamiento, expectación, desenlace y final satisfactorio. La obra bien hecha: la comida bien hecha. Teatro comestible, pero, claro, después llegaron Shaw y Glasworthy y el teatro y la comida adquirieron pretensiones de nobleza: se suprimió de las obras el delicioso

adulterio y la comida quedó reducida a platillos de algas de agua dulce... y un huevo duro, si querías ponerte la botas en serio.

—¿Es esto la introducción al relato de su vida?

—Prácticamente todo desemboca en el relato de mi vida. Bien, ahí va: nací de padres acomodados pero honrados en esta ciudad de Toronto hace cuarenta y cinco intensísimos años. Rellene los espacios a voluntad con sus conocimientos de historia: amenazan nubes de guerra, Hitler cabalga sobre el estrecho mundo cual Coloso y, como de costumbre, ningún político reconoce inmediatamente a un hijoputa; es la guerra, el miedo encoge los corazones mientras la madre Gran Bretaña lucha valientemente y sola (aunque, naturalmente, en esto no están de acuerdo Francia ni otras cuantas naciones más). Estados Unidos entra a remolque, tarde y pisando fuerte. Llega por fin la victoria, un nuevo mundo se alza tambaleante sobre las ruinas del anterior. Rusia, antigua camarada de guerra, vuelve a ser el malo de la película en tiempos de paz. Mientras transcurría esa época tumultuosa, yo iba al colegio, a un colegio bastante bueno, por cierto, porque no sólo aprendí unas cuantas cosas y me aficioné precozmente a la filosofía, sino que, además, conocí a unos cuantos muchachos ricos y deslumbrantes, como David Stauton, y a otros muy despiertos e inteligentes, como su jefe actual, Clement Hollier. Éramos amigos y contemporáneos... él es unos meses mayor que yo; él me consideraba más listo de lo que era, por mi locuacidad y mi facilidad para sacar a relucir todas mis gracias, pero yo sabía que, en realidad, el listo era él, pese a lo mucho que le costaba juntar dos palabras. Estuvo a mi lado en tiempos muy malos, y se lo agradezco. Después, fui a la universidad y volé por el cielo de la Entelequia como un cometa; era tan bobo que tuve la desfachatez de compadecer a Clem y despreciarlo un poco, porque tenía que esforzarse mucho por conseguir algún honor de medio pelo.

»Me regodeaba en la libertad de la universidad. Desde luego, no tenía la menor idea de lo que era la universidad: no es un río donde se va a pescar, sino un océano en el que la juventud debe zambullirse y dejarse llevar por las olas y las corrientes, pero yo era pescador y pescaba mucho y bien. Clem iba convirtiéndose en un resistente nadador oceánico, aunque yo no me daba cuenta... pero me estoy poniendo solemne y aquí vienen los langostinos.

»No sé por qué, pero los langostinos me recuerdan mis primeras aventuras sexuales. Yo era joven e inocente y, por motivos que adivinaré con sólo mirar el destrozo que tengo en la cara, nunca me atreví a acercarme a las chicas. El caso es que los jóvenes que destacan son como nébeda para cierta clase de mujeres maduras y Elsie Whistlecraft me acogió en su seno.

»¿Conoce a Ogden Whistlecraft, aclamado ahora como el principal poeta canadiense? En aquel tiempo, era una voz nueva, como suele decirse, además de ayudante de catedrático en esta universidad. Elsie, que rebosaba vitalidad y no tenía vergüenza, cimentaba la carrera de su marido a toda velocidad, pero aun así le quedaba tiempo para las aventuras amorosas, que le parecían el complemento

adecuado de la mujer de un poeta. Y así, una noche en que Oggie estaba fuera leyendo sus poemas, ella me sedujo.

»Desde el punto de vista de Elsie, no fue un éxito clamoroso, porque el orgasmo femenino empezaba a ganar popularidad y no lo tuvo. El motivo fue que se le había olvidado encerrar al perro, una bestia llamada *Mat*; el caso es que la situación le pareció tan interesante y emotiva que empezó a ladrar con ganas. Por intentar acallar a *Mat*, Elsie se distrajo de su objetivo principal y, en el momento crítico, el perrazo me olisqueó la rabadilla con su frío hocico y me aceleré sin dar tiempo a Elsie. Me reí con tantas ganas que Elsie se enfadó y no quiso intentarlo otra vez. Después, las cosas nos salieron algo mejor, pero a mí no se me olvidaba *Mat* y me tomaba todo el asunto de una manera que a Elsie no le gustaba. Ella creía que la pasión desbordante excusaba y santificaba el adulterio, pero el chucho me asociaba con actividades interesantes y, aunque estuviera atado fuera, ladraba a voz en cuello siempre que yo estaba en la casa.

»A pesar de todo, el asunto me infundió confianza, además de que haber contribuido a poner los cuernos a un poeta fue como un bálsamo espiritual. En general, me lo pasé bien en la época de la universidad, pero no llegué a enamorarme nunca.

»Eso ocurrió más tarde, cuando fui a Princeton a terminar la licenciatura, allí me enamoré de un jovencito perdidamente, hasta la médula, y fue algo muy bello. Creo que es lo único bello que hay en mi vida.

»Hasta aquel momento, no había experimentado un gran crecimiento emocional. El viejo cuento universitario al que usted aludió la otra vez tan puritanamente: mucha cabeza y poco corazón. Creía que me había desarrollado emocionalmente porque buscaba la emoción en el arte, sobre todo en la música, pero, claro, el arte no es emoción; es evocación y destilación de las emociones vividas. Cuando se es inteligente, resulta increíblemente fácil fingir emoción y engañarse a uno mismo, porque lo que el arte transmite se parece mucho a la auténtica emoción. Aquella relación fue una revolución espiritual y, como tantas revoluciones, dejó tras de sí una serie de gobiernos provisionales, a cual más inepto, y, como en tantas revoluciones, lo que vino a continuación fue peor que lo anterior.

»No voy a entrar en detalles. El joven se cansó de mí y el cuento se acabó. Pasa en toda clase de asuntos amorosos y, si la muerte es peor, Dios es un amo cruel.

»Aquí está la tortilla. ¿Más Orvieto? Yo sí. Necesito sustento para nuestra siguiente gran entrega.

»Fue un descenso al infierno. Y no es melodrama, ya lo verá. Volví aquí, encontré trabajo de profesor de Filosofía —la docencia siempre ha sido un buen negocio y un ganapán seguro— y la Entelequia se congratuló de recuperar a uno de sus muchachos sobresalientes, si bien, la alegría duró poco, tan sólo hasta que no pudo seguir haciendo la vista gorda a mi forma de ejercer la profesión: orientaba a algunos estudiantes por el llamado mal camino. Los chicos, verdad, son chivatos natos. Les

gusta que los seduzcamos, pero se van de la lengua y confiesan. Además, yo no era bonachón, supongo; me reía de ellos cuando los asaltaban los escrúpulos de conciencia.

»Así es que la Entelequia me expulsó; encontré un par de trabajos de profesor en el oeste, y no tardó en repetirse la historia. Todo esto, antes del alba de la permisividad, téngalo en cuenta.

»Conseguí colocarme en Estados Unidos en el momento en que el primer resplandor rosáceo de permisividad iluminaba el horizonte, pero yo ya estaba bastante tocado, porque el juego escabroso con los chicos no borraba el recuerdo de lo vivido con Henry y... me di a la bebida sin tasa: un borracho, aunque a mí no me lo parecía. Beber tampoco era la respuesta definitiva, de modo que probé las drogas, que eran la onda del momento, y me sentaron bien. Muy bien, a decir verdad. Me veía espiritualmente libre, un gran iluminador de jóvenes... Maria, cada vez que se lleva el tenedor a la boca, el brillo de ese anillo que luce en el dedo me fascina. ¿No es un diamante muy grande para una joven que invita a sus amigos al Rude Plenty?

—Simple bisutería —dije; me lo quité y lo guardé en el bolso. ¡Qué bobada, llevarlo allí! Pero me lo había puesto el día anterior para ir al cóctel de McVarish y también a la cena con Arthur Cornish, que me invitó después de la fiesta. Me gustaba y hoy me lo había vuelto a colocar en el dedo sin darme cuenta, saltándome la regla de no llevar esa clase de cosas en la universidad.

—Mentirosa. Es una piedra de calidad.

—Sigamos con su relato. Me tiene embelesada.

—¿Como en el cuento de *El viejo marinero*? «Escucha como un niño el invitado, el viejo marinero lo ha arrobado». Bueno, por no alargarme, el F.B.I. devolvió al viejo marinero al Canadá tras un pequeño escándalo en la universidad estadounidense en la que ejercía; el marinero se encontró de buenas a primeras en una fundación en la Columbia Británica, en manos de unos profesionales hábiles y entusiastas que querían apartarlo de las drogas y el alcohol. ¿Sabe cómo funciona la desintoxicación? Sencillamente, te quitan todas las sustancias y pasas una temporada infernal, sudas, deliras, das vueltas y más vueltas y después lo pasas como las personas muy viejas, me imagino, si tienen mala suerte. En cuanto a la bebida, te atiborran de un brebaje específico y te dejan tomar un trago cuando te apetezca, pero no te apetece nunca porque provoca una reacción tan espantosa, mezclado con el alcohol, que no quieres ni acercarte a una copa de jerez. Ese medicamento se llama Antabuse o así se llamaba cuando lo tomé. ¿Capta el sutil juego de palabras? ¡Antiabuso! ¡Dios, qué sentido del humor el de los médicos! Luego, una vez desintoxicado físicamente y en un estado mental penoso, se proponen volver a ponerte en buena forma intelectual. Ésa fue la peor parte para mí... ¡Ah, gracias a Dios por los espaguetis! Y por el Chianti... pero no, no se preocupe, Maria, no estoy cayendo de nuevo en la adicción, ¡qué expresión tan desagradable! Sólo una juerguecilla con una amiga. Lo tengo bajo control, no tema.

»Veamos, ¿dónde estaba? ¡Ah, sí! Terapia de grupo. ¿Sabe lo que es? Bueno, son reuniones con un grupo de iguales para hablar y hablar de los problemas de cada uno; se puede decir cualquier cosa sobre uno mismo o sobre quien se tenga ganas de hablar, inmensamente terapéutico todo ello. Te saca todo lo que llevas dentro: una auténtica francachela psicológica. La sangre salpica las paredes. Y, por supuesto, sesiones privadas con el psiquiatra, claro, pero la terapia de grupo es magia de altos vuelos.

»El único inconveniente era que yo no tenía grupo de iguales. ¿Quiénes son mis iguales? Filósofos brillantes que lo saben todo, desde Platón hasta el último prodigio del mundo de la filosofía, positivistas lógicos y demás gerifaltes de la intelectualidad. Y ahí estaba yo, en un triste aquelarre de borrachos arrepentidos: un vendedor de coches que había perdido la fe en los ideales de un Club Kiwanis, una judía incomprendida que había intentado enderezar a su familia en todo, un par de maestros de escuela que sólo podían haber enseñado Educación Cívica, algunos empresarios adoradores del vil metal y un camionero que, en mi opinión, sólo estaba allí para que no apartáramos los ojos de la carretera ni desviáramos los debates de la realidad. ¿La realidad de quién? La mía no, eso seguro, pero entonces, el diablillo de la perversidad me incitó a introducir bonitas filigranas en los debates, y los pobres borrachos acabaron más jodidos que antes. Me lo pasé en grande por primera vez en muchos años.

»El grupo se quejó y el psiquiatra me dijo que tenía que ser comprensivo con mis semejantes. Para él, la comprensión consistía en no contradecirlos por insostenibles que fueran sus declaraciones y considerarlos clarividentes por empalagosas que fueran sus actitudes de autocompasión. Era bobo... dominaba una técnica, pero era bobo. Se indignó cuando se lo dije. Permítame un consejo, Maria: no se ponga nunca en manos de un psiquiatra que sea menos inteligente que usted, aunque signifique soportar un suplicio sin ayuda de nadie, porque a la larga será mejor para usted. No todos los psiquiatras son brillantes y, desde luego, no son sacerdotes. Empezaba a creer que lo que me hacía falta era un sacerdote, pero entonces me comunicaron por fin que la fundación no podía hacer nada más por mí y debía reintegrarme al mundo. En realidad, me echaron.

»¿Dónde buscar un buen sacerdote? Lo intenté con algunos, porque todos tenemos una vena sentimental y aún creía que había de haber hombres santos en el mundo dispuestos a ayudarme con su bondad, pero, ¡ay, Dios! Tan pronto como descubrían lo culto y veloz de respuesta que era y la autoridad con la que hablaba, empezaban a apoyarse en mí y me confesaban sus cuitas creyendo que se las solucionaría. Algunos querían desertar y casarse. ¿Qué tenía que hacer yo? ¡Largarme! ¡Largarme! Pero, ¿adónde podía ir?

»Tenía algo de dinero entonces, porque mis padres habían muerto y, aunque se habían gastado gran parte del patrimonio familiar en su última larga enfermedad, me quedó lo suficiente para viajar, ¿y adónde fui? ¡A Capri! Sí, a Capri, el parangón de la

perversidad, aunque ahora está tan infestado de turistas que casi han dejado a los perversos sin espacio para pecar a gusto; la gran época de Norman Douglas ha pasado a la historia. Entonces, me fui rumbo al este, a las islas griegas, donde la ardiente Safo amó y cantó, aunque la han expulsado del candelero los apuestos muchachos pescadores, que comparten un lugar en la playa contigo a cambio de una suma substanciosa y regalos varios y que a veces se vuelven peligrosos y te baldan de una paliza sólo por divertirse un poco. Una infausta primavera, uno me mandó al hospital seis semanas. ¿La escandalizo, Maria?

—Saber que es gay no me escandaliza en absoluto.

—Pero es que no lo soy, ¿comprende? Soy sádico, de los peligrosos. Me río de los gays, le dan al asunto un cariz político y burguesón que no me gusta nada. Lo están echando todo a perder con sus reivindicaciones de liberación gay, sus estilos de vida alternativos y el rollo ese de que todo amor es sagrado y «los dos componentes de la pareja deben estar libres de pecado». Eso es poner la salsa del asunto a la altura de la gaseosa sin calorías y el café descafeinado: apariencia sin realidad. Si le quitan lo que tiene de siniestro y arriesgado, ¿qué le queda? Una excentricidad, como si me diera por meterme este espagueti por el oído, en vez de por la boca. Eso sí que sería un estilo de vida alternativo y una perversión indudable, pero, ¿a quién le importaría? No: si el pecado no es pecado, pierde talla.

—¿Ya mí qué me importa que le gusten más los hombres que las mujeres?

—Es que me gustan más sólo para una clase de satisfacción. No, no quiero saber nada de «erótica homosexual» ni de las horribles reinonas, traidoras y cazafortunas con las que uno se encuentra en esas aventuras. No quiero saber nada de la liberación gay ni de sus pijotadas sobre estilos de vida alternativos. No quiero ni el amor que no se atreve a pronunciar su nombre ni el que lo proclama ante cualquier tribunal de agravios. *Gnosce tei psum*, dice el oráculo de Delfos: «Conócete a ti mismo», y yo me conozco. No soy más que un burdo sodomita de toda la vida y me gusta hacerlo sin vaselina: me gusta el pringue, me gusta el hedor, pero no me pida que me guste esa gente: no es de mi clase.

—Por lo que dice, hermano John, muy pocos son de su clase.

—No soy tan exigente; sólo pido una gran inteligencia y una gran honradez en las cuestiones verdaderamente importantes.

—Exigencias suficientes para excluirnos a la mayoría, pero algo tuvo que ocurrir para que cambiara Grecia por ese hábito.

—¿Desconfía del hábito?

—No del todo, pero tomo precauciones. Ya sabe lo que dice Rabelais: «No hay que fiarse de quien mira por el agujero de la capucha».

—Él sabría, porque no hizo otra cosa en su vida o casi. Maria, no me ha contado por qué dedica tanto tiempo a ese monje renegado, antifeminista y soez. ¿Cree que pudo haber sido de mi misma condición?

—No. No era muy aficionado a las mujeres, pero parece ser que se aficionó a una

lo suficiente para hacerle un par de criaturas; al hijo lo quiso, desde luego. Es posible que las mujeres de su entorno no fueran las que más le convenían. Conoció a campesinas y a cortesanas pero, ¿hubo alguna mujer culta e inteligente en su vida? Habría sido excepcional en su experiencia. No habría sido como usted, hermano John, porque tenía una gran capacidad para el amor y la alegría y, desde luego, no era un parásito de la universidad, como usted en estos momentos. Amaba el saber y no lo utilizaba para humillar a los demás, que parece que es su juego predilecto. No, no; no se coloque a la altura de maese François Rabelais, pero, ¿qué hay del monje? Vamos, ¿cómo llegó a hacerse monje?

—¡Ajá! Aquí llega el *zabaglione* que nos ayudará a llegar al final. Discúlpeme un momento, tengo que retirarme al reservado de caballeros. Ojalá pudiera acompañarme; es muy divertido ver la cara que ponen los demás caballeros cuando un monje se monta en el urinario y se levanta las faldas. ¡Y cómo se quedan mirando! Quieren saber lo que llevan los monjes debajo del hábito. Simplemente, un par de calzoncillos más o menos limpios, se lo aseguro.

Y allá que se fue tambaleándose un poco y, cuando el público de las mesas se quedaba mirándolo, le dedicaba una sonrisa tan radiante y empalagosa que las miradas volvían a los platos sin pérdida de tiempo.

—¡Qué alivio! Bien, y ahora, el hábito —dijo Parlabane al volver—. Es un capítulo completo en sí mismo. Verá, en Grecia fui cayendo cada vez más bajo por varios motivos; los conocidos empezaron a evitarme y mis aventuras en las playas — porque la temporada en que podía alquilar, aunque sólo fuera una humilde cabaña, se me había terminado— eran tristemente famosas, incluso en una sociedad tan permisiva. La mala reputación es una carga pesada, sin dinero que la aligere. Entonces, un día, pasé por el consulado a ver si había correo para mí —normalmente no había nada, pero a veces, conseguía dar algún sablazo—, y sí, me esperaba una carta. Y todavía me desborda el regocijo que sentí al reconocer la letra, como si la estuviera viendo, era de Henry. Era una carta larga; en primer lugar, consideraba que me había tratado mal y me rogaba que lo perdonara. Después, me contaba lo que había hecho y dejado de hacer en la vida, una carrera muy parecida a la mía (sólo que, en su caso, nadando en la abundancia) y decía que había descubierto algo nuevo. Ése algo nuevo era la religión y estaba dispuesto a uncirse a la vida religiosa en el seno de una comunidad que trabajaba con los más desdichados. ¡Dios, qué carta más hermosa! Y, como broche de oro, se ofrecía a pagarme el viaje, si lo necesitaba, para que me reuniera con él y pensara en la posibilidad de aceptar el yugo también.

»Podríamos decir que monté un número en el consulado, llorando y sin poder hablar, pero finalmente, todo se arregló hasta el punto de que pude sacarle al cónsul el dinero para el telegrama de respuesta a Henry, con la promesa de devolvérselo tan pronto como me llegara el giro, porque si los cónsules no fueran prudentes con la gente como yo, no saldrían de la ruina.

»Pasé los días siguientes convencido de haberme redimido y, cuando por fin

recibí el telegrama y la confirmación de un crédito en el banco, hice una cosa que no había hecho en mi vida: fui a una iglesia y juré a Dios que, pasara lo que pasase en el futuro, estaría eternamente agradecido por Su misericordia.

»Ese juramento, Maria, fue profundamente sagrado y, a los pocos días, Dios me sometió a una prueba muy dura. Volví a Norteamérica haciendo escala en Inglaterra, donde tenía que recoger algunas pertenencias que había dejado allí —libros de estudio, principalmente—, y en Londres me esperaba otro telegrama: Henry había muerto. No decía nada más, pero cuando averigüé lo sucedido, comprendí claramente que se había despachado a sí mismo.

»Fue desolador, pero no extremadamente. Es que, verás, gracias a aquella carta en la que me decía que sus sentimientos por mí habían cambiado y que yo le importaba, no perdí la cabeza. Además, conocía los planes de Henry y, por otra parte, yo había hecho un juramento en aquella iglesia griega. Me haría monje, entregaría mi vida a los desafortunados e infelices, sería mi sacrificio por todas mis malas acciones y se lo dedicaría a Henry.

»Pero, ¿cómo se hace uno monje? Pues te pones a buscar y comparar y a ver quién te acepta, pero no es tan fácil, porque las órdenes religiosas son quisquillosas con quienes sienten la llamada de la vida recoleta repentinamente; no se consideran substitutas de la legión extranjera. Por fin me aceptaron en la Sociedad de la Sagrada Misión; me ofrecí a grupos anglicanos porque quería dedicarme sin demora a la vida monacal sin pasar por la pesadez de entrar primero en la Iglesia Católica Romana. Contaba con algunas credenciales apropiadas: estaba bautizado y mi nivel de estudios era vertiginosamente superior al que exigían. Me entrevisté en Londres con el padre provincial, que lucía, por cierto, las cejas más grandes que he visto en mi vida y miraba por debajo de ellas de una forma que hasta me hizo sentirme humilde, pero eso era justo lo que yo quería. Además descubrí su punto débil; le gustaban los chistes y los juegos de palabras, y le arranqué unas carcajadas, con todo respeto, desde luego, o, mejor dicho, unas sacudidas de hombros, porque se reía sin emitir sonidos; al cabo de unos días, ya de camino hacia Nottinghamshire, con una maleta muy pequeña en la que llevaba lo que se me permitía llamar propio: peine y cepillo, cepillo de dientes y demás, y aunque al padre prior le gusté tan poco como al padre provincial, me admitieron en periodo de prueba, me instruyeron, me confirmaron y, un tiempo después, entré en el noviciado.

»La vida allí era exactamente lo que buscaba. En la Casa Madre, una enorme mansión victoriana ampliada con una capilla y otras dependencias necesarias, las tareas domésticas no se acababan nunca, pero había que hacerlas y bien, además.

Aquel que barre según Tu ley
Tu ley y la tarea glorifica.

Era la máxima que querían inculcarnos como enfoque del trabajo. Y no se trataba sólo de barrer, había que dejarse el pellejo en el huerto cultivando verdura — comíamos muchísima verdura porque los días de abstinencia menudeaban—, trabajábamos como auténticos braceros. Había una escuela aneja a la casa y me encomendaron algunas clases, pero nada tenía que ver con la doctrina, la filosofía ni ninguna otra cuestión fundamental para la vida de la comunidad; daba clases de Latín y Geografía. Tuve que asistir a clases de Teología, pero no como una rama de la filosofía sino teología de la de verdad, podríamos decir. Todo esto se desarrollaba en el marco de la cotidianidad monástica.

»¿La conoce? Es increíble que se pueda llegar a rezar tanto. *Prima* a las seis y cuarto de la mañana y *maitines* a las seis y media. *Misa rezada* a las siete y cuarto y, después del desayuno, *tercia*, a las nueve menos cinco, seguida de veinte minutos de meditación. Después, a trabajar como condenados hasta la *sexta*, las doce y cuarto; después, la comida y vuelta al tajo hasta la merienda, a las tres y media de la tarde, y luego, la *nona*, a las cuatro menos diez. Después, recreo: ajedrez o tenis y tabaco. Tras la cena, *vísperas*, a las siete y media y, después del estudio, el día terminaba con *completas*, a las nueve y media.

»A usted, que tan aficionada parece al silencio, le habría gustado esa vida, creo yo. Los días de diario, se imponía silencio menor de nueve y media a la *sexta*; el silencio mayor se extendía de *completas* a las nueve y media de la mañana siguiente. En Cuaresma, se guardaba silencio desde *vísperas* hasta *completas*. Sólo se podía hablar en caso absolutamente necesario —si te corneaba un toro y cosas por el estilo—, por lo demás, nos comunicábamos mediante un lenguaje de signos del que, por respeto, no debíamos abusar. No tardé en encontrar una laguna en el precepto: la regla no decía nada sobre escribir y empecé a tener problemas por pasar notas escritas durante *capilla*.

»*Capilla* requería mucha agilidad mental, porque había que dominar el *Prontuario Monacal* y distinguir un “sencillo” de un “doble” y de un “semidoble de primera” y demás particularidades del oficio de monje. ¿Quiere que le dé una idea del *Común de los apóstoles según la Pascua*? ¿O que le esboce las reglas que rigen el uso de la bicicleta? ¿Desea que le describa la “postura reverente y disciplinada”? Significa que en *capilla* no se deben cruzar las piernas ni apoyar la cabeza en la mano cuando parece inevitable quedarse dormido.

»De sexo nada, por descontado. En la escuela, los muchachos debían quedarse en su sitio y los monjes y novicios teníamos estrictamente prohibido consentirles la menor familiaridad, grosería o falta de respeto; los niños no podían entrar en las habitaciones de los adultos, excepto las de los tutores, y nada de paseos con ellos. Esos tíos conocían bien la maldad del corazón humano. No se admitían mujeres en el recinto, salvo con el permiso del prior, que era el mandamás, y cuando desempeñaba sus funciones oficiales, debíamos obedecerlo y respetarlo como al propio Jesucristo. Claro, que el prior tenía un confesor que, en teoría, lo libraba del engreimiento.

»Parece el sistema idóneo para su fin, ¿verdad? Sin embargo, lo que son las cosas, Maria, estaba preñado de dificultades de toda clase, debidas a la fricción entre lo que hoy se entiende por democracia y el antiguo sistema monástico. Por eso, de vez en cuando, alguno no recibía la confirmación en la comunidad, después del noviciado, y volvía al mundo. Es decir, volvía a formar parte del mundo; nuestra orden hacía mucha labor en el mundo, además de la enseñanza; había misiones para vagabundos en las que algunos monjes en particular se mataban a trabajar... aunque no llegué a saber de ninguno que muriese, en realidad, pero, no eran del mundo, verdad, aunque vivían en el mundo, claro está.

»Y ahora, permítame que le dé un consejo útil: no baje nunca la guardia ante la persona que haya estado en un monasterio y haya salido de allí. Seguro que le dice que salió por decisión propia antes de hacer los votos definitivos, pero lo más probable es que lo expulsaran, y por excelentes motivos, aunque sólo fuera por ser un fastidio perturbador. Hay más monjes fracasados de lo que se imagina, y conviene no perderlos de vista.

—¿A usted también, hermano John?

—A mí no me expulsaron, yo salté la tapia, pero ya lo había conseguido. Expresé mi intención de quedarme en la Sociedad toda la vida y, tras superar el periodo de noviciado, fui lego con voto de pobreza, obediencia y castidad, y abrigaba la esperanza de ordenarme sacerdote. Conocía la regla de pe a pa y sabía cuáles eran mis puntos débiles: el artículo nueve, «Silencio», y el artículo quince, «De la obediencia». No podía sujetar la lengua y no soportaba que un ser al que consideraba inferior me impusiera disciplina.

—Sí, esa impresión tenía.

—Sí y seguro que ha sacado conclusiones falsas. Yo no era altanero, como algunos de los aspirantes y hermanos, que no soportaban que el padre subprior los reprendiera porque tenía acento de paleta de comedia mala. Yo no era un esnob, pero antes de haber oído hablar siquiera de la misión, me había ganado un lugar en un mundo intelectualmente exigente y lo que la regla decía con toda claridad era: «Dios da a cada cual la inteligencia necesaria para lo que quiere de cada uno y la fortaleza necesaria para cumplir Sus propósitos, ya que no para lo que cada cual desearía ser». Tanto el padre prior como mi confesor rechazaron inflexiblemente todas mis peticiones, humildes y respetuosas, de que me confiaran la tarea para la que mejor preparado estaba, es decir, dar empleo a los conocimientos y a la inteligencia. Citaban la regla tan bien como yo: «No puedes cumplir la voluntad de Dios y la tuya propia, a menos que la tuya sea perfectamente conforme con la Suya. En tal caso, no será necesario someterlo a consideración, pero, en caso contrario, será muy necesario mortificar la tuya». Y me mortificaban, claro, pero como ellos también eran seres falibles, se equivocaron al encomendarme la tarea de disponer lo necesario para la misa, es decir, que quedaron bajo mi tutela directa las grandes jarras del vino de consagrar y, después de muchos sorbos y viajes a las jarras y de rellenarlas con agua,

una mañana perdí el oremus y me encontraron en la sacristía borracho como una cuba. Que no se le ocurra nunca beber ese vinacho barato con el estómago vacío, Maria. Supongo que me tomé la falta muy a la ligera y cumplí la penitencia con una actitud impertinente. Sea como fuere, las cosas iban de mal en peor y sabía que corría peligro de expulsión, pues, cuando la Sociedad aceptaba a un aspirante, le decía con toda claridad que eso podría suceder inapelable e irrevocablemente.

»Con todo, lo habría sobrellevado hasta el final, pero empecé a desear ardientemente otro régimen de vida. El que ofrecía la Sociedad era bueno, pero ahí radicaba el problema, era “bueno” hasta la saciedad. Yo había conocido otro mundo y me entró una añoranza irresistible de la melancolía existencialista, el malicioso regocijo por las desgracias ajenas y el humor negro que sazónaba la vida intelectual fuera del monasterio. Era como el niño que sólo recibe comida sana; mi alma moría por un poco de basura malsana que me equilibrase un poco.

»Entonces, entregué una carta a escondidas a un visitante que había ido a hacer un retiro, mi querido amigo Clem me mandó dinero y salté la tapia.

»Bueno, es un decir, porque no había tapia, pero un día, a la hora del recreo, me fui por el sendero de entrada vestido con traje y una peluca roja del baúl de los disfraces que se usaban para hacer teatro en Navidad. Los monasterios no sueltan perros en pos de los prófugos. Estoy seguro de que se alegraron de perderme de vista.

»Luego me quité la peluca y me puse el hábito, con el que me había quedado providencial ya que no honradamente. Es un atavío que facilita mucho las cosas. Tomé el avión y volví a los brazos de mi munificente madre, mi querida Entelequia... ¡Bueeerp! Disculpe si parece que he eructado. Molly, ¿me permite echar una miradita de nada a ese diamante que con tanta presteza me ha privado de seguir admirando?

—No. Es un diamante como cualquier otro.

—En absoluto, querida mía. No puede ser como cualquier otro porque es «el suyo». Usted le da esplendor; no hay piedra que pudiera hacer lo propio con usted.

—Bueno, nos vamos ya. Tengo que hacer un par de cosas antes de volver a casa.

—¡Ajá! La dama tiene casa. ¡La bella Maria Magdalena de la Madre de Dios tiene casa! ¿Y dónde se encuentra, por ventura?

—A usted le está vedado saberlo.

—La dama tiene casa y un anillo de diamante. ¡Y ese anillo es un privilegiado! Sabe quién es el viejo Burton, ¿verdad? La *Anatomía de la melancolía*, contemporáneo de Shakespeare. Escribió algo sobre un anillo con un diamante que aprendí de memoria en mi época premonástica..., a veces me venía, perverso, a la cabeza enconadamente cuando estaba en *capilla*. Es de suponer que me lo soplaba el demonio. Decía así: «Un enamorado, en los *Apólogos* de Calcañino, deseaba ardientemente ser el anillo de su enamorada para así oír, abrazar, ver y hacer no sé cuántas cosas; “¡Majadero! —respondióle el anillo—. Si en mi lugar estuvieras, no oirías, observarías ni verías sino *pudenda et poenitenda*, que por ventura te harían detestarla y aborrecerla, y acaso a todas las mujeres por ella”, pero el anillo era un

necio remilgado, porque el enamorado habría dado el alma por ver lo que él veía».

—Basta, hermano John, es ridículo. Vámonos.

—No, no; todavía no... ¿entiende lo que quiero decir? Incluso hay una canción sobre ese tema.

Empezó a cantar a voz en grito marcando el tiempo encima de la mesa con el mango del cuchillo:

Quisiera ser anillo de diamante

en la mano de mi amor,

en la mano de mi amor.

¡Y cada vez que se limpiara el culo

yo vería la Tierra de Promisión,

yo vería la Tierra de Promisión!

—Vamos, que ya es hora de marcharse.

—¡No sea gazmoña! ¿Cree que no le he visto el plumero? Compra mi relato con una comida barata, se queda ahí mirándome con cara de juez dispuesto a sentenciarme a la horca y ahora me viene con alharacas y quiere salir pitando como si no hubiera oído una coplilla verde en su vida. ¡Y seguro que no! Apuesto a que no sabe ni una sola copla verde, puta impertérrita...

No sé por qué lo hice. No, no es cierto: lo sé. Mi ascendencia me prohíbe rechazar un reto: mi ascendencia por ambas partes. De pronto me enfurecí, asqueada de Parlabane. Eché la cabeza atrás y, con voz fuerte —tengo la voz fuerte de verdad, cuando es necesario—, canté así:

Un puto negro se empalmó por mirar a una ventana
donde había una mujer bajándose las bragas.

y lo que seguía.

Causé sensación. Cuando cantaba Parlabane, los de las otras mesas, estudiantes en su mayoría, procuraban no mirar. Cantar a gritos una canción grosera quedaba dentro de los límites de la permisividad, pero la mía había sido una auténtica barbaridad. Había pronunciado inexcusablemente una expresión racista. A la voz de «puto negro» varios clientes me mandaron callar inmediatamente y un joven se puso de pie como si fuera a dirigirse a un tribunal de agravios. Al momento, el propietario se situó detrás de mí y me tiró del codo instándome a marchar, empujándome hacia la puerta; sólo me dio tiempo a pagar la cuenta, cuando pasamos ante la caja.

—No venir más, no venir más, ni tú ni el cura —murmuró iracundo, porque detestaba el escándalo.

Y así nos echaron del Rude Plenty. Como no estaba borracha pero sí excitada, pensé que debía acompañar a Parlabane hasta la Entelequia.

—¡Dios mío, Molly! —dijo, mientras nos alejábamos dando tumbos—. ¿Dónde ha aprendido esa canción?

—¿Dónde aprendió Ofelia su indecente canción? —dije—. Seguramente la oyó sin querer, cuando tejía patucos para Polonio junto a la ventana y los soldados cantaban en el patio.

El comentario le recordó a Shakespeare y empezó a dar voces diciendo:

—¡Cántame algo picante! ¡Cántame algo picante hasta que me lloren los ojos! — y siguió cantando por todo lo alto, mientras yo procuraba que no se me viniera abajo.

Pasó un coche de la policía universitaria con dos agentes; nos rebasaron sin detenerse y apartaron la mirada, porque por nada del mundo querían verse envueltos en un follón, pero, ¿qué habrían visto? Parlabane con el hábito y yo con una capa larga, porque hacía una fría noche de otoño, debíamos de parecer una pareja de borrachas peleándose en la acera. De repente, la emprendió a tortas conmigo, pero tengo cierta experiencia en lucha y le solté un par de ganchos aleccionadores. Por fin, lo hice entrar por la puerta de la Entelequia y lo dejé en manos del portero, que nos miró como si esa clase de tejemanejes empezaran a hacerse costumbre.

Y así era, en efecto.

II

A la mañana siguiente estaba temblorosa y arrepentida; resacosa no, porque nunca bebo mucho, pero perfectamente consciente de haber hecho el idiota. No debería haber cantado esa canción del negro. ¿Dónde la habría aprendido? En mi colegio de monjas, donde las chicas cantaban canciones que aprendían de sus hermanos. Tengo una memoria auditiva muy capaz, nunca se me olvida una canción indecente ni un ripio humorístico, al contrario que las cosas formales que leo; en cambio, a veces me cuesta recordar, cuando las necesito, las cosas serias que leo, pero no iba a dejarme achuchar por Parlabane, siempre he aceptado los desafíos sin vacilar; ni a mi padre ni a mi madre, a pesar de lo diferentes que eran, les habría gustado que reculara ante un reto.

Guardé el anillo de diamante —vil objeto de vanidad femenina, y lo que es peor, de abundancia nada propia de estudiantes— y no fui a la universidad en mi pequeño utilitario. ¡Ándate con cuidado, Maria! Parlabane había conseguido desquiciarme un poco, había despertado la ménade que llevo dentro, ese hálito que cualquier mujer con un poco de carácter pone buen cuidado en reprimir, pero que hace temblar a los hombres inconteniblemente, cuando se les revela. Las ménades, que descuartizaron a Penteo y se lo comieron, no han muerto, sólo están dormidas, pero yo no quiero unirme a las ménades políticas, a la hermandad de la liberación de la mujer; las evito igual que Parlabane a los gays políticos; convierten en causa pública una cuestión demasiado profunda e importante para la acción política colectiva. Mi ménade particular se había desmadrado, y yo había derrochado su tremenda energía sólo por ganar la batalla a un monje chulesco y malcriado. ¡Arrepiéntete, Maria, y ándate con cuidado!

Cuando llegué a las habitaciones de Hollier, Parlabane no estaba, pero Hollier sí.

—Me he enterado de que anoche el hermano John y usted se corrieron una buena juerga.

No supe qué decir, de modo que me limité a asentir con la cabeza, con la sensación de tener dieciséis años y de que Tadeusz me estaba regañando una vez más.

—Siéntese —dijo—, quiero hablar con usted. Tengo que prevenirla respecto a Parlabane. Sé que parezco exagerado y que usted es perfectamente capaz de cuidarse sola y demás zarandajas. Cuando le dije que procurase comprenderlo no me imaginé que iría tan lejos, pero entiéndame bien: no le conviene intimar mucho con Parlabane. ¿Por qué? A la luz del trabajo que hacemos juntos usted y yo, no es necesario que se lo explique en términos actuales; los antiguos son más que suficientes y exactos: Parlabane es un hombre malvado, la maldad es contagiosa y usted no debe contraerla.

—Cuánta dureza, ¿no? —dije.

—No. Entienda que no le hablo de moral estrecha, sino de algo que entra de lleno en la paleopsicología. La maldad existe; no es habitual, pero existe. La maldad exige la misma cantidad de energía que la bondad, y son pocas las personas que tienen la

necesaria para cualquiera de los dos caminos, pero él sí. Lleva dentro un demonio destructivo que la arrastraría tras de sí y después se reiría de usted por haber sucumbido a su poder. Ándese con cuidado, María.

Me quedé petrificada al oír exactamente las mismas palabras que me había dicho yo desde que me había despertado. Hollier era así: un poco mago, pero tampoco era cuestión de doblegarme ante el mago como si me faltara voluntad propia. No, al menos de momento.

—A mí me parece patético.

—¿Ah, sí?

—Me contó su vida.

—Sí, a estas alturas, le habrá sacado mucho brillo ya.

—Pues no es una vida nada alegre.

—Pero se la habrá contado con mucha gracia, seguro.

—¿La ha tomado usted con él porque es gay?

—Es sodomita, que no es lo mismo que gay, pero no es eso lo que le hace malvado, necesariamente. Oscar Wilde también lo era y no ha habido hombre más amable y generoso sobre la tierra. La maldad no es lo que uno hace, es algo que se es y que infecta todos los actos. Se lo contaría todo, ¿no?

—No. En general, cuando alguien cuenta su vida, se alarga bastante en el periodo de la infancia; él empezó mucho más tarde.

—Entonces, le voy a contar yo un par de cosas. Nos conocemos desde niños; íbamos juntos al colegio y a los campamentos de verano. ¿Le contó lo que le pasó en la cara?

—No, y no tuve oportunidad de preguntárselo.

—Bueno, la anécdota no es gran cosa en sí misma, pero las consecuencias sí. Un verano, cuando teníamos catorce años, calculo, estábamos en el campamento, y Parlabane, que siempre ha sido muy mañoso para las manualidades, estaba reparando una canoa. Dirigía la operación un monitor y todo parecía bien controlado. Entonces, puso una lata de pegamento a calentar directamente en el fuego, no dentro de una cazuela con agua. Dios sabrá lo que estaría haciendo el monitor en ese momento, pero el caso es que la lata reventó y el pegamento hirviendo le salpicó toda la cara. Lo llevaron inmediatamente al hospital más cercano, había que hacer algo drástico y, en general, la intervención fue correcta, porque le salvaron la cara, aunque se la había quemado horriblemente, y los ojos no salieron tan perjudicados como era de temer. Fui con él al hospital, los encargados del campamento arreglaron las cosas para que pudiese quedarme con él, lo prefirieron así porque yo era su mejor amigo. Cuando no estaba en el quirófano, me sentaba a su lado y le sujetaba la mano, y así pasaron tres días.

»Rabiaba sin parar, estaba furioso porque sus padres no acudían. Los habían avisado desde el campamento y habrían podido presentarse al cabo de unas horas, pero no apareció nadie hasta el cuarto día: el padre —un inútil poquita cosa— y la

madre, harina de otro costal. Ella era una personalidad de la política de la ciudad, que había pasado del Consejo de Educación a la concejalía, una mujer muy atareada, según dijo ella. Había acudido tan pronto como había podido y disponía de poco tiempo. Derrochaba gracia y afecto, además de ser una persona muy inteligente y capaz, según había tenido yo oportunidad de constatar, pero no se deshacía en atenciones maternas.

»Parlabane le dijo cosas tan atroces que yo quería huir, pero no me soltaba la mano. Ella era su madre, pero, ¿qué hacía mientras él sufría? ¡Trabajaba por el bien público pero era incapaz de dejarlo por una necesidad personal!

»La mujer se lo tomó muy bien. Se rió discretamente y le dijo: “¡Vamos, Johnny! Sé que lo estás pasando mal, pero tampoco es el fin del mundo, ¿no?”.

»Entonces, Parlabane se echó a llorar, pero, con las lágrimas, las heridas de los ojos le dolían horriblemente y el llanto se convirtió en chillidos, que salían de un pequeño orificio que le habían dejado entre todos los vendajes para la boca. Era del tamaño justo del tubo con que lo alimentaban. Hablaba como un niño desde el fondo de un pozo, con palabras amortiguadas que apenas se entendían, pero que tenían un significado atroz.

»En aquel pequeño hospital del norte no había aire acondicionado y hacía un calor tremendo en verano; seguro que los vendajes le daban un calor insoportable, las heridas le dolían muchísimo y el efecto de los sedantes lo mareaba. Los chillidos atrajeron a un médico armado de jeringuilla y, poco después, John dejó de chillar, pero la señora Parlabane no perdió la compostura en ningún momento.

»Te quedas con él, ¿verdad, Clement? —me dijo—. Porque de verdad que debo volver a la ciudad.

»Y se fueron los dos, ella y el dócil marido. Vi que el padre, antes de marcharse, acariciaba un momento la mano insensible de su hijo.

»Y eso fue todo; poco después, le quitaron los vendajes y vimos por primera vez la cara que usted conoce. No era guapo antes del accidente, pero después parecía que llevara una máscara roja, aunque ha ido perdiendo color con el paso del tiempo. Estoy seguro de que los cirujanos plásticos de Toronto habrían podido mejorarlo mucho en los años siguientes, pero la familia de Parlabane no movió un dedo.

—¿No denunciaron al campamento?

—Eran amigos de los propietarios y no querían perjudicarlos. A John le pareció una gran injusticia.

—¿Y por eso es como es?

Supongo que algo tendrá que ver. Lo que es seguro es que no le sirvió para ser de otra forma. A partir de entonces, su madre y él se llevaban como el perro y el gato. La llamaba puta diosa, por la puta diosa del éxito de Henry James, porque ella consideraba que había triunfado en la vida. Él, sin embargo, nunca dejó de reprocharle que lo hubiera abandonado cuando más la necesitaba; más de una vez, la madre me comentó que había procurado que se hiciera todo lo posible y que, en su

opinión, John hacía un castillo de una desgracia que podía haberle ocurrido a cualquiera. Todo esto no viene al caso, aunque supongo que es revelador de la personalidad y el carácter de ambos, claro. El hecho de que no se animara a contárselo a usted —aunque estoy seguro de que le hablaría conmovedoramente de la otra gran traición que sufrió, la del catamita egotista de Henry Lowei III, la belleza de Princeton— demuestra lo mucho que le afectó.

»Espero que ahora las cosas le vayan un poco mejor. Le he encontrado un trabajo, acaba de irse a hacer los trámites. Appleton, que da unas clases de ampliación, se ha roto la cadera y necesita un suplente, incluso cuando se reincorpore, porque no podrá cargar con tanto trabajo. Así es que convencí al director del departamento de que contratara a Parlabane hasta final de curso; una clase semanal de Principios Básicos de Filosofía y dos de Seis Textos Filosóficos Fundamentales.

—Maravilloso.

—Me temo que a él no se lo parece. Las clases de ampliación son nocturnas, la mayoría del alumnado es mayor y se aferra a sus ideas; no es tan emocionante como moldear mentes jóvenes, que es lo que le gusta a él.

—Será duro con los jóvenes, supongo.

—Sus buenos tiempos de profesor ya son historia, me temo. Razona muy bien, al menos antes, pero divaga y mete mucha paja. Resulta que quiere trabajar conmigo.

—¿En qué?

—En calidad de ayudante de investigación extraordinario.

—Pero, ¡su ayudante de investigación soy yo!

—Él la sustituiría con mucho gusto, pero no se preocupe, yo no estoy dispuesto.

—¡Qué judas!

—Pues no es su peor cualidad, sino su estilo normal de conducta, simplemente, pero lo que yo puedo y quiero hacer por él tiene un límite. Le he procurado un trabajo y ahí termina mi compromiso.

—Se ha portado usted maravillosamente con él.

—Es un amigo de la infancia y a los amigos de la infancia no siempre se los elige, ¿verdad? A veces nos tocan en suerte, sin más. Se conoce a alguien, se lo trata unos años y lo más fácil es que uno no se lo pueda quitar de encima de por vida. A veces hay que hacer lo que se pueda.

—Bueno, al menos ya no está aquí.

—No cuente con ello. Le diré que se busque alojamiento en otra parte, pero no tendrá despacho en el campus. Volverá, a gorronear libros y también por verla a usted.

—¿A mí?

—Usted le gusta, ¿sabe? Sí, sí, no importa que sea homosexual. Prácticamente todos los hombres necesitan a una mujer para una cosa u otra, salvo casos verdaderamente excepcionales. Atormentarla le resulta placentero. Y no subestime el agradecimiento que sienten todos los hombres por la belleza femenina. La verdad es

que hay muy pocos que no aprecien las flores y muchos menos que no reaccionen ante una mujer bella. No es una cuestión fundamentalmente sexual, es sobre todo la elevación del ánimo que produce la belleza. Vendrá a martirizarla, a burlarse de usted, a hacerla rabiar, pero sobre todo, a refrescarse con su presencia.

—¿Por eso me tiene usted aquí? —pregunté haciendo acopio de valentía.

—En parte, pero sobre todo porque es la mejor alumna y ayudante que he tenido en mi vida y la más afín intelectualmente.

—Gracias. Le traeré flores.

—Las recibiré con gusto. Nunca me acuerdo de comprarlas yo.

¿Cómo tengo que interpretarlo? Uno de los mayores atractivos que le encontraba a Hollier era esa indiferencia posesiva. Seguro que sabe que siento adoración por él, pero no me da ocasión de demostrárselo. Sólo aquella vez. ¡Dios mío! ¿Quién querría estar en mi pellejo? Aunque, por otra parte, tendría que hacer como Parlabane en el hospital, entender que no era el fin del mundo.

Antes de hablar, vi claramente que Hollier hacía esfuerzos por encontrar la forma de decir algo. Y por fin la encontré.

—Tengo que pedirle dos favores, Maria.

¡Lo que quieras! ¡Pídemelo que quieras! La ménade que hay en mí estaba adormecida en aquel momento y reinaba la paciente Griselda.

—El primero es que vaya a ver a un antiguo conocido mío, el profesor Froats. Creo que hay cierta similitud entre su trabajo y el mío y quisiera comprobarlo. Ya sabe a quién me refiero... últimamente, se habla mucho de él en la prensa, cosa que incomoda a la universidad y a él, creo. Trabaja con excrementos humanos —los desechos, lo que se considera desprovisto de valor para la humanidad—, y supongo que, aun así, tiene esperanzas de encontrar ahí algo de valor. Ya sabe que llevo meses investigando la coproterapia en la Edad Media, en la Antigüedad y en Oriente Medio. La madre beduina lava al recién nacido con orina de camello o con la suya propia; seguramente no sabe por qué, sólo sigue la costumbre, pero el biólogo moderno lo sabe: es una protección adecuada contra varias infecciones. Cuando un niño tiene las piernas torcidas, el nómada de Oriente Medio se las entablilla y se las envuelve en vendas de excremento de burro; al cabo de unas semanas, las piernas se enderezan. No sabe por qué, pero sabe que da resultado. Al portero de Ploughwright, que es irlandés, se lo hicieron unos gitanos irlandeses a los tres años y hoy tiene las piernas tan rectas como las mías. La coproterapia estaba muy extendida; a veces era superstición, pero otras veces funcionaba. ¿Sabía que la penicilina de Fleming tiene su origen en la coproterapia? Cualquier leñador sabía que el moho del pan rancio era lo mejor para las heridas de hacha. La porquería salvadora. ¿Por qué? Sospecho que Ozias Froats lo sabe.

»Su principio básico guarda una semejanza asombrosa con la alquimia: reconocer la valía de lo que desprecian quienes no saben ver. La larga búsqueda de la piedra filosofal de los alquimistas y la piedra bíblica que desecharon los que edificaban; ésta

fue puesta por cabeza de esquina. ¿Conoce la paráfrasis escocesa?

Será piedra principal de la esquina

La piedra que desecharon los constructores.

»¿y la *lapis angularis* de la Rosacruz, y la piedra del *filus macrocosmi*, que era Cristo, el bien absoluto?

—Conozco todo lo que ha escrito usted al respecto.

—Bien, ¿el científico Froats estará buscando lo mismo, pero por medios distintos a los nuestros y sin tener la menor idea de lo que estamos haciendo nosotros, aunque vayamos por el mismo camino?

—Pues, ¡sería fantástico!

—Me temo que es literalmente así. Si me equivoco, sería especulación fantástica. Si estoy en lo cierto y llegara a saberse, al pobre Ozy Froats podrían ponerle las cosas muy feas. De modo que nos conviene guardar el secreto. Por eso quiero que lo haga usted. Si me presento yo en el laboratorio, Ozy sospechará, sabrá que ando buscando algo y, si le cuento de lo que se trata, le impresionará muchísimo o tendrá una pataleta científica —ya sabe lo increíblemente puritanos que son los científicos con su trabajo: ni la menor contaminación de nada que no pueda someterse a pruebas experimentales y demás zarandajas—, pero usted puede acercarse a él como estudiante. Le he dicho que tiene usted curiosidad a raíz de un trabajo sobre el Renacimiento que está preparando. Dejé caer el nombre de Paracelso y eso es todo lo que sabe o debería saber.

—Sí, sí, claro que iré a verlo.

—No vaya en horario lectivo, vaya cuando no haya alumnos por allí, así será más fácil que se entusiasme. Son todos científicos novatos y escépticos como santo Tomás: no creen que sus abuelas tienen arrugas hasta que se las miden con un micrómetro, pero Ozy, en el fondo, es un entusiasta. De modo que vaya una noche después de cenar. Siempre está allí hasta las once, por lo menos.

—Iré lo antes posible. ¿No dijo que quería pedirme dos favores?

—¡Ah, sí, claro! Pero el segundo no tiene que hacérmelo si no le parece bien.

¡Qué idiota soy! Sabía que tenía que ser algo relacionado con nuestro trabajo, algo nuevo con respecto al manuscrito del que me había hablado a principios del trimestre, quizá, pero se me metió en la cabeza la peregrina idea de que a lo mejor quería que viviera con él, o que nos fuésemos a algún sitio un fin de semana, o que nos casáramos o algo más inverosímil todavía, pero lo que me pidió sobrepasaba el límite de la inverosimilitud.

—Le estaría infinitamente agradecido si encontrara la forma de presentarme a su madre.

El nuevo Aubrey III

I

El sepelio de Ellerman fue muy triste, lo cual no es una perogrullada tan grande como pueda parecer, porque he asistido a funerales muy alegres de personas queridas y valientes, pero el de Ellerman no tuvo gracia ni personalidad. Las casas de «pompas fúnebres» existen por conveniencia, para eximir a las familias del agobio de celebrar una ceremonia en una casa pequeña, que no podría acogerla de ningún modo, y para librar, de paso, a las iglesias de enterrar a personas que en vida no sentían inclinaciones religiosas ni contribuían a su mantenimiento. Se dice que estamos alejándonos de la religión, pero son pocos los que se alejan tanto que, al morir, no sean despedidos con una ceremonia religiosa de alguna clase. ¿Será que la humanidad es religiosa por naturaleza? ¿O es sólo prudente por naturaleza? En cualquier caso, no queremos despedirnos de un amigo sin dedicarle algún rito, pero ¡cuantísimas veces resulta insuficiente!

Un ministro de una secta, que cualquier publicista habría calificado de «mezcla suave», leyó unas oraciones y unos pasajes de las escrituras y dijo que Ellerman había sido un buen hombre. A eso digo amén.

Él sabía apreciar una pincelada de estilo y era un hombre generoso. Ese final lo habría consternado, le habría gustado que las cosas se hubieran hecho mejor, pero, ¿cómo hacer mejor las cosas cuando nadie tiene creencias firmes en nada y cuando la ineptitud canadiense para toda clase de ceremonias reduce las exequias a la mediocridad?

¿Qué habría hecho yo si hubiera sido el encargado de organizarlo? Habría expuesto las medallas de guerra de Ellerman, que tenía muchas y honrosas, y habría cubierto el ataúd con su toga roja de doctor a modo de recordatorios de lo que había sido, de sus mayores valores, pero —«Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá»— a la hora de introducirlo en la fosa, le habría retirado esos símbolos de su vida y habría cubierto de tierra el féretro desnudo, en vez de echar pétalos de rosa que, según los directores funerarios modernos, simbolizan las palabras «Tierra a la tierra, cenizas a las cenizas, polvo al polvo»; el tamborileo de los grumos de tierra sobre la tapa del ataúd imprime sinceridad. Ellerman enseñaba literatura inglesa y era especialista en Browning. Alguien podría haber leído algún verso de *El funeral de un gramático*, pero son pensamientos vanos; lo que a ti te gusta es la teatralidad, Darcourt; la aflicción ha de ser exigua, mezquina y barata... no en lo que se refiere al dinero, desde luego, sino en expresión e inventiva. Muerte, no seas soberbia; ni la calavera sonriente, ni las grandes ceremonias ni el esplendor contagioso de la fe están bien vistos en los funerales urbanos modernos de clase media; es necesario ocultar la aflicción porque es el mínimo común denominador de la emoción permisible.

Lamento no haberlo visto cuando se acercaba al final, le habría dicho que la idea de *El nuevo Aubrey* había enraizado en mí, y por tanto, independientemente de cuáles

hubieran sido sus creencias, una parte de él seguiría viva, por humildemente que fuera.

Reunió una parroquia considerable; según mi ojo profesional, unos setenta y cinco, barba más, barba menos. Ni rastro de McVarish, aunque habían sido muy amiguitos. Urky no quiere saber nada de la muerte, si puede evitarlo. Quien sí que acudió, para sorpresa mía, fue el profesor Ozias Froats. Sabía que provenía de una familia menonita, pero era de suponer que, al haber entregado su vida a la ciencia, se habría apartado de toda creencia sobre lo invisible y de lo inconmensurablemente elevado o profundo. Al salir de la casa de pompas fúnebres, aproveché la ocasión para hablar con él.

—Espero que todas esas tonterías de la prensa no le afecten mucho —dije.

—Ojalá pudiera decirle que no; todo lo que cuentan es muy injusto, pero, claro, ¿cómo van a entenderlo?

—El daño que puedan hacerle no será irreparable, seguro.

—Puede que sí, si finalmente me obligan a reducir el ritmo de trabajo para satisfacer a ese tal Brown. Sus aspiraciones políticas podrían costarme siete años de trabajo que tendría que repetir, si dejo de trabajar una temporada al ritmo actual.

No me imaginaba que estuviera tan alicaído. Lo conocía desde hacía años, desde su época de futbolista famoso; en aquellos tiempos era un joven temperamental, y al parecer seguía siéndolo.

—Estoy convencido de que le traerá tanto provecho como perjuicio —le dije—; miles de personas se habrán enterado de lo que está haciendo y habrá suscitado su interés. Como también me ha ocurrido a mí. No sé si sería impropio expresarle mi deseo de ir a verlo algún día.

Para mi asombro, se animó muchísimo y me dijo:

—Cuando quiera, pero venga por la noche, que es cuando estoy solo, o prácticamente solo. Con mucho gusto le enseñaré lo que hago y se lo explicaré. Le agradezco que me haya expresado su interés.

De modo que fue muy fácil. Echaría un vistazo a Ozy desde el punto de vista de *El nuevo Aubrey*.

II

Sería injusto para con Ozias Froats y para conmigo creer que iba a cazarlo como un coleccionista de mariposas. No era así como concebía yo *El nuevo Aubrey*. Desde luego, a Ellerman, como amante de las cosas más singulares de la literatura inglesa, le entusiasmaba el delicioso estilo de John Aubrey, la mezcla de perspicacia e ingenuidad con que recogió un batiburrillo de información sobre los grandes de su época. En cambio a mí no era eso lo que me interesaba; a los estudiantes les gusta escribir cosas así en sus revistas literarias: «Diario de Nuestro Propio Mr. Pepys» y ocurrencias por el estilo. Lo que yo valoraba en Aubrey era la energía de su curiosidad, la resolución con que averiguaba cuanto podía sobre las personas que le interesaban: ésa era la cualidad suya que me proponía rescatar.

No se trataba de simple curiosidad. Era un verdadero proyecto universitario. La energía y la curiosidad son la sangre de las universidades; el deseo de averiguar, desvelar, ahondar y desentrañar misterios resume el espíritu universitario, y la canalización de esa inquieta energía es lo que mantiene unida a la humanidad. En cuanto a la energía, sólo quienes no lo hayan intentado una o dos semanas seguidas pueden suponer que la búsqueda del conocimiento no exige fortaleza y determinación, la firme resolución de no dejarse vencer, que es una forma particular de energía, y quienes carezcan de ella o no tengan la suficiente nunca llegarán a ser eruditos ni profesores, porque el verdadero ejercicio de la docencia también requiere energía. Para instruir se precisa energía, pero para saber callar sin bajar la guardia y en constante disposición de ayudar, mientras los estudiantes se instruyen solos, se precisa aún más energía. Dejar que alguien tropiece (lo cual le enseñará a no tropezar de nuevo), cuando podríamos evitárselo con una sola palabra, pero a costa de privarlo de conocer un peligro importante, es una de las tareas del maestro que requiere una energía específica, porque contenerse es más difícil que gritar.

Lo que yo aportaba a *El nuevo Aubrey* era curiosidad y energía, en honor a mi universidad, aunque quizá no supiera apreciarlo hasta mi muerte. He contribuido lo mío a la erudición —dos libros bastante aceptables sobre Apócrifos del Nuevo Testamento, sendos estudios en torno a determinados evangelios y apocalipsis tardíos que no fueron aceptados en las Sagradas Escrituras canónicas— y ya no tenía necesidad de justificarme al respecto. Así pues, estaba dispuesto a dedicar tiempo, energía y, por descontado, curiosidad —que me ha sido otorgada en cantidades excepcionales— a *El nuevo Aubrey*.

Estaba trazando un plan. El orden en el trabajo es importante. Uno de los atractivos del antiguo Aubrey es precisamente la total falta de orden, pero el nuevo no iba a imitarlo en eso.

No fui inmediatamente al laboratorio de Ozy; quería pensar en el objetivo de la visita. No sería una valoración científica, por descontado, porque soy incompetente en ese terreno y, cuando su trabajo saliera a la luz, habría suficientes colegas y

compañeros que lo juzgarían. No, lo que yo buscaba era el espíritu del hombre, la fuente de la energía que alimentaba su labor.

En esto estaba pensando una noche, unos días después del entierro de Ellerman, cuando llamaron a la puerta de mi habitación; para mi sorpresa, era Hollier.

Tenemos buena relación, aunque no nos tratamos mucho desde la época de estudiantes en la Entelequia; entonces nos conocíamos muy bien. No éramos íntimos porque yo estudiaba clásicas y quería hacer teología (a la Entelequia le gusta que sus clérigos adquieran una cultura general antes de centrarse en la preparación para ordenarse), de modo que sólo nos veíamos en las sociedades estudiantiles. Desde entonces, nos saludábamos con cordialidad al encontrarnos en cualquier lugar, pero no nos molestábamos en citarnos para vernos a propósito. Supuse que la visita tendría algo que ver con el asunto Cornish. Hollier no hacía visitas de cortesía.

Y así fue, en efecto. Tras aceptar un trago y transcurridos unos cinco minutos de incómodo intercambio sobre el tema del trabajo de cada cual, entró en materia.

—Hay un detalle que me tiene preocupado, pero no he querido hablar de ello hasta ahora porque pertenece a tu sector de la herencia. ¿Has encontrado algún catálogo de los libros y manuscritos de Cornish?

—Hizo un par de intentos, sí, y también hay algunas notas, pero no tenía la menor idea de lo que es confeccionar un catálogo.

—Entonces, si faltara algo, ¿no tendrías forma de saberlo?

—Si fuera un manuscrito de música lo sabría, porque me los enseñaba con frecuencia y sé bastante bien lo que tenía, pero de lo demás, no.

Sé que tenía un manuscrito en concreto, porque lo compró en abril y lo vi una noche en su casa. Acababa de adquirir una colección de manuscritos por la caligrafía; eran copias contemporáneas de la actividad epistolar de la cancillería papal de Pablo III. Ya sabes que le interesaba la caligrafía y sabía bastante de ella, a pesar de ser un simple aficionado, y lo que le llamó la atención fue la escritura, más que el contenido; era un paquete de una colección de otra persona y lo más valioso de todo era una carta de Jacob ben Samuel Martino en la que hacía una breve referencia al divorcio de Enrique VIII, tema en el que Martino era un experto, como bien sabes. Tenía correcciones de puño y letra de Martino. Por lo demás, el paquete carecía de interés, exceptuada la bonita caligrafía. No serviría para nada más que una nota a pie de página. McVarish estaba también aquel día y, mientras Cornish y él se deleitaban con la carta, yo miré el resto del material y vi un portafolios de piel no muy grande, de unos veinticinco centímetros por dieciocho, supongo, con las letras S.G. estampadas en oro, pero tan descoloridas que apenas se distinguían. ¿Lo has visto?

—No, pero la carta de Martino está en su sitio. Muy bonita, sí. Y también otras cuantas que la acompañaban y que serán las que viste tú.

—¿Dónde crees que habrá ido a parar S.G.?

—No lo sé. No sabía de su existencia hasta este mismo instante. ¿Qué era?

—No sé si puedo decírtelo.

—Pero hombre, si no me lo dices, ¿cómo voy a buscarlo? A lo mejor lo guardó en otra sección, si es que se pueden llamar así esas viejas cajas de cartón de licorería donde guardaba los manuscritos. En medio de todo el lío, se intuye una planificación muy general, pero si no sé de qué trataba ese manuscrito en particular, no sabré por dónde empezar a buscar. ¿Por qué te interesa?

—Estaba intentando averiguar qué era en realidad, cuando McVarish se acercó y se empeñó en verlo; no pude negarme, claro —y menos en casa ajena y por un objeto ajeno—, pero no me lo devolvió. Lo que sé seguro es que McVarish lo vio y que yo vi cómo se le salían los ojos de las órbitas.

—¿A ti también se te habían salido?

—Supongo.

—Vamos, Clem, déjate de reticencias académicas y dime qué era.

—Supongo que no hay más remedio. Era uno de los grandes manuscritos perdidos, de los grandes de verdad. Seguro que sabes de unos cuantos.

—Abundan en mi materia. En el siglo XIX aparecieron unas cartas de Poncio Pilatos en las que se describía la Crucifixión; estaban en francés, escritas en papel normal de carta, y un campesino rico y crédulo pagó una fortuna por ellas; entonces, el mismo sinvergüenza intentó venderle la última carta de Jesús a su madre, escrita en tinta morada, pero el comprador empezó a sospechar.

—Preferiría que te ahorraras las bromas.

—Es cierto, te lo aseguro. Sé a qué te refieres: el diario perdido de Henry Hudson, los escritos de James Mcpherson sobre la composición de *Ossian*... y cosas por el estilo. Y muchos aparecen, es cierto. Fíjate en el gran botín de los documentos de Boswell, hallados en Irlanda, en un baúl olvidado en un ático. ¿Era algo de ese calibre?

—Sí, las *Estratagemas* de Rabelais.

—No lo conozco.

—Nadie lo conoce, pero Rabelais era historiógrafo de su mecenas, Guillaume du Bellay, y como tal escribió *Estratagemas, es decir, destrezas y artimañas de guerra del piadoso y muy famoso caballero de Langey al comienzo de la Tercera Guerra Cesariana*; lo escribió en latín y lo tradujo al francés, y se cree que fue publicado por su amigo, el impresor Sebastian Gryphius, pero no se ha encontrado ningún ejemplar, de modo que no se sabe si llegó a la imprenta o no.

—¿Y era ése el único?

—Exacto. Tiene que tratarse del manuscrito original que publicaría o quería publicar Gryphius, porque tenía marcas del compositor... lo que, en sí mismo, no deja de ser un detalle de interés extraordinario.

—Pero, ¿por qué no lo había localizado nadie?

—Hay que saber algunos datos de especialista para reconocerlo, porque faltaba la página de títulos... empezaba el texto directamente, en letra apretada y no muy distinguida, por lo que los aficionados a la caligrafía no le prestarían mucha atención,

supongo.

—Un hallazgo espléndido, sin duda.

—Cornish no sabía lo que era, desde luego, y no tuve ocasión de contárselo; yo quería mirarlo a fondo.

—Y no querías que Urky lo viera antes que tú.

—Es especialista en el Renacimiento, así es que tendrá tanto derecho como cualquiera al manuscrito de Gryphius.

—Sí, pero tú no querías que supiera el derecho que tenía. Lo comprendo. No hace falta que te pongas a la defensiva.

—Habría preferido hacer el descubrimiento yo, informar a Cornish (el propietario del dichoso manuscrito, al fin y al cabo) y dejar que él mismo lo destinara a fines académicos.

—¿Crees que Cornish se lo pudo prestar a Urky? Al fin y al cabo, él se considera un gran rabelesiano.

—¡Por el amor de Dios, Darcourt, no seas idiota! El antepasado de McVarish —si es que sir Thomas Urquhart era en realidad antepasado suyo, cosa que ponen en duda algunas personas con motivos para saberlo— tradujo al inglés una obra, o parte de una obra de Rabelais y son muchos los rabelesianos que la consideran pésima, plagada de invenciones, fantasías y mamarrachadas carentes de fundamentación erudita, ¡igual que el propio McVarish! Hay mucha gente en esta universidad que conoce a Rabelais de verdad y se ríe de McVarish.

—Sí, pero su especialidad es el Renacimiento y, al parecer, ese libro era una muestra importante de esa materia. Es terreno de Urky, no tuyo, en realidad. Lo siento, pero así es como se ve desde fuera.

—¡Cuándo se dejará de hablar de terrenos como si fuéramos un hatajo de desgraciados buscadores de petróleo o de oro, dispuestos a pegar un tiro a quien se atreva a poner un pie en nuestra parcela!

—Bueno, y, ¿no es eso lo que somos?

—Veo que tendré que contártelo todo.

—Eso espero. ¿Qué es lo que ocultas?

—El manuscrito de las *Estratagemas* estaba allí, como ya te he dicho. Unas cuarenta páginas de letra apretada, de poca calidad y sin firma, sólo que la firma era la caligrafía de todo el manuscrito: el libro perdido de Rabelais, pero al final del portafolios, dentro de una especie de bolsillo, había otro paquetito con tres borradores de cartas.

—¿De Rabelais?

—Sí, de Rabelais. Tres borradores de otras tantas cartas dirigidas a Paracelso, copias en sucio, pero no tan sucias como para no haberlas firmado. A lo mejor le gustaba escribir su nombre, cosa que gusta a mucha gente. La firma me saltó a los ojos desde el papel: una firma decorativa y grande, no exactamente la caligrafía itálica, sino otra propia, manierista...

—Sí, Urky siempre dice que era un autor manierista.

—¡Maldito Urky! Me lo oyó decir a mí. No sabe reconocer el manierismo en ningún arte, ¡es que no lo ve! Pero Rabelais es un poeta manierista que, por cosas de la vida, escribía en prosa; consigue en prosa lo mismo que Giuseppe Archimboldo en pintura: captar la esencia de la fruta, de las nueces, del follaje, del estiércol, y con la más desafortunada inventiva para lo grotesco, pero allí estaban las cartas, con la gran firma inconfundible. A punto estuve de caer de rodillas allí mismo. ¡Imagínate! ¡Imagínatelo sólo un momento!

—Muy bonito.

—¡Bonito, dices! ¡Bonito! ¡Formidable! Sólo eché una ojeada —una simple ojeada— y había párrafos en griego (citas, evidentemente), algunas palabras sueltas en hebreo y unos pocos símbolos reveladores.

—¿Qué revelaban, a fin de cuentas?

—Revelaban que Rabelais mantenía correspondencia con el científico naturalista más importante de su época, cosa que no se sabía. Revelaban que Rabelais, sospechoso de protestantismo, era otra cosa tan reprochable o más, en un eclesiástico, aunque fuera tan molesto y renegado: ¡era estudiante de la cabala, si no cabalista consumado! ¡Y de alquimia, si no alquimista propiamente! Y eso sí que entra de lleno en mi terreno y podría ser el trampolín de cualquier académico que le ponga las manos encima, ¡y que me muera ahora mismo si dejo que ese falso, ese hipócrita pretencioso hijo de la gran puta le ponga las manos encima!

—¡Eso es hablar como un auténtico académico!

—¡Y sospecho que lo tiene! ¡Sospecho que el cabrón de McVarish lo ha birlado!

—¡Tranquilízate, hombre de Dios! Si llega a aparecer, tendrá que ir a la biblioteca universitaria, ya lo sabes. No podría pasártelo a ti por las buenas.

—Sabes de sobra cómo funcionan estas cosas: sólo haría falta decir una palabra al director de la biblioteca y no te lo pediría a ti, podría hacerlo yo por mi cuenta. ¡Lo que quiero es ser yo el primero en verlo!

—Sí, sí, comprendo, pero lo que tengo que decirte no te va a gustar. En una libreta de Cornish encontré una nota que decía: «Rab. Ms. prestar McV. 16 de abril». ¿Qué te parece que quiere decir eso?

—Prestar. Prestar... ¿eso quiere decir que iba a prestárselo o que se lo había prestado?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Pero te estás agarrando a un clavo ardiendo. Sospecho que Urky lo tiene.

—¡Lo birló! ¡Lo sabía! ¡El muy ladrón!

—No, un momento... no nos precipitemos.

—No me precipito. Conozco a McVarish y tú también lo conoces. Se lo birló a Cornish y ahora lo tiene. ¡Maldito sinvergüenza!

—Por favor, no des nada por seguro. Es fácil. Yo tengo la nota; se la enseño a McVarish y le pido que devuelva el manuscrito.

—¿Y crees que te lo va a dar? Lo negará todo. Necesito ese manuscrito, Darcourt. Mira, te lo voy a decir: se lo he prometido a una persona.

—Prematuramente, ¿no?

—En circunstancias excepcionales.

—Escúchame, Clem, espero no parecerte chapado a la antigua, pero los libros y manuscritos de la colección Cornish están a mi cargo, y más vale que las circunstancias fueran excepcionales de verdad, porque no puedes hablar con nadie de nada relacionado con las colecciones hasta que haya concluido el procedimiento legal y toda la herencia se encuentre a salvo en la biblioteca. ¿Qué circunstancias excepcionales son ésas?

—Preferiría no contarlo.

—Te creo, pero debes contármelas.

Hollier se retorció en la silla. No hay otra forma de describir tanto contorsionismo agitado, como si creyera que cambiar de postura le iba a aliviar la agitación interior. Me asombró que se ruborizara. No me hizo ninguna gracia. Estaba contagiándome su turbación. Empezó a hablar con vergüenza. Él, el gran Hollier, de quien el rector había dicho recientemente —para impresionar al Gobierno, que amenazaba con aplicar recortes a nuestro presupuesto— que era un ornamento de la universidad, ¡se ruborizaba ante mí! Yo no soy un ornamento, desde luego (sólo una utilitaria pata de mesa), y la fidelidad a esta institución no me permite disfrutar de ver retorcerse a un ornamento.

—Una estudiante excepcional... sería la base de su carrera académica... yo lo supervisaría, claro está...

Tengo cierta capacidad intuitiva que, por lo general, se considera injustamente un atributo femenino en exclusiva. Me adelanté a Hollier.

—¿Te refieres a la señorita Theotoky?

—¿Cómo has podido saberlo?

—Es tu ayudante de investigación y alumna mía, está trabajando, al menos en parte, en Rabelais, una joven promesa que se sale de lo común... no hace falta ser adivino, ¿no?

—Bueno... sí, es ella.

—¿Qué le has contado?

—Le hablé del manuscrito en una ocasión, en términos generales. Más adelante, cuando me preguntó, le conté algo más, pero no mucho, como comprenderás.

—Entonces, no hay problema. Dile que la cosa se retrasa un poco. Tardaremos al menos un año en sacárselo a McVarish; hay que liquidar el asunto Cornish y, además, encargar a la biblioteca la documentación y catalogación adecuadas del manuscrito.

—Si es que consigues sacárselo a McVarish.

—Se lo sacaré.

—Pero es posible que quiera quedárselo o entregárselo a uno de sus perritos falderos.

—Eso no es asunto mío. Tú lo quieres para tu perrito faldero.

—¿Qué insinúas exactamente con eso de «perrito faldero»?

—Poca cosa. Un alumno predilecto, nada más. ¿Por qué?

—Yo no tengo perritos falderos.

—Pues serás único en tu especie. Todos tenemos perritos falderos. Es inevitable.

Unos estudiantes son mejores y más atractivos que otros.

—¿Atractivos?

—Clem, te estás sulfurando mucho. Sírvete otra copa.

Para mi gran asombro, agarró la botella de whisky, se sirvió tres dedos y se lo tomó en dos tragos.

—Clem, ¿qué es lo que te reconcome? Será mejor que me lo cuentes.

—Supongo que escuchar confesiones es parte de tu trabajo, ¿no?

—Apenas lo he practicado desde que dejé la labor parroquial. Y tampoco entonces confesaba mucho, pero sé hacerlo. Además, sé lo poco conveniente que es escuchar en confesión a los conocidos, pero si quieres contarme algo oficiosamente, adelante. Seré una tumba, por supuesto.

—Al venir aquí temía este momento.

—No te obligo. Haz lo que consideres oportuno, aunque no soy tu confesor, soy coalbacea tuyo, y como tal, tengo derecho a saber lo que ocurre con las cosas de las que soy responsable.

—Tengo que compensar a la señorita Theotoky de alguna manera, porque he sido injusto con ella, muy injusto.

—¿Cómo?

—Me aproveché de ella.

—¿Le has robado algún trabajo bien hecho? Eso sería más propio de McVarish que de ti, Clem.

—No, no; se trata de una cosa mucho más personal. La he... hemos tenido conocimiento carnal.

—¡Por el amor de Dios! ¡Hablas como el Antiguo Testamento! ¿Quieres decir que te la has tirado?

—Ésa es una expresión de muy mal gusto.

—Ya, pero, ¿cuántas hay de buen gusto? No puedo decir que has «yacido» con ella, porque a lo mejor no yaciste. Ni que la «has hecho tuya», porque es evidente que sigue siendo dueña de sí misma. «Relaciones sexuales» suena a policía y tribunales... ¿o siguen diciendo «intimidad consumada»? ¿Qué fue lo que pasó, en realidad?

—Fue en abril.

—Un mes muy accidentado, por lo visto.

—Calla, no te hagas el chistoso, Simón. ¿Es que no ves lo grave que es este asunto para mí? Me he portado muy injustamente con ella. La relación entre profesor y alumno es muy particular, de responsabilidad... sagrada, podríamos decir.

—Sí, podríamos decirlo, desde luego, pero todos sabemos lo que pasa en la

universidad. Aparecen chicas guapas, los profesores son humanos y... ¡bingo! A veces sale perdiendo la chica, pero a veces es destructivo para el profesor, si una jovencita intrigante se le echa en los brazos. No olvidemos la caída de Adán, Clem. No sé si Maria te sedujo, creo que te respeta demasiado, conque tuviste que ser tú el seductor. ¿Cómo fue?

—No sé. De verdad te digo que no sé. Lo que pasó fue que le estaba hablando de mi trabajo sobre la coproterapia en la Edad Media, que estaba dando muy buenos resultados, y de repente, me dijo una cosa, algo sobre su madre, que fue como encajar una pieza enorme del rompecabezas que tenía entre manos y me emocioné tanto..., me inundó una sensación tan espléndida que, sin darme cuenta de lo que hacía, de repente, ahí estábamos, ¿entiendes...?

—Y Abelardo y Eloísa resucitaron durante unos noventa segundos. ¿O has persistido?

—No, por supuesto. Ni siquiera he vuelto a hablar de eso con ella.

—Una vez. Comprendo.

—No te imaginas lo mal que lo pasé en la fiesta de McVarish, cuando empezó a asediarla con lo de la virginidad.

—Pero supo manejar la situación admirablemente, me pareció. ¿Era virgen?

—¡Dios mío! ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Existen algunos indicios. Tú eres medievalista, tendrías que saber lo que buscaban.

—No te imaginarás que anduve buscando, ¿verdad? ¿Te has creído que soy un mirón?

—Estoy empezando a creer que eres un tontaina, Clem. ¿No habías tenido experiencias de esa clase hasta entonces?

—Bueno, sí, claro. No se pueden evitar. La cosa comercial, ya sabes, dos veces, de viaje. Hace años. Y una vez en una conferencia, con una colega, un par de días. La mujer hablaba sin parar, pero esto otro fue como una posesión demoníaca... no era yo mismo.

—¡Y tanto que eras tú mismo! Esas posesiones demoníacas son los elementos no reconocidos de una vida desequilibrada. De modo que has prometido a Maria el manuscrito de Rabelais para compensarla. ¿Es así?

—Tengo que reparar el mal que le he hecho.

—No quiero hablar como sacerdote, Clem, pero la verdad es que las cosas no se hacen así. Crees que has hecho daño a una chica y que todo se arreglará con un bonito regalo, algo que los dos consideráis de gran valor, pero no. La reparación hay que hacerla en el mismo terreno en que se hizo el mal.

—¿Quieres decir que tendría que casarme con ella?

—No me imagino ni por lo más remoto que te aceptara.

—Pues yo no estoy tan seguro. A veces me mira de una manera... No soy vanidoso, pero hay miradas inequívocas.

—Me imagino que se ha enamorado de ti. Las chicas suelen enamorarse de los profesores, ya hemos hablado de eso, pero no te cases con ella, aunque sea tan inocentona como para aceptarte; no funcionaría. Dentro de dos años estaríais los dos irremediabilmente hartos. No; deja de preocuparte por Maria, ella sabe gobernar su vida y superará lo tuyo. Es a ti a quien tienes que reconducir al buen camino. Si hay algo que reparar, es en ese sentido.

—¿Pero cómo? ¡Ah, ya! Te refieres a una especie de penitencia, ¿no?

—Buena idea medieval.

—Pero, ¿qué? ¿Dar una moneda de plata a la capilla de la universidad?

—Mala idea medieval. El precio de la penitencia es el dolor.

—¿Entonces...?

—¿Quieres cumplirla, de verdad?

—Sí.

—Voy a darte una orientación verdadera y probada sobre la penitencia. ¿A quién odias más en el mundo? Si tuvieras que nombrar a un enemigo, ¿a quién nombrarías?

—A McVarish.

—Eso me parecía. Entonces, la penitencia consiste en contar a McVarish lo mismo que me has contado a mí.

—¡Estás loco!

—No.

—¡Me moriría!

—No, no te morirías.

—Lo cacarearía por todas partes.

—Es lo más probable.

—¡Tendría que dejar la universidad!

—Eso lo dudo, pero podrías ponerte una gran A escarlata en la espalda del impermeable durante un año o así.

—¡No estás hablando en serio!

—Tú tampoco. Date cuenta, Clem: vienes a verme, esperas que haga de sacerdote y me obligas a ponerte una penitencia, pero entonces te niegas a cumplirla, porque te dolería. Eres un auténtico protestante; tu plegaria es: «¡Oh, Señor, perdóname, pero por el amor de Dios, no se lo cuentes a nadie!». Necesitas un sacerdote más blando. ¿Por qué no pruebas con Parlabane? Lo has acogido, de modo que lo tienes en el bolsillo. Ve a confesarte con él.

—Buenas noches —dijo Hollier levantándose—. Ya veo que ha sido un gran error venir aquí.

—No seas ganso, Clem. Siéntate y tómate otro trago.

Lo tomó... otro gran trago de whisky escocés.

—¿Conoces a Parlabane? —me preguntó.

—No tan bien como tú, pero cuando estudiábamos, nos tratamos bastante. Un tipo atractivo, muy gracioso. Después le perdí la pista, pero creía que todavía éramos

amigos. Me pregunto cuándo se decidirá a venir a verme. No quería invitarlo yo; teniendo en cuenta las circunstancias, a lo mejor le resulta violento.

—¿A qué circunstancias te refieres?

—Cuando nos conocimos en la Entelequia, se burlaba mucho de mí porque quería hacer la carrera eclesiástica. Como recordarás, él era el gran escéptico, no entendía mi fe cristiana tan irracional, o lo que él consideraba irracional. Así es que, cuando recibí una carta suya hace unos meses en la que me decía que se había hecho monje, que había ingresado en la Sociedad de la Sagrada Misión, casi me caigo del susto. Esos cambios son relativamente normales, sobre todo entre gente madura, pero jamás lo habría esperado de Parlabane.

—Y quería dejar la hermandad.

—Sí, eso me decía. Necesitaba ayuda, y se la proporcioné.

—¿Es decir que le mandaste dinero?

—Sí. Quinientos dólares. Me pareció que era mejor mandárselos. Si le servían de algo, sería un acto de caridad con él; en caso contrario, sería caridad con la Sagrada Misión. Lo quería para marcharse.

—A mí también me costó quinientos dólares.

—¿No mandaría una circular? En cualquier caso, no quiero que parezca que me regodeo a su costa ni que le pido que me lo devuelva.

—Simón, ese hombre no tiene nada de bueno.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Es una sanguijuela, un sablista y un invasor. Y no se quita el dichoso hábito de monje. Y además está descarriando a Maria.

—¿La acosa? ¡Creía que era homosexual!

—No es tan sencillo. Ser homosexual es simplemente poco habitual: conozco a algunos que son extraordinariamente buenos. Parlabane es malvado. Es una palabra pasada de moda, pero le cuadra.

—Pero, ¿qué le hace a Maria?

—Los echaron de un restaurante estudiantil una noche, hace poco, por cantar a gritos canciones soeces, y después los vieron peleando en la calle. Le he buscado trabajo: una sustitución en los cursos de nocturno. Le he dicho que tiene que irse a vivir a otra parte, pero le resbala, como si hablase con la pared, porque él sigue rondando por mis habitaciones y atribuyéndose derechos sobre Maria.

—¿Qué clase de derechos?

—De insinuación. Creo que sabe lo nuestro, lo que pasó entre Maria y yo.

—¿Crees que se lo ha contado ella?

—Imposible, pero es que se huele las cosas. Además, acabo de enterarme de que McVarish y él se ven.

—¡Ah! —suspiré—. Es tan cierto como terrible: nada se lamenta más que una buena acción. Teníamos que haberlo dejado en la Sociedad; saben unas cuantas cosas sobre la penitencia que a lo mejor lo metían en vereda.

—Lo que no entiendo ni le perdono es la forma en que se está volviendo contra mí.

—Él es así, Clem; no soporta las obligaciones impuestas. Siempre ha sido tan soberbio como Lucifer. Cuando pienso en nuestra época de estudiantes, creo que era tan luciferino como le cabe ser a un hombre más bien bajo y con la cara destrozada; solemos imaginarnos a Lucifer alto, moreno y atractivo... el ángel caído, ya sabes, pero si Parlabane fue un ángel alguna vez, no reconozco su especie; para mí no era más que un estudiante de filosofía muy destacado, y con un don singular para las hipotiposis escépticas.

—¿Hummm...?

—Una perspectiva general inteligente, un desaire cortante o lo que quieras. Si decías algo que te parecía bueno y era importante para ti, rápidamente lo enmarcaba de modo que parecieras un crédulo bobalicón o un corto mental que no había leído ni pensado lo necesario, pero lo hacía con una elegancia tan aplastante y tanta finura, que parecía que acababa de iluminarte.

—Hasta que te hartabas de él.

—Sí, hasta que adquirías la suficiente confianza en ti mismo como para saber que no podías equivocarte tanto constantemente y que desenmascarar trampas y engaños o insensateces no te beneficiaba nada. Parlabane daba rienda suelta al escepticismo sin medida.

—Es curioso lo del escepticismo. Conozco a unos cuantos filósofos escépticos y, salvo Parlabane, son personas corrientes en el vivir cotidiano. Pagan lo que deben, se hipotecan, educan a sus hijos, se ponen tiernos con sus nietos, se esfuerzan por salir adelante exactamente igual que toda la clase media. Se concilian con la vida. ¿Cómo lo encajan en su ideología?

—Sentido común, Clem, sentido común. Es la salvación de los que vivimos de la mente. Hacemos un pacto entre lo que llegamos a comprender intelectualmente y lo que somos en el mundo tal como nos lo encontramos. Sólo los genios y quienes tienen alguna perversión intentan escapar, pero hasta los genios suelen tener una moral profundamente burguesa. ¿Por qué? Porque simplifica lo prescindible. No se puede estar siempre improvisando y contemplando las trivialidades como si fuera la primera vez, pero Parlabane tiene alguna perversión.

—Hace años, mucha gente creía que era un genio.

—Yo, por ejemplo; no lo he olvidado.

—¿Crees que fue aquel desgraciado accidente en la cara lo que lo pervirtió? ¿O su familia? ¿Crees que pudo ser por su madre?

—En tiempos pude haber creído en cualquiera de esas cosas, pero ya no. Mucha gente supera traumas familiares peores que el suyo, hacen cosas increíbles a pesar de tener el cuerpo destrozado y, además, estoy más que harto de los que se quejan de su madre. Todos tenemos madre, pero no nos puede tocar el premio gordo a todos... sea lo que fuere, porque, ¿cómo es la madre perfecta? Conocemos muchos casos de

madres entregadas que convierten a sus hijos en homosexuales, o desafectadas que los convierten en granujas o normales que les ahogan la inteligencia. Hay que revisar radicalmente la cuestión de la maternidad.

—Tengo la impresión de que ahora me vas a largar un discurso sobre el pecado original.

—¿Por qué no? Tenemos la psicología, tenemos la sociología, pero en la práctica seguimos exactamente donde estábamos. Algunas de las antiguas concepciones teológicas estrictas equivalen exactamente a lo mismo, no porque expliquen nada, en realidad, sino porque en el fondo reconocen su incapacidad para explicar muchas cosas y se las endilgan a Dios, que, por muy cruel e impredecible que pueda ser, al menos carga con la culpa de tanta miseria humana.

—En resumen, ¿crees que lo de Parlabane no tiene explicación?

¿Que no haya sido capaz de dar la talla? ¿Que sea lo que es hoy?

—Has vivido en la universidad más tiempo que yo, Clem, y has visto perderse en la mediocridad a muchos jóvenes espléndidos y prometedores. Damos demasiado valor a la clase de inteligencia que funciona muy bien a la hora de los exámenes y a la facilidad de palabra.

—Ahora me dirás que el carácter es más importante que la inteligencia. Conozco a personas que tienen un carácter espléndido y la inteligencia de una gallina.

—Deja de adivinar lo que voy a decirte, Clem, y fíjate en ti mismo: sin duda, eres uno de los hombres más destacados de esta universidad y gozas de prestigio internacional, pero la primera vez que te metes en un pequeño lío moral con una chica, te conviertes en un tontorrón integral.

—Te aprovechas de la sotana para insultarme.

—¡Déjate de chorradas! No la tengo puesta. Sólo me pongo toda la parafernalia los domingos. Tómate otro trago, anda.

—No pensarás que esta conversación está degenerando en balbuceos de borrachos, ¿verdad?

—Muy probable, pero antes de hundirnos del todo, permíteme que te diga lo que me han enseñado veinte años de sotana, como tú dices, con una expresión tan pasada de moda. La capacidad intelectual es un factor del destino del ser humano, como lo son también el carácter, la diligencia y el valor, pero todo eso no sirve de nada sin otro factor que muy poca gente está dispuesta a reconocer: me refiero a la suerte pura y simple.

—Creía que ibas a decir la Gracia salvadora de Dios.

—Puedes llamarlo así, si quieres, desde luego, y la forma en que el Señor la reparte es un misterio que escapa a la comprensión humana. Dios es un abuelete bromista muy curioso, Clem, eso no podemos olvidarlo nunca.

—Dirás que nos ha tratado bien, ¿no, Simón? Pues, ¡por el Abuelete Bromista!

—¡Por el Abuelete Bromista! Y que siempre nos sea propicio.

III

El laboratorio del profesor Ozias Froats se parecía más que nada a la cocina de un hotel de primera. Mesas y fregaderos de limpio metal, una fila de armarios grandes como neveras y unos cuantos instrumentos que parecían relacionados con cálculos muy precisos. No sabría decir lo que esperaba; cuando fui a verlo, el escándalo promovido por Murray Brown había creado tanta polémica sobre su trabajo que no me habría extrañado encontrármelo en un escenario de científico loco de película mala.

—Pasa, Simón. Tuteémonos, no te importa, ¿verdad? Llámame Ozy, como antes.

Él había sabido elevar un apodo burlesco de estudiante palurdo a la categoría de nombre de chico de moda y futbolista de primera clase. En su época de esplendor, cuando Boom Boom Glazebrook y él eran los astros del equipo universitario, el público les cantaba una versión adaptada de una canción que se había puesto de moda hacía muchos años:

Ozy Frotas y duermi botas
y mansino tontolino...

y, si lo herían en el juego, las animadoras, dirigidas por su propia novia, Peppy Peggy, lo hacían levantarse con un grito largo y anhelante: «¡Arri i i i iba Ozy! ¡Arri III IBA OZY!», pero todos sabían que Ozy era un as en biología, además del fútbol, y un tipo muy importante del campus. Sólo Dios y los biólogos saben lo que hizo después de graduarse, y con una beca Rhodes, pero el rector también lo calificó de ornamento de la universidad. Así es que me alegré de que no se hubiera olvidado de mí completamente.

—Murray Brown te está dando mucho la lata, Ozy.

—Sí. Ya viste la manifestación de ayer a las puertas de la Legislatura. Piden que se recorten las becas de proyectos. En algunas pancartas decía: «No queremos mierda en nuestra uni». Eso se refería a mí. Murray la ha tomado conmigo.

—Bueno, pero, ¿de verdad trabajas con eso...?

—Desde luego, porque es algo muy necesario. Ya era hora de que alguien se pusiese. ¡Dios, qué imbécil es la gente!

—No lo entienden, están asfixiados de impuestos y temen la inflación. Las universidades siempre son un blanco fácil. «Fuera las florituras de la educación. Enseñad a los estudiantes un oficio del que puedan vivir». No se puede convencer a la mayoría del público de que una cosa es educarse y otra procurarse un medio de subsistencia y, cuando el público ve a la gente feliz haciendo lo que mejor sabe hacer y cobrando por ello además, siente envidia y quiere ponerle fin. Despedir a los

profesores no rentables. La educación y la religión son materias en las que todo el mundo se cree experto; todos creen tener lo que consideran sentido común. Supongo que tu investigación cuesta mucho dinero.

—No tanto como otras muchas cosas, pero sí bastante. Ahora bien, la mayoría no es dinero público. Tengo becas de algunas fundaciones, y también del Consejo Nacional de Investigación y otras instituciones por el estilo, pero la universidad me apoya y me paga, y supongo que soy un chivo expiatorio lógico, para tipos como Brown.

—Tu trabajo resulta ofensivo por la materia que manipulas. Aunque yo diría que es barata.

—¡No, no! ¡De barata, nada! No ando por ahí buscando estiércol de noche, Simón. Necesito un material en determinadas condiciones, que me cuesta a tres dólares el cubo, y si lo multiplicamos por entre cien y ciento veinticinco —que es el grupo de muestra más reducido que puedo utilizar— son trescientos dólares o más al día, siete días a la semana, y eso es sólo el principio.

—¡Cien cubos al día! Es un buen montón.

—Si la investigación fuera sobre el cáncer, nadie diría una palabra. El cáncer hace furor, ya sabes, y desde hace años. Para eso te dan todo el dinero que haga falta.

—Supongo que no podrías decir que tus investigaciones están relacionadas con el cáncer.

—¡Simón! ¡Que eres sacerdote! ¡Eso sería mentir! No sé con qué están relacionadas. Eso es lo que quiero averiguar.

—¿Ciencia pura?

—Casi. Lógicamente, tengo un par de ideas, pero mi trabajo va de lo conocido a lo desconocido. Me dedico a un terreno abandonado e impopular, porque en realidad, a nadie le interesa revolver esa materia, pero alguien había de hacerlo tarde o temprano y resulta que ese alguien soy yo. Me imagino que querrás que te cuente algo.

—Me gustaría mucho, pero, mira, no he venido a fisgonear en tus cosas. Es sólo una visita de amigo.

—Te contaré con mucho gusto todo lo que puedo contarte, pero espera unos minutos, por favor, estoy esperando a otra persona... una estudiante. Hollier quiere que se familiarice con mi trabajo porque ella está haciendo algo relacionado con sus investigaciones, que no sé en qué consisten. No creo que la joven tarde en llegar.

No tardó en aparecer y era mi alumna de Griego Neotestamentario, la espina clavada en las carnes del profesor Hollier, a quien no había imaginado yo tan puritano: la señorita Theotoky. Formábamos un trío muy curioso: yo llevaba traje clerical con alzacuellos, porque venía de una cena de la comisión y me pareció apropiado acudir así vestido, Maria parecía una Magdalena de códice miniado medieval, aunque no tan lúgubre, y Ozias Froats parecía lo que quedaba de un gran futbolista transformado en investigador controvertido. Seguía siendo un gigante y

muy fuerte, pero se estaba quedando sin pelo y, cuando se le abría la bata blanca de laboratorio, parecía que escondiese un melón o algo semejante en los pantalones, por la parte delantera. Primero intercambiamos unos cumplidos y después Ozy empezó a darnos explicaciones.

—La gente siempre ha tenido interés en sus propias heces; los miembros de sociedades primitivas siempre echan un vistazo a lo que han evacuado, por ver si les dice algo, y también se da en las civilizadas con mayor frecuencia de la que cabría suponer. Generalmente tienen miedo, saben que el cáncer puede producir sangre en las heces y les asombraría saber cuántos corren a ver al médico con sudores fríos, si se les olvida que el día anterior comieron remolacha dulce. Antiguamente, los médicos miraban las heces, además de la orina. No podían abrirle el cuerpo a nadie, pero examinaban esos productos a fondo.

—Lo llamaban escatomancia —dijo Maria—. ¿Cree que descubrieron algo?

—Poca cosa —dijo Ozy—; aunque, cuando se sabe lo que se hace, se pueden averiguar unas cuantas cosas por el olor: las heces de los drogadictos, por ejemplo, se identifican enseguida. Lógicamente, cuando la verdadera investigación científica empezó a dar los primeros pasos, se trabajó con las heces..., como es sabido, medían la cantidad de nitrógeno, extracto de éter, grasa neutra y jugo gástrico, los sedimentos mucilaginosos, biliares y bacterias, la gran cantidad de bacterias muertas. Lo que ingerimos deja poco residuo. La utilidad de ese trabajo estaba limitada a los procesos de diagnóstico, pero nadie profundizó en la cuestión. Quien me impulsó verdaderamente a investigar en esto fue Osler.

»Osler siempre lanzaba ideas maravillosas y atisbos de clarividencia que luego no seguía; supongo que pensaría que ya se encargarían otros cuando pudieran. En mis tiempos de estudiante, me llamaron la atención los breves comentarios que hacía sobre lo que entonces se llamaba enteritis catarral; hablaba de los cambios que se producían en la constitución de las secreciones intestinales; decía: “sabemos muy poco sobre el *succus entericus* para poder hablar de influencias inducidas por las fluctuaciones en su cantidad y calidad”. Así lo escribió en 1896, pero propuso una serie de asociaciones entre la diarrea, el cáncer, la anemia y algunas dolencias renales, y lo que decía se me quedó grabado.

»Hasta hace diez años, no di con un libro que me recordó las ideas de Osler, aunque la aplicación era radicalmente distinta. Se trataba de una propuesta de lo que el autor titulaba Psicología de la Constitución, un tal W. H. Sheldon, científico respetado de Harvard. En pocas palabras, postulaba una conexión fundamental entre el físico y el temperamento. La idea no era nueva, desde luego.

—Se encuentra con profusión en los tratados renacentistas —dijo Maria.

—Pero no se puede decir que fueran científicos. No podemos ir tan lejos.

—Eran bastante buenos —dijo Maria—. Paracelso decía que había más de cien tipos de estómago, y probablemente más de mil, de modo que si se reunía a mil personas, sería una necedad afirmar que todos eran iguales en cuanto al cuerpo y

tratarlos en consonancia, como también lo sería suponer que todos eran espiritualmente idénticos. Dijo: «Existen cien formas de salud y el hombre que levanta veinticinco kilos puede gozar de un cuerpo tan sano como el que levanta ciento cincuenta».

—Aunque lo dijera, no podía demostrarlo.

—Lo supo, lo comprendió.

—Vamos, vamos, señorita Theotoky, eso es insostenible. Esas cosas hay que demostrarlas experimentalmente.

—¿Sheldon demostró lo que Paracelso dijo experimentalmente?

—¡Sin duda!

—Eso sólo demuestra lo extraordinario que era Paracelso; no tuvo necesidad de dejarse los sesos en un laboratorio para dar con la respuesta.

—No sabemos si Sheldon encontró la respuesta; todavía no tenemos ninguna respuesta... sólo descubrimientos hechos meticulosamente. Ahora bien...

—Te está tomando el pelo, Ozy —dije—. Maria, guarde silencio y escuchemos al gran hombre. Quizá cedamos la palabra a Paracelso después. Naturalmente, ya sabe que el profesor Froats es blanco de muchas críticas en estos momentos, y podrían hacerle daño.

—También lo fue Paracelso: fue perseguido de país en país, se reían de él en todas las universidades y tampoco tenía un puesto académico fijo, pero discúlpeme, por favor, no permita que le interrumpa.

¡Qué muchacha tan discutidora! Pero, ¡qué agradable! Aunque yo también tenía cierto interés en Paracelso, ahora quería oír hablar de Sheldon y Ozy prosiguió.

—Lo que decía no era sólo que la gente es diferente entre sí, claro. Nos enseñó en qué nos diferenciamos. Trabajó con cuatro mil estudiantes universitarios en total. La muestra no era idónea, desde luego —eran todos jóvenes e inteligentes—, no había variedad suficiente, que es lo que yo intento lograr, pero al final, llegó a clasificar a sus cuatro mil cobayas en tres grandes grupos.

»Los “endomorfos”, de cuerpo blando y redondeado, los “mesomorfos”, musculosos y huesudos, y los “ectomorfos”, frágiles y delgaduchos. Hizo profundas investigaciones en el temperamento, el historial y la forma de vida de cada uno de ellos, así como sobre lo que esperaban de la vida, y descubrió que los gorditos eran viscerotónicos o viscerales y les gustaba la comodidad en todas sus formas, los musculosos y duros eran somatotónicos y encontraban placer en el ejercicio y el esfuerzo y los delgados eran cerebrotónicos, intelectuales y nerviosos, cerebrales, en realidad.

»Hasta aquí, nada nuevo. Supongo que Paracelso habría podido llegar a las mismas conclusiones por mera observación, pero Sheldon demostró con mediciones y diversas pruebas que todo el mundo tiene algunos elementos de cada uno de los tres tipos y es la mezcla lo que influye en el temperamento. Digo “influye”, no “determina tajantemente”. Ideó una escala de siete grados para expresar en cifras

cada uno de los elementos en cada sujeto. Resulta que el endomorfo máximo sería el 711 —gordo, sin músculo ni nervio apenas—, un auténtico cerdo. El 117 sería un verdadero desastre físico, todo cerebro y nervio con un lastre físico. Por cierto, el cerebro grande no implica necesariamente una gran inteligencia ni capacidad para aprovecharla. El ser perfectamente equilibrado sería el 444, pero no abunda, y los pocos que hay suelen ser secretarios de un club deportivo de ricos con un servicio de comida de primera clase.

—¿Va usted por ahí clasificando a la gente en tipos? —preguntó Maria.

—No, desde luego. No se puede clasificar a nadie sin un minucioso estudio previo, es decir, tomando las medidas con exactitud. ¿Quieren ver esto?

Claro que queríamos verlo. Ozy estaba disfrutando de cada minuto palpablemente y, en un santiamén, montó una pantalla y un proyector y empezó a pasarnos diapositivas de hombres y mujeres de todas las edades y aspectos, fotografiados desnudos sobre una gráfica cuyas líneas horizontales y laterales permitían juzgar con precisión lo que les sobraba y lo que les faltaba.

—Esto no es lo que haría en público —dijo Ozy—. En público, las caras quedarían ocultas y también los genitales, pero ahora estamos entre amigos.

Entre amigos, ya lo creo. Reconocí a un policía panzudo de la universidad y a un empleado del servicio de mantenimiento que podaba los árboles. ¿Y no era esa mujer una secretaria del despacho del rector? ¿Y esa otra, una joven del hogar de ex alumnos? Vi a unos cuantos estudiantes a los que conocía y —de verdad, eso no tenía que haberlo visto yo— a la catedrática Agnes Marley, con unas ancas más anchas de lo que insinuaban sus trajes de *tweed* y rotundamente escasa de pecho. Todas esas desgraciadas criaturas se habían dejado fotografiar bajo una luz cruda e implacable y en cada foto, en la esquina inferior derecha, aparecía en grandes cifras negras la proporción de sus diversos elementos según la escala de Sheldon. Ozy volvió a encender las luces.

—¿Ven como funciona? —dijo—. Por cierto, espero que no hayan reconocido a ninguna de esas personas. Tampoco pasa nada si conocen a alguien, pero a veces la gente es sensible. Todo el mundo quiere saber a qué tipo pertenece, pasa lo mismo que con la predicción del futuro. Yo, en la actualidad, soy un 271; poca grasa, pero la suficiente, como pueden ver, para fastidiarme cuando el trabajo sedentario me ata. Soy un 7 en cuerpo y musculatura. Si tuviera unos pocos puntos más en cualquiera de los extremos, sería un Hércules. Y sólo un 1 en el aspecto cerebrotónico; eso no significa que sea tonto, gracias a Dios, pero nunca he sido lo que llamaríamos nervioso o sensible. Por eso el escándalo de Brown no me preocupa en exceso. Por cierto, supongo que se habrán dado cuenta de los diversos grados de hirsutismo de esas personas, ¿no? Las mujeres son muy conscientes de ello, pero para un científico dedicado a lo que hago yo, resulta revelador en extremo.

»Tipificar a primera vista... nunca lo intentaría en serio, pero se pueden deducir muchas cosas sobre tipología por lo que dice la gente. Por ejemplo, Jesucristo: la

tradición y las pinturas lo representan como un tipo cerebrotónico ectomorfo, cosa que plantea una cuestión teológica que podría interesarte, Simón, creo yo. Si Jesús fue realmente el Hijo del Hombre y adoptó un cuerpo humano, deberíamos suponer que sería un 444, ¿no te parece? Un hombre que se compadeció de todos, pero no... se trataba de un tipo nervioso y delgado. Sin embargo, tuvo que ser muy resistente: gran caminante, orador que embelesaba, cosa que requiere fuerza, y soportó azotes y maltratos de los soldados; eso nos da al menos un 3 en la escala mesomórfica.

»Es fascinante, ¿verdad? Y ahí estás tú, Simón, propagandista e intérprete profesional de un profeta que no era de tu tipo, literalmente. Así, sin pensarlo mucho, te asignaría un 425: blando, pero fornido, y con mucha energía. Escribes mucho, ¿verdad?

Pensé en *El nuevo Aubrey* y asentí con un gesto.

»Claro. Ése es tu tipo, cuando se combina con una inteligencia superior. Musculatura suficiente para salir adelante, sensible pero no comido por los nervios y con un intestino enorme, porque eso es lo que te abulta tanto por delante, ¿ves? Algunos viscerotónicos como tú tenéis un intestino que mide casi el doble que el de un cerebrotónico auténtico. Ellos no tienen demasiado intestino, pero en el sexo no hay quien los gane. Los musculosos no son ni mucho menos tan aficionados al sexo y no saben si lo prefieren a comer. Son los pequeños y flacuchos los que no pueden dejarlo en paz. Podría contarte cosas asombrosas, pero tú eres panzudo, Simón. Das exactamente el tipo para la clase de clérigo que eres: amante de la ceremonia y el rito, y por supuesto, con muy buen apetito. ¿Pedorreas mucho?

¿Cuánto es mucho? No le seguí la corriente.

—Me imagino que sí, pero a escondidas, por el 5 en el extremo cerebrotónico. Ahora bien, fíjate en los escritores: Balzac, Dumas, Trollope, Thackeray, Dickens en sus últimos años de vida, Henry James (padeció estreñimiento toda la vida, por cierto), Hugo, Goethe... trece metros de intestinos cada uno, por lo menos.

Ozy había perdido la compostura científica casi por completo y empezaba a emocionarse con el gran tema de su vida.

—Pero querrán saber qué tiene que ver todo esto con las heces. Al recuperar a Osler, tuve un presentimiento: que podría haber variaciones en la composición en relación con el tipo y eso podría ser interesante. Resulta que la gente olvida o no tiene en cuenta que la deyección es un auténtico acto creativo; todos defecamos con frecuencia variable, normalmente, entre tres veces diarias y una cada diez días, es decir, una media de una vez cada cuarenta y ocho horas. Así es y maldita la gracia que tendría la cosa si no se debiera a un factor individual o característico, y bien podría ser que la variación dependiese de la salud. Ya saben el dicho popular «A cada cual le gusta el olor de su propia mierda», pero a los demás no. Es una creación, un producto sumamente singular, conque me dije: manos a la obra.

»Poner en marcha un experimento de estas características es un trabajo de mil demonios. En primer lugar, Sheldon distinguió setenta y seis tipos dentro de la

normalidad; naturalmente, pueden darse algunas combinaciones bestiales en personas que nacen con trastornos orgánicos graves. Reunir un grupo experimental es latoso, porque hay que entrevistar a mucha gente, dar muchas explicaciones y rechazar a los que podrían ser problemáticos. Creo que entre mi equipo y yo entrevistamos a más de quinientas personas, siempre con la precaución de hacerlo todo discretamente para que no se enterase ningún bromista o fanático como Brown. Por fin seleccionamos un grupo de ciento veinticinco personas, que prometieron entregarnos todas sus deposiciones convenientemente envasadas en unos receptáculos que les proporcionamos para ese fin (que también cuestan un dinerillo, les advierto), tan recientes como fuera posible y durante largos periodos de tiempo, porque para llegar a alguna parte son necesarias las revisiones sucesivas. Además queríamos que el registro de temperamento fuera lo más amplio posible, que no contara sólo con estudiantes jóvenes e inteligentes. Como ya te he dicho, Simón, al grupo de muestra hay que pagarle, porque para ellos es una lata y, aunque comprendan la importancia del asunto, tienen que recibir alguna recompensa. Además se comprometen a someterse a pruebas siempre que mi ayudante médico lo requiera y deben anotar diariamente en un gráfico unas cuantas cosas: estado de ánimo, por ejemplo, en una escala del uno al siete, de “radiante” a “desastroso”. ¡Cuántas veces pienso en lo fácil que sería con ratas! Pero el temperamento humano no se puede investigar con presupuestos bajos.

—Paracelso se habría llevado bien con usted, doctor Froats —dijo Maria—; desestimó el estudio formal de la anatomía porque consideraba que el ser vivo era un todo; le habría gustado su afirmación de que las heces son una creación. ¿Ha leído sus tratados sobre los cólicos y las lombrices intestinales?

—En realidad, sólo lo conozco de nombre. Creía que era un chiflado.

—Eso es lo que Murray Brown dice de usted.

—Pues Murray Brown se equivoca. De momento no puedo decírselo, quizá dentro de unos años, pero tiempo habrá.

—¿Eso significa que has encontrado lo que buscabas? —pregunté. Me pareció que era mejor alejar a Maria de Paracelso.

—No busco nada. La ciencia no funciona así. Sólo quiero mirar, ver qué hay. Si se parte de una idea preconcebida de lo que se va a encontrar, lo más fácil es encontrarlo y equivocarse completamente, y quizá perder por el camino un auténtico hallazgo, aunque estuviera ahí a la vista. Como es lógico, aquí no nos quedamos mano sobre mano; ya se han publicado en revistas unos cuantos artículos buenos firmados por Redfern, Oimatsu y Froats. Hemos encontrado datos interesantes. ¿Quieren ver unas cuantas fotos más? Las prepara Oimatsu. ¡Una maravilla! Nadie mejor que los japoneses para trabajos delicados como éste.

Eran unas diapositivas de lo que me parecieron finísimas secciones transversales de heces vistas a través del microscopio, con una iluminación especial. Unas imágenes de una belleza extraordinaria, como espléndidas láminas de ágata musgosa,

ojo de ágata y ágata listada, y me acordé de la calcedonia que, según el Apocalipsis de Juan, adorna los fundamentos de la Ciudad Santa, pero como Maria no había conseguido convencer a Ozy de que prestara atención a Paracelso, me pareció que yo tampoco lo conseguiría con referencias bíblicas. Así pues, pensé en algún comentario que pudiera resultar inteligente.

—Supongo que no puede haber retículas cristalinas en esas muestras, ¿verdad?

—Un comentario muy agudo, pero no. Retículas cristalinas no, claro está, por varias razones, pero digamos que se aprecia una predisposición a una forma característica muy constante y, si se producen cambios sustanciales, ¿qué crees que podría significar? Yo no lo sé, pero si lo averiguo... —Ozy cayó de pronto en la cuenta de que se estaba dejando llevar por un entusiasmo nada científico—, sabré algo que ahora no sé.

—¿Y eso nos llevaría a...?

—No quiero imaginar adónde nos llevaría. Sin embargo, si existe un modelo de formación, tan identificable en cada individuo como las huellas dactilares, sería muy interesante, pero no quiero precipitarme. Suele pasar, después de leer a Sheldon. Un tal Huxley, hermano del científico —escritor, creo—, leyó a Sheldon y llegó a extremos totalmente ridículos. Claro que, como buen escritor, era aficionado a los extremos cómicos de los somatotipos y se pasó de rosca con una cosa sobre la que Sheldon insiste mucho en sus dos grandes libros. Me refiero al humor. Sheldon repite constantemente que, para abordar los somatotipos, es necesario tener el sentido de humor siempre a punto, pero, maldita sea, no sé a qué se refiere. Cuando un hecho es un hecho, pues ya está, ¿no? No hace falta sacarle punta. He leído bastante literatura, ya sabes, literatura general, y no he encontrado una sola definición de humor que tuviera sentido. Sin embargo, ese tal Huxley —el otro, no el científico— sigue diciendo lo gracioso que sería que determinados tipos que no casan entre sí contrajeran matrimonio; ver, por ejemplo, a un renacuajo ectomorfo con una cerda endomorfa de mujer contemplando el ideal mesomorfo de la escultura griega sería para morir de risa. ¿Qué tiene eso de gracioso? Se disparaba en todas direcciones divagando sobre la influencia del soma en la psique y aventuraba que quizá el organismo fuera en realidad el inconsciente del que hablan los psicoanalistas: el factor desconocido, de cuyas profundidades emanan lo que de imprevisto e incontrolable hay en el espíritu humano. Y decía que aprender a vivir inteligentemente con el propio organismo sería el camino hacia la salud mental. Se dice pronto, pero a ver cómo se demuestra. Pues es la labor que corresponde a los que son como yo.

Se me estaba haciendo tarde y me levanté para despedirme, porque era evidente que Ozy nos había enseñado ya todo lo que quería, pero, mientras me preparaba para marcharme, me acordé de su mujer. Claro que, en los tiempos que corren no es difícil meter la pata preguntando a un amigo por su esposa específicamente, porque puede que haya dejado de serlo. De todos modos, preferí arriesgarme.

—¿Qué tal está Peggy?

—Te agradezco el interés, Simón. Se pondrá muy contenta cuando le diga que te acuerdas de ella. Pobre Peg.

—Espero que se encuentre perfectamente. ¡Claro que me acuerdo de ella, cuando era nuestra jefa de animadoras!

—¿No era una chica maravillosa? Tenía un tipo estupendo, pura goma toda ella, podía decirse, una bomba de vitalidad. ¡Huy, si la vieras ahora!

—Lamento mucho que no esté bien.

—No, mal no está, pero el tipo..., ya sabes, el somatotipo. Es una B.P.P., lo que Sheldon llama una «Broma Pícnica Práctica». Por el tipo pícnico, ¿entiendes? Claro que sí, el griego es lo tuyo. Compacta: gomosa, pero el equilibrio entre los tres elementos estaba ligeramente desajustado, 442, y... en fin, ahora pesa más de noventa kilos, pobrecita, y apenas llega a uno sesenta. No, no hemos tenido hijos, pero sigue tan animada como siempre. Hace muchos cursos nocturnos: Aseo del perro, Despertar a la vida y a la conciencia con el yoga, Diversión y aprovechamiento con la escritura... y chorradas así. Es que paso muchas horas nocturnas aquí encerrado, ¿comprendes?

Comprendía. El Abuelete Bromista había maltratado un poco a Ozy y a Peggy, y aunque Ozy hubiera tenido más sentido del humor, le habría resultado difícil encontrarle la gracia a la jugarreta.

Cuando íbamos juntos por el campus, Maria dijo:

—No sé si el profesor Froats es un mago.

—Creo que le extrañaría que se lo insinuara.

Sí, me pareció que despreciaba a Paracelso, pero, precisamente, fue quien dijo que los hombres santos que sirven a las fuerzas de la naturaleza son magos, porque pueden hacer lo que otros no, porque tienen un don singular. Sin duda, Ozias Froats trabaja bajo la protección del divino Hermes Trimegisto. Eso espero, al menos; de lo contrario, no llegará muy lejos. Ojalá hubiera leído a Paracelso; dijo que el alma de cada hombre está en consonancia con el dibujo de sus facciones y arterias. Seguro que Sheldon estaría de acuerdo.

—Por lo visto, Sheldon tenía sentido del humor. No le habría importado que un alquimista del siglo XVI se le hubiera adelantado, pero a Ozy, sí.

—¡Qué lástima de ciencia! ¿No?

—Señorita Theotoky, ese comentario es muy humanista y debe tener cuidado con esos comentarios. Los humanistas somos una especie en peligro. En tiempos de Paracelso, la energía de las universidades radicaba en el conflicto entre humanismo y teología; la energía de la universidad moderna radica en los amores entre el Estado y la ciencia, que a veces se acercan tanto que da escalofríos. Si busca un mago, búsquelo en Clement Hollier.

Y entonces nos despedimos, pero creo que me miró con cara de asombro.

Seguí andando hacia Ploughwright pensando en heces. Habíamos descubierto

muchas cosas sobre el pasado prehistórico gracias al estudio de heces fosilizadas de animales extintos hacía mucho tiempo. Milagroso en verdad: recuperar el pasado gracias a lo que se desechó despreocupadamente. Y en la Edad Media, ¡cuánto se preocupaba de las heces de los animales la gente que vivía en medio de la naturaleza! Y qué diversidad de nombres tenían para denominarlas: morceguila de murciélago, tullidura de ave de rapiña, cagajón de burro, boñiga de vaca, guano de pájaro, bosta de caballo... El material tan caro a Ozy Froats bien merecía algún nombre mejor que mierda. ¿Qué tal «problemas de presidente», «pases atrás de futbolista», «aplazamientos de decano», «volúmenes raros de bibliotecario», «notas al pie de doctor en Filosofía», «notas bajas de estudiante novato» y «ansiedades de profesor no numerario»? En cuanto al mío, ¿por qué no podría llamarse propiamente «colecta del día»? Y con esas y otras reflexiones del mismo tenor frívolo, me acosté.

IV

Pensé que Hollier no tardaría en orientar a Parlabane hacia mí y, como era de esperar, apareció la noche siguiente a mi visita a Ozias Froats.

No estaba de buen humor porque me había pasado el día obsesionado con la humillante estimación que Ozy había hecho de mi condición física y, por consiguiente, también de la espiritual: tipo 425, blando, gordito, derecho a una obesidad rotunda, sin duda. Muchas veces me propongo ir al gimnasio a diario a ponerme en forma y, si no tuviera tanto trabajo, lo haría. Ahora, de un solo golpe, Ozy había dejado caer que la grasa era parte de mi destino, una carga ineludible, una señal externa y visible de mi profundo amor, sólo visible en parte, a la comodidad. ¿Me habría engañado a mí mismo? ¿Me llamarían «Seboso» mis alumnos? Sin embargo, si el hada mala había acudido a mi bautismo y me había maldecido con el horrible don de la adiposidad, también habían acudido otras más bondadosas que me habían concedido inteligencia y energía, pero, como la naturaleza propende a la insatisfacción, la grasa me dolía.

Y —lo que es peor— había dado a entender que era de los que sueltan muchas ventosidades. Sin duda, todo el mundo sabrá que, con el paso del tiempo, esa peculiaridad física tan trivial suele ir en aumento, ¿verdad? No hace falta recordárselo a ningún sacerdote que se haya prodigado mucho en visitas a los ancianos. ¿Acaso Ozias Froats tenía alguna necesidad de dejarlo tan claro delante de Maria Magdalena Theotoky?

Ahí tenía otro motivo de inquietud. ¿Por qué había de importarme lo que ella pensara? Pero el caso es que me importaba y también lo que la gente pensara de ella. La confesión de Hollier me había irritado; no debería echarles las zarpas a sus alumnas (no, no, eso no es justo), no debería haberse aprovechado de la ventaja de ser el profesor, por más euforia que le produjera su trabajo. Me imaginé a Balzac dejándose llevar por una lujuria invencible, tirándose encima de la cocinera y chillándole en la cara, después de haberla tomado contra la pared: «¡Me has costado un capítulo!», y volviendo rápidamente al escritorio. No me gustaba la idea de que Maria cantara canciones soeces en público y, si lo había hecho, sería por algún motivo.

Darcourt, me dije, te estás poniendo muy tonto con esa joven. ¿Por qué? Porque es una belleza, me dije, una belleza en todo; no sólo sus rasgos, sino también su forma de moverse y, sobre todo, la menos común de las bellezas: una hermosa voz grave. ¿Y acaso no puede uno admirar la belleza sin tener que reprochárselo? ¿No puede uno desear no ser gordo, ridículo y criptopedorro ante semejante maravilla creada por Dios? Recordé que Froats no se había atrevido a clasificarla a ella en ningún tipo y no por reticencia, porque no la tiene. ¿Sería —Dios del Cielo, ¿sería posible?— porque la identificó con el tipo B.P.P., como si fuera otra Peppy Peggy, que reventaría de obesidad antes de los treinta? No, no podía ser: Peggy, de joven, era

neumática y exuberante, y ninguna de esas palabras era aplicable a Maria.

Mis trece metros de intestino no estaban de buen humor precisamente cuando llegó Parlabane; les había denegado el postre en la cena. Es posible que esa clase de privaciones sean el camino hacia el cielo para algunas personas, pero para mí no; me pongo cascarrabias.

—¡Sim! ¿Eres tú, querido amigo mío? ¡Cuánto te he desatendido y cuánto me avergüenzo! ¿Quieres azotar a Johnny? ¿Tres en cada jamoncillo, con una regla muy, muy dura?

Supongo que era su manera de retomar el hilo donde lo habíamos dejado veinticinco años antes. Disfrutaba cotorreando con ese estilo sarasa porque sabía que me hacía reír, pero yo sólo le había seguido siempre el juego superficialmente; nunca fui uno de sus «chicos», la panda de estudiantes que se llamaban a sí mismos Deleite de Caballero. Me despertaban curiosidad —me fascinaban, para ser precisos—, pero nunca quise participar en los momentos íntimos que los unían, hicieran lo que hiciesen. La verdad es que nunca llegué a saberlo porque, a pesar de lo mucho que hablaban de homosexualidad, la mayoría de ellos, después de licenciarse, se casaron y se apoltronaron en la respetabilidad más burguesa, al menos en apariencia, aligerada con algún que otro divorcio y segundo matrimonio. Uno de ellos estaba en la judicatura, actualmente, y algunos abogados serviles o burlones lo llamaban Su Señoría. Supongo que, simplemente, habían tanteado el terreno, como el propio Parlabane; sabía que uno o dos habían tenido relaciones turbulentas con la omnívora Elsie Whistlecraft, que se creía a sí misma una gran hetaira iniciadora de jóvenes inocentes en las artes del amor. Muchos jóvenes prueban diferentes aspectos del sexo antes de decidirse por el que más les conviene, que suele ser el más común, pero yo me había mostrado cauto, discreto y cobarde, probablemente, y no había sido uno de los «chicos» de Parlabane. No obstante, en aquel tiempo me hacía gracia que me hablara como si lo fuera.

Qué mentalidad tan insensata, pero, ¿quién no ha sido insensato alguna vez, por un motivo u otro? Ahora, un cuarto de siglo después, ya no sería apropiado. Supongo que era austero.

—Hombre, John, me había enterado de tu regreso y esperaba que vinieras a verme en algún momento.

—He tardado demasiado y no tengo excusa. *Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa*, como decimos en el gremio, pero aquí estoy. Se habla muy bien de ti: unos libros excelentes.

—No están mal, espero.

—Y eres sacerdote. Bueno... acabemos con esto de una vez; como puedes ver, el hábito que llevo significa que he cambiado de opinión. Creo que debo agradecértelo a ti, al menos en parte. En estos últimos años, me he acordado mucho de ti. Me venían una y otra vez a la cabeza cosas que solías decir. Eras más sabio que yo. Y, por fin, volví al seno de la Iglesia.

—Digamos que intentaste ser monje, pero es evidente que no lo conseguiste.

—No seas malo conmigo, Sim. He pasado una época atroz. Parecía que todo se me volvía hiel. Seguro que no te extraña que haya vuelto al final al lugar donde nada se vuelve hiel.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué haces aquí?

Si alguien puede entenderme, eres tú. Entré en la S.S.M. porque quería dejar atrás todo lo que había convertido mi vida en un infierno, incluido lo peor de todo, la terquedad que me caracteriza. Abandona la terquedad, me dije, y tal vez encuentres la paz y, con ella, la salvación. «Si llevas la Cruz con alegría, la Cruz te llevará a ti».

—Thomas de Kempis: un guía poco indicado para ti, John.

—¿De verdad? Yo habría dicho que era tu modelo.

—No, pero eso no quiere decir que no le guarde el debido respeto. Es que es para los honestos y tú nunca lo has sido del todo. No, no me interrumpas, no te estoy insultando; pero la honestidad de Thomas de Kempis no sirve de nada a un hombre tan sutil como siempre has sido tú. De la misma forma, Tomás de Aquino fue siempre excesivamente sutil para ser un guía seguro para ti, porque te embotellaba su sutileza, te reías de sus principios.

—¿De verdad? Parece que me conoces muy bien.

—Es justo; cuando éramos jóvenes, parecía que tú me conocieras muy bien... Deduzco que no fuiste capaz de llevar la Cruz con alegría y por eso desapareciste del monasterio.

—Me prestaste dinero para eso. Nunca podré agradecértelo bastante.

—Divide toda la gratitud que sientas entre Clem Hollier y yo, si es que no había más en la lista de tu campaña de los quinientos dólares.

—No creerías que con quinientos míseros dólares solucionaría la papeleta, ¿verdad?

—Era lo que insinuabas en tu elocuente carta.

—En fin, eso es agua pasada. Tenía que salir de allí, por las buenas o por las malas.

—Qué forma tan desacertada de decirlo.

—¡Dios, qué cruel te has vuelto! Recuerda que somos hermanos en la fe. ¿Es que no tienes caridad?

—He pensado mucho en la idea de caridad, John, y no significa ser pánfilo. ¿Por qué tuviste que salir de la Sagrada Misión? ¿Estaban pensando en expulsarte?

—Todo lo contrario, pero tampoco me dejaban ordenarme sacerdote.

—¡Qué curioso! ¿Y por qué, si no es mucho preguntar?

—Estás recayendo en la ironía estudiantil. Mira, dejémonos de tapujos: ¿has estado alguna vez en un sitio de éstos?

—Hice un par de retiros cuando era joven.

—¿Podrías afrontar toda una vida allí dentro? Escucha, Sim, no voy a consentir que me trates de bobalicón arrepentido. No me cargo la Orden, me dieron lo que les

pedí, que fue el Pan del Cielo, pero es que yo necesito comerme ese pan con un poquito de mantequilla y mermelada intelectual, ¡si no, se me atraganta! Las homilias del padre prior eran como filosofía de primer curso, sin dejar el menor resquicio a la duda. Necesito el juego intelectual para vivir, ¡si no, me muero! Y necesito algo de humor en la vida, no las bromas simplonas que soltaba el provincial de vez en cuando, para dar confianza a los hermanos, ni los chistes guarros de niños de guardería que contaban en susurros a la hora del recreo algunos aspirantes, para demostrar que habían sido hombres de mundo. Yo necesito el gran humor sano que salva... como ese maldito Rabelais del que tanto oigo hablar últimamente. Necesito poner algo de levadura en el Pan del Cielo. Si me hubieran dejado ordenarme, habría podido ser de alguna utilidad, pero no había forma, ¡y creo que esa negativa era producto del odio y la envidia!

—¿Envidia de tus conocimientos y tu inteligencia?

—Sí.

—Es posible que eso contara también. El odio y la envidia no son menos frecuentes dentro de los muros de un monasterio que fuera y tú tienes una inteligencia particularmente desvergonzada que no sabes disfrazar por respeto a las personas menos dotadas que tú, pero a lo hecho, pecho. La cuestión es: ¿qué vas a hacer ahora?

—Estoy dando unas clases.

—En enseñanza para adultos.

—Es humillante.

—Mucha gente válida se dedica a eso mismo.

—¡A la puta mierda, Sim! ¡Yo no soy sólo «gente válida»! Soy el mejor filósofo que ha parido esta universidad en toda su vida, ¡joder! Lo sabes perfectamente.

—Puede ser. También eres de trato difícil y no encajas bien en cualquier parte. ¿Tienes alguna otra perspectiva?

—Sí, pero necesito tiempo.

—Y dinero, seguro.

—¿No podrías tú...?

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Estoy escribiendo un libro.

—¿Sobre qué? Tu fuerte era el escepticismo.

—No, no; no tiene nada que ver. Es una novela.

—Supongo que no contarás con que te vaya a dar mucho dinero.

—Al principio no, claro.

—Será mejor que solicites una ayuda del Consejo Canadiense de las Artes; dan apoyo a los novelistas.

—¿Me recomendarías?

—Recomiendo a unos cuantos todos los años, pero no soy el más indicado precisamente para esa clase de recomendación. ¿Cómo sabes que puedes escribir una novela?

—¡Porque la tengo clarísima en la cabeza! ¡Y es extraordinaria, de verdad! Un retrato espléndido de lo que fue la vida en esta ciudad —es decir, la mala vida—, pero con un análisis subyacente del malestar de nuestra época.

—¡Dios Santo!

—¿Qué significa eso, exactamente?

—Significa que, más o menos, dos terceras partes de las primeras novelas que se escriben son sobre ese tema. Muy pocas llegan a publicarse.

—¡No seas tan desagradable! Ya me conoces, te acordarás de las cosas que escribía cuando éramos estudiantes. Con la cabeza...

—Eso es lo que me da miedo. Las novelas no se escriben con la cabeza.

—Entonces, ¿con qué se escriben?

—Pregunta a Ozy Froats; dice que con trece metros de intestino. Mírate: un elemento mesomorfo muy marcado combinado con uno ectomorfo sustancial, pero del endomorfo, ni rastro apenas. Has tenido una vida terrible, te has dado a la bebida, a las drogas, al exceso, pero mantienes la constitución de un atleta. Seguro que tienes un intestino raquíutico. ¿Cuándo fuiste al váter por última vez?

—¿A qué viene todo esto?

—Es la nueva psicología. Pregunta a Froats... Bien, te propongo un trato, John...

—Unos pocos dólares para sacarme de apuros...

—De acuerdo, pero, como he dicho, es un trato, con la siguiente condición: deja de ponerte ese disfraz. Me ofende que te exhibas por ahí como hombre al servicio de Dios cuando, en realidad, sólo te sirves a ti mismo... o al demonio quizá. Te voy a dar un traje, y tienes que ponértelo; de lo contrario, no verás un céntimo ni una pizca de ayuda por mi parte.

Repasamos mis trajes. Yo había pensado en uno que empezaba a quedarme demasiado justo, pero Parlabane, no recuerdo mediante qué argucias argumentales, se marchó con uno de los mejores, gris, elegante y clerical, pero no el típico corte clerical. Más un par de camisas de calidad, un par de corbatas oscuras, unos pares de calcetines, unos pañuelos e incluso un par de zapatos prácticamente nuevo.

—Has engordado, desde luego —dijo, pavoneándose ante el espejo—, pero se me da bien la aguja; lo estrecharé un poco.

Por fin se marchaba, así es que —por pura debilidad— le ofrecí un trago.

—¡Cuánto has cambiado! —dijo—. Antes eras un buenazo. Parece que los papeles se han invertido. Tú, el joven piadoso, te has hecho duro como una piedra. Yo, el incrédulo, he querido hacerme sacerdote. ¿Es que la vida te ha erosionado tanto la fe?

—Yo diría que me la ha reforzado.

—Pero cuando recitas el Credo, ¿crees sinceramente en lo que dices?

—Todas y cada una de las palabras, pero el cambio se debe a que también creo en muchas otras cosas que no están en el Credo. El Credo es como taquigrafía, ¿sabes? Sólo lo necesario, pero no vivo sólo de lo necesario. Cuando se toma la

determinación de ser religioso, hay que fortalecer el entendimiento. Hay que dejarlo abierto a todos los pensamientos y elegir entre ellos. ¿Recuerdas aquellas palabras de Goethe de que no sabía de ningún delito que él mismo no se hubiera imaginado cometiendo? Si nos aferramos desesperadamente al bien, ¿cómo vamos a descubrir lo que es el bien auténtico?

—Comprendo... ¿Sabes algo de una muchacha llamada Theotoky?

—Sí, es alumna mía.

—La conozco un poco. Es la *soror mystica* de Hollier, ¿lo sabías? Y, como yo soy su *famulus* —aunque está intentándolo todo para que me largue— la veo con relativa frecuencia. Una auténtica belleza, de las que ponen cachondo a cualquiera.

—No sé nada de ese tema.

—Pero Hollier sí, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Pensé que a lo mejor sabías algo.

—No sé nada.

—En fin, tengo que irme. Siento que te hayas convertido en un sacerdote tan malo, Sim.

—No olvides lo que te he dicho del hábito.

—¡Oh, vamos! Será sólo alguna que otra vez. Me gusta llevarlo puesto en las clases a mis alumnos maduros.

—Ten cuidado. Puedo ponerte las cosas muy difíciles.

—¿Lo dices por el obispo? Seguro que no le importa.

—No me refiero al obispo, me refiero a la Real Policía Montada de Canadá. Tienes antecedentes, ¿recuerdas?

—¡No es cierto, joder!

—Oficiales no. Sólo unas notas en un archivo, quizá, pero si te pilló otra vez con el disfraz, te delato, hermano John.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Al menos había aprendido algo: a no tener respuesta para todo.

Se acabó la copa y, con una mirada de deseo a la botella, de la que hice caso omiso, se marchó, pero todavía hubo en la puerta una súplica patética que me costó cincuenta dólares y se llevó el hábito de monje enrollado y atado con su propio cinturón.

El segundo paraíso IV

I

—¡*Poshrat!*

Mamusia me estampó la mano en la cara con todas sus fuerzas. Fue un bofetón de aupa, pero a lo mejor me tambaleé un poco más de lo justificable, gemí y parecía que iba a caerme al suelo. Se me acercó inmediatamente y me arrimó lo más posible echando furia y ajo por la boca.

—¡*Poshrat!* —gritó otra vez y me escupió en la cara.

Era una escena frecuente en nuestra vida en común y yo sabía muy bien que no debía limpiarme el salivazo. Había que aguantarlo y, al final, seguramente todo saldría como yo quería.

—¡Mira que decirle eso! ¡Contarle a tu profesor *gadyó* los secretos del *bomarí!* ¡Es que me odias! ¡Quieres acabar conmigo! Ah, ya sé que me desprecias, que te avergüenzas de mí, ¡que quieres hundirme en la miseria! ¡Me miras mal por el trabajo con que me gano esta pobre vida! ¡Quieres verme muerta! Pero, ¿crees que soy tan vieja como para que una putilla *poshrat* pueda pisotearme, destruirme y robarme mis secretos? ¡Yo te mato! ¡Acabaré contigo a puñaladas, de noche, cuando estés dormida! ¡No te atrevas a mirarme de esa forma, desvergonzada, o te clavo una aguja en los ojos!

—No la estaba mirando de ninguna forma, pero esa amenaza no podía faltar en su boca.

—¡Ay, qué maldición me ha caído contigo! La dama fina, la puta del *gadyó*, porque no puede ser otra cosa, eres su puta, ¿verdad? ¡Y quieres traerlo aquí para que me espíe! ¡Así te desgarre el Niño Jesús con un garfio de hierro!

Y siguió despotricando, disfrutando inmensamente, pero sabía que al final todo se resolvería en buen humor y entonces vendrían los arrumacos, una cataplasma fría y húmeda de menta para la cara, que me hervía, además de un trago del feroz aguardiente de ciruelas de Yerko, y tocaría el *bosh*, me cantarían algo y su afecto sería tan desmesurado como su ira. A mí no me quedaba sino desempeñar mi papel de hija destrozada y arrepentida que, supuestamente, vivía al sol o a la sombra del afecto materno.

No se puede decir que a mi vida le faltase variedad. En la universidad, era la señorita Theotoky, prestigiosa licenciada que descollaba un poco por encima de los demás porque pertenecía al selecto grupo de ayudantes de investigación, una chica que contaba con amistades y un puesto tranquilo y asegurado en la jerarquía académica, a quien algunos profesores señalaban como posible miembro futuro de su círculo de druidas. En casa, era Maria, una *kalderash*, una *lovari*, pero no del todo, porque mi padre no pertenecía a esa vieja y orgullosa raza, sino que había sido *gadyó* y, por tanto, cuando mi madre se disgustaba conmigo, me insultaba llamándome *poshrat*, que quiere decir «mestiza». Achacaba todo lo que no le gustaba de mí a mi condición de *poshrat*. La culpa era toda suya, pero habría sido una falta de tacto

recordárselo en pleno ataque de furia.

Era, pues, medio gitana y, desde que mi padre había muerto, a veces a mi madre le parecía que esa mitad mía valía por tres cuartas partes, y hasta por siete de ocho. Sabía que me quería profundamente, pero, como todo amor profundo, a veces era una carga y sus exigencias, crueles. Vivir con mi madre significaba amoldarme a sus creencias, que en casi ningún aspecto concordaban con lo que había aprendido fuera de casa. En vida de mi padre no era lo mismo, porque él la controlaba, no a gritos ni por imposición —ese estilo era el de ella— sino gracias a su extraordinaria fortaleza y nobleza de carácter. Era un gran hombre y desde su muerte, cuando yo tenía dieciséis años, no había dejado de buscarlo, a él o a alguien semejante, entre todos los hombres que iba conociendo. Según creo, los psiquiatras hablan a las chicas atribuladas de esa clase de búsqueda como si fuera un gran secreto que no habrían sabido descubrir por sí solas, pero yo lo sabía desde siempre; quería tener a mi padre, quería encontrar a un hombre igual que él en valentía, sabiduría y cariño y, en un par de fugaces momentos, creí haberlo encontrado en Clement Hollier. Sabio lo era, eso seguro; estaba convencida de que también sería valiente cuando la ocasión lo requiriese; sólo faltaba el cariño, que era lo que quería inspirarle, pero sabía que no funcionaría si me echaba en sus brazos. Tenía que servirle, demostrarle mi amor con humildad y sacrificio, dejar que me descubriera. Eso creí que había pasado aquel día de abril en el sofá. Todavía no me había decepcionado irremediablemente, pero empezaba a ponerme un poco frenética. ¿Cuándo se mostraría como el sucesor de mi amado Tadeusz, mi querido padre?

¿Puedo ser moderna con semejantes ideas? Tengo que ser moderna: vivo en la actualidad, pero, como dice Hollier, vivo en un revoltijo de épocas, igual que todo el mundo; tengo ideas actuales, otras del pasado más remoto y otras de épocas que parecen más acordes con mis padres que conmigo. Si pudiera ordenarlas y controlarlas, quizá supiera mejor qué papel me corresponde, pero cuando más contemporánea quiero ser, más se me entromete el pasado y, cuando tengo nostalgia del pasado (como cuando deseo que Tadeusz no hubiera muerto y estuviese ahora conmigo para guiarme, explicarme y ayudarme a saber en qué parte de la vida está mi sitio), no puedo apartar el presente. Cuando oigo hablar a las chicas de sus deseos de liberación, como ellas dicen, y cuando veo a otras tan satisfechas de haberse liberado, me parece que soy imbécil porque no sé lo que me pasa.

Sin embargo, sé de dónde vengo o mejor dicho, dónde estaban, eran y vivieron partes fundamentales de su destino las personas de quienes procede todo lo que soy. Mi padre, Tadeusz Bonawentura Niemcewicz, era polaco y tuvo la desgracia de nacer en Varsovia en 1910. Y digo «desgracia» porque, poco después, estalló una gran guerra y su familia, que hasta el momento vivía desahogadamente, lo perdió todo, salvo un enorme legado de orgullo. Era un hombre muy culto, ingeniero de profesión, especializado en creación y equipamiento de fábricas; fue esa profesión la que lo llevó, joven todavía, a Hungría, donde no tardó en asentarse como un *Politowski* más

de los muchos que había en Budapest. Por consideración para con sus amigos húngaros, a quienes resultaba muy difícil pronunciar «Niemcewicz», se añadió el apellido materno, que era Theotoky. Su madre tenía orígenes griegos.

Era de temperamento romántico —o, mejor dicho, prefiero tener esa idea de él— y, como muchos otros jóvenes, se enamoró de una joven gitana, aunque, al contrario que otros muchos, se casó con ella. Era mi madre, Oraga Laoutaro.

No todos los gitanos son nómadas y mi madre pertenecía a una familia de músicos que llevaba generaciones en Budapest, porque los músicos gitanos prefieren tocar cómodamente en restaurantes, clubes de oficiales y casas de ricos que vagabundear por los caminos. Tanto es así que se consideran la aristocracia de su pueblo. Mi madre era un caso raro, porque tocaba el violín en público; generalmente, los violinistas son hombres y las mujeres cantan y bailan. Era guapa, seductora, y el joven ingeniero polaco la pretendió con constancia, hasta que la convenció de que se casara con él, tanto según la tradición gitana como conforme al rito católico.

Mi padre olió en el aire la inminencia de la segunda guerra mundial o, más probablemente, en el ambiente del trabajo industrial en que se ocupaba. Tomó la determinación de salir de Europa, pero los preparativos se alargaron tanto, que mi madre y él a duras penas consiguieron llegar a Inglaterra antes de que la guerra estallara, en el otoño de 1939. Allí se reunieron con Yerko, hermano de mi madre, que venía de viajar por Francia —por motivos que explicaré en su momento— y allí se quedaron hasta 1946; mi padre colaboraba con el ejército, pero no como soldado: diseñaba y planificaba la fabricación de equipos, y Yerko trabajaba con él, era su artífice, hacía los modelos. Tadeusz y mi madre tuvieron un hijo, pero murió, y yo no nací hasta que llegaron a Canadá y se instalaron en Toronto; era el año 1958 y mi madre tenía casi cuarenta años (siempre decía que había nacido en 1920, pero creo que no lo sabía a ciencia cierta y, desde luego, no tenía nada con que acreditarlo). En aquella época, Yerko y mi padre habían puesto en marcha su propia fábrica de equipamiento hospitalario; mi padre sabía organizado todo y Yerko, un artista de la metalurgia, era capaz de fabricar y mejorar el modelo práctico de cualquier invento que mi padre diseñara. Todo parecía ir sobre ruedas hasta que murió Tadeusz, en 1975, no espectacularmente por exceso de trabajo, sino poco a poco, arrastrando un resfriado mal curado que acabó causando otras enfermedades que no pudo vencer. Y, con su muerte, mi familia, muy parecida —supongo— a tantas familias europeas afincadas en Canadá, un poco extranjera pero no drásticamente ajena al estilo de vida norteamericano preponderante, dio un giro radical del que todavía no se ha recuperado.

Mi padre tenía un carácter fuerte y, aunque quería mucho a mi madre y le gustaba considerarla una niña gitana, estaba claro que quería que las cosas familiares funcionaran al estilo de la clase alta polaca. Mi madre se vestía como una señora de buena posición y, gracias a unas cuantas tiendas excelentes de moda, reprimió su gusto por los colores estridentes y los vestidos sueltos. Rara vez hablaba romaní, su

lengua materna, salvo con Yerko y conmigo, y mi padre y ella solían hablar en húngaro; él le enseñó un poco de polaco, que aprendí tan bien como el húngaro; a veces nos envidiaba porque pudiéramos hablar entre nosotros en una lengua que no entendía perfectamente. El inglés no llegó a dominarlo del todo, pero eso nunca fue un obstáculo, porque en Toronto había gente suficiente con quien hablar en húngaro. Cuando estaba con anglófonos, hablaba un inglés deficiente, pero conseguía imprimirle cierta elegancia... siendo los anglófonos, como son, pan comido ante esa clase de acentos. Al pensar en los años anteriores a la muerte de mi padre, me doy cuenta de que *mamusia* vivía un poco como apagada o encerrada, envuelta en su bienamado, como yo con Hollier ahora.

Mis padres querían que la llamara *mamusia*: el diminutivo apropiado para que una niña polaca bien educada se dirija a su madre. Cuando los niños canadienses me oían llamarla así, creían que decía «mamucha» (los canadienses tienen un mal oído incorregible), pero la pronunciación correcta de esa palabra es delicada y acariciadora. En Navidad y en los cumpleaños, también la llamaba *édesanya*, que es el húngaro de las clases altas, y a mi padre solía llamarlo en húngaro, es decir, *édesapa*. Cuando mi madre quería irritarlo, me decía que la llamase *matnika* —que es más o menos equivalente a «mamurri»—, y entonces él fruncía el ceño y chasqueaba la lengua. No se enfadaba nunca, pero el chasquido de la lengua era reprimenda suficiente para mí.

Creo que me dieron una educación estricta, porque a *édesapa* no le gustaba el estilo desenfadado y tolerante de los canadienses, no le cabía en la cabeza que no lo considerasen falta de respeto. Lo asombró mucho saber que en el buen convento al que me mandaron a estudiar nos enseñaban a jugar al *softball* y al *lacrosse* y que las monjas se remangaban las faldas y jugaban con nosotras. Le inquietaba profundamente que las monjas se pusieran en patines (una estampa bonita de ver). Naturalmente, eran monjas de las de antes, que llevaban el hábito hasta los pies; cuando llegó la revolución de la moda conventual, en la década de los sesenta, creyó que el cielo se nos caería sobre la cabeza. Ahora sé que apenas hay diferencias entre un romántico y un conservador avejentado, pero, como hija fiel, intentaba compartir un poco su indignación. Fue en vano. El día en que se enteró de que yo, como las demás niñas del convento, llamaba a la madre superiora «la Supe» a sus espaldas, fue aciago.

Pobre *édesapa*, tan tierno, educado y caballeroso, pero tan chapado a la antigua —hasta yo tengo que reconocerlo— para algunas cosas. Me ganó por su nobleza de espíritu y sus altos ideales, que me siguen cautivando.

No sé cómo hizo tanto dinero. Muchas personas creen que los negocios son irreconciliables con un concepto elevado de la vida, pero yo no estoy muy segura. Dinero hizo, eso es indiscutible y, cuando murió, nos sorprendió lo mucho que era. Yerko no podía continuar solo, pero supo venderlo todo ventajosamente a una empresa rival y, al final, quedó un estupendo fondo para *mamusia* y otro para mí y

Yerko se hizo rico. Naturalmente, cada cual tiene su idea de lo que es ser rico; supongo que los ricos de verdad no saben lo que tienen, pero Yerko se hizo más rico de lo que cualquier músico gitano habría creído posible, lloró copiosamente y me aseguró que todo sería para mí cuando él muriese, pues tenía la impresión de que la muerte le ponía la mano encima con mucha frecuencia. No tenía más que cincuenta y ocho años y estaba fuerte como un toro, aunque llevaba un tren de vida que habría podido con cualquier ser normal hacía años, pero hablaba de la muerte como si fuera a presentarse de un momento a otro.

Una cuestión que provocó muchos problemas fue que yo iba a recibir todo el dinero de mi fondo al cumplir los veinticinco años, además de todo el capital del fondo de *mamusia* cuando ella falleciese. A ella le parecía —y ni mis explicaciones ni las de los perplejos empleados de la oficina de fondos fiduciarios lograron que cambiase de parecer— que yo había metido el cucharón en la herencia y que su adorado Tadeusz le había hecho una jugada sucia que la dejaba prácticamente en la indigencia. ¿Dónde estaba su dinero? ¿Por qué nunca podía ponerle las manos encima? Recibía un sustancioso cheque mensual, pero, ¿quién sabía si no podrían cortárselo en cualquier momento? En el fondo, sabía muy bien lo que pasaba, pero disfrutaba armando el número gitano por todo lo alto y viendo a los empleados palidecer y tragar saliva mientras ella montaba en cólera.

En realidad, estaba pasando por esa subida embriagadora de energía que experimentan algunas mujeres tras la defunción del marido. Lloraba por Tadeusz al auténtico estilo gitano, decía que pronto lo seguiría a la tumba y pasó unas cuantas semanas haciéndose la trágica pero, en medio de la tragedia, auténtica y ritual al mismo tiempo, se sabía libre y entendía que la deuda de respetabilidad *gadyí que* debía al matrimonio estaba completamente saldada. Para *mamusia*, la libertad significaba volver a las costumbres gitanas. Guardó luto, cosa pasada de moda pero necesaria para aliviar la pérdida, pero nunca llegó a dejarlo del todo, la ropa moderna desapareció de los armarios y fue sustituida por atavíos de un evidente estilo *ciganyak*. Se ponía varias faldas largas, una sobre otra, sin bragas debajo, para consternación mía.

—Son una marranada —me dijo cuando protesté—, se ensucian en pocos días; eso sólo se lo ponen las marranas.

En lo que a higiene se refiere, volvió a las costumbres gitanas, que no son modernas; la única prenda interior que usaba eran las enaguas, a las que daba un buen repaso en la bañera cada tres o cuatro meses; no se lavaba, sino que se frotaba la piel con aceite de oliva y se aplicaba al pelo un aceite perfumado más espeso. No diré que fuera sucia, pero el ideal norteamericano de frescor no tenía cabida en su estilo personal. Reaparecieron cadenas y montones de anillos de oro, que no usaba desde sus tiempos de violinista gitana de restaurante, con el tintineo musical que acompañaba todos sus movimientos; solía decir que el tintineo del oro auténtico se distinguía bien, porque no había ningún otro sonido que se le pareciera. Nunca iba sin

un pañuelo negro en la cabeza, que se ataba bajo la barbilla siempre que salía al mundo *gadyó*, en la nuca dentro de casa. Tenía una presencia impresionante y hermosa, pero no respondía a la idea habitual de madre.

Mamusia vivía en un mundo de secretos, una de sus más preciadas convicciones era que los gitanos son los verdaderos sofisticados y que todos los demás son *gadyé*, que en realidad significa «inocentón», «papanatas», «primo» al que pueden estafar otros más listos. Era una creencia profunda. A veces, por pura necesidad, aceptaba a un *gadyó* como un igual, por lo menos, y reconocía que también ellos sabían gramática parda, pero la convicción esencial de su superioridad en astucia no tardaba mucho tiempo en reaparecer.

Era lo que provocaba las peores peleas entre nosotras. *Mamusia* robaba en las tiendas con brillantez y entrega. Casi todo lo que comíamos era birlado.

—Es que eso del súper es de tontos —me contestaba cuando se lo recriminaba—, tienen unos pasillos muy largos, atiborrados de cosas que gustan a cualquiera y de basura que sólo quieren los *gadyé*; si pretenden que nadie se lleve nada, ¿por qué no vigilan?

—Porque confían en la honradez de la clientela —le decía yo y entonces ella se reía con esa risa gitana, cruda y terrible—. Bueno, en realidad, les sale más económico hacerse cargo de unos pocos robos que poner vigilancia —añadía yo, más fiel a la verdad.

—Es decir, que saben que les van a robar. Entonces, ¿a qué viene tanta preocupación? —era su respuesta incontestable.

—Pero, si te pillan, ¡imagínate la vergüenza! Tú, la viuda de Tadeusz Theotoky, ¿qué te parecería que te llevaran ante el juez? (También pensaba en mi propia vergüenza, si llegara a saberse que mi madre era ratera).

—Pero a mí no me pillan —contestaba.

Y es cierto, no la pillaron jamás. Nunca iba muchas veces al mismo supermercado y, antes de entrar, se convertía en una viejecita encorvada, temblorosa y aturdida; recorría los pasillos haciendo mucho paripé con unos lentes anticuados: el truco consistía en ajustárselos como si le costara mucho asentárselos en la nariz y después leer con gran trabajo la etiqueta de una lata que sujetaba con la mano derecha; entre tanto, la izquierda, diestramente, se llevaba cosas del estante inferior a los bolsillos ocultos del mísero abrigo negro que se ponía siempre para esas excursiones piratas. Cuando por fin llegaba a la caja, sólo tenía una o dos cosillas que pagar y, al abrir el monedero, procuraba que la cajera viese con claridad el poquísimo dinero que llevaba; a veces, hurgaba hasta reunir dieciocho monedas de centavo para completar el total de la cuenta. ¡Qué pena daba la pobre viejecita! ¡Cuánta miseria pasan esas ancianas que viven solas sin nada más que una pensión de ancianidad! (¡Tremenda vieja sinvergüenza que saquea a los estúpidos *gadyé*!).

Iba a comer a casa lo menos posible y sólo para no quedar mal, porque el método de aprovisionamiento de *mamusia* no me parecía bien, pero sobre todo porque lo que

se puede robar en las tiendas no da para un delicioso menú equilibrado. Los gitanos cocinan muy mal, al menos según los criterios modernos, y el servicio doméstico que teníamos en vida de Tadeusz había pasado a la historia. Después de la gran bronca por la visita de Hollier, cenamos alubias con cerdo y mucho pimentón y el café especial de *mamusia*, que consistía en añadir un poquito de café nuevo a los posos viejos del cazo y hervirlo al gusto.

Como había previsto, después de la tormenta vino la calma; mi madre me puso la cataplasma en el tortazo de la cara y nos dimos la consabida ración de abrazos mientras yo derramaba las lágrimas pertinentes. Entre gitanos, un beso es una cosa muy importante que no se da tras una simple discusión familiar; se reserva para asuntos graves, de modo que no nos besamos.

—¿Por qué le contaste lo del *bomarí*? —dijo *mamusia*.

—Porque es importante para su trabajo.

—Es importante para mi trabajo, pero dejará de serlo si lo sabe todo el mundo.

—Te aseguro que guardará el secreto.

—Pues será el primer *gadyó* que lo haga.

—¡*Mamusia*, por favor! Piensa en mi padre.

—Tu padre estaba unido a mí por un gran juramento. El matrimonio es un gran juramento. Por nada del mundo me habría traicionado contando secretos míos por ahí... ni yo a él. Estábamos casados.

—Seguro que el profesor Hollier te lo jura, si se lo pides.

—¿Jurará no decir una palabra sobre el *bomarí*?

Me di cuenta de que había hecho una tontería.

—Claro que... querrá escribir sobre ello —dije, temiendo que la horrible pelea volviera a empezar.

—¿Escribir qué?

—Artículos en revistas científicas o quizá un libro.

—¿Un libro sobre el *bomarí*?

—No, no; sobre el *bomarí* sólo no, sobre todas las cosas que los sabios como tú han conservado para el mundo moderno.

Pura zalamería gitana por mi parte, porque *mamusia* está convencida de que es una sabia fuera de lo común. Y puede demostrarlo; cuando nació, entre su padre y su madre sumaban más de cien años, y eso es una señal indiscutible.

—Tiene que ser un maestro muy raro, si quiere enseñar cosas sobre el *bomarí* a todos esos holgazanes desnarigados de la universidad. No sabrían cómo usarlo aunque se lo contaran.

—*Mamusia*, no quiere enseñar eso en clase. Quiere escribirlo, para que lo lean unos pocos hombres cultos como él, porque les interesan mucho la sabiduría y las creencias antiguas que han llegado hasta el mundo moderno, que, por desgracia, las desconoce. Quiere honrar a quienes, como tú, han sufrido pero han guardado silencio por conservar los secretos antiguos.

—¿Va a escribir mi nombre?

—Jamás, si le dices que no lo haga; dirá que tal cosa se la enseñó una mujer muy sabia a la que tuvo la fortuna de conocer en circunstancias que juró no revelar.

—Ah, ¿así?

—Sí, así. Sabes mejor que nadie que los *gadyé* no serían capaces de hacer bien el *bomarí* aunque lo conocieran, porque no tienen la misma experiencia que tú ni la gran sabiduría que has heredado.

—Bueno, mi pequeña *poshrat*, ya que lo has empezado, tendré que terminarlo. Lo hago por ti, porque eres la hija de Tadeusz. No lo haría por nada menos. Tráeme a ese sabio tuyo.

II

Traer a ese sabio mío, pero eso era sólo el principio; tenía que arreglar el encuentro entre *mamusia* y mi sabio de modo que ninguno de los dos se volviera en mi contra para siempre. ¡Qué idiota había sido empezando todo aquello! ¡Qué *gadyí* tan idiota! ¿Saldría del lío con el pellejo íntegro, por no hablar de la admiración, el agradecimiento y quizá el amor de Hollier, que esperaba ganar a cambio? ¡Ojalá no me hubiese empeñado en añadir algo a su investigación sobre la coproterapia! Pero estaba en la apurada situación del aprendiz de brujo; había iniciado algo que ya no podía parar y a lo mejor, al final, el brujo terminaría castigándome.

Tuve tiempo de sobra para reflexionar sobre el problema, porque pasé toda la velada con *mamusia*, tendida en el sofá, cambiándome la cataplasma cada media hora, más o menos, mientras ella tocaba el violín y cantaba de vez en cuando.

Era taimada y sabía cuánto me irritaba que tocase. Me entusiasma la música, me gusta en su expresión más sofisticada e intelectual; es una de las pocas cosas que ponen orden en la confusión en que vivo, pero lo que tocaba *mamusia* era auténtica música de los gitanos magiars, quejumbrosa, doliente, desgarrada, y de pronto se animaba frenéticamente y los dedos se deslizaban por el mástil arrancando glisandos que parecían gritos primitivos de una clase de éxtasis que nunca me pareció real. La escala gitana —tercera menor, cuarta aumentada, sexta menor y séptima mayor— me crispaba los nervios. ¿Acaso J. S. Bach no había tenido suficiente con la escala diatónica para expresar el éxtasis noblemente? Tenía que oponer resistencia a esa música; su sentimentalismo y su primitivismo se daban de puñetazos con todo lo que la universidad significaba para mí; sin embargo, la reconocía como un aspecto de mi ascendencia del que nunca podría desgajarme, por más que lo negara, pero sí, sabía muy bien lo que me pasaba; quería ser intelectual, huir de todo lo que significaban *mamusia* y las generaciones anteriores de kalderash, y sabía que sólo lo conseguiría mediante el más violento ejercicio contra mí misma. A veces, incluso sospechaba que mi angustiada preocupación por Hollier era principalmente el deseo de escapar de mi mundo y refugiarme en el suyo. ¿Es eso amor o no? Entonces, *mamusia* empezó a tocar una música profundamente personal, una música que, de joven, jamás habría tocado en un comedor de oficiales ni en un restaurante de moda a la hora de cenar. La llamaba *El canto del oso*; los gitanos que tenían un oso amaestrado se la tocaban o cantaban a su animal, pero yo creo que era todavía más antigua; para los gitanos de tiempos tan remotos, el oso no era únicamente un bien valioso y un medio para hacer dinero, sino también un compañero y quizá un objeto de veneración. ¿Parece increíble? Sólo hay que fijarse en cómo hablan algunas personas con su perro o su gato, hoy en día; suelen emplear el tono sentimental que les parece apropiado para un animal no muy peligroso, pero, ¿cómo hablar con un oso, que puede matar? ¿Cómo se le pide amistad? ¿Cómo requerir su sabiduría, tan diferente de la humana, pero no impenetrable? Eso es lo que me parecía a mí *El canto del oso*: música que se movía

lentamente, con largas pausas interrogativas, arrancando al violín una inusitada voz grave y gutural, tan ajena a la clase de música que entiendo y disfruto. «Cro, cro, dime, hermano Martin, ¿qué tal te va? ¿Qué es lo que ves? ¿Qué es lo que oyes?». Y después: «gruñ, gruñ», el hermano Martin (porque los gitanos llaman Martin a todos los osos) responde con su voz profunda. ¿Le tocaría esa pieza a Hollier? Y —no sabía yo si tenía sensibilidad para esas cosas— ¿cómo lo interpretaría él?

Traer a ese sabio mío; ¿qué le parecería la casa en que vivía?

Era una casa grande y hermosa, del sólido estilo bancario que se conserva en las calles más seguras y más espléndidamente flanqueadas de árboles del distrito Rosedale en Toronto. La del ciento veinte de Walnut Street no era la más bonita, pero tampoco la más sencilla de sus vecinas. Ladrillo macizo, madera pintada de blanco, unas piedras angulares en las esquinas; unos pocos árboles bien cuidados por podadores y jardineros profesionales; un césped precioso, plantado por un experto sin lugar a dudas, de hierba fina sin hierbajos de ninguna clase. La casa idónea, a todas luces, para un ingeniero polaco que había prosperado en el Nuevo Mundo y deseaba ocupar en él el lugar que requerían el dinero, el buen hacer y la evidente respetabilidad. ¡Qué orgulloso estaba Tadeusz de la casa y cómo se reía cariñosamente cuando *mamusia* decía que era muy grande para un matrimonio con una sola hija, aunque hubiera también un ama de llaves, que vivía en su propio apartamento, en el tercer piso! Una buena casa, bien amueblada y perfectamente mantenida gracias a los servicios de limpieza y jardinería contratados. Y seguía pareciéndolo, vista desde fuera.

Sin embargo, en el interior los cambios habían sido catastróficos. Cuando Tadeusz murió, *mamusia* se obsesionó con venderla y buscar un tugurio acorde con su nueva categoría de viuda económicamente venida a menos, pero su hermano Yerko le dijo que no hiciera esa tontería, que vivía en un cofre del tesoro. Fue él quien le recordó que, cuando Tadeusz la compró, estaba inscrita en el ayuntamiento como casa de apartamentos y pensión; la habían calificado así provisionalmente, por necesidad, en los años de la guerra, pero después no la habían recalificado, aunque Tadeusz la adquiriera para ocuparla enteramente. Según Yerko, lo que se debía hacer era volver a dividirla en apartamentos y pensión y sacarle dinero. A los *gadyé* les gustaba vivir en sitios bonitos.

No sé cómo estaría antes, pero cuando *mamusia* y Yerko hubieron terminado las obras, el ciento veinte de Walnut Street era, sin la menor duda, una de las conejeras más raras de una ciudad donde abundan las conejeras raras. Por ahorrar, Yerko se encargó de gran parte del trabajo; era capaz de hacer cualquier clase de tarea manual y, con la ayuda de un peón, convirtió la preciosa y orgullosa casa de Tadeusz en diez habitáculos: el mejor apartamento, consistente en sala de estar, cocina, dormitorio y galería soleada, fue para *mamusia*. En la planta baja había, además, dos apartamentos de soltero, oscuros e incómodos como perreras, uno de los cuales se quedó con siete esquinas después de instalarle una cocina como un armario y un cuarto de baño de

juguete. Se los habían alquilado a dos jóvenes, el señor Kolbenheyer y el señor Vitrac; Kolbenheyer era esquelético y jamás levantaba la voz; en cuanto a Vitrac, me inspiraba un gran recelo, porque parecía inclinado al suicidio y su apartamento era el ambiente perfecto para una despedida deprimente.

En el piso del medio, donde estaban antiguamente las habitaciones de Tadeusz y *mamusia* y la mía, había ahora un apartamento de una habitación con baño, una cocina diminuta y una salita que compartía la única ventana que tenía con la cocina gracias a un apaño arquitectónico de Yerko, que dividió una ventana por la mitad. La señora Faiko, la reina de nuestros inquilinos, vivía ahí con sus tres gatos. En ese mismo piso había también tres habitaciones con cocina y cuarto de baño comunes; eran para la señorita Grester, la señora Nowaczynski y la señora Schreyvogel, ancianas todas ellas, con un total de cuatro caniches y dos gatos entre las tres. Puesto que no usaban la ducha con frecuencia (por el peligro de abrasarse con agua hirviendo), habían acordado entre ellas llenar el plato de la ducha de tiras de papel de periódico, a modo de cajón de arena para los animales. Teóricamente, lo limpiaban de vez en cuando, pero estaban débiles y la memoria les fallaba, por lo que casi siempre me tocaba a mí apechugar con la tarea. A fin de cuentas, la señorita Grester tenía más de ochenta y siete años, y hacía tres que no salía de casa, que se supiera; la señora Nowaczynski tenía la amabilidad de ir a comprarle lo poco que necesitaba.

En el último piso había dos apartamentos de una habitación con el cuarto de baño común. Los ocupaban el señor Kostich, quien, según decía, tenía algo que ver con una tintorería, y el señor Horne, enfermero. *Mamusia* siempre aprovechaba la ocasión de decirlo delante de él y entonces él contestaba a gritos: «¡No iba a ser enfermera, qué leche!», con lo que resultaba el más gracioso de la casa.

En el sótano había un gran apartamento de cinco habitaciones, donde vivía mi tío Yerko y guardaba el alambique, y *mamusia* se dedicaba a algunas de sus actividades más importantes y secretas.

Yerko se ocupó de la decoración de todos los pisos y habitaciones después de comprar un lote de pintura y papel al por mayor que nadie quería. El papel era azul, con grandes rosas de un azul más oscuro, un fondo espantoso para la colección de fotografías familiares y de bodas con que las ancianas adornaban sus habitaciones. Por otra parte, la pintura era de color de rosa. No un rosa claro u otro tono de rosa, no; era rosa, rosa. Yerko, mientras se dedicaba a la decoración, recurría con frecuencia al aguardiente de ciruelas que él mismo fabricaba y que le daba energía y, por lo tanto, no había una sola tira de papel recta en la pared y el suelo estaba lleno de goterones de pintura. Ese par de gitanos había emborrachado, expoliado y pervertido la casa, cuando finalmente empezó a admitir inquilinos, preferentemente *gadyó* poco dotados de astucia. La casa olía que apestaba; una fetidez particular infestaba hasta el último rincón. Era un lamento en clave de gato menor sobre un fondo de contrabajo en perro viejo, con modulaciones en senectud, declive de la vida y esperanzas perdidas.

¿Por qué ningún inspector municipal había declarado inhabitable el caserón? Yerko sabía lo que se debía hacer. A los inspectores no se los puede sobornar, eso lo sabe todo el mundo, pero no están bien pagados, o eso creen, y ellos y sus mujeres quieren tener lavavajillas, cortacéspedes y aparatos de aire acondicionado, que Yerko les proporcionaba a precio de mayorista. Tenía contactos con el mundo de los fabricantes, que se remontaban a los tiempos de Tadeusz. Era muy servicial con los inspectores y no sólo se ocupaba de que les enviaran los electrodomésticos a domicilio directamente de la fábrica, sino que, además, se las arreglaba para que no recibiesen siquiera la factura del precio de mayorista. Y, como todo el mundo sabe, las buenas relaciones allanan mucho el camino en el mundo *gadyó*.

¿Y cómo encajaba yo en todo esto? Yerko y *mamusia* estaban de acuerdo en que era absurdo tener una habitación completa para una chica que se pasaba el día en la universidad y que podía dormir cómodamente en el sofá de *mamusia*. Yo era una joven con suficientes medios de independencia y nada en el mundo me impedía marcharme a un apartamento propio, sin tener que dar cuentas a nadie más que a mí misma, lejos del tufo de perros seniles y ancianos que no se lavaban y de los inquietantes gritos que se oían a través de la pared cada vez que el señor Vitrac tenía una pesadilla. Nada en el mundo salvo amor y fidelidad, porque, a pesar de lo angustioso que a veces resultaba vivir con *mamusia* y lo aburrida que me parecía la compañía de Yerko, que casi siempre estaba bebido, los quería a los dos y pensaba que, si los abandonaba, podría suceder les cualquier desgracia.

III

No tardamos en concretar la visita de ese sabio mío; podía presentarse tres días después de haberlo solicitado. Dice mi madre que si le gustaría ir a tomar el té, le dije, inducida por no sé qué locura. ¿Esa forma de decirlo le inspiraría la imagen de una frágil ancianita sirviendo delicado té chino en una exquisita tacita de porcelana fina, en una casa de Rosedale? Pero me da la impresión de que en aquella ocasión, como en todo el trato social que tengo con Hollier, perdí la cabeza. Podía hablar con él sensatamente de cuestiones académicas, pero, en cuanto se mezclaba cualquier ingrediente que sugiriera una relación personal, por normal que fuese, no daba pie con bola.

A los dos nos pareció asombrosa la transformación de Parlabane. Desapareció el hábito de monje y, con él, la teatral conducta frailuna. Estaba casi elegante con su decente traje gris. Parecía hecho a medida de un hombre un poco más alto y fornido; le quedaba un poco justo de hombros, pero holgado por delante; para no arrastrar los pantalones, los llevaba sujetos con tirantes, pero la sobria corbata, la camisa limpia y el pañuelo blanco en el bolsillo eran lo propio de un académico pulcro.

Lo mejor de todo era que había dejado de rezongar por el mísero sueldo que le pagaban por las clases nocturnas. Le pregunté si había encontrado la manera de aumentar sus ingresos.

—Estoy mirando un par de cosillas —dijo— y tengo algunas posibilidades en torno a la universidad que quizá me lleven a algo que me permita resistir hasta que cobre un anticipo de la novela.

¿La novela? Eso no me lo esperaba.

—Es bastante larga —añadió— y necesita algunos retoques, pero ya está presentable. Cuando la haya pulido un poco más, voy a pedir a Clem que le eche un vistazo y me aconseje sobre la publicación.

Era la primera vez que oía a alguien referirse a Hollier como una autoridad en novela. Seguro que se me vio la sorpresa en la cara.

—Clem la entenderá mejor que la mayoría. No se trata de un *best seller* al uso, ¿comprende? Es un auténtico *román philosophique*, y quiero que alguna persona informada me dé su opinión antes de entregársela al editor.

—¡Ah! ¿Ya ha encontrado editor? —pregunté.

—No, todavía no; también necesito consejo sobre esa cuestión. ¿Qué editorial debería ser? No quiero acabar en malas manos ni que me hagan una mala promoción.

Era un nuevo Parlabane, inocente y esperanzado. Se dice que, de vez en cuando, las mujeres ven como niños a los hombres que conocen. No me parece justo, pero desde luego, mientras Parlabane me hablaba de la novela mirándome con la cabeza inclinada a un lado, vi de pronto a un niño pequeño asomado a esa cara maltrecha y desdibujada.

IV

Arthur Cornish me había invitado tres veces a cenar, desde que nos conocimos en el cóctel de McVarish, y yo había aceptado dos. Era distinto a los hombres que conocía en la universidad, que o estaban casados o pertenecían al grupo de «los que no se casan» o bien eran académicos jóvenes que sólo buscaban un público que los escuchara mientras hablaban de sí mismos y de su carrera. La primera vez, Arthur habló de comida, de política, de viajes y, por lo visto, no tenía confesiones personales e impostergables que hacer. Tampoco parecía presuponer que, por dejarme alimentar, contrajera una especie de deuda con él. Era un hombre casi impersonal, pero agradable, y le gustaba que hablase al menos la mitad del tiempo; de modo que hablé de comida, de política y de viajes sin saber gran cosa de nada, en realidad, pero él tenía el don de hacer cómoda una velada y eso fue una novedad.

—Repitámoslo otro día —dijo, al dejarme en el ciento veinte de Walnut Street, después de la primera cena—. No me gusta nada cenar solo.

—Seguro que conoces a un montón de gente —dije. No pasaba estrecheces, eso era evidente; llevaba un coche discreto pero caro. Supuse que los jóvenes de buena posición económica conocerían a muchas chicas.

—Tan guapas como tú, no —dijo, pero no como si fuera a seguir haciéndome cumplidos o quisiera empezar a sobarme, que es lo que algunos hombres consideran justo, a cambio de una cena.

Me niego a fingir que no me gusta que me digan que soy guapa, porque lo soy, pero, aunque lo prefiero a ser fea, tampoco le doy demasiada importancia. Casi todos los hombres que conozco terminan, tarde o temprano, haciendo algún comentario al respecto. Así pues, deduje que ese joven agradable y bastante molón me consideraba ornamental y le resultaba satisfactorio dejarse ver conmigo en los restaurantes; eso no me pareció mal. Yo le daba un punto más por ser rico y él me daba un punto más por ser guapa. Muy razonable.

Cuando rechacé la segunda invitación, porque tenía que asistir a una clase extraordinaria, pensé que ahí terminaría todo, pero me invitó por tercera vez, a cenar y a un concierto sinfónico, cosa que me asombró un poco porque, la primera vez que salimos solos, no habló de música.

Fuimos a un buen restaurante, pero no de los más ostentosos y, por la mesa que nos dieron, comprendí que Arthur era conocido allí. Fue una cena excelente, inspirada en un dominio de la imaginación muy distinto al que ofrece el Rude Plenty.

Había hecho cierto esfuerzo por vestirme bien y tener buen aspecto, e iba preparada para otra andanada de comida, política y viajes, pero Arthur me sorprendió hablando de música. Tenía una actitud hacia la música que casi parecía la de un mecenas, lo cual me recordó que era sobrino de Francis Cornish. Y también habló de su tío.

—Mi tío Frank ha dejado la colección de manuscritos musicales a la universidad;

ojalá me la hubiera dejado a mí. Me gustaría hacer algo en relación con la música. Desde luego, no es difícil comprar manuscritos de compositores modernos, y tengo algunos, pero me habría gustado quedarme con sus ejemplares más antiguos; las partituras antiguas tienen una belleza en sí mismas de la que carecen las modernas. Muchos de los primeros compositores escribían la notación musical exquisitamente. Era necesario, claro, para que el copista no tuviera problemas, pero además, hacerlo bien era motivo de orgullo para ellos.

—Es decir, te gusta más el manuscrito en sí que la música, ¿no es eso?

—No, pero un original bueno de verdad posee una belleza serena que no se puede comparar con nada. Muchas veces se compran manuscritos de autores sólo por la satisfacción que da, al margen del interés bibliográfico que puedan tener. ¿Por qué no ha de ser igual con la música? Un manuscrito de Mendelssohn es completamente mendelsoniano: preciso, bello, mínimamente convencional y sensible sin caer en la debilidad. Revela cómo era el hombre que lo escribió. ¡Y Berlioz! Un espíritu ardiente, pero espléndidamente legible, generosamente salpicado de indicaciones de su puño y letra, la de un hombre romántico, dueño de una profunda cultura clásica. Bach: escritura de un hombre que debía cuidar el papel pautado, porque costaba un dinero que no quería gastar. Beethoven: garabatos, garabatos y más garabatos. Cada mano refleja algo del hombre. Mi tío tenía algunas cosas valiosas de Liszt que me habría gustado heredar. Esta noche vamos a oír a Liszt. Egressy interpreta las tres últimas rapsodias húngaras.

—No soporto esa música.

—¿De verdad? ¡Qué lástima!

—Desconectaré el oído cuando esté tocando.

—¿Qué es lo que no soportas?

—Todo. El alma, la tensión emocional, los adornos impúdicos.

—Precisamente lo que más me gusta a mí.

—Para ti es algo distinto, pero yo la oigo constantemente.

—Theotoky es un apellido griego, ¿verdad?

—Por parte de padre, pero por parte de madre soy gitana y ser gitana en un mundo moderno, sobre todo en la universidad, no es divertido.

—¿Te disgusta en ti misma?

—Tendría que creer más en la herencia para reconocer que lo soy en gran medida. Soy una mujer canadiense que da los primeros pasos en la carrera universitaria y no quiero saber nada del mundo gitano.

Pero bueno, ¿por qué demonios lo dije? Me sorprendí a mí misma, tenía una connotación muy agresiva, como la de las marisabidillas que menos me gustaban en toda la universidad. No quería seguir hablando de ese tema; no tenía intención de contar a Arthur Cornish que tenía sangre gitana, parecía una forma vulgar de hacerme la interesante. Dejémoslo.

—¿Nunca hablaste con tu tío del interés que tienes por los manuscritos

musicales?

—Él ya lo sabía.

—¿Y no es raro que no te dejara ni uno?

—No, no lo es. Que un coleccionista sepa que sus cosas te interesan es lo peor que puede pasar; seguramente, sospechará que las quieres para ti, empezará a pensar que estás esperándolas y entonces se dice: «Ya le enseñaré yo a ése», y se las lega a cualquiera menos a ti.

—¡Qué raros deben de ser los coleccionistas!

—De lo más raro.

—¿Y tú eres muy raro? Aunque supongo que trabajar con números te mantiene en tu sano juicio.

—¿Trabajo con números?

—¿Y qué es, si no, trabajar con dinero?

—Ah... no es lo mismo. El dinero hay que ponerlo en circulación, como la electricidad.

—¿Como la electricidad?

Como los grandes tendidos eléctricos, los transformadores y esas cosas. La ingeniería necesaria para difundir la electricidad es de suma importancia. Se piensa dónde hay que llevar la energía y cómo llevarla hasta allí, según los resultados que se esperen. El dinero también es una energía poderosa.

—Mucha gente cree que no le llega suficiente energía poderosa de esa clase.

—Eso es otra cuestión. El dinero personal que tanto preocupa siempre a la gente depende en gran medida de dónde se coloquen las grandes fortunas del poder: qué bonos e industrias reciben mayor respaldo y cuándo. Sólo hablan de «hacer» dinero quienes no se dedican al negocio del dinero, y si lo «hacen» es gracias a las decisiones que yo y otros como yo tomamos sobre la poderosa energía que es el dinero. El dinero que la gente quiere para su uso personal forma parte, todo él, de un plan superior, del mismo modo que la electricidad que usan al apretar el interruptor de su casa es una pequeñísima parte de lo que pasa en el gran tendido. Ilumina las cosas que cada cual quiere ver, pero no significa gran cosa dentro del esquema superior. Es muy limitado lo que uno puede hacer con dinero por simple satisfacción personal. Lo fascinante es el poder del dinero.

—A mí no me fascina.

—¿El poder?

—No es mi mundo.

—La universidad también es un mundo de poder, supongo.

—No, qué va. No entiendes las universidades. No son simplemente colmenas de aulas donde se pone tal o cual etiqueta a cada alumno para que encuentre un empleo mejor que el de sus padres. Es un mundo de investigación, la búsqueda desinteresada del conocimiento, y a veces de la verdad.

—¿Desinteresada?

—Se da el caso.

Naturalmente, estaba pensando en Hollier y en el empeño que tenía en seguir sus pasos.

—No soy quién para juzgarlo, desde luego. No fui a la universidad.

—¿Ah, no?

—Soy un inculto muy bien disfrazado. Engaño a mucha gente. No tengo ninguna licenciatura, por no hablar de doctorados y, sin embargo, ese detalle suele pasar desapercibido. No se lo vas a contar a nadie, ¿verdad?

—Pero... ¿cómo has...?

—¿Adquirido esta pátina engañosa y esta facilidad para la conversación de altos vuelos? En la Universidad del Vapuleo Superior.

—Hablame de la U. del V. S.

—No hace mucho tiempo, en el mundo de la banca dominaba un prejuicio categórico contra la gente que salía de la universidad, sobre todo si se creía que llegarían a la cima. ¿Qué podía ofrecerme una universidad que tuviera una aplicación práctica? ¿Un título en Económicas? Se aprende economía mejor y más deprisa leyendo unos pocos libros. ¿Formación en materia de administración de empresas? Yo nací para la administración. ¿El suntuoso lustre de la ilustración? Mis tutores pensaban que podía adquirirlo con la misma facilidad viajando y conociendo a unos cuantos Rothschild y semejantes. Y eso fue lo que hice.

—¿Tutores? ¿Por qué tutores?

—Bueno, tenía a mi abuelo, ¡y menudo ejemplar de patriarca forrado y más duro que una piedra! Lo habrías aborrecido; pensaba que los profesores eran unos individuos que llevaban los pantalones agujereados y que no se enteraban de la pésima comida que les daban porque leían griego mientras comían. De sus garras se escapó mi tío Frank, pero mi padre, que fue un gran banquero y no tan salvaje como mi abuelo, se casó bastante tarde y, después de engendrarme, murió en un accidente de coche en el que mi madre, joven y bella, murió también. Así pues, tuve abuelo y tutores, que eran personas de su círculo, y fui un huérfano a todos los efectos y, lo que es peor, la desesperación de los psiquiatras: un huérfano muy rico. No tuve padres que me enseñaran humildad según la tradición de la clase alta canadiense, que me impidieran ser yo mismo, que me instaran a imitarlos. Era libre, dentro de los límites de la educación civilizada y, puesto que lo era, descubrí que no tenía una necesidad acuciante de rebelarme, sino que, al contrario, me atraía la ortodoxia. Bien, es posible que eso sea una rareza, si te gustan las rarezas. Tuve una infancia maravillosa y feliz, amamantado por los pechos gemelos de Capital e Inversión. Después viajé y, entre tanto, maduré la gran idea.

—¿En qué consistía?

—¿Debo contártelo? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Por la mejor de las razones: me muero de curiosidad, porque seguro que llevas dentro algo más que la banca.

—Maria, eso es una tontería y además me estás tratando con condescendencia. Sabes más que de sobra lo que es la banca y te burlas porque parece no tener nada que ver con la vida universitaria. ¿Cómo crees que se mantienen abiertas las puertas de la universidad? Con dinero, así es exactamente. La sindicación de los profesores, la sindicación del personal auxiliar y el mecano que piden los científicos y los doctores cuestan megatonnes de dinero, ¿y de dónde lo saca el *Alma Mater*? En parte de los antiguos alumnos, lo reconozco; la universidad tiene que ser una madre verdaderamente munífica para conseguir el prodigio de sacar tanta pasta a los hijos que la dejaron hace tiempo, pero, ¿quién administra el dinero? ¿Quién lo convierte en energía poderosa? Gente como yo, tenlo bien presente.

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo; pido disculpas de rodillas, me arrastro por debajo de la mesa. Sólo quería decir que hay algo en ti que me parece interesante y que la banca no me interesa. De modo que quizá sea esa gran idea de la que hablabas. Por favor, Arthur, cuéntamela.

—De acuerdo, aunque no te lo mereces.

—Guardaré silencio y seré respetuosa.

—La idea venía ya de mi época escolar, pero cuajó del todo durante los viajes por el extranjero porque conocí a gente que la había puesto en práctica y funcionaba. Voy a hacerme mecenas.

—¿Como tu tío Frank?

—No, ni remotamente. En cierto modo, él era un mecenas, pero eso sólo era un reflejo de la avaricia que lo caracterizaba en un sentido mucho más amplio. Él acumulaba; adquiría obras de arte pero luego no soportaba la idea de deshacerse de ellas; el resultado es el desbarajuste que estoy desentrañando ahora, con la ayuda de Hollier, McVarish y Darcourt. A mí eso no me parece un mecenas. Bien es verdad que tío Frank metió algún dinero en los bolsillos a algunos artistas vivos, descubrió a unos cuantos triunfadores y les dio estímulo y lo que más necesitaban —es decir, comprensión y entendimiento—, pero no era un mecenas de altura. Todo lo hacía fundamentalmente por satisfacer a Francis Cornish.

—¿Qué es un mecenas de altura?

—Un gran *animateur*, una persona que insufla vida a las cosas. Supongo que podríamos llamarlo un gran fomentador, pero también engendrador, un director que mantiene a los artistas en el buen camino y los provee de energía —que no es sólo dinero, ni mucho menos—, que les hace avanzar. Es una clase de persona, una clase muy rara, que ha de trabajar en la ópera, en el ballet o en el teatro; es el centro de un grupo de artistas de varias clases, y no le queda más remedio que ser el autócrata. Para eso se necesita tacto y firmeza, pero sobre todo, un gusto excepcional. Tiene que ser un gusto competente que los artistas reconozcan y deseen complacer.

Supongo que me quedé con cara de asombro e incredulidad.

—Te desconcierta que presuma de un buen gusto excepcional. Es curioso que podamos vanagloriarnos de unas cosas y no de otras; si te dijera que tengo una

facilidad fuera de lo común para el dinero, un olfato poco corriente, no te sorprendería nada. ¿Por qué no puedo decir que tengo un gusto excepcional?

—Bueno, suena un poco raro, supongo.

—Desde luego, al menos en el sentido al que me refiero, pero existe gente con ese don.

Me estrujé la memoria para poner un ejemplo.

—¿Como Diaghilev?

—Sí, pero no en el sentido que creo que quieres darle. Hoy, todo el mundo opina que es exótico; no, no, era duro como el pedernal, y empezó de abogado, pero Christie en Glyndebourne, no era nada exótico, y es posible que superase a Diaghilev en lo que consiguió.

—Suena todo un poco... es difícil dar con una palabra que no te ofenda..., bueno, un poco desmesurado.

—Ya lo veremos, o al menos yo, en cualquier caso. La cuestión es que no quiero ser un avaro del arte, como mi tío Frank; quiero enseñar al mundo lo que he hecho y lo que soy.

—Que la suerte te acompañe, Arthur.

—Gracias. El poder lo tengo, pero sin la suerte, no vale un centavo. Bien, creo que es hora de marchar. ¿Quieres que te presente a Egressy después? Nos conocemos bastante.

V

No me gustó mucho la primera parte del concierto, en la que interpretaron la *Obertura Festival* de Dohnanyi y algo de Kodaly. El director nos estaba dando la noche húngara. Cuando apareció Egressy en el escenario, dispuesto a tocar el concierto para piano número 2, de Liszt, sentí hostilidad contra él. Desconecté el oído, como había dicho, pero cuando la música gusta de verdad, es imposible, de la misma manera que tampoco se puede desconectar el horroroso hilo musical Muzak en un edificio público. Procuras que no te atrape, pero, en la segunda parte, cuando Egressy tocó las tres últimas rapsodias húngaras, no pude desconectarme. No oír exigía un esfuerzo, una negación del espíritu, que quedaba totalmente fuera de mi alcance. En la decimoquinta, en la que la marcha Rakoczy aparece con tantos disfraces, estaba hecha polvo emocional y, hasta cierto punto, físicamente incluso, porque lloré más de lo que mi pañuelo podía enjugar.

Arthur sabía que estaba llorando, por descontento, y toda la gente de alrededor, aunque no hacía ruido. Lo curioso fue que él no hizo nada; ni me ofreció solícitamente un pañuelo blanco grande, ni me dio golpecitos en el brazo ni murmuró: «¡Vamos, vamos!». Sin embargo, supe que respetaba mis lágrimas, comprendió que eran privadas, que no podía hacer nada por remediarlo, sabía que tenía que llorar. Después, cuando me acompañó a casa —no volvió a hablar de presentarme a Egressy—, ni él ni yo tocamos el tema.

¿Por qué lloré? En primer lugar, porque había hecho el idiota durante la cena, hablando de mi sangre gitana como si fuera una vergüenza social, en vez de una bendición y una maldición. ¡Qué burguesa, qué mezquina, qué *gadyí*! ¿Quién me mandó hablar de esas cosas con un desconocido, si no las comentaba nunca con nadie? De niña, pensaba inocentemente que era divertido ser medio gitana, pero los compañeros de clase enseguida me enmendaron la plana. Los gitanos eran sucios y ladrones y jugaban malas pasadas. Algunos padres me prohibieron ser amiga de sus hijos; era la niña rara.

Y es verdad, era la niña rara porque pensaba cosas impropias de una niña. Me intrigaban esas madres canadienses, tan sonrientes, tan pálidas, con los ojos tan claros casi todas, tan complacientes por fuera y, muchas veces, tan duras e inflexibles por dentro. Se replicaban en sus pálidos hijos, que me consideraban rara porque no era blanca, sino que tenía las mejillas rojas y los ojos y el pelo negros; ni siquiera los inviernos canadienses lograban blanquearme y dejarme la piel como a los demás, del color de las galletas de arruruz.

De la intriga por cómo sería estar en su pellejo a meterme en él no había más que un paso y hacía lo que fuera con tal de conseguirlo. Imitaba sus posturas y su manera de andar, su voz áspera y aguda, pero sobre todo, las expresiones faciales. No era una «imitación», en el sentido en que las niñas del colegio de monjas «imitaban» a las hermanas y a la Supe; era una identificación con el continente como forma de

conocer el contenido. A los catorce años, lo llamaba «teoría Theotoky de las personalidades intercambiables», y me entusiasmaba. Y, desde luego, me enseñó muchísimo; cuando se adoptan andares y posturas de otra persona, cuando se intenta averiguar cómo reproducir su voz, suelen descubrirse cosas asombrosas.

Una niña rara, es posible, pero no daría una mota de polvo por una niña que no lo fuera. ¿No son raros todos los niños, según el punto de vista de los adultos, si fuéramos capaces de aprender a reconocerlo? ¿De qué sirve ser niño, si no es por la rareza? ¿Para convertirse en un nabo humanoide más? Pero yo era más rara de lo normal. Ellas estaban orgullosas de tener sangre escocesa, francesa, irlandesa o lo que fuera, pero la sangre gitana no era motivo de orgullo... salvo que la tuviera una misma y supiese lo que era el orgullo gitano, pero no un orgullo presuntuoso como el celta, el teutón o el anglosajón, sino más semejante al de los judíos, un saberse diferente y singular.

Los judíos, tan cruelmente utilizados por el nacionalsocialismo alemán, tan acosados, torturados y atormentados, entregados a la muerte por inanición en todas las formas posibles, desde las más sofisticadas a las más brutales, tienen el pequeño consuelo de saber que el mundo civilizado se preocupa por ellos; ellos mismos han declarado que el mundo no podrá olvidar jamás su sufrimiento, pero los judíos, a pesar de su orgullo ancestral, son un pueblo moderno que tiene bajo control todas las claves de ese mundo moderno, y así hacen oír su voz. Los gitanos no dominan esas artes y también fueron víctimas de la demencia nazi.

Lo que les sucedió tiene un curioso matiz de razonabilidad que engañó a gran parte del mundo, cuando se supo lo que los nazis estaban haciendo. Al principio, el propio Führer tenía cierto interés en los gitanos, como reliquias fascinantes de la raza indogermánica, y era científicamente deseable conservar su estilo de vida en estado puro. Había que reunidos a todos, numerarlos y registrar sus nombres. Los eruditos debían estudiarlos y, con un terrible sentido del humor negro, serían declarados, siendo como eran, seres vivos, objetos protegidos por el Departamento de Monumentos Históricos. De modo que los reunieron y, entonces, los mismos científicos que los habían ensalzado, los declararon grupo étnico impuro y amenaza para la pureza de la «raza superior»; la solución evidente al problema era esterilizarlos a todos y, así, poner fin a su sucia descendencia y a la inveterada delincuencia que transmitía. Sin embargo, a medida que Alemania se apoderaba de gran parte de Europa, lo más fácil fue matarlos.

Los gitanos, peritos en fuga y evasión, huyeron en grandes números y se refugiaron en el campo, que siempre los había tratado bien. Entonces comenzó el mayor de los horrores; el ejército los persiguió por los bosques como si fueran animales, disparando a matar tan pronto como los avistaban. Los que no lograron escapar quedaron en manos de los *Einsatzgruppen*, los exterminadores, que los gasearon. El pueblo gitano no es numeroso, de modo que las estadísticas de su exterminio no son impresionantes, para quien se deje impresionar sobre todo por las

cifras: de esa manera murieron casi medio millón de gitanos, pero cuando muere un ser humano, muere con él todo un mundo de esperanza, recuerdos y sentimientos. Arrebatar a un ser humano la dignidad de morir de muerte natural es una privación atroz.

En ellos pensaba yo, canadiense de nacimiento, pero de sangre medio gitana, cuando escuchaba las tres últimas rapsodias húngaras de Liszt, todas en tonos menores, todas cargadas de la melancólica rebeldía de un pueblo medieval que vive en un mundo moderno, en el que su inveterada delincuencia se expresa robando ropa de los tendales y engañando cara a cara a los *gadyé*, que quieren que les lea el futuro un pueblo que parece haber conservado la sabiduría antigua que ellos ya han perdido en su complejo mundo de ingenuidad *gadyí*, donde la estafa y la delincuencia están institucionalizadas.

Medio millón de gitanos asesinados por orden de este mundo *gadyó*. ¿Quién llora por ellos? Yo, a veces.

Yo.

VI

—Conque mi niña mala le ha contado lo del *bomarí*, ¿eh?

—Poca cosa: tan poca, que no tengo la menor idea de lo que es en realidad, pero lo suficiente para despertarme una gran curiosidad.

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Qué tiene que ver con usted?

—En fin, señora Laoutaro, se lo explicaré lo más brevemente posible. Soy historiador, pero no de guerras y gobiernos, ni de arte ni de ciencia —al menos no de la ciencia tal y como se entiende ahora—, sino de creencias. Tengo la intención de recobrar las creencias populares de determinados momentos de la historia y no sólo eso, sino también las razones y la lógica que las sustentaban. No importa que tal o cual creencia fuera errónea, o que hoy nos lo parezca: lo único que me interesa a mí son las creencias en sí. Mire, no considero que la gente sea tonta y crea en cosas completamente absurdas; aunque crean en algo que no es cierto, la necesidad de creerlo es real: llena un vacío en la trama de lo que quieren saber, o creen que deberían saber. Muchas veces desechamos esas creencias sin siquiera haberlas comprendido bien. Si un ejército se acerca a pie hoy en día, nos llega la información por radio o por el teléfono militar, pero en el pasado, en todos los ejércitos había hombres que sabían si el enemigo se acercaba con sólo aplicar el oído al suelo. Eso ahora no sirve porque los ejércitos se mueven a mayor velocidad, y atacamos antes de verlos, pero fue un saber muy útil durante miles de años. Es un ejemplo muy simple, no quiero aburrirla con otras complicaciones. La cuestión es que la sensibilidad que nos permitía oír al enemigo desde muchos kilómetros de distancia, sin ayuda de aparatos ni nada más que el oído humano, ahora ha desaparecido de la faz de la tierra. Saber que cada uno formamos parte de la naturaleza, depender de las cosas naturales y confiar en ellas son concepciones que están desapareciendo para cientos de millones de personas que ni siquiera saben que lo pierden. No profundizo en esa clase de pensamiento porque crea que lo antiguo es necesariamente mejor que lo nuevo, sino porque creo que en lo antiguo podemos encontrar conocimientos que merezca la pena estudiar antes de que desaparezcan para siempre de la Tierra, tanto por el conocimiento en sí como por la mentalidad que lo sustentaba. Por lo poco que sé del *bomarí*, podría tratarse de algo muy importante para mi investigación. ¿He logrado explicarme con suficiente claridad?

Para asombro mío, *mamusia* asintió.

—Con toda claridad, desde luego —le dijo.

—¿Me permite que le pregunte por el *bomarí*?

—Tengo que tener mucho cuidado; los secretos son cosas muy serias.

—Lo entiendo perfectamente. Le aseguro que no he venido a husmear en sus cosas. Señora Laoutaro, usted y yo comprendemos la importancia de los secretos.

—Trae el té, Maria —dijo *mamusia*, y supe que la causa estaba prácticamente ganada, si no del todo.

Hollier en su máximo esplendor. La sinceridad y la seriedad lo hacían convincente incluso en el caso de mi recelosa madre, y la capacidad de comprensión de ella era muy superior a lo que esperaba. Los hijos suelen subestimar el entendimiento de sus mayores.

Mientras preparaba el té fuerte y muy caliente que le gustaba a *mamusia*, y que era más apropiado para esa reunión que cualquier otra infusión simplemente social, los oía hablar en tono confidencial. En mi transcripción de la conversación no voy a reflejar la versión del habla de *mamusia* porque sería de lectura agotadora y una pérdida de tiempo. Por otra parte, menoscabaría su dignidad, que no sufrió menoscabo alguno. Cuando volví, me pareció que estaba tomando juramento a Hollier.

—Nunca, nunca jamás contarlo por dinero, ¿entiendes?

—Perfectamente. No trabajo por dinero, señora, aunque lo necesito para vivir.

—No, no; tú trabajas para entender el mundo, el mundo entero, no sólo el pequeño mundo del aquí y ahora, y eso significa secretos, ¿eh?

—Sin la menor duda.

—Los secretos son la sangre de la vida. Todo lo grande es secreto, aunque lo conozcamos, porque nunca lo llegamos a conocer del todo. Si se conoce todo de una cosa, no vale la pena conocerla.

—Muy bien dicho, señora.

—Entonces, jura: jura por la tumba de tu madre.

—No tiene tumba, vive a menos de dos kilómetros de aquí.

—Entonces, jura por sus entrañas. Jura por las entrañas que te dieron vida y por los pechos que te dieron de mamar.

Hollier se alzó espléndidamente para cumplir ese requerimiento tan poco canadiense.

—Juro con la mayor solemnidad, por las entrañas que me dieron vida y por los pechos que me criaron, que jamás revelaré lo que usted me cuente por ganancia ni por cualquier otro motivo indigno por mucho que me beneficie.

—Maria, creo que la señorita Gretser se ha caído. He oído un golpe arriba hace un minuto. Mira a ver si se encuentra bien.

¡Maldita sea! Pero todo dependía de que yo obedeciera, de modo que allá me fui, y me encontré a la señorita Gretser en tan buen estado como era de esperar, tumbada en la cama con el viejo *Azor*, el caniche, y comiendo dátiles rellenos, su capricho predilecto. Cuando volví, habían dado mayor solemnidad al juramento de alguna manera, pero no pude saber por qué más habría jurado Hollier, aparte de por los órganos estipulados de su madre. *Mamusia* se sentó en el sofá dispuesta a hablar.

—Yo soy Laoutaro, como has visto en la puerta. Mi marido, Niemcewicz-Theotoky —Dios lo tenga en su gloria—, murió y he vuelto a adoptar mi apellido. ¿Por qué? Porque dice lo que soy. Significa *luthier*, ¿entiendes? *Luthier*.

—¿Fabricante de violines?

—Fabricante, reparadora, amante, madre, esclava de violines y de toda la familia de las violas. Es el gran arte de los gitanos de los que provengo y todo arte tiene sus secretos. Aunque sea trabajo de hombres, mi padre me lo enseñó porque sabía que tenía aptitudes superiores y mi hermano Yerko quería ser fragüero... ¿sabes lo que es? Trabajo con metales preciosos, sobre todo y principalmente el cobre, en el mejor estilo gitano, y lo hacía tan bien que habría sido un pecado grande no dejarle hacerlo. Además, los *luthiers* necesitamos a Yerko por motivos que sabrás a su debido tiempo. Como he dicho, aprendí el oficio de mi padre, que lo aprendió de su padre y así desde la antigüedad. Éramos los mejores. Mira lo que te digo —escúpeme en la boca si miento—: Ysaye nunca dejó que nadie tocara sus violines, sólo mi abuelo. El gran Eugéne Ysaye. Yo lo aprendí todo.

—Un gran arte, sin duda.

—¿Te refieres a hacer violines? Es más que eso. Es mantenerlos vivos. ¿Quién quiere un violín nuevo? Los niños. Se hacen violines de la mitad del tamaño normal, y de un cuarto, para niños, sí, pero el gran artista no quiere un violín nuevo, lo prefiere viejo, pero los violines viejos son como las personas viejas, se vuelven maniáticos y hay que armarse de paciencia con ellos, y mandarlos al balneario a que les den tratamientos de belleza y todo eso.

—Entonces, ¿su trabajo principal es repararlos?

—¿Repararlos? Sí, claro, los reparo como se reparan normalmente, pero es algo más que reparar. Es darles reposo, es devolverles la juventud. ¿Sabes qué es un lobo?

—No estoy seguro del sentido que da usted a esa palabra.

—Si fueras violinista, tendrías miedo del lobo. Es el zumbido o el chirrido que sale de una cuerda cuando se toca otra; puede deberse a toda clase de detallitos —incluso a un hilillo suelto de pegamento— y arreglarlo bien es endemoniadamente difícil. Claro que, se puede adelantar mucho si se usa pegamento plástico y cosas así, pero los buenos violines hay que repararlos con la misma clase de pegamento que usó el fabricante, aunque saberlo no es cosa fácil, porque los pegamentos también tenían secretos muy bien guardados. Ahora bien, hay otra forma de arreglar los lobos, que consiste en poner el instrumento en el *bomarí* después de haberlo reparado. No me refiero a violines baratos, entiéndeme, sino a los que fabricaron los grandes maestros. Por ejemplo, un Goffriller, un Bergonzi o cualquier otro de Marknenkirchen o Mirecourt, o un buen Banks: a éstos hay que acercarse de rodillas, si se quiere devolverles su verdadera vida a fuerza de paciencia.

—¿Y eso se hace con el *bomarí*?

—Eso es lo que se hace con el *bomarí*, si se tiene uno.

—¿Y el *bomarí* es como un tratamiento de calor, una forma de cocinar? ¿Es eso?

—¿Cómo es posible que lo sepas, en el nombre de Satanás?

—Mi profesión consiste en adivinar esas cosas.

—¡Debes de ser un gran mago!

—Señora Laoutaro, en el mundo en el que usted y yo trabajamos, sería una

estupidez por mi parte negar lo que acaba de decir. La magia consiste en producir efectos sin causa aparente, pero usted y yo sabemos que siempre existe una causa. Así pues, voy a explicarle en qué consiste mi magia: sospecho y, por su reacción, creo estar en lo cierto, que «*bomarí*» es una corrupción o una forma romaní de lo que normalmente se denomina *bain marie*. Es cosa que no falta en ninguna cocina bien equipada; consiste, sencillamente, en un recipiente con agua para conservar calientes los alimentos que, si se enfrían, se cortan o se echan a perder, pero, ¿por qué se llama *bain marie*? Porque, según la tradición, fue ideado por la segunda María más importante de todas: Miriam, la hermana de Moisés, una gran hechicera. Se dice que murió por un beso de Dios. Podemos tomarnos la libertad de ponerlo todo en duda, aunque nunca se deben desechar las tradiciones sin haberlas estudiado concienzudamente. Parece mucho más posible que debamos el *bain marie* a María La Profetisa, a quien se han atribuido algunos libros y en cuya existencia histórica creía Cornelio Agrippa, a pesar de que vivió unos siglos antes que él. Fue la mejor alquimista, y créame que eran un grupo formidable. Era judía, descubrió el ácido hidrociorhídrico e ideó el *balneus mariae* o *bain marte*, uno de los pocos instrumentos de alquimia que han sobrevivido hasta hoy; aunque ha sido rebajado y desterrado a la cocina, todavía conserva cierto prestigio. Es decir, de *bain marie* a *bomarí*, ¿tengo razón?

—No del todo, mago —dijo *mamusia*—. Será mejor que vengas a echarle un vistazo.

Bajamos al sótano de la casa, donde vivía Yerko y donde estaba el obrador celosamente escondido de *mamusia*. Sus actividades no eran ruidosas, tampoco las de Yerko, aunque es posible que el musical golpeteo del martillo de herrero se dejara oír débilmente alguna vez en el piso de arriba. La fragua era pequeña; los gitanos no utilizan los yunques grandes ni los enormes fuelles de herrero, porque, por tradición, llevan la forja al hombro y cargar con más de lo necesario no es propio del estilo gitano. En el obrador estaban la forja y el banco de trabajo de *mamusia*, y también Yerko con su mandil de cuero, retocando un objeto pequeño, un alfiler o un broche que bien podía ser obra de un orfebre.

Mi tío Yerko había cambiado drásticamente su estilo de vida a raíz de la muerte de Tadeusz, igual que *mamusia*. Mientras trabajaba a las órdenes de mi padre, como diseñador principal de la fábrica, había procurado parecerse a un hombre de negocios cualquiera, aunque en casa nunca se vestía convencionalmente. Después, al morir Tadeusz, él también volvió a las costumbres gitanas y renunció a sus patéticas intentonas de ser un hombre del Nuevo Mundo. ¡Con el empeño que había puesto en conseguirlo al llegar a Canadá! Incluso quiso cambiarse el nombre para no distinguirse en nada de sus nuevos paisanos, o esa idea tenía él. Se llamaba Miya Laoutaro y pretendía traducirlo literalmente: Martin Luther; creo que no llegó a entender por qué mi padre se lo prohibió por extremado. Yerko era el apodo familiar y nunca oí a nadie llamarlo Miya. La muerte de Tadeusz lo afectó tanto como a

mamusia, se quedaba horas sentado lamentándose y llorando, murmurando de vez en cuando: «Mi buen padre ha muerto».

En efecto, Tadeusz había sido como un padre para él, lo aconsejaba, se ocupaba de invertir adecuadamente sus sustanciosas ganancias y lo aupaba en el mundo de los negocios hasta donde lo permitían las posibilidades de Yerko, que no iban más allá de diseñar y preparar los modelos del trabajo fabril, porque no sabía dirigir a otras personas, era un inútil para explicar cómo se hacían las cosas que para él eran fáciles y capaz de ausentarse una semana para emborracharse.

Por lo general, los gitanos no son muy bebedores pero, cuando se ponen, beben como desesperados, y Yerko, sin llegar a ser un borracho empedernido, podía no cumplir, salvo con Tadeusz. *Mamusia* procuraba verle el lado positivo y aseguraba a mi padre que esa flaqueza era muy preferible a un apetito insaciable de mujeres, pero Tadeusz tenía que atar corto a Yerko porque, cuando se emborrachaba, se parecía mucho a Martin, el hermano oso: bruto, imprevisible y necesitado de mimos y atenciones. Tenía un alambique en su espacio de trabajo; se negaba radicalmente a pagar los impuestos gubernamentales por tomar licor barato y prefería fabricar su propio aguardiente de ciruela, un brebaje que habría tumbado a un toro... o a cualquiera que no fuese el propio Yerko.

—Yerko, voy a enseñarle el *bomarí* —anunció *mamusia* y, aunque Yerko se quedó pasmado, no puso ninguna objeción. Nunca contradecía a su hermana, aunque sé que la había pegado alguna vez e incluso le había dado un viaje con el martillo de batir el cobre.

Mamusia llevó a Hollier hasta una puerta de madera muy maciza, obra de Yerko, que estaba tan atrancada y reforzada que ni el descerrajador más hábil habría podido con ella, creo yo. Yerko abrió las cerraduras —creía en la eficacia de numerosas cerraduras complicadas— y entramos en una estancia que quizá hubiera tenido luz eléctrica en algún momento del pasado, pero en la que ahora hubimos de encender velas porque no quedaba ni un solo cable de la instalación.

No era desmesuradamente grande y creo que había sido la bodega de la casa en otra época. Tampoco quedaban barriles. Lo que envolvía de repente al entrar allí era el olor, que no era malo, sino fuerte, denso y cálido; para describirlo, sólo puedo decir que era una mezcla de lana húmeda y establo, pero concentrado. Contra las paredes, se levantaban siluetas grandes, macizas, elegantes, todas redondeadas, casi parecían figuras humanas mudas; en el centro de la habitación había unas estanterías llenas de recipientes parecidos a los de las paredes, pero de menor tamaño, rechonchos y lustrosos. Brillaban porque eran de cobre, con la impronta del pequeño martillo de Yerko marcada en cada centímetro, de modo que centelleaban y atrapaban la luz casi como piedras preciosas, pero tenuemente. No eran de lámina de cobre barato, como las jarras y baratijas de adorno comerciales, sino del metal más refinado, muy caro en el mercado actualmente. Aquello parecía una cueva del tesoro.

Mamusia dio comienzo a su número.

—Aquí tenemos a las damas y caballeros más distinguidos —dijo, haciendo una profunda reverencia a los recipientes. Esperó a que Hollier lo asimilara y quisiera más—. Quieres saber cómo funciona —dijo—, pero no puedo importunar el sueño embellecedor de estas nobles personas. De todos modos, aquí tenemos una que sólo lleva una semana durmiendo y, si la abro ahora y la vuelvo a sellar, no le sucederá nada irreparable, porque puede seguir durmiendo al menos seis meses.

A una señal suya, Yerko tomó un cuchillo y rompió limpiamente el grueso sello de lacre que cerraba la parte superior de un pequeño recipiente de cobre, levantó la tapa —para lo que hubo de emplear fuerza porque estaba perfectamente encajada— y al punto escapó de dentro la fuerte esencia del olor predominante en la habitación. En el interior, sobre un lecho de algo que parecía tierra marrón oscuro, yacía una forma envuelta en un paño de lana.

—Lana auténtica, tejida con esmero, y así sé que no se ha colado ni una sola hebra de porquería. Sólo puede ser una determinada clase de lana de cordero: si no, no vale.

Desenvolvió la figura, arropada en seis capas de vendajes al menos, y entonces vimos un violín.

—La gran dama duerme desnuda —dijo *mamusia* y, en efecto, el violín no tenía puente, cuerdas ni clavijas y se parecía mucho a una persona en *déshabillé*—. Mira cómo va entrando en el sueño; el barniz ya está un poco opaco, pero ella respira, está entrando en trance. Dentro de seis meses, la despertaré yo, su hábil sirvienta, la vestiré de nuevo y volverá al mundo con la voz en perfectas condiciones.

Hollier tocó el polvo marrón que moteaba el paño de lana.

—Está húmedo —dijo.

—Claro que está húmedo ¡y vivo también! ¿No sabes lo que es?

Se olió los dedos, pero negó con un gesto de la cabeza.

—Estiércol de caballo —dijo *mamusia*—. El mejor, completamente descompuesto y tamizado, y de caballos sanísimos. Me lo traen de una cuadra de caballos de carreras, y no te imaginas el precio que me hacen pagar por él, pero es que los cagajones de jamelgo viejo no me sirven. Lo mejor requiere lo mejor. Esta dama durmiente es una Bergonzi —dijo, dando un suave golpecito al violín—. Los ignorantes se llenan la boca de Strads y Guarneris y sí que son magníficos. A mí me gustan los Bergonzi, pero los mejores son los Leman de San Petersburgo; ahí tenemos uno que lleva cuatro meses o los llevará cuando sea luna nueva. Hay que acostarlos según la luna —dijo, mirando a Hollier de soslayo por ver cómo se lo tomaba.

—¿Y quién le trae estas grandes damas y caballeros? —dijo, mirando en derredor; habría unos cuarenta recipientes de distintos tamaños en la habitación.

—Mis amigos, los grandes artistas —dijo *mamusia*—. No puedo decir de quién son estos violines, pero los grandes artistas me conocen y, cuando vienen aquí —y todos vienen a esta ciudad, algunos todos los años—, me traen un violín que necesita reposo o que tiene un problema de voz. Tengo el arte y el amor necesarios para

curarlo todo, porque, mira, para esto se necesita un entendimiento que está por encima de todo lo que puedan aprender los artesanos más listos. Y hay que ser violinista para poder probar y juzgar. Soy muy buena violinista.

—Nadie lo pondría en duda —dijo Hollier—. Espero tener el gran honor de escucharla algún día. Será como escuchar la voz del pasado.

—Podríamos decirlo así —respondió *mamusia*, que estaba disfrutando de cada instante de tan cortés conversación—. He tocado con algunos de los instrumentos más nobles del mundo, porque aquí no hay solamente violines, ¿sabes?, sino también violas, y esos señores grandes de allí, los violonchelos, y a los más grandes de todos, los contrabajos, los llamamos armariotes, que se vuelven muy broncos cuando tienen que viajar; y sé hacer que me cuenten sus secretos como si fuera el médico. Sí, claro, el gran intérprete los hace cantar, pero Oraga Laoutaro les hace decir en susurros qué es lo que les duele, y después cantan de gozo cuando los curo. Esta habitación tiene que estar cerrada; Yerko, tapa a la señora hasta que yo vuelva a acostarla otra vez.

Y nos fuimos arriba, y después de un intercambio tremendo de cumplidos entre Hollier y *mamusia*, lo llevé a casa en mi coche.

¡Fue todo un éxito! Habían valido la pena unos bofetones y muchas maldiciones de *mamusia*, porque me acercó a Hollier otra vez. Notaba su entusiasmo, aunque no era por mí directamente.

—Sé que no se ofenderá, Maria —dijo—, pero su madre es un descubrimiento extraordinario, un fósil viviente. Podría proceder de cualquier época, desde Hungría en el XIX hasta cualquier parte de Europa seis o siete siglos antes. ¡Qué manera tan maravillosa de fanfarronear! ¡Qué placer he sentido al oírla! Porque parecía el mismísimo Paracelso, ese hombre grandísimo, el emperador de la jactancia. Y acuérdesse de lo que dijo: «No esperes encontrar sabiduría tan sólo en las facultades superiores: consulta a las ancianas, a los gitanos, a los magos, a los trotamundos y a toda clase de campesinos y al pueblo de toda clase, y aprende de ellos, porque saben más de esas cosas que todas las facultades superiores».

—¿Y el profesor Froats? —dije—. ¿Y su búsqueda de una joya en el estercolero porque sospecha que puede encontrarla ahí, aunque no tiene la menor idea de qué clase de joya pueda ser?

Sí, y si mi querido amigo Ozy encuentra algo, tomaré prestado cuanto pueda servir para apoyar mi investigación sobre la coproterapia. Lo que hace su madre es coproterapia en su máxima expresión..., aunque decir que esa substancia maravillosa bajo la que entierra los violines es una inmundicia sería caer en el prejuicio moderno más simplón. En cuanto a Ozy, me inclino a pensar que es algo así como un alquimista tardío; busca la poderosa piedra filosofal exactamente donde dijeron que había que buscarla, en lo más común, lo más olvidado, lo más despreciado. Por favor, lléveme a ver a su madre otra vez. Me hechiza. Posee en grado máximo un espíritu que no puedo llamar llano, pero que no está sujeto a lugares comunes. Llamémoslo mentalidad salvaje.

Sería fácil concertar otra visita, como comprobé en el instante en que volví al ciento veinte de Walnut Street.

—Tu hombre es muy guapo —me dijo—, exactamente como me gustan; ojos bonitos, nariz grande, manos grandes. Eso indica una cosa grande. ¿Tiene la cosa grande?

¡Qué mala! Quería desconcertarme, ruborizarme y, para gran fastidio mío, lo conseguí.

—Ten mucho cuidado con él, hija mía; es muy atractivo. ¡Qué elegancia en el hablar! Lo amas, ¿verdad?

—Lo admiro mucho. Es un gran académico.

Sonoras carcajadas de *mamusia*.

—«Es un gran académico» —repitió en un falsete ridículo, levantándose las faldas y dando una vuelta por la habitación de puntillas, imitándome a mí, supongo, o lo que le inspirase mi trabajo en la universidad—. Es un hombre, exactamente igual que lo era tu padre. Más vale que te andes con cuidado, ¡o te lo robo! ¡Yo podría amar a ese hombre!

Si lo intentas, te arrepentirás, pensé, pero de algo tiene que servirme ser medio gitana, así es que le di una respuesta para que se ahogara en jabón.

—Le pareces maravillosa —dijo—. No ha parado de ponerte por las nubes en todo el camino. Dice que eres una auténtica *phuri dai*.

—Es como se llama a las grandes gitanas; no las «reinas», que generalmente son pura exhibición para impresionar a los *gadyé*, sino las grandes consejeras ancianas sin cuyo sabio consejo ningún jefe kalderash tomaría una decisión importante. Y di en la diana. El comentario la tocó.

—Es un gran hombre auténtico —dijo— y a mi edad, prefiero ser una *phuri dai* que la almohada de cualquiera. Te voy a decir lo que voy a hacer, te aseguro que será tuyo. Después, será de las dos.

¡Ay, Dios! ¿Y ahora, qué?

El nuevo Aubrey IV

I

Se acercaba el final de noviembre y estábamos terminando de catalogar todo el legado Cornish y disponerlo para el traslado a los organismos públicos a los que estaba destinado. Llevar la tarea a término, que parecía imposible al principio, sólo había requerido aplicarse con ahínco, y Hollier y yo habíamos cumplido religiosamente, sacrificando tiempo que queríamos y necesitábamos para otros menesteres. Urquhart McVarish no se había esforzado tanto, poseía cierto poder mágico para que de gran parte de su tarea de catalogación y asiento registral se encargara la secretaria del despacho de Arthur Cornish, que a su vez disponía de dos hombres fuertes para levantar las cosas, arrastrarlas y cambiarlas de sitio.

Hollier y yo no podíamos culpar a nadie sino a nosotros mismos. McVarish se encargaba de la pintura y los objetos de arte, que a veces pesan mucho y son difíciles de manejar, de modo que tampoco podía esperarse que lo hiciera todo solo, pero el encargado de los libros era Hollier, que no soportaba que nadie los tocara hasta que él los hubiera examinado a conciencia, momento en el que ya podía pronunciarse sobre su último destino. Con la salvedad de que pocas veces existe un último destino para los libros, y quienes se ocupan de clasificarlos andan siempre haciendo malabarismos y cambiándolos de acá para allá, amontonándolos en el suelo en pilas tan altas como chimeneas, cuando han ocupado todo el espacio disponible de las mesas. A mí me tocaba clasificar y ordenar los manuscritos y carpetas de dibujos, cometido que no podía confiar a cualquiera, sin duda. A decir verdad, no quería ayuda.

El caso es que ni él ni yo queríamos intromisiones por motivos no reconocidos abiertamente. En el testamento de Cornish había un apartado dedicado en especial al detalle de lo que debía ir a la Galería Nacional, a la Provincial, a la biblioteca universitaria y a la Universidad de San Juan y el Espíritu Santo. Cornish había confeccionado esa lista dos o tres años antes de morir, pero, una vez confeccionada, siguió comprando hasta el final de sus días con la ávida intemperancia que lo caracterizaba. Tanto es así que, después del funeral, llegaron todavía unos cuantos paquetes grandes. Por tanto, una considerable cantidad de material, y de gran calidad en su mayoría, no estaba especificado en el testamento. Por otra parte, según una cláusula de sus últimas voluntades, cada uno de sus albaceas podía escoger algún recuerdo libremente para sí, siempre y cuando no estuviera previamente adjudicado, a título de agradecimiento por el trabajo realizado y de regalo de un antiguo amigo. Todo lo demás formaba parte de su patrimonio, que quedaba al cuidado de Arthur Cornish. Era evidente que sólo podríamos elegir de entre las adquisiciones más recientes. Supongo que nuestro proceder podría calificarse de tortuoso, pero no queríamos que las galerías y bibliotecas se engolosinasen con nada de lo que había quedado sin adjudicar, porque preferíamos evitar las discusiones con ellos, e incluso las peleas, sobre lo que podíamos quedarnos cada uno. Teníamos un derecho indiscutible, pero a veces la codicia altruista de los organismos públicos es tan

poderosa y rencorosa que no queríamos despertársela gratuitamente.

Consecuentemente, mantuvimos al margen a los bibliotecarios, archivistas y conservadores hasta después de la última reunión; una vez celebrada, podrían venir y llevarse hasta las paredes.

Aquel gran viernes de noviembre fui el primero en llegar y el siguiente, Urquhart McVarish. Era el momento de cumplir la obligación que temía.

—He terminado de dar cuenta de todo el contenido de mi apartado —dije—, salvo un detalle, que está recogido en una nota de Cornish y que no sé interpretar con exactitud. Se refiere a un manuscrito que no ha aparecido.

Urky me miró intrigado, pero sin definirse.

—Aquí está —dije sacando la libreta de una de las cajas preparadas para los archivistas de la universidad—. Mire, aquí dice algo de «Rab. Ms.», que fue prestado a «McV.» en el mes de abril. ¿Qué puede ser esto?

—No tengo la menor idea —dijo Urky.

—Pero McV. se refiere a usted, sin duda. ¿Le prestó algo Cornish?

—Nunca tomo nada prestado porque a mí me revienta prestar lo mío.

—¿Y cómo se explica esto? —No me lo explico.

—Comprenda que me pone en un compromiso.

—Es absurdo ponerse tan tiquismiquis, Darcourt. Si contamos todos los libros, manuscritos y demás, habrá miles de cosas ahí. Nadie en su sano juicio pensará que vamos a comprobar todos y cada uno de los trocitos de papel y todas las cartas que aparezcan. En mi parte, he puesto muchas cosas juntas bajo el epígrafe «Varios» y supongo que Hollier y usted han hecho lo mismo. Con un hombre como Cornish, que compraba como un poseso pero era irremisiblemente asistemático, es muy fácil que se pierdan cosas. No se preocupe por eso.

—Pero es que sí me preocupo. Si existe un manuscrito que debería estar ahí, tengo la obligación de recuperarlo y destinarlo a la biblioteca pertinente.

—Lo siento, no puedo ayudarlo.

—Pero McV. tiene que ser usted.

—Darcourt, no siga insistiéndome de esa forma, que no me gusta nada. ¿Acaso insinúa que me dedico a escamotear cosas?

—No, no; nada más lejos de mi intención, pero compréndame, tengo la obligación de seguir la pista de esta nota.

—Y se basa en eso, de entre todas las anotaciones que parecen números de teléfono, direcciones y recordatorios de Dios sabrá qué acontecimientos pasados, para insistirme por la fuerza. ¿Ha seguido todas las demás pistas de este follón de cuadernos?

—Por supuesto que no, pero ésta no es como las demás; dice que le prestó algo a usted. Me limito a preguntar.

—Le doy mi palabra de que no sé nada de ese asunto.

Si te dan la palabra, es preciso aceptarla o estar dispuesto a provocar un embrollo

desagradable. Hay momentos en los que uno tendría que lanzarse, pero titubeé y el momento pasó. En esas confrontaciones, prevalece la voluntad más fuerte y no sé si es que la comida había sido inadecuada, que evito las rencillas por naturaleza o que el tipo sheldoniano de Urky lleva las de ganar sobre el mío en estos asuntos, el caso es que perdí la oportunidad. Me ganó el resentimiento, pero el código por el que se rige el trato entre académicos me vedaba seguir con la discusión. Lógicamente, me violenté y me reafirmé en la convicción de que Urky se había quedado con el manuscrito de Rabelais que Hollier me había descrito, pero si no había conseguido que lo soltara mediante el interrogatorio al que lo había sometido, ¿qué podía hacer ahora? ¿Denunciarlo y... qué más? ¿Registrar su casa? ¡Imposible! ¿Apelar a Arthur Cornish? Pero, ¿Arthur entendería que la pérdida de un manuscrito era un asunto grave? Y, en cualquier caso, ¿estaría dispuesto a ponerle solución? ¿Me apoyaría Hollier? Y, si provocaba semejante alboroto y finalmente el manuscrito llegaba a la biblioteca, ¿lograrían Hollier y su Maria ponerle las manos encima? Si McVarish lo devolvía, ¿no podría quedarse con esas cartas tan importantes que había en el bolsillo de la cubierta posterior y negar su existencia? El tumulto de argumentos que cruza por la cabeza de un hombre que acaba de llevarse la peor parte en un encontronazo pasó por la mía en unos segundos. Debía afrontarlo: había reculado y ya no tenía remedio. Urky me había vencido y, probablemente, me había granjeado un enemigo.

La situación no se volvió más violenta porque llegaron los delegados de la oficina del abogado y de Sotheby's, además de la secretaria que Cornish nos había asignado, y poco después llegaron también Hollier y Arthur Cornish. Se cumplimentaron los trámites necesarios: el representante de Sotheby's juró que la tasación preparada por su gabinete se ajustaba a las estimaciones actuales de los bienes declarados; nosotros tres juramos que habíamos cumplido nuestro cometido con leal saber y entender y se acabó la función. Pura agua de borrajas, porque la única forma de establecer el valor actual de las colecciones de arte de Cornish era vendiéndolas y, por otra parte, nuestra habilidad como albaceas dependía de la opinión que Cornish tuviera de nosotros, más que de experiencia profesional alguna, pero la autenticación requiere documentos, y nosotros hicimos lo que procedía. El abogado y el delegado de Sotheby's se marcharon y llegó el momento que todos esperábamos.

—Ahora, caballeros, ¿qué van a elegir? —dijo Arthur Cornish.

Miró a McVarish, que era el mayor de los tres.

—Esto, para mí —dijo Urky dirigiéndose a una mesa del fondo; puso la mano sobre una estatua de bronce amontonada con otras similares.

Sin embargo, aunque eran similares no tenían todas el mismo valor. Urky había escogido la mejor, ¿por qué no? Era una Venus; el delegado de Sotheby's la había identificado como una Canova de las buenas.

Para Hollier y para mí, fue de agradecer que Urky marcara el tono de aquella manera; había escogido una pieza de valor indiscutible, pero no destacaba mucho entre los tesoros de Cornish. Evidentemente, había cosas mejores. Fue una elección

excelente, pero no abusiva.

—¿Profesor Hollier? —dijo Arthur.

Sabía lo mucho que a Hollier le repugnaba tener que desvelar su elección. Era una situación muy parecida a la que pueda pasarle a un niño cuando lo llevan a una tienda de golosinas el día de su cumpleaños y le dicen que elija lo que quiera, pero en presencia de unos adultos que lo miran con indulgencia. Una situación profundamente incómoda para un hombre tan reservado, pero se manifestó.

—Estos libros, si no hay objeciones.

Había elegido los cuatro tomos de *Historia Animalium* de Konrad Gesner, espléndidos ejemplares de la edición del siglo XVI.

—¡Bien hecho, Hollier! —dijo Urky—. El Plinio alemán... lo mejor para usted.

—¿Profesor Darcourt? —dijo Arthur.

Supongo que revelar mi elección me hacía tan poca gracia como a Hollier, pero es absurdo sentir reparos con esas cosas. ¿Cuándo volvería a presentármeme una oportunidad semejante? Nunca. Así pues, tras fingir someramente que no sabía por qué decidirme, puse en la mesa una carpeta de papel marrón que contenía dos caricaturas de trazo elegante y colores claros que sólo podían deberse a cierta mano.

—¡Beerbohm! —exclamó Urky corriendo hacia la mesa—. ¡Qué astuto, Simón! De haber sabido que estaban aquí, es posible que yo hubiera cambiado de opinión.

El comentario no fue tan grave, pero ¿por qué pensé que me gustaría matarlo?

Una vez seleccionados los regalos, los colocamos en una mesa del centro y todos pudimos contemplarlos. La secretaria nos pidió una descripción para adjuntarla al informe de los abogados. Era una mujer agradable; me habría gustado que también ella hubiera podido quedarse con algo. Arthur Cornish preguntó por Gesner a Hollier y éste se mostró inusitadamente locuaz.

—En realidad, era suizo, no alemán. Un hombre inmensamente culto, pero sobre todo, un gran botánico, creo. En estos cuatro tomos reunió cuanto se sabía entonces sobre cada animal identificado por especialistas hasta 1550. Es un verdadero tesoro de hechos y suposiciones, pero tiene intenciones científicas. No es como los bestiarios medievales, que sólo se ocupan de leyendas y cuentos de viejas.

—Creía que los cuentos de viejas eran su ramo, Hollier.

—Mi ramo, si prefiere llamarlo así, es el de la evolución del conocimiento científico —dijo Hollier sin cordialidad.

—Veamos esos Beerbohm —dijo Urky—. ¡Qué maravilla! *College Types*; ¡miren qué Magdalena, por favor! ¡Qué magnífica! Y Balliol, todo frente y orgullo intelectual; y Brasenose: ¡hombros inmensos y cabeza de niño! Y Merton: ¡pardiez, un delicioso retrato del propio Max! ¿Y quién es el otro? *El ser viejo y el ser joven*; *Cosmo Gordon Lang*. ¿Qué es lo que dicen? El ser joven: «Verdaderamente, no sé qué decisión tomar, si dedicarme al escenario o a la Iglesia. Ambas cosas brindan tantas oportunidades...». El ser viejo: «Tomaste la decisión adecuada; la Iglesia me dio un papel en una abdicación real». ¡Ah, Simón, está usted hecho un zorro! Esto

tiene mucho valor, y lo sabe.

Pues claro que tenía mucho valor, pero ésa no era la cuestión; eran trabajos auténticos de Max. ¡A Ellerman le habrían entusiasmado!

—No están a la venta —dije, más bruscamente de lo aconsejable, quizá—. Pasará a mi herencia como un tesoro.

—No para la Entelequia, espero —dijo Urky.

¡Qué hombre tan entrometido!

Arthur comprendió que me estaba atosigando. Pasó la mano por la espléndida espalda del desnudo de bronce con gesto entendido.

—Espléndida —dijo.

—Ah, ¿pero sabe lo que me decidió finalmente? —dijo Urky—. Mírela. ¿No le recuerda a nadie? ¿A una persona a la que conocemos los cuatro...? Mírela bien. Es la encarnación de Maria Magdalena Theotoky.

—Desde luego, hay cierto parecido —dijo Arthur.

—Aunque no podemos o, mejor dicho, no puedo juzgar respecto a la figura entera —puntualizó Urky—. De todos modos, siempre podemos imaginarnos lo que oculta la ropa moderna. ¿Quién fue la modelo? Tratándose de Canova, seguramente sería una dama de la corte de Napoleón. Tuvo que conocerla íntimamente. Observe el detalle de las líneas.

La Venus de bronce sobrepasaba el medio metro de altura; era una figura sentada, con un pie sobre la rodilla opuesta, atándose delicadamente los cordones de una sandalia. Lo singular era que la vulva, que los escultores suelen representar como un abultamiento carnoso sin perforación, estaba definida con realismo. No era pornográfica; tenía la gracia y el amor por la figura femenina que tan bien supo infundir Canova a sus obras.

No me resulta fácil ser justo con Urky. Sin duda apreciaba la belleza de la estatua, pero tenía un brillo húmedo en los ojos que insinuaba también una apreciación erótica... ¿Y por qué no, Darcourt, miserable puritano? ¿Se trata de alguna ridiculez decimonónica de prohibición de la sensualidad en el arte del siglo xx, en el sentido de que la figura humana es sólo una disposición de planos y volúmenes? No; la actitud de Urky con la Venus me disgustaba porque la había relacionado con una muchacha a la que conocíamos, y Hollier, más aún, y Urky sólo quería abochornarnos. Lo que habría aceptado sin reparos viniendo de cualquier otro me repateaba viniendo de Urky.

—Está de acuerdo en que se parece a Maria, ¿verdad, Hollier? —dijo.

—Yo sí que estoy de acuerdo en que se parece a Maria —terció Arthur inesperadamente.

—Es despampanante, ¿verdad? —dijo Urky a Arthur, pero sin perder de vista a Hollier—. Dígame, por pura curiosidad, ¿en qué lugar de la escala Rushton la situaría?

Nos quedamos todos con cara de pasmo.

—La conocerá, sin duda, ¿no? ¡La que ideó W. A. H. Rushton, el gran matemático de Cambridge! Bueno, consiste en lo siguiente: se reconoce a Elena de Troya como el absoluto de la belleza femenina y sabemos, basándonos en la autoridad de un poeta, que su rostro lanzó mil naves a la mar. Es evidente que «rostro» implica a la mujer completa. Así pues, llamemos *Elena* al rostro que lanza mil naves a la mar, pero, ¿qué es el rostro que sólo lanza una? Evidentemente, un *milielena*. Entre esos dos rostros, tiene que haber una escala para todos los demás que aspiren a la belleza en la medida que sea. Garbo, pongamos por caso: 750 *milielenas*, probablemente, porque, a pesar de la exquisitez del rostro, es cenceña de figura y tiene los pies grandes. Sin embargo, Maria me ha parecido una maravilla en todos los aspectos en que he tenido el placer de observarla, y está claro que no se viste para esconder defectos. Así pues, ¿qué decimos? Por mi parte, daría a Maria 850 *milielenas*. ¿Alguien da más? ¿Qué dice usted, Arthur?

—Yo diría que es amiga mía y que no tengo por costumbre poner nota a mis amistades —dijo Arthur.

—¡Oh, Arthur, qué insulso! No hay que pisotear el nombre de las señoras, ¿eh?

—Llámelo como guste —dijo Arthur—. Sencillamente, me parece que hay una diferencia entre una estatua y una mujer a la que conozco personalmente.

—¡Y vive la *différence*! —exclamó Urky.

Casi oía jadear a Hollier y me pregunté qué sabría Urky... porque, si sabía algo, podía darse por hecho que el mundo entero lo sabría sin tardanza y según la desagradable versión que se sacara de la manga, pero, dadas las circunstancias, no me parecía posible que Urky supiera nada en absoluto sobre la relación de Hollier y Maria. Tampoco veía por qué había de preocuparme y, sin embargo, me preocupaba taxativamente. Pensé que era hora de cambiar de tema. La secretaria del despacho de Arthur parecía inquieta; intuía una situación conflictiva que no comprendía.

—Tengo una propuesta que hacerles —dije—. El testamento de nuestro querido amigo Francis Cornish dice que sus albaceas pueden quedarse con un recuerdo suyo y lo hemos hecho dando por sentado que se refería a nosotros tres, pero, ¿acaso Arthur no es albacea también? Arthur, el primer día que nos reunimos aquí hizo usted un comentario sobre una pintura que le llamó la atención; era un pequeño bosquejo de Varley.

—Está adjudicado a la Galería Provincial —dijo Urky—. Lo siento, ya tenía destino.

—Sí, lo sabía —dije. No había motivo para que Urky fuera el único que lo supiera todo—. Pero tengo entendido que le entusiasma la música, Arthur, que es un gran coleccionista de partituras originales. Pues bien, quedan un par de cosas sin adjudicar que podrían interesarle.

Arthur se sintió halagado, como suele sucederles a los ricos cuando alguien se acuerda de que también ellos son humanos y que no lo tienen todo a su alcance. Rescaté un sobre que había dejado a mano y se le iluminaron los ojos al ver un

elegante hológrafo de cuatro páginas de una canción de Ravel y un fragmento de seis u ocho compases con la contundente e inconfundible grafía de Schoenberg.

—Los acepto con sumo gusto —dijo— y muchísimas gracias por pensar en mí. Me había pasado por la cabeza que tal vez pudiera elegir algo, pero, después de la experiencia con el Varley, no quise insistir.

Sí, pero lo conocíamos y nos gustaba mucho más ahora que cuando miró el Varley con deseo. Arthur mejoraba a medida que se lo conocía.

—Si podemos dar el asunto por concluido, me despido, señores —dije—. Tenemos una reunión con usted a las seis en Ploughwright, Arthur y, como soy vicedecano, tengo que encargarme de algunos preparativos.

Recogí mis Beerbohm, Hollier se puso dos tomos de Gesner bajo cada brazo y McVarish, como lo suyo pesaba, pidió a la secretaria que le llamara un taxi... con cargo a Cornish, no me cupo duda.

Salí del desparramado conjunto de apartamentos de Cornish, donde tantas veces había maldecido la tarea que él me había impuesto, con pesadumbre. Vaciar la cueva de Aladino había sido una aventura.

II

El cargo de vicedecano no entrañaba tareas pesadas y lo había aceptado de buena gana porque me aseguraba unas buenas habitaciones en la residencia universitaria; Ploughwright era para estudiantes licenciados, un agradable oasis de tranquilidad en medio del ajetreo de la universidad. Entre otras cosas, tenía que ocuparme de las «veladas de acogida»: procuraba que todo marchara sobre ruedas, que los invitados recibieran la debida atención y que la comida y el vino fueran de la mayor calidad que pudiera permitirse la universidad. Nos costaban un dinerillo, las tales veladas de acogida, pero así se perpetuaba una tradición que parece haberse perdido en las universidades modernas, la antigua tradición de la hospitalidad entre académicos. No se trataba de reunirse en torno a la mesa a regatear y cerrar tratos, ni de míseras «comidas de trabajo» ni de tediosos simposios con un tema único de conversación, sino de cenas que convocábamos cada quince días para que los miembros de la universidad invitaran a quien desearan a un banquete festivo, sin más objetivo que celebrar el triunfo de la civilización sobre la barbarie, del sentimiento humano sobre el escolasticismo polvoriento, una manera de reafirmar que la académica es una vida válida. Ozy Froats me había adjudicado la etiqueta de persona apegada a las ceremonias y tenía razón; nuestras veladas de acogida eran ceremonias y yo ponía un empeño especial en procurar que lo fuesen en el mejor sentido; es decir, que la gente acudiera porque eran irresistibles, no por compromiso.

Aquel viernes de noviembre la invitada era la señora Skeldergate, diputada al Parlamento provincial y presidenta de una comisión que se ocupaba de la financiación de las universidades, y había dispuesto que los otros invitados fueran Hollier y Arthur Cornish, y McVarish, claro, por fuerza, para festejar modestamente el remate del legado Cornish. Es posible que Arthur nos hubiera invitado a cenar con el mismo propósito, pero me pareció bien tomarle la delantera; no me gusta la idea de que siempre tenga que pagar la cuenta la persona más adinerada de un grupo.

Además de ellos tres, asistieron a la velada otros catorce miembros de Ploughwright, sin contar al decano y a mí mismo. Éramos un grupo cohesionado, a pesar de las diferencias en el interés académico de cada cual. Estaban presentes Gyllenborg, autoridad destacada de la Facultad de Medicina, Durdle y Deloney, especialistas en diferentes ramas de Lengua Inglesa, Elsa Czermak la economista, Hitzig y Boys, de Física y Fisiología, el medievalista Stromwell, Ludlow, de Derecho, Penelope Raven, de Literatura Comparada, Aronson, el informático, la zoóloga Roberta Burns, Erzenberger y Lamotte, de Alemán y Francés respectivamente, y Mukadassi, visitante en el Departamento de Estudios Orientales. Junto con McVarish, de Historia, Hollier, de su especialidad medievalista tan controvertida y mal definida, Arthur Cornish, del mundo del dinero, el decano, que era filósofo (según sus detractores, habría sido más feliz en una universidad decimonónica, cuando todavía existía la especialidad de Filosofía Moral) y yo, de

Clásicas, constituíamos una red de intereses bastante representativa y esperaba que la conversación fuera animada.

A ese respecto no estaba solo. Urky McVarish se me colgó del brazo en las escaleras, al bajar del comedor para continuar la velada en la sala de profesores, y me murmuró al oído con su tono más acariciador... porque, cuando quería, empleaba un tono sumamente acariciador:

—Deliciosa, Simón, absolutamente deliciosa. ¿Sabe a lo que me recuerda? Naturalmente, ya sabe que soy un entusiasta de Rabelais, por lo de mi antepasado. Pues bien, me trae a la memoria el maravilloso capítulo sobre la fiesta de los campesinos para celebrar el nacimiento de Gargantúa, su charla y sus bromas entre trago y trago. ¿Recuerda la traducción que hace sir Thomas del encabezamiento del capítulo «De cómo parloteaban entre trago y trago»? La cena ha sido espléndida y los académicos jóvenes, deliciosos, pero estoy deseando llegar a la sala de profesores para oírles parlotear entre trago y trago con mayor exuberancia todavía.

Salió disparado hacia los servicios de caballeros. En ese momento de las veladas de acogida, hacemos una especie de descanso para que todo el mundo pueda ausentarse y aliviarse, lavarse la dentadura postiza, en caso de necesidad, y prepararse para el colofón. Comprendo que resulte absurdo ser tan susceptible a todos los comentarios de McVarish, pero me molestó que comparase nuestro agradable festejo con un banquete rabelesiano. Bien es cierto que, al cabo de unos momentos, nos sentaríamos a tomar vino con fruta fresca y frutos secos, pero principalmente a conversar. Urky no tenía necesidad de compararlo con las borracheras de campesinos que describe su autor predilecto. Aun así, Urky no era tan idiota. Como vicedecano encargado de que las copas no se queden vacías, Elsa Czermak reciba su cigarro puro y el gotoso Lamotte disponga de su agua mineral, tengo una libertad de la que no disfruta ningún otro para moverme libremente por la mesa y oír parlotear a los académicos entre trago y trago.

—¡Oh, qué delicioso está todo! —exclamó la señora Skeldergate al entrar en la sala de profesores con el decano—. ¡Y qué lujoso!

—No es para tanto —dijo el decano, sensible a esa cuestión— y le aseguro que aquí no se ha invertido ni un penique de dinero público; es usted invitada nuestra, no del oprimido contribuyente.

—Pero tanta plata —comentó la dama del gobierno— no es lo que se espera en una residencia universitaria.

El decano no podía sustraerse al tema y, habida cuenta de quién era la invitada, es comprensible.

—Todo lo que ve son regalos —dijo— y créame, si se subastara lo que hay en esta mesa, no alcanzaría para sufragar el coste semanal de un laboratorio como el de... —buscaba un nombre a ciegas, porque no sabía gran cosa de laboratorios—, como el del profesor Froats.

—Todos esperamos grandes cosas del profesor Froats —replicó la señora

Skeldergate con gran tacto político—, un poco de luz sobre el cáncer, tal vez. —Se volvió hacia la izquierda, donde se encontraba Archy Deloney, y dijo—: ¿Quién es ese hombre tan atractivo y agobiado que está casi al final de la mesa?

—¡Ah! Es Clement Hollier, que se dedica a hurgar en las cenizas del pensamiento olvidado. Es atractivo, ¿verdad? Cuando el rector lo nombró ornamento de la universidad, no sabíamos a ciencia cierta si se refería a su atractivo personal o a sus méritos académicos, pero agobiado por las preocupaciones, sí. «Noble despojo de perfección en ruinas», como dice Byron.

—¿Y el hombre que está acomodando a la gente? Sé que nos hemos saludado, pero tengo una memoria pésima para los nombres.

—Nuestro vicedecano, Simón Darcourt. El pobre Simón lucha contra lo que Byron llamó «hidropesía adiposa»: grasas, por otro nombre. Nuestro querido y honrado Simón. Es sacerdote, como puede ver.

¿Le importaría a Deloney que yo estuviera oyéndolo? ¿Lo haría a propósito, para que lo oyera? «Hidropesía adiposa», ¡hay que ver! ¡Qué malicia tienen estos ectomorfos huesudos! Hay muchas probabilidades de que, cuando Archy Deloney se retuerza de artritis, yo siga tan fuerte y sano como ahora. ¡Larga vida a mis trece metros de intestino con todas sus consecuencias!

El profesor Lamotte estaba pálido y se enjugaba la frente con un pañuelo, seguro que la profesora Burns le había pisado el pie gotoso. La mujer estaba consternada.

—No tiene la menor importancia —decía Lamotte, que es la personificación de la cortesía.

—Oh, sí, sí —replicaba Roberta Burns, una escocesa respondona pero con buen corazón—. Todo tiene importancia. La edad del universo se ha fijado en unos quince mil millones de años, aproximadamente, y juro que en todo ese tiempo jamás ha sucedido nada que no tuviese importancia, que no haya contribuido de un modo u otro a la totalidad. ¿Le aliviaría golpearme con dureza, aunque sólo fuera una vez? De ser así, le propongo un tortazo en la oreja.

Pero Lamotte ya había recobrado el color y le dio solamente un golpecito de broma.

—La he oído, Roberta —dijo el decano, que, en efecto, la había oído sin querer—, y estoy de acuerdo con usted sin reservas; todo es importante. Eso es lo que infunde vitalidad a toda la esfera de la especulación ética.

El decano no tiene facilidad para la charla intrascendente y a los miembros más jóvenes les hace gracia tomarle el pelo.

—Decano —terció Deloney—, en verdad no puede dejar de reconocer la existencia de lo trivial, de lo absolutamente insignificante. Por ejemplo, la gran disputa que está en pleno auge ahora en los estudios celtas. ¿Ha oído usted hablar de ella?

El decano no estaba al corriente y Deloney prosiguió:

—Ya sabe cómo le dan a la priva, pero de la fuerte, no sangre de uva, como

nosotros, los civilizados. En una asamblea que hicieron la semana pasada, Darragh Twomey, borracho como una cuba, tuvo la osadía de afirmar que el *Mabinogion* era, en realidad, un relato épico irlandés y que los galeses se lo habían robado y lo habían liado todo. El profesor John Jenkin Jones recogió el guante y la cosa terminó a puñetazo limpio.

—¡No me diga! —exclamó el decano fingiéndose horrorizado.

—Eso se aleja mucho de la verdad, Archy —terció la profesora Penelope Raven; estaba dando la vuelta a la mesa en busca de la tarjeta que señalaba su lugar—. No llegaron a las manos de ninguna manera. Lo sé porque estuve allí.

—Penny, no hace falta que los defienda —replicó Deloney—. Hubo un intercambio de mamporros. Lo digo con autoridad fidedigna.

—¡De mamporros, nada!

—Dejémoslo en empujones.

—Empujones, puede que sí.

—Y Twomey terminó en el suelo.

—Resbaló. Está usted convirtiéndolo en un poema épico.

—Puede que sí, pero la violencia en la universidad carece de importancia. Se echa de menos un poco más de saña. Faltan motivos que valgan la pena. O exageramos o nos sentimos pigmeos.

No es así como debe desarrollarse una velada de acogida. Cuando nos sentamos, charlamos educadamente con la persona de la izquierda y de la derecha, pero en gente como Deloney y Penny Raven se nota cierta tendencia a levantar la voz y a inmiscuirse en conversaciones ajenas. El decano puso cara de congoja —era su forma de dar entender su desaprobación— y Penny se dirigió a Aronson y Deloney a Erzenberger y guardaron la compostura.

—¿No es cierto que, si se abre a un irlandés en canal, cuatro de cada cinco tienen el estómago duro como una piedra? —preguntó Penny en un susurro.

Gyllenborg, el sueco, lo pensó unos momentos y dijo:

—Eso no forma parte de mi experiencia.

—¿Qué ha hecho usted hoy? —preguntó Hitzig a Ludlow.

—He leído la prensa —dijo Ludlow— y estoy hartos. Todos los días, un puñado de gallinas cobardes escribe artículos anunciando que el cielo se nos viene encima.

—No me diga que es usted de los que se pregunta por qué las grandes noticias siempre tienen que ser malas —dijo Hitzig—. La humanidad disfruta con las desgracias, siempre ha sido así y así seguirá siendo.

—Sí, pero es que son desgracias repetitivas —repuso el abogado—. Nadie encuentra variaciones sobre los temas de siempre. Como se quejaban nuestros amigos hace un momento, la machaconería trivializa el delito. Por eso tienen tanto éxito las novelas de detectives; los crímenes son siempre ingeniosos, pero los de verdad no, son siempre iguales, la historia se repite una y otra vez. Si yo quisiera cometer un asesinato, tendría que inventar un arma en verdad original. Creo que recurriría al

congelador de mi mujer; sacaría de allí un pan congelado. ¿Se ha fijado alguna vez? Un pan congelado es como una piedra grande. Rompes la cabeza a la víctima —la propia mujer, pongamos por caso— con el pan, lo descongelas y te lo comes. La policía buscaría en vano el arma homicida. Ahí tiene una novedad.

—Lo descubrirían —dijo Hitzig, que sabía mucho de Nietzsche y se deprimía con facilidad—; creo que esa idea ya se ha probado.

—Muy probable —dijo Ludlow—, pero habría añadido una novedad a la monótona historia de Otelo. Pasaría a los anales del crimen como el asesino del pan. Hay que reconocer que vivimos en un mundo violento, pero de lo que me quejo es de la violencia sin imaginación.

—Creo que hace ya algún tiempo que la violencia no desempeña un papel importante en la vida estudiantil —dijo la señora Skeldergate al decano.

—Demos gracias a Dios —dijo él—. Aunque creo que se exageraba la violencia que había; se habló y se escribió como si hubiera sido una cosa sin precedentes de ninguna clase, pero en las universidades europeas sigue habiendo violencia y los estudiantes no se cansan de politizarse. La frase «revuelta estudiantil en las calles» se repite en todas las épocas de la historia. También es cierto que nosotros damos a nuestros estudiantes un trato mucho más humano que las universidades europeas en cualquier momento de su historia. Tengo colegas en la Sorbona que presumen de no haber hablado jamás con un alumno fuera del aula y prefieren no conocerlos personalmente, al contrario que la tradición inglesa y estadounidense, como bien sabe usted.

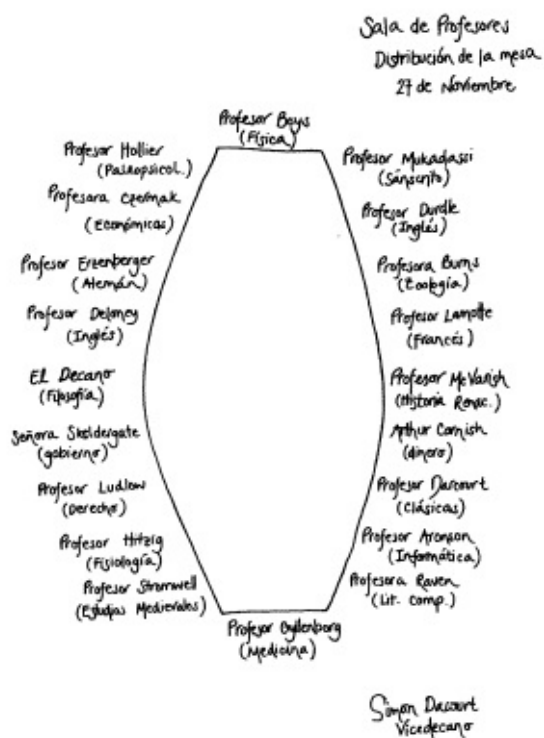
—Entonces, ¿le parece que las revueltas no cambiaron nada en realidad, decano?

—Oh sí, claro, cambiaron cosas. En nuestro caso, la relación tradicional entre estudiante y profesor siempre ha sido de aspirante y experto; los disturbios surgían en parte del deseo de cambiar esa relación por un acuerdo entre consumidor y minorista. Esa idea caló en el público también, ya sabe, y partir de ahí los gobiernos empezaron a hablar en los mismos términos, si me permite decirlo. «Necesitamos setecientos especímenes de ingenieros para los próximos cinco años, profesor, conqué, ¡ande! ¡A por ellos!», y cosas por el estilo. «Profesor, ¿no le parece que la filosofía está de más en estos tiempos tan duros? ¿No puede recortar la plantilla en ese sentido?». La educación para el consumo inmediato está más en boga que nunca, nadie piensa en la proyección en el tiempo ni en el tono intelectual de la nación.

La señora Skeldergate estaba consternada: había abierto un grifo que no sabía cómo cerrar y el decano estaba en su salsa, pero tenía experiencia en escuchar y su interés aparente no dejó nada que desear.

El profesor Lamotte no se había recuperado completamente del ataque a su pie gotoso y se sobresaltó cuando McVarish, asomándose por delante de él, dijo a la profesora Burns:

—Roberta, ¿le he enseñado alguna vez mi hueso del pene?



La profesora Burns, zoóloga, no se inmutó.

—¿De verdad lo tiene? Sé que antes abundaban, pero hace mucho que no veo ninguno.

Urky desprendió de la cadena de su reloj un objeto con mango de oro y se lo pasó.

—Siglo XVIII. Un buen ejemplar.

—Ah, qué belleza. Mire, profesor Lamotte, es el hueso del pene de un mapache; se usaban mucho como mondadientes en tiempos pasados, y los sastres deshacían los hilvanes con ellos. Muy bonito, Urky, pero apuesto a que no tiene una petaca de escroto de canguro; mi hermano me mandó una de Australia.

El profesor Lamotte miró el hueso del pene con repugnancia.

—¿No le parece desagradable? —dijo.

—No lo uso para limpiarme los dientes —dijo Urky—; lo único que hago es enseñárselo a las damas en las reuniones sociales.

—Me asombra usted —dijo Lamotte.

—¡Oh, no me venga con ésas, Rene! Usted... ¡todo un francés! Un ligero soplo de indecencia es refrescante para el ingenio sutil. *La nostalgie de la boue* y todo eso. La indecencia e incluso la inmundicia: para dar rienda suelta al intelecto agotado por el esfuerzo. Como Rabelais, ya sabe.

—Sé que es usted muy aficionado a Rabelais —dijo Lamotte.

—Me viene de familia —dijo Urky—; mi antepasado, sir Thomas Urquhart, fue el primer traductor de Rabelais al inglés y sigue siendo el mejor.

—Sí, mejoró mucho a Rabelais —replicó Lamotte.

Pero a Urky le resbalaban los comentarios irónicos ajenos. Procedió a dar a la profesora Burns un informe sobre sir Thomas Urquhart, salpicado de citas escabrosas.

Merodeando alrededor de la mesa en cumplimiento de mi deber de vicedecano, me alegré al ver que Arthur Cornish se entendía bien con el profesor Aronson, el mejor informático de la universidad. Hablaban de Fortran, lenguaje de fórmulas de programación y traducción en el que Arthur, como persona profundamente dedicada a operaciones bancarias e inversiones, tenía interés profesional.

—¿Cree que deberíamos tantear a la señora Skeldergate más tarde, a ver qué se dice en el Parlamento sobre el pobre Ozias Froats? —dijo Penelope Raven a Gyllenborg—. Es que no han entendido nada de lo que hace, la verdad. No es que yo esté al corriente, desde luego, pero nadie puede ser tan idiota como pretenden algunos de esos necios.

—Yo en su lugar no lo haría —dijo Gyllenborg—. Recuerde nuestra regla: en las veladas de acogida no se habla de negocios ni se piden favores. Y me permito añadir: de nada vale explicar la ciencia a quien quiere malinterpretarla. A Froats no le pasará nada; quienes saben no tienen la menor sospecha sobre él. Lo que pasa ahora en el Parlamento no es más que el desmadre de la democracia; todo el mundo tiene algo que decir sobre lo que no sabe. Huelgan explicaciones, es mi regla de toda la vida.

—Pero a mí me gusta dar explicaciones —dijo Penny—. La gente tiene ideas absurdas sobre las universidades y los que trabajamos en ellas. ¿Vio la nota necrológica dedicada al pobre Ellerman? No se parecía en nada al hombre al que conocimos. Los datos eran más o menos correctos, pero no supieron dar idea de la persona que había sido, es decir un gran hombre, sencillamente. Si querían crucificarlo, habría sido fácil, desde luego. Esa delirante e inacabable novela rosa que escribió, que tenía que ser un gran secreto, pero de la que no dejaba de hablar confidencialmente a todo el mundo; esa mujer de ensueño que se inventó para su deleite personal y a la que hacía el amor en una prosa casi isabelina... Si cualquiera le echara las zarpas encima...

—No se las echarán —dijo el profesor Stromwell desde el otro lado de la mesa—, porque ha desaparecido para siempre.

—¿De verdad? —dijo Penny—. ¿Qué ha pasado?

—La quemé yo —dijo Stromwell—. Ellerman quería que desapareciera.

—Pero, ¿no tendría que haber ido a los archivos?

—En mi opinión, son demasiadas las cosas que van a parar a los archivos, y sólo por eso, cualquier cosa que se archive cobra una importancia ridícula. Hay que juzgar a las personas por lo que publican, no por lo que guardan en el fondo del cajón.

—¿Era tan escabrosa como él insinuaba?

—No lo sé. Me pidió que no la leyera y no la leí.

—Y así se ha perdido otra gran novela —dijo Penny—. Es posible que fuera todo un artista pornográfico.

—No, un hombre como él, tan entregado al ideal universitario, no —dijo el profesor Hitzig—. Si hubiera sido artista primordialmente, no habría sido tan feliz aquí. La característica de los artistas es el descontento. En las universidades pueden

forjarse críticos excelentes, pero no artistas. Los académicos somos gente maravillosa, pero solemos olvidarnos de las limitaciones del saber, que ni crea ni engendra.

—¡Oh, vamos! —dijo Penny—. No exagere. Puedo nombrar a muchos artistas que han vivido en universidades.

—Por cada uno que nombre, le citaré yo a veinte que no —replicó Hitzig—. La mayor y mejor producción de las universidades son los científicos. La ciencia es descubrimiento y revelación, pero eso no es arte.

—¡Ajá! «La investigación respetuosa de la naturaleza» —dijo Penny.

—Encontrar una laguna en el conocimiento exacto y colmarla para mayor provecho del mundo —dijo Gyllenborg.

—Entonces, ¿qué cree que son las Humanidades? —dijo Penny—. Civilización, supongo.

—La civilización se apoya en dos pilares —dijo Hitzig—: el descubrimiento de que la fermentación produce alcohol y la adquisición de la capacidad de inhibir la deyección. Y si no, díganme dónde estaría esta espléndida velada de hoy sin ambas cosas.

—La fermentación es ciencia, sin duda —dijo Gyllenborg—, pero la inhibición voluntaria tiene que ser psicología y, si a alguien se le ocurre decir que la psicología es una ciencia, me pongo a gritar.

—No, no; ahora está entrando en mi terreno —terció Stromwell—, inhibir la deyección es, en esencia, una cuestión teológica y una consecuencia incuestionable del pecado original y eso, como todo el mundo reconoce hoy día, entraña el despunte de la conciencia personal, la separación del individuo de la tribu o la masa. Los animales no tienen la facultad de inhibirse, como les confirmaría cualquier director de escena que tenga que hacer entrar y salir del escenario a un caballo sin que ocurra un contratiempo. Los animales se conocen muy poco a sí mismos..., menos aún que nosotros, los amos del mundo. Cuando el hombre probó el fruto del árbol prohibido, tomó conciencia de sí mismo como algo diferenciado de su entorno y soltó su último zurullo sin reparos cuando emprendió su camino solitario desde el Edén a paso lento e incierto. A partir de entonces, hubo que tener cuidado con los pasos que daba, literalmente, por no hablar de dónde depositaba sus aguas menores y mayores.

—«Su camino solitario» —repitió Penny Raven—. Típico de Milton, ese viejo amargado. Y Eva, ¿qué?

—Cada uno de nosotros repite desde la infancia la experiencia de reconocerse como ser individual —dijo Hitzig, pasando por alto la salida feminista.

—Cada uno de nosotros repite la historia completa de la vida, desde la condición de pez, antes de empezar a experimentar la inhibición —replicó Gyllenborg.

—Cada uno de nosotros repite el pecado original, es expulsado del paraíso uterino y arrojado a un mundo de sufrimiento —dijo Stromwell—. Vicedecano, ¿ésos de ahí se han olvidado de que el vino tiene que circular?

A mi pesar, tuve que dejar de escuchar la disquisición de Arthur Cornish sobre la usura —cuya práctica desaprobaba, por descontado, aunque le fascinaba— y di otra vuelta alrededor de la mesa para ver si todos estaban a gusto y para poner las botellas en circulación. Todas habían ido a parar al lugar del profesor Mukadassi, que no bebía alcohol y parecía absorto en su conversación con Hollier. Me alegré de que Clem estuviera entretenido, porque en realidad no es muy amigo de los clubes.

—Lo que denomino fósiles culturales —decía— son partes de la conducta humana o de creencias que se han incrustado de tal forma en la vida que nos rodea, que nadie las pone en entredicho. Recuerdo que de niño, cuando iba a la iglesia con unos familiares ingleses, me llamó la atención que muchas campesinas, al entrar en el templo, hicieran una pequeña reverencia a un muro desnudo. Pregunté el motivo, pero nadie lo sabía; mi primo se lo preguntó al vicario y éste le dijo que, antes de la Reforma, había allí una estatua de la Virgen y, aunque los hombres de Cromwell la habían destruido, no consiguieron erradicar la costumbre de los lugareños, como demostraba la conducta de esas mujeres. Hace unos años, estuve de visita brevemente en la isla de Pitcairn y fue como retroceder a los primeros años del siglo XIX; los últimos emigrantes que llegaron a la isla eran soldados de las tropas de Wellington, sus descendientes seguían hablando al auténtico estilo de Sam Weller y, en muchas palabras, todavía pronunciaban la uve doble como uve y viceversa. Cuando mi padre era pequeño, todos los niños canadienses bien educados sabían que la hache de *herb* era muda; sin embargo, todavía se oye aspirada de vez en cuando, y los ingleses modernos creen que es por ignorancia, aunque en realidad es historia cultural. Estas cosas son triviales, pero entre razas que se abren poco a otras, como algunos nómadas de Oriente o nuestros auténticos gitanos supervivientes, persisten ideas que vale la pena investigar. En general, pensamos que el conocimiento humano es progresivo; puesto que cada vez sabemos más, nuestros padres y abuelos son como periódicos atrasados, pero también es posible la teoría contraria: que, sencillamente, reconocemos cosas diferentes en épocas distintas y de formas diversas. Todo eso arroja una luz nueva sobre los conceptos mitológicos; los mitos no han muerto, sólo se entienden y se aplican de otra forma. Es posible que la superstición no sea más que mito, vagamente percibido y respetado inconscientemente. Si cree que la superstición ya no existe, acuda a un aula de examen y cuente los fetiches y amuletos que llevan los estudiantes.

—No se lo tomará en serio, ¿verdad? —dijo Boys.

—Completamente en serio —dijo Hollier.

—Usted está hablando de una de las grandes brechas del entendimiento entre Oriente y Occidente —dijo Mukadassi—. En la India, sabemos que hombres tan buenos como nosotros en todos los aspectos creían en cosas que las vanguardias de la sociedad consideran absurdas, pero estoy de acuerdo con usted, profesor; nuestro cometido no es escarnecerlas, sino tratar de descubrir lo que significaban y adónde creían que apuntaban. La soberbia científica fomenta esa tremenda y oscurantista

insensatez de escarnecer el pasado. Ahora bien, en Oriente tenemos mucho más en cuenta que ustedes la naturaleza en la vida diaria. Quizá se deba a que podemos hacer más vida al aire libre, pero, si me permite que lo diga —y no crea que deseo herir su susceptibilidad, profesor, no, no, no, por nada del mundo—, su cristianismo no está en consonancia con la naturaleza. De todos modos, la naturaleza prevalecerá, incluso esa naturaleza humana que tanto deplora el cristianismo. Espero no haberle ofendido.

Hollier no se ofendió; Mukadassi exageraba la influencia del cristianismo en él.

—Uno de mis fósiles culturales predilectos —dijo— es el enanito de jardín. ¿Se ha fijado en ellos? Son unos objetos muy monos, pero ¿gustan sólo por lo monos que son? Creo que no. Los enanitos son un poco de azúcar en la bebida de las creencias, cosa que la religión occidental ya no ofrece y menos aún el humanitarismo aguado que en tantos casos pasa por religión. Esos gnomos remiten a la añoranza —no reconocida y tanto más intensa por ser invisible— de la deidad del jardín, la imagen del espíritu de la tierra, el *kobold*, el *kabir*, el guardián del hogar. Por horribles que sean, contienen una verdad que no se encuentra en la pila para pájaros o el reloj de sol.

El profesor Durdle estaba aireando un resentimiento con Elsa Czermak, quien se había quejado de un fin de semana de seminarios de economía al que había asistido en una universidad hermana.

—Pero, al menos, hablan de su tema —dijo él—, no tiene que soportar el parloteo ambiental.

—¿Ah, no? —replicó Elsa—. Eso demuestra lo mucho que sabe usted al respecto.

—¿Es que se puede parlotear sobre economía? Nunca habría dicho que fuera posible, pero seguro que no tiene que soportar lo que yo esta tarde. Hemos recibido la visita de un gran hombre de Bloomsbury, ¿sabe? Y su mensaje para el mundo sobre el poderoso pasado del que él era sólo una parte diminuta consistió principalmente en cosas como: «En Bloomsbury, qué duda cabe, en la época dorada, estábamos todos completamente locos. Los criados estaban locos. Ibas a sentarte y podías encontrarte allí un plato de comida, en la silla, ¡spiffing! Porque las criadas estaban sencillamente locas... Teníamos una puerta roja. Había muchas puertas verdes, azules y marrones, pero la nuestra era roja, ¡sensacional! ¡Completamente LOCOS!». Es extraordinaria la caridad que derrochan las universidades con quienes han conocido a los grandes. Supongo que es una forma de romanticismo. Cualquier inglés errante que se acuerde de Virginia Woolf, Wyndham Lewis o E. M. Forster puede pedir unos honorarios y quedarse parálítico a fuerza de comer y beber en cualquier universidad de este continente. Puramente medieval, vamos, como acoger en el castillo a malabaristas y tragadores de sables vagabundos. Y los gorriones americanos son igual de malos, aunque suelen ser poetas y *minnesinger* que quieren demostrar lo bien que entienden a la juventud. Lo que me mata es esa mierda de tirar siempre hacia la juventud, porque no es la juventud quien les paga. ¡Dios, si hubiera oído usted las necedades que llegó a decir ese fatuo zopenco esta tarde...! «Jamás olvidaré la noche en que

Virginia se quitó absolutamente ¡toda la ropa! ¡Sensacional!, se envolvió en una toalla de baño e hizo de Arnold Bennett dictando desde el baño turco. Sencillamente, ¡nos desternillamos! ¡Loca! ¡LOCA!».

—Aquí también tenemos a nuestros propios anecdotistas lunáticos —dijo Elsa—. ¿No ha oído contar a Deloney alguna vez la historia del director del St. Brendan, que tenía un mirlo que hablaba latín? Sabía decir: «Liber librum aperit» y otras lindezas clásicas por el estilo, pero no era de origen refinado y, cuando el director regañaba a un alumno travieso, solía gritar: «¡Echa de beber aquí, so cabrón!». He de decir que Deloney lo cuenta muy bien, pero si alguna vez sale a dar conferencias por ahí, veo la anécdota convertida en el número estrella. Con los economistas pasa lo mismo, largas historias sobre Keynes, que nunca tenía cambio para el taxi y cosas así. Las universidades son grandes almacenes de trivialidades. Necesita un permiso sabático, Jim, se está amargando usted.

—Es posible —dijo Durdle—. Si le digo la verdad, estoy preparando mi propio número sobre la última «visita *in situ*» del Consejo Canadiense de las Artes en la que me vi mezclado. ¿Sabe cómo funcionan? Es como una visita episcopal en la Edad Media. Te pasas meses preparando todo el material necesario para hacer una solicitud de fondos con vistas a llevar a cabo un trabajo determinado y entonces, cuando está listo, mandan una comisión de seis o siete miembros a reunirse con tu comisión de otros tantos; los agasajas con buena comida y buen vino, les ríes las gracias y vuelves a contarles desde el principio todo lo que les habías contado, los tratas como amigos... e incluso como iguales. Luego, regresan a Ottawa y te escriben para decirte que, en realidad, tu plan no les parece bastante sólido para merecer su ayuda. ¡Perros babosos del filisteísmo burgués que cobran sueldos desorbitados y pensiones desmesuradas!

—*Mit der Dummheit kämpfen Götter selbst vergebens* —dijo Erzenberg.

—Traducción, por favor —dijo Elsa.

—Contra la estupidez, hasta los dioses luchan en vano —dijo Erzenberg y, con un inevitable matiz compasivo en la voz, añadió—: Schiller.

Elsa pasó por alto el matiz y se dirigió de nuevo a Durdle.

—Bueno, cuando se anda pidiendo, es de esperar que algunas veces te den con la puerta en las narices o te echen los perros. Los académicos son mendigos. Lo han sido siempre y seguirán siéndolo... o eso espero. Que Dios se apiade de nosotros si alguna vez llegan a controlar dinero de verdad.

—¡Por Dios, Elsa, cuánta severidad! Es por culpa de esos malditos puros que se fuma, no engendran más que resignación. Todo académico que se precie quiere ser un rey de la filosofía, pero para eso hace falta mucho dinero. Ojalá tuviera yo una pequeña renta independiente. Lo dejaría todo y me dedicaría a escribir.

—No, Jim, eso no es cierto. La universidad lo tiene atrapado para siempre. El academicismo se lleva en la sangre, como la sífilis.

Nadie se emborracha en las veladas de acogida. El vino ejerce su antigua magia

de hacer que los bebedores sean más ellos mismos y lo que hay en la trama de su naturaleza se manifiesta con mayor claridad. Ludlow, el profesor de Derecho, razonó en plan legalista y la señora Skeldergate, cuya preocupación era la sociedad, pretendía incitarlo a la indignación, a la compasión o a cualquier otra cosa que no fuera la fría observación evaluadora de la degradación que conocía en nuestra ciudad.

—Naturalmente, en quien hay que pensar es en los niños, porque con los mayores en general no hay nada que hacer. Los niños y los jóvenes. Una de las lecciones más crueles que hube de aprender cuando empecé a trabajar en lo que hago ahora fue que a muchas mujeres no les importan nada sus hijos. Y los niños están en un mundo que no comprenden. La semana pasada, una niña me contó que había llegado un señor mayor a su casa y que su madre y él se habían peleado en la cama. Naturalmente, no reconoció el acto sexual. ¿En qué se convertirá cuando lo reconozca, cosa que no tardará en suceder? En una niña prostituta, una de las cosas más tristes del mundo, se lo aseguro. He intentado ayudar a otra niña, una que no habla. Tiene el aparato fonador en perfectas condiciones, pero la falta de atención la ha hecho muda. No conoce el vocabulario más común. Tiene las nalgas abrasadas de marcas triangulares; el amante de su madre le da toques con la plancha para curarla de la estupidez. Otro niño no se atreve a pronunciar una palabra; vive sumido en un terror mudo y su mueca conciliadora incita a su madre a golpearlo más.

—Describe usted un mundo horrible, propio de Dostoyevski —dijo Ludlow—, es estremecedor saber que existe a menos de tres kilómetros de donde estamos sentados tan cómodamente... tan lujosamente incluso. ¿Y qué se puede hacer según usted?

—No lo sé, pero es preciso hacer algo. No podemos cerrar los ojos. ¿No tienen ustedes ninguna idea que ofrecer? Antes se pensaba que la respuesta estaba en la educación.

—La vida universitaria da amplia muestra de que la educación no es la respuesta a nada, a menos que la acompañe una buena dosis de sentido común, bondad de corazón y reconocimiento de la hermandad entre todos los seres humanos —dijo Ludlow.

—Y de la paternidad de Dios —añadió el decano.

—Con su permiso, me reservo la opinión al respecto, decano —dijo Ludlow—. Discutir sobre Dios no es cosa de abogados como yo, sino de filósofos como usted y sacerdotes como Darcourt. La señora Skeldergate y yo tenemos que afrontar las realidades sociales, ella en su trabajo y yo, en los tribunales. Debemos afrontar lo que la sociedad nos da y, aunque no resto la menor importancia a los problemas que usted atribuye a la pobreza y a la ignorancia, señora Skeldergate, después de mucho bregar en la abogacía, me he convencido de que asuntos muy parecidos que llegan a consideración de los tribunales provienen de capas sociales ajenas a la pobreza y a la ignorancia, en el sentido vulgar de la palabra. La falta de humanidad, la crueldad y el egoísmo delictivo no son características exclusivas de los pobres. Aquí mismo, en la universidad, se dan en abundancia.

—¡Vamos, Ludlow! No sea tan sensacionalista —dijo el decano.

—No lo soy en absoluto. Cualquier veterano del mundo universitario sabe, por ejemplo, la cantidad de robos que se producen aquí y todos se confabulan para que nadie diga nada. Probablemente, la confabulación sea lo mejor, porque, ¿se imagina el escándalo, si un día llegara a ser de dominio público? Claro que, tampoco podía esperarse otra cosa. Una universidad como ésta es una comunidad de cincuenta mil personas; si viviera usted en un pueblo de cincuenta mil, ¿no cree que sería lógico que hubiese algunos ladrones? ¿Qué es lo que se roba? De todo, desde fruslerías hasta equipos caros, cubertería, juegos completos de cálices y patenas de las capillas, que, por cierto, son despachados inmediatamente a Suramérica, según sé de buena fuente. Es una tontería fingir que los estudiantes no tienen nada que ver, o incluso algún profesor, aunque no lo sepamos, pero hay algunas explicaciones: todas las instituciones despiertan en el corazón humano el deseo de robar; birlar algo al *Alma Mater* es como una venganza de algún aspecto no reconocido del espíritu humano, que se desquita así de las pretensiones de superioridad de la madre munificente. No es capricho que nuestros predecesores llamaran a los estudiantes «clérigos de san Nicolás», tan cultos como rateros. Por Dios, decano, ¿se le ha olvidado que hace sólo tres años un profesor invitado por esta universidad quiso llevarse las cortinas de sus ventanas? Era un hombre culto, pero también estaba poseído por el universal deseo de robar.

—Vamos, Ludlow, ¿no creerá que reconozco semejante deseo universal?

—Decano, respóndame a esta pregunta: ¿nunca ha robado nada en su vida? No, retiro la pregunta; usted ocupa un cargo que lo hace honrado por definición; el decano de una universidad no roba, aunque el hombre que se cubre con la capa de decano tal vez sí. Y no voy a preguntar al hombre, pero usted, señora Skeldergate, ¿no ha robado alguna vez?

—Me gustaría decir que no —dijo la señora Skeldergate con una sonrisa—, pero sí: he robado. Nada importante, desde luego, solamente un libro de la biblioteca de una facultad. He intentado restituirlo... y algo más que eso, pero no puedo negarlo.

—El alma humana es incurablemente rapiñadora —dijo Ludlow—, tanto entre los olivares de la Academia como en cualquier otra parte y es de esperar que los estudiantes, los criados y los profesores sigan hurtando libros y otros bienes y que los depositarios de la confianza ajena la traicionen. Sin corrupción, el mundo sería un lugar extraño en verdad y pésimo para los abogados, por cierto.

—Habla como si creyera en el demonio —dijo el decano.

—El demonio, igual que Dios, no pertenece a la esfera legal, decano. Permítame que le diga una cosa: nunca he visto a Dios, pero he visto asomarse dos veces al demonio en los tribunales, una en el banquillo de los acusados y otra en el estrado del juez.

McVarish y Roberta Burns seguían con lo suyo, discutiendo acaloradamente, uno a cada lado de Lamotte, que no parecía divertirse con la conversación.

—No hable de amor con una zoóloga cuando en realidad se refiere al sexo —dijo la profesora Burns—. Observamos la actividad sexual tal como se desarrolla entre los seres inferiores de la creación, suponiendo que lo sean, y le aseguro que las especies que parecen acusar algún grado de ternura por su pareja se pueden contar con los dedos de las manos. En todos los demás casos, no es más que compulsión.

—¿Y qué hay de la humanidad? —dijo Lamotte—. ¿Está de acuerdo con el terrible Strindberg, cuando dice que el amor es una farsa inventada por la naturaleza para engañar al hombre y la mujer y conseguir así la propagación de la especie?

—No, no estoy de acuerdo —dijo Roberta—. No es una farsa en absoluto. La humanidad se propagó cuanto quiso antes de que la noción de amor apareciera en el mundo; de lo contrario, no estaríamos aquí. Lo que quiero decir es que el amor y el sexo no tienen por qué mezclarse indiscriminadamente. Se ve entre los estudiantes, unos enferman de amor y otros arden de sexo; algunos, las dos cosas a la vez.

—Tuve un alumno que quería ser un demonio con las chicas —dijo Urky— y tomaba no sé qué porquería que le daba un curandero: una sopa de testículos de toro o algo así. En realidad, no le servía de nada, pero él creía que sí, y quizá por eso le hacía efecto, pero no le cuenten a Gyllenborg mi opinión. Por la misma época, otro de mis alumnos soñaba con una bailarina a la que no había tenido ocasión de acercarse, pero el pobre se arruinaba mandándole una orquídea cada vez que actuaba. Tontos los dos, desde luego, pero Roberta, dígame, ¿de verdad quiere separar el amor del apareamiento de toda la vida? ¿No le parece que es propasarse?

—El apareamiento de toda la vida, como lo llama usted, está muy bien en su sitio, pero no lo tome como medida del amor, o me pondré científica con usted y le señalaré que el mejor amante de la naturaleza es el jabalí, desde el punto de vista estadístico; expele ochenta y cinco mil millones de espermatozoides en cada cópula; un caballo semental sólo llega a trece mil, más o menos. De modo que ¿dónde queda el hombre, con su mísero chorrito de ciento veinticinco millones? Pero el hombre conoce el amor, mientras que el jabalí y el semental ni miran a su pareja, una vez concluida la función.

—Me alegro de no tener una formación científica —dijo Lamotte—; la mujer siempre me ha parecido, y me seguirá pareciendo, un milagro de la naturaleza.

—Desde luego —dijo Roberta—, y usted no se da cuenta de hasta qué punto es un milagro. Es usted demasiado espiritual. Mire a una chica espléndida: ¿es un espíritu? Por supuesto, pero además posee un montón de cosas absolutamente electrizantes, absolutamente milagrosas. Míreme a mí, incluso, aunque le advierto que no pretendo exhibir mis atractivos maduros; y sin embargo, mientras estoy aquí, los oídos producen cera, los mocos se me secan, la saliva gorgotea, las lágrimas están preparadas y, después de una cena como ésta, ¡qué milagros se producen por dentro! La bilis y el páncreas trabajando a todo tren, las heces amasándose eficientemente en porciones, los riñones desempeñando su extraordinaria función, la vejiga llenándose y los esfínteres... ¡no se imagina usted cuánto debe a los esfínteres el concepto global

de mujer! El amor da todo eso por supuesto, como un niño goloso que sólo ve la cobertura de una tarta espléndida.

—Me doy por satisfecho con la cobertura —dijo Lamotte—. Pensar en una mujer como una carnicería andante me revuelve el estómago.

—Y hay tanta variedad de coberturas que se le podría dedicar una vida entera de estudio —añadió McVarish—. ¡Y los trucos que llegan a aplicarse las mujeres! Según un peluquero que conozco, ¡piden a la manicura y a la encargada del vello superfluo de su salón que les hagan unas cosas! Depilación del vello púbico en forma de corazón o de dardo y aguantan todos los tratamientos de cera caliente que sean precisos para llegar al resultado deseado. ¡Y luego quieren que se lo tiñan con henna! «¡Hay fuego ahí abajo!», como cantan los marineros; y seguro que lo cantan al contemplar el resultado.

—No tienen por qué preocuparse —dijo Roberta—. La gente tolera lo que sea, con tal de practicar el apareamiento de toda la vida o, mejor dicho, la naturaleza los ayuda amablemente. El coito produce una pérdida considerable de capacidad perceptiva; la vista, el oído, el gusto, el tacto y el olfato se entorpecen, por más que los libros de técnicas sexuales se empeñen en lo contrario. En ese momento, el amante feúcho se vuelve guapo, los capilares rotos y la nariz roja desaparecen prácticamente, los gruñidos no son cómicos, el mal aliento ni se nota. Y eso no es amor, Rene, sino la naturaleza, que acude al rescate del amor. Y el hombre es el único ser que conoce la complejidad emocional del amor: el hombre es también el único ser de toda la naturaleza que convierte el sexo en afición. Permítanme decirles que se trata de un estudio complicado.

—«No amar cual prisioneros de la carne» —dijo Lamotte fingiendo que se tapaba los oídos—. Seguro que ninguno de ustedes sabe continuar el soneto.

Era ya el momento de indicar al decano que nos levantáramos a tomar café y coñac, si alguien quería. Me costó un poco atraer su atención porque la señora Skeldergate, Ludlow y él seguían discutiendo acaloradamente sobre la naturaleza de las universidades.

—Ludlow habla de la universidad como si fuera un pueblo —dijo el decano—, pero no estoy seguro de que esa definición sea correcta.

—Lo cierto es que es una ciudad de jóvenes —dijo la señora Skeldergate.

—Ni remotamente —dijo el decano—. Hay mucha juventud en las universidades, afortunadamente, pero la juventud sola no podría sostener semejante institución. Es una ciudad del saber; el corazón de la universidad es su cuerpo de hombres cultos; la universidad no puede ser mejor que ellos y los jóvenes acuden a calentarse a la hoguera que forman ellos, porque los jóvenes vienen y se van, pero nosotros nos quedamos. Ellos son el minuterero del reloj académico, nosotros, la aguja horaria. Las sociedades inteligentes siempre han preservado a sus sabios en instituciones de una u otra clase, donde su principal función es ser sabios, conservar los frutos de la sabiduría y aumentarlos, si pueden. Claro que siempre hay pedantes y oportunistas

que consiguen colarse, como se nos recuerda a todas horas y, tal como señala Ludlow, también tenemos sinvergüenzas y ladrones: clérigos de san Nicolás, sin duda, pero somos los conservadores y custodios de la civilización y en la actualidad más que nunca, porque no hay aristocracia que se ocupe de esa función. Una ciudad del saber; me gustaría dejarlo así.

Pero no se le permitió dejarlo así, porque en las universidades nadie queda nunca plenamente satisfecho con la definición de otra persona. Habló Deloney.

—No sólo una ciudad, creo yo, más bien, un imperio, tratándose de una universidad grande como ésta; un imperio compuesto a su vez por muchas facultades, que eran independientes en otros tiempos y todavía conservan cierto grado de independencia al amparo de la federación de la propia universidad. El rector es un emperador que preside una multitud de reinos, cada uno de los cuales tiene su gobernador, y los decanos, los directores y demás cargos tienen gran semejanza con los grandes duques y caciques de feudos poderosos, con algún que otro príncipe obispo, como el rector de St. Brendan, o un abad mitrado, como el rector de la Entelequia; todos celosos de sus propios poderes, pero todos vasallos del emperador. Las universidades se crearon en la Edad Media y todavía conservan muchas cosas de entonces, no sólo en los ropajes y símbolos oficiales, sino también en el fondo del corazón.

—Decano, cuando dice «hombres cultos», ¿no cree que debería decir «y mujeres», para evitar injusticias? —dijo la señora Skeldergate.

—Como asesor jurídico del decano, le aseguro que cuando dice «hombres», debe entenderse también «mujeres» —dijo Ludlow.

—Y neutros, para evitar la discriminación y no herir los sentimientos de la comunidad universitaria —añadió el decano, que no estaba totalmente desprovisto de humor.

—¿Tomará café, decano? —dijo, según la fórmula consensuada. El decano se levantó, los comensales se dispersaron y se formaron nuevos grupos en los últimos minutos de la velada.

Arthur Cornish se me acercó.

—No he tenido ocasión de decirle lo mucho que le agradezco lo que ha hecho usted esta tarde —dijo—. Lógicamente, todo el mundo da por supuesto que he heredado muchísimo de mi tío Frank, pero, en la complejidad de un gran negocio familiar, se acaba convirtiendo en algo impersonal y yo quería algún recuerdo de él. Nos parecíamos más de lo que pueda suponer. Se marchó siendo joven y se entregó a sus colecciones de arte; creo que fingía ser menos práctico de lo que era en realidad sólo por huir de la carga de los negocios. Era extraordinariamente astuto para conseguir gangas, ¿sabe? Era capaz de robar una mosca muerta a una araña ciega cuando se trataba de marchantes, pero también trataba con consideración a muchos pintores, de modo que lo uno compensa lo otro, en cierto modo, pero, dígame, ¿cómo sabía que me interesaban los manuscritos musicales?

—Me lo dijo una amiga suya y mía: la señorita Theotoky. Un día, después de clase, estábamos hablando de métodos de notación musical en la alta Edad Media y me lo comentó.

—Sé que se lo dije en cierta ocasión, pero no parecía estar atenta.

—Pues sí. Me contó todo lo que le dijo usted.

—Me alegro de saberlo. Su gusto musical y el mío no se parecen mucho.

—A ella le interesa la música medieval y averiguar cuanto pueda sobre la de épocas anteriores. Es muy misterioso; sabemos que Nerón tocaba cuerdas, pero, ¿qué exactamente? Cuando Jesús y los apóstoles hubieron entonado un himno, se dirigieron al Monte de los Olivos, pero, ¿qué himno cantaron? Si lo oyéramos ahora, ¿nos horrorizaría oír al Salvador de la Humanidad desgañifándose y aullando con voz nasal? Sólo se ha podido recuperar música desde hace unos pocos siglos, sin embargo, muchas veces, la música es la clave del sentimiento. Eso debería interesar a Hollier.

—Quizá Maria esté haciendo el trabajo por Hollier; parece que la tiene muy hipnotizada.

—¿He oído el nombre de Maria? —dijo McVarish uniéndose a nosotros—. Esa maravillosa criatura sale a relucir en todas partes. Por cierto, espero que no le pareciese que la trataba con excesiva familiaridad esta tarde, pero desde el momento en que vi esa pequeña Venus entre los bártulos de su tío, me obsesionó el parecido con ella y ahora que la tengo en casa y la he mirado detenidamente, mayor satisfacción me produce. Siempre estará cerca de mí... atándose la sandalia con inocencia, como si estuviera completamente sola. Si alguna vez quiere rememorarla, Arthur, venga a mi casa. Ella le tiene mucho cariño, ¿sabe?

—¿Por qué lo dice? —preguntó Arthur.

—Porque sé mucho de lo que piensa. Un amigo mío al que usted no conoce, creo —un ser sumamente divertido, de nombre Parlabane—, la conoce íntimamente. Ese ser se desvive por Hollier —se llama a sí mismo *famulus* de Hollier, lo que me parece delicioso— y por eso ve mucho a Maria, porque ella trabaja en la antecámara de Hollier. Tienen grandes charlas y Maria se lo cuenta todo. No directamente, deduzco, pero Parlabane es perro viejo leyendo entre líneas. Y, aunque Hollier es su gran entusiasmo, por supuesto, usted le gusta mucho también. ¿Y a quién no, mi querido muchacho?

Tocó a Arthur levemente en la manga, igual que me había tocado a mí antes, esa misma tarde. Urky toca mucho.

—Pero no se imagine que quiero entrometerme —prosiguió—, aunque Maria asiste a mis clases y se sienta en primera fila, cosa que me da un placer inmenso, porque los alumnos no son decorativos, por lo general, y en cambio las mujeres decorativas me parecen irresistibles. Es que adoro a las mujeres, ¿sabe? Al contrario que Rabelais, pero muy en la línea de sir Thomas Urquhart, creo.

Y se fue a dar las buenas noches al decano.

—¿Sir Thomas Urquhart? —dijo Arthur—. ¡Ah, sí, el traductor! Empiezo a detestar ese nombre.

—Cuando se conoce a Urky, se oye hablar de sir Thomas con frecuencia —dije y luego añadí, con maldad, lo reconozco, pero es que Urky me sacó de quicio—: si lo busca en el diccionario biográfico, descubrirá que hay amplio consenso sobre la locura presuntuosa de sir Thomas.

Arthur no dijo nada, pero guiñó un ojo. Después, fue también a despedirse del decano, y yo me acordé de que, como vicedecano, tenía que pedir un taxi para la señora Skeldergate. Una vez cumplida la misión, me fui rápidamente a mis habitaciones, por encima de la entrada, y anoté en *El nuevo Aubrey* lo que había oído a lo largo de la velada. «De cómo parloteaban entre trago y trago».

III

El nuevo Aubrey empezaba a darme miedo. Lo que había comenzado como un retrato al natural de la vida universitaria iba pareciéndose cada vez más a un diario personal y, además, con revelaciones íntimas de carácter embarazoso. Poca información sobre otras personas y demasiada sobre Simón Darcourt.

No bebo mucho y lo que bebo no me afecta, pero después de la velada, me quedé con la sensación de no estar en mí del todo y el poco vino que había tomado entre las seis y la diez no lo justificaba. Había concluido un día que debería haber sido placentero; un trabajo bien hecho por la mañana, el final del asunto Cornish por la tarde, con la adquisición de dos Beerbohm de primera categoría que nunca se habían publicado y, por tanto, eran aun más míos y cumplían un deseo íntimo muy conocido por los coleccionistas: el de ser el único poseedor. Además, la velada de acogida había ido bien y había agasajado a los albaceas de Cornish a expensas mías. Y aun así, me dominaba la melancolía.

El hombre de formación teológica debería saber qué hacer en esos casos. Un leve tanteo sacó la causa a la luz. Se trataba de Maria.

Era una alumna de primer orden, y una muchacha con gran atractivo personal. Hasta ahí, todo normal, pero me ocupaba el pensamiento excesivamente. Cuando la miraba y la escuchaba en clase, me inquietaba lo que sabía sobre ella y Clement Hollier; me desagradaba pensar que la había poseído en ese condenado sofá desvencijado, pero esas cosas pasan y es inútil darles vueltas... sobre todo porque, en aquel momento, Hollier debía de tener los sentidos embotados, el estado que Roberta Burns había descrito tan vívidamente, pero Hollier pensaba que estaba enamorada de él y eso me perturbaba. ¿Por qué motivo? Desde luego, es una buena académica, y no me parecía una cabeza de chorlito capaz de enamorarse de un hombre por un solo atributo, cuando en todo lo demás era completamente inadecuado para ella. Podía resultar atractivo a quien gustara de los hombres curtidos y pesimistas con aire obsesivo o víctimas, quizá, de la acidez de estómago, pero, aparte de su erudición, Hollier era un asno manifiesto.

No, Darcourt, eso no es justo. Ese hombre tiene sentimientos profundos; mira lo fiel que es a ese lamentable caso perdido de John Parlabane.

¡Maldito Parlabane! Había ido a McVarish con chismorreos sobre Maria y, cuando Urky dijo «leer entre líneas», se refería claramente a que habían estado haciendo conjeturas de las que hacen los hombres desagradables sobre las mujeres sin la menor justificación.

¡Y que le gustaba Arthur Cornish! No, «que le gustaba mucho», había dicho. Otra exageración, pero, ¿de verdad exageraba? ¿Por qué había sacado a Arthur Cornish a relucir en la conversación conmigo, cuando el tema era la notación musical medieval? En relación con algo sobre la colección del tío de Arthur, pero, ¿venía a cuento? Sé perfectamente que los enamorados sacan a relucir el nombre de su amor

en todas las conversaciones sólo por pronunciar la palabra mágica, por saborearla en la lengua.

Tu problema, Darcourt, es que estás dejándote llevar por la obsesión con esa muchacha.

Más tumulto interior, al que quise imponer alguna restricción teológica de las que he aprendido como método de examen de conciencia.

Lo que te pasa, Darcourt, es que te estás enamorando de Maria Magdalena Theotoky. ¡Qué nombre! María Magdalena, la mujer de los siete demonios y Theotoky, la divina concepción de María. Es cierto que hay nombres extraordinarios, pero, ¡qué contradictorio! Era la contradicción lo que me atribulaba.

¡Cabeza de alcornoque! ¡Zopenco! ¡Eres más metepatas que decirlo tres veces!

¿A qué extremos puede arrastrar el absurdo a un hombre supuestamente cuerdo? Tú, un sacerdote maduro y fornido... «pero no sacerdote de una iglesia que prohíba el matrimonio a sus clérigos, recuerda que...», ¡a callar! ¿Quién ha hablado de matrimonio? «Piensas en ello, y unir amor y matrimonio te señala para siempre como burgués, como un ser del pasado, además...», recupera el hilo del asunto. ¿A qué extremos puede arrastrar el absurdo a un hombre supuestamente cuerdo? Tienes una carrera lograda, un estilo de vida cómodo... «pero solitario»... ¿quién te arreglará la almohada en tu lecho de muerte? «¿Crees en serio que ese ser magnífico vaya a ayudarte a pasar el amargo trago hasta la tumba?». ¿A qué extremos puede arrastrar lo absurdo a un hombre supuestamente cuerdo? ¿Qué puedes ofrecerle? Entrega. «Bah, eso se lo pueden dar montones de hombres: guapos, jóvenes y ricos como Arthur Cornish». Seguro que él la ama; ¿no te acuerdas de lo mal que le han sentado las alusiones de Urky a ella esta tarde y nuevamente no hace ni una hora? ¿Qué posibilidades tienes frente a él? ¿O frente al atractivo Clem? Estás chiflado, Darcourt.

Claro que siempre podría amarla sin esperanza. Es un caso frecuente en la historia de todos los tiempos. Desde los tiempos a los que se refiere Roberta Burns, cuando nuestros peludos antepasados dejaron de morder a las mujeres y arrojarles los huesos al final de sus banquetes de carne cruda. Es mucho el amor sin esperanza que ha entristecido a la humanidad, desde que el idealismo y la afición al sexo se convirtieron en aspectos diferentes del mismo ser caprichoso.

Yo era idealista, sin duda, pero ¿aficionado al sexo? No carezco de experiencia totalmente; sin embargo, hace ya algún tiempo que... y la verdad, no puedo decir que lo haya echado mucho de menos, pero Maria es joven y está en la flor de la belleza. Adorarla y darle conversación entretenida no sería suficiente para ella.

¡Ay, Dios! ¿Cómo me he metido en este lío?

IV

Y sin embargo, ahí estaba. Completamente enamorado de una de mis alumnas, una situación en la que el profesor sólo puede ser un truhán o un insensato. En las semanas siguientes, hice lo que pude. Sólo me dirigía a Maria en clase; evaluaba sus trabajos con exceso de escrúpulo, pero como eran admirables, no se notaba la diferencia. Tomé la determinación de poner el desvarío en conserva.

Así pues, fue un bofetón para mi propósito, pero un incendio en mi corazón, cuando Maria se quedó un momento después de la última clase antes de Navidad y me dijo tímidamente:

—Profesor Darcourt, ¿habría alguna posibilidad de que viniera usted a comer a casa de mi madre el 26 de diciembre? Nos alegraría mucho que aceptara.

¡Albricias! ¡¡Albricias!! ¡¡¡Albricias!!!

El segundo paraíso V

I

Parlabane era ya parte integrante de mi vida; lo acepté sin alborozo pero con filosofía, si se me permite usar esta palabra. Lo digo porque, al profundizar en la relación con él, quedaba claro que no se podía usar la palabra filosofía a la ligera. Y es que era su disciplina académica; él era un filósofo profesional —a diferencia de muchos que, en comparación con él, se convertían en botarates indisciplinados tan pronto como entraban en discusión sobre las grandes cuestiones— pero si se me permite decir «filosofía» para referirme simplemente a la resignación forzosa ante lo inevitable, he de decir que acepté con filosofía su presencia en las habitaciones de Hollier, durante una o dos horas y casi a diario.

Abandonó la actitud entre servil y despectiva que había adoptado como complemento del hábito de monje. Dejó de ser el fraile mendicante que se reía en secreto de quienes le daban limosna, pero seguía tejiendo; llevaba la labor en una bolsa de supermercado, de papel marrón, junto con unos cuantos libros y algo que parecía una toalla sucia. Al recordar ahora lo que decía, oigo otra vez el tintineo de las agujas acompañando cada una de sus palabras. Daba clases de Filosofía en lo que antes se llamaba Cursos de Ampliación —ahora, Formación Permanente— en horario nocturno, a estudiantes que iban sacándose el título poco a poco, por secciones.

Me da miedo pensar qué enseñanzas les impartiría, porque los comentarios que dejaba caer de vez en cuando me helaban hasta el tuétano.

—Soy uno de los poquísimos filósofos escépticos genuinos que quedan en el mundo, Molly. Sí, claro, hay gente que enseña escepticismo, pero en su forma de vida demuestran no creer en sus propias enseñanzas. Aman a su familia, hacen donativos a las fundaciones contra el cáncer y escuchan con tolerancia las chorradas que se dicen en casi todas las conversaciones sobre política, sociedad, cultura o lo que sea, incluso en la universidad y, a veces, hasta les dan la razón.

»Por el contrario, el escéptico auténtico vive en una atmósfera constante de duda cuidadosamente equilibrada sobre todas las cosas; no acepta que haya base satisfactoria de ninguna clase para dar su conformidad a ninguna declaración o proposición. Naturalmente, si cualquier bobo le dice qué buen día hace, lo más fácil es que se limite a asentir sin palabras, porque no tiene tiempo para discutir el significado de la palabra “bueno” con él, pero se reserva la opinión en lo tocante a todas las cuestiones de enjundia.

—¿No reconoce que algunas cosas son buenas y otras malas? ¿O deseables y no deseables?

—De esas decisiones se ocupa la ética, mientras que el objetivo del escéptico, es bajar los humos a toda pretensión de autoridad en materia de ética; esa clase de juicio al que se refiere usted es pretencioso, porque se fundamenta en una especie de metafísica. La metafísica es charlatanería, aunque fascinante muchas veces, lo reconozco. El escepticismo se esfuerza por colaborar en la autodestrucción de todo lo

metafísico: para que se ahorque con su propia liga, por así decir.

—Pero, entonces, ¿nos quedamos en el aire!

—No del todo. Nos quedamos con el cauteloso reconocimiento de que es posible afirmar la contradicción de cualquier proposición general sin que sea menos digna de crédito que la proposición misma.

—¡Oh, vamos, Parlabane! Hace sólo unos días, andaba pavoneándose por aquí disfrazado de monje. ¿No tenía entonces creencias religiosas? ¿No era más que una farsa cínica?

—De ningún modo. Asume usted de la forma más vulgar que el escepticismo y el cinismo están relacionados. El cinismo es una bagatela y el cínico suele ser un cascarrabias sentimental. El escéptico puede aceptar el cristianismo, o quizá cualquier otra fe intelectualmente respetable, porque duda de que la pura razón humana sea capaz de explicar o justificar nada, pero el cristianismo nos enseña que lo que trajo la duda al mundo fue el pecado original. La verdad se encuentra más allá de este mundo de duda y dolor y la fe señala el camino hacia ella, porque se basa en la existencia de algo superior al conocimiento y la experiencia humanos. El escepticismo es de este mundo, querida mía, pero Dios no.

—¡Ay, Dios!

—Exactamente. Por tanto, la fe no me impide ser escéptico en todas las cosas del mundo. Sin Dios, el escéptico se encuentra en el vacío, y la duda, que es la coronación de sus logros, es al mismo tiempo su tragedia. La tragedia del hombre sin Dios es tan amarga que no soporto pensar en ella más de uno o dos minutos seguidos. El pecado original fue un desastre mucho mayor de lo que la mayoría está dispuesta a afrontar.

—¿Nada es indudable, sino Dios?

—Cinco palabras. Permítame quinientas mil y se lo explicaré más convincentemente que un resumen del *Reader's Digest*.

—No se moleste. No me ha convencido.

—Queridísima Molly, aunque no soy amigo suyo de toda la vida, espero ser amigo, al menos, conque permítame hablarle con franqueza: nada más lejos de mi intención que pretender convencerla de algo. Por su inteligencia, su edad, su estado de salud y el sexo al que pertenece —aunque el sexo es un factor que ahora, por moda, no se tiene en cuenta en el debate intelectual—, es muy improbable que logre convencerla en ningún caso de la posibilidad real de las conclusiones que he tardado más de treinta años en sacar, por mi propia cuenta y a costa de gran angustia mental. No tengo el menor interés en convertirla al escepticismo. No tengo el menor interés en convertir a nadie, pero esta universidad me paga, miserablemente, eso sí, por contar lo que creo que es verdad a un curioso surtido de estudiantes, y eso es lo que hago.

—Pero, ¿y si los destruye? ¿Si se quedan sin verdad, sin certidumbre de ninguna clase?

—Pues mala suerte. No lo pasarán peor que otros tantos millones que han sido destruidos por oficios mucho menos elegantes que mi enseñanza filosófica. Por supuesto, les digo lo que acabo de decirle a usted: cuando la razón humana se niega a aceptar más vasallaje que el suyo propio, la vida se convierte en tragedia. Dios es el factor que elimina la tragedia, pero muchos de mis alumnos se refugian en la filosofía para alejarse de Dios: un Dios mísero, inventado por sus padres, generalmente. Como tantos aspirantes a intelectual, tienen una mentalidad trivial y se entusiasman con la tragedia y la complejidad.

Parlabane podía ser así, pero también podía, que yo supiera, ser al menos de otro modo muy distinto del engullidor de pasta italiana y vino peleón que decía marranadas en el Rude Plenty, y del sablista que pedía dinero prácticamente todas las semanas. Y tampoco me refiero en absoluto al filósofo escéptico.

—No pensaré que puedo vivir siempre en esas vertiginosas alturas intelectuales, ¿verdad, Molly? Sería el impostor más incalificable, y muchos filósofos han terminado mal por eso. Por ejemplo, ese altruista romántico llamado Nietzsche. Nunca rompió las cadenas. Como es lógico, creía implícitamente en sus disparates, mientras que yo, como escéptico que soy, me comprometo a descreer de todo, incluidas mis más preciadas ideas filosóficas. Nietzsche dijo en una ocasión que no podía haber dioses, porque no soportaría que los hubiera sin serlo él, que equivale a decir que nada que no coloque a Friedrich Nietzsche en la copa del árbol es verdad. Yo no soy así; reconozco que el árbol tiene una parte alta y una baja, raíces y copa. Es decir, lo reconozco por razones prácticas, porque nunca he visto ni oído hablar de un árbol que no encaje en esa descripción.

»He dedicado tiempo a pensar en los árboles; me gustan. Hablan con elocuencia del equilibrio en la duda, que es la actitud del escéptico, como ya le he dicho. No hay copa espléndida de árbol sin raíces fuertes que trabajen en la oscuridad extrayendo el alimento entre las piedras, del suelo, de las aguas ocultas y de todos los bichitos subterráneos. El hombre es así; su esplendor y su fruto están a la vista, y con ello se granjea amor y admiración, pero, ¿qué hay de las raíces?

»¿Ha visto alguna vez una excavadora removiendo la tierra? Avanza hacia un árbol grande, lo empuja, lo golpea sin descanso hasta que lo tira y lo aparta; todo ese esfuerzo va acompañado del sufrimiento y los crujidos del árbol, mientras le arrancan las raíces de la tierra. Es una muerte particularmente angustiada y, cuando el árbol ha caído, se ve que la raíz era tan grande como la copa.

»¿Cuál es la raíz del hombre? Todo cuanto alimenta su parte visible, pero la raíz más profunda, la raíz principal, es el niño que fue, del que le hablé cuando la entretuve contándole mi vida. Ésa es la raíz más profunda, porque se hunde hacia abajo, hacia los antepasados.

»Los antepasados: ¡suenan grandioso! Pero la raíz no vuelve a esas caras estiradas y con peluca blanca cuyos retratos se exhiben con tanto orgullo, sino a nuestras profundidades ocultas, es decir, a la turbia materia vital de la que se alimentan la

verdadera creación y el verdadero logro. La raíz se asemeja mucho más a una gran placenta que a los árboles genealógicos que son todo ramas.

—Habla como Ozias Froats.

—¿Desollazurullos? ¿Lo conoce? Me gustaría mucho que me lo presentase.

—Ni lo sueñe, si piensa llamarlo Desollazurullos. A mí me parece un mago paracelsino; tiene una visión de las cosas mucho más amplia que cualquiera de nosotros —excepto el profesor Hollier, quizá—. La verdad se encuentra en lo oculto y lo no reconocido.

—Sí, en la mierda, pero, según él, ¿qué es lo que se oculta en la mierda?

—No lo dice ni creo que yo lo entendiera si lo dijese, pero pienso que se trata de una impronta individual, que tal vez registre cambios significativos según el estado de salud física y mental; una nueva medida de... no sé bien de qué, de algo parecido a la personalidad y la individualidad..., pero me estoy aventurando mucho.

—Ya, no es su terreno.

—Pero si tiene razón, será terreno de todos, porque todo el mundo podrá avanzar mucho más gracias al descubrimiento de Ozias Froats.

—Bien, le deseo suerte, pero, como escéptico que soy, dudo de la ciencia como de todo lo demás, a menos que el científico sea escéptico a su vez, y pocos lo son. El tufo del formaldehído puede ser un estimulante tan potente del entendimiento idólatra natural como el del incienso.

Empezaba a reconocer en Parlabane a un ente de mucha mayor enjundia que la carga pesada que me parecía al principio. Iba envuelto en su propia atmósfera donde quiera que fuese y, al cabo de cinco minutos de sentarse en el viejo sofá de Hollier, dominaba totalmente el tono de la habitación. Sería una tontería decir que creaba un efecto hipnótico, pero restrictivo sí que lo era; en su presencia, me inclinaba a darle la razón, pero en cuanto se marchaba, me daba cuenta de que le había dejado pasar muchas cosas como si estuviera de acuerdo, cuando en realidad no era así. Era esa dualidad suya: cuando era filósofo, tenía que salirse con la suya, porque podía abrumarme con sus argumentos en cualquier momento y, cuando era el otro hombre, el que hablaba de las raíces del árbol de la identidad, era tan extravagante e ingenioso que no podía seguirlo.

Su apariencia externa iba de mal en peor. Cuando se vestía de monje, resultaba raro en el ambiente canadiense —incluso en el de la Entelequia—, pero ahora parecía un vagabundo siniestro. El traje que le habían dado era gris de buen paño inglés, pero no le quedaba bien desde el principio y, ahora, era un desastre salpicado de manchas de comida y que le hacía bolsas por todas partes. Los pantalones le quedaban muy largos, pero ya no soportaba los tirantes y, a modo de cinturón, se ponía algo que parecía una corbata vieja; de todos modos, arrastraba los bajos, sucios y deshilachados. Siempre llevaba la camisa sucia y se me ocurrió que quizá el escéptico avanzado considerase la limpieza normal una banalidad. Oía mal: no era sólo la ropa sucia, sino también un hedor vivo y fuerte. Cuando llegó el frío, Hollier le dio un

abrigo suyo, bastante raído ya; era el que yo llamaba «abrigo de animal», porque tenía el cuello y los puños de no sé qué pieles, apelmazadas y desgastadas por el uso; lo acompañaba un gorro de piel que le quedaba grande, parecía una peluca descuidada; cuando se lo ponía, el pelo, descuidado también, le caía por detrás sobre el cuello.

Un vagabundo, desde luego, pero muy distinto de los que deambulaban por el campus con la esperanza de sacar un dólar a algún profesor bondadoso, hombres destrozados en cuyos ojos no brillaba la inteligencia, sino la confusión y la desesperación. Parlabane, por el contrario, tenía un aire de importancia; la cara, emborronada de cicatrices, era impresionante y, tras sus gruesas gafas, flotaba una mirada paralizante.

Su actitud para conmigo era tal como Hollier había predicho. No podía dejarme en paz y, aunque aparentemente me consideraba una hembra boba que se divertía estudiando un doctorado en la universidad (no cabe pensar que esta afirmación contenga una contradicción; los bobos pueden ser doctores), era evidente que quería estar cerca de mí, hablar conmigo, engatusarme intelectualmente. Eso no era una novedad para mí; en las universidades, siempre hay algún «importunador de mujeres», o «acosador» o como esté de moda decir ahora, pero abundan mucho más los vapuleadores y sobones intelectuales que ni siquiera se dan cuenta de que lo que hacen tiene connotaciones sexuales. Parlabane era distinto; él seducía intelectualmente pero en mayor escala y de una forma inmensamente más divertida que el ejemplar medio de académico. Desde luego, no me gustaba, pero era divertido jugar con él en ese nivel. La tensión sexual no siempre es física y, aunque Parlabane difícilmente podía seducir, ni siquiera en el plano intelectual, yo veía claramente que con aquel cosquilleo sostenido lo que quería era provocarme un orgasmo mental.

Finales de noviembre puede ser una época romántica en Canadá; los árboles desnudos, el aire helado y los remolinos de viento, la luz espectral que a veces dura todo el día y de pronto se hunde, poco después de las cuatro, en una oscuridad de acero, me inspiran pensamientos góticos. En la Entelequia, tan gótica arquitectónicamente, la tentación de perderse en fantasías nórdicas era fuerte, y de pronto, en ese estado de ánimo, me pregunté si no estaría trabajando ante la mirada del mismísimo doctor Fausto, porque Hollier tenía la fuerza de Fausto y una gran similitud con su apariencia indagadora, pero, claro, no hay Fausto sin Mefistófeles, y ahí estaba Parlabane, tan resbaladizo de verbo, tan divertido y a veces tan temible como el mismísimo demonio. Es cierto que, en la obra de Goethe, el diablo se presenta muy bien vestido de académico viajero; Parlabane estaba en el extremo opuesto de la escala, pero por el dominio que ejercía en toda conversación conmigo y por su facilidad para hacer que lo peor pareciera lo mejor en cualquier circunstancia, cumplía aceptablemente el papel de Mefistófeles.

No quiero saber nada de la mujer que en algún momento de su vida no quiere probar un trato con el diablo. No soy una pueblerina simplona, como la pobre

Gretchen que el diablo mandó a Fausto para su disfrute; soy dueña de mí misma y, aunque mis deseos se hicieran realidad y Hollier se me declarase y me propusiera matrimonio o un amorío, no creo que me absorbiera. Sé que es osado decirlo, porque mujeres mejores que yo han sido devoradas por el amor, pero procuraría conservar algo de mí para mí, aunque sólo fuera por tener siempre algo más que ofrecer. En el amor no quiero jugar al típico juego del sometimiento, pero tampoco quiero saber nada del ultramoderno «puede que sí, puede que no, pero ándate con cuidado»; la hija de Tadeusz y chica medio gitana no tenía tiempo para andarse con subterfugios tan enclenques y amargos. Parlabane quería seducirme intelectualmente, ponerme boca arriba contra el suelo y dejarme desgredada y boqueando a fuerza de palabras. Me propuse probar suerte, a ver si podía dislocarlo yo a él.

—Hermano John —le dije una tarde de noviembre, cuando la luz de la habitación de Hollier empezaba a desaparecer—. Le propongo una taza de té y una pregunta que responder. Me ha hablado del escepticismo en filosofía y de Dios como única salida de un mundo trágicamente asolado por la ambigüedad, pero yo me paso el tiempo trabajando con obras de hombres que pensaban de otra manera y me parecen muy convincentes. Me refiero a Cornelio Agrippa, Paracelso y mi querido François Rabelais.

—Luteranos rabiosos, los tres —dijo Parlabane.

—Heréticos probablemente, pero luteranos no —dije—. ¿Cómo podrían espíritus tan elevados estar de acuerdo con quien afirmaba que la sociedad es una prisión llena de pecadores en la que se debe mantener el orden por la fuerza? Ya ve, también conozco un poco a Lutero, pero no me desvíe del tema. Quiero hablar de Rabelais, quien dijo que el ser humano libre encuentra su regla de conducta en su propio sentido del honor...

—Un momento; no dijo «el ser humano libre», dijo «los hombres»: «los hombres libres, de buena cuna, bien alimentados y que se procuran compañía honrada».

—No me lo cite traducido; lo conozco en francés: «gens libres, bien nés, bien instruits, conversant en compagnies honnêtes», y si puede demostrarme que «gens» significa «sólo hombres», lo escucharé de mil amores. Le recuerdo que significa «personas». Usted tiene la típica idea de que Rabelais detestaba a las mujeres porque sólo ha leído la flatulenta versión de sir Thomas Urquhart...

—Casualmente, la he releído hace poco porque Urquhart McVarish me ha prestado un ejemplar...

—Yo puedo prestárselo en francés y así descubrirá que, cuando Rabelais expone un plan de comunidad ideal —que casi podríamos llamar universidad—, cuenta con muchas mujeres.

—Para el asueto, se supone.

—No suponga tanto. Léalo... en francés.

—Molly, se está volviendo una académica cutre y despreciable.

—Los insultos me resbalan. Ahora, responda a mi pregunta: ¿el sentido del honor

es regla de conducta suficiente?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser superior al hombre —ni a la mujer, si nos ponemos puntillosos— que la posea. Además, el honor de un necio, un pigmeo de espíritu, un reaccionario racista, un conservador ilustrado o un demócrata convencido no tienen nada que ver entre sí y cualquiera de ellos, en las debidas circunstancias, podrían mandarla a la hoguera, suspenderle el sueldo o, simplemente, abandonarla a su suerte. El honor tiene limitaciones personales. Dios, no.

—Bien, pues preferiría ser François Rabelais que un escéptico congelado de los suyos, que se aferran a Dios como a un clavo ardiendo.

—De acuerdo; sea usted lo que guste. Es usted una romántica; Rabelais era un romántico. Los disparates de Rabelais casan con los de usted. Si la mentira del honor como guía de conducta única y suficiente le parece bien, conforme. Terminará como esos ingleses idiotas que se regían por las más estrictas reglas de la corrección.

—Vamos, Parlabane, eso son sutilezas nimias y maltrato intelectual. ¿No hace concesiones a la calidad de vida? ¿Acaso las creencias de un hombre no revelan lo que hacen de él? ¿No preferiría vivir noblemente como François Rabelais que paralizado en el intenso frío del escepticismo preguntándose cuándo abrirá Dios la puerta del congelador, si es que piensa abrirla, para sacarlo a descongelar?

—Rabelais no vivió noblemente. Se pasó casi toda la vida huyendo de gente con mayor capacidad de razonamiento que él.

—Era un gran escritor, prolífico y variado, un hombre abierto y cordial.

—Romanticismo, puro romanticismo. Aduce usted opiniones críticas como si fueran hechos demostrados.

—De acuerdo, usted gana en el juego intelectual, pero no me ha hecho cambiar de opinión, conque no reconozco que me haya vencido en el juego auténtico.

—¿Que es...?

—Hombre, mírese a usted y míreme a mí. A mí me satisface hacer lo que hago, pero jamás le he oído decir algo agradable o positivo sobre las cosas que ha hecho usted, a excepción de un solo amorío que terminó mal. Por lo tanto, ¿cuál de los dos gana?

—Qué idiota es usted, Molly. Idiota y preciosa, y cotorrea sobre sus idioteces con una voz tan adorable y con ese leve acento extranjero, que un joven heterosexual como Arthur Cornish podría tomarla por una auténtica Aspasia de oro de ley.

Es que lo soy o, en cualquier caso, puedo serlo. Usted insiste mucho en mi condición femenina, pero no tiene ni idea de lo que es la mujer. Tiene una mentalidad masculina y bastante aceptable, supongo, aunque incapaz de dar vida a algo. En cambio, la mía es femenina, y mientras que la suya se deleita en distinciones sutiles, pero es monocroma, la mía presenta colores que avergonzarían al espectro solar. No puedo ganarlo en su juego, pero no creo que tenga la menor noción de cuál es el mío.

—Bien formulado, pero permítame señalar que, por el momento, su juego es el romanticismo... no en sentido despectivo, ¿eh?, sino en el de gran difusión, profusión y...

—Confusión, no se corte, pero sólo si le permito establecer las reglas a usted.

—Por favor, déjeme terminar. Ya le he dicho que la copa de mi árbol es un escepticismo del que sólo se salva el misterio de Dios, a la vez, pero tengo una raíz que alimenta la copa y, como suele suceder, es su contraria: la copa invertida que vive en la oscuridad, en vez de en la luz, que profundiza en la tierra en vez de crecer hacia la altura. Y mi raíz es romántica, Molly, y usted y yo podemos encontrarnos en el reino de la fantasía y pasárnoslo muy bien juntos. ¿Por qué cree que estoy escribiendo una novela? Los escépticos no escriben novelas.

—Pues, por lo que sé de usted, hermano John, no me imagino por qué está escribiendo una novela. Es hablador, pero no imaginativo, creo yo; no es un creador, ni un bardo ni un narrador de maravillas. No conozco a ningún novelista, pero no me parece usted candidato apropiado para ese oficio.

—Mi vida ha sido una novela. Mi novela es mi vida, ligeramente disfrazada, pero no mucho. No necesito imaginación: tengo un tesoro de hechos. Escribo sobre mí y sobre todas las personas que he conocido y que han sido importantes para mí, y sobre mis ideas y su evolución y no me avergüenza decirle que, cuando la novela salga a la luz, algunas de las caras que me he encontrado por el camino enrojecerán. No escribo para justificarme, sino para dejar constancia de una aventura espiritual de excepción, y que los lectores juzguen por sí mismos, como sin duda harán.

—¿Va a dejarme leerla?

—Cuando se publique, es posible que le regale un ejemplar. El manuscrito no lo va a leer. Eso sólo se lo consiento a uno o dos amigos de cuyo criterio me fío, pero usted, con la afición que le tiene a Rabelais, no cumple los requisitos. Va a ser un libro muy serio.

—Gracias por sus amables palabras.

—Entre tanto, puede serme de grandísima ayuda. La gente no suele pensar en ello, pero escribir cuesta bastante dinero al escritor, mientras lo hace. ¿Ve alguna posibilidad de prestarme cincuenta dólares hasta dentro de unos días?

—Según mi libreta, me debe ya doscientos sesenta y cinco. Qué metódico es, hermano John, las cantidades que pide siempre son múltiplos de cinco. ¿Por qué cree que puedo seguir haciéndole préstamos con esta frecuencia?

—Es que usted tiene dinero, querida niña, mucho más que la mayoría de los estudiantes.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Soy observador. Cuando se posee dinero, es difícil ocultarlo, pero usted tiene mucho... ¿Quién se lo da? ¿Acaso... Hollier?

—¡Fuera de aquí!

Nada, como quien oye llover; pero no soy tonta, no iba a liarme a empujones con

un tipo musculoso como Parlabane, porque a pesar del horrible traje, parecía extraordinariamente fuerte. Se quedó sentado en el sofá sonriendo, yo me volví impasiblemente a mi trabajo y procuré olvidarme de él.

¿Por qué había dicho eso? Seguro que Hollier no le había contado nada de nuestro único encuentro —y absurdo y gratuito, me parecía ahora— en aquel dichoso sofá, ¿verdad? No, no era propio de él, ni siquiera por cuenta de esa horrible complicidad y lealtad que se da entre hombres, en lo tocante a mujeres.

Sabía que me estaba ruborizando, un síntoma que no he logrado controlar. ¿Por qué? Por rabia, supongo. Me puse a escribir y a revolver entre los papeles, cada vez más consciente de la mirada hipnótica de Parlabane; le oía canturrear, con voz muy grave y sorprendentemente tierna, la canción que más detesto del mundo: aquella con la que me atormentaban las niñas en el colegio desde el momento en que lograron sonsacar algún dato sobre mi familia:

Duerme, gitanilla de mi amor,
tórtola bravía de los bosques.
¿Oyes la dulce melodía
que te canta mi corazón?

No pude más. Apoyé la cabeza en la mesa y me eché a llorar. ¡Qué sucio jugaba Parlabane!

—¡Eh, Maria! ¿Se encuentra mal? ¿Es que la cancioncilla le toca una fibra sensible que preferiría no tocar? Vamos, vamos, corazoncito, no llore así. Supongo que se preguntará cómo lo he averiguado. Pura intuición, querida mía. La tengo, ya ve, y muy fuerte. Forma parte de mi raíz, no de mi copa. Descubro toda clase de cosas, las huelo con sólo mirar, escuchar y dejar que la raíz alimente la copa. Si prefiere que no hable de ello, descuide que no hablaré, aunque, como seguramente ya sabrá, despierta usted curiosidad en mucha gente, porque es muy bonita y deseable para quienes desean a las mujeres. Me atormentan con preguntas sobre usted porque creen que, sabiendo algo, están más cerca de poseerla. A veces me resulta muy difícil resistirme.

Y consiguió los cincuenta dólares. Se metió el billete en un bolsillo interior y se levantó. Desde la puerta volvió a hablar.

—No suponga que la creo capaz de una cosa tan estúpida y baja como el deseo de ocultar su sangre gitana, mi muy queridísima Molly. No se me ocurren ideas tan groseras. Creo que pretende suprimirla porque es lo opuesto a lo que quiere ser: una mujer moderna, culta, un ser plenamente integrado en esta época y esta civilización, un tanto enclenque y amarga. No pretende ocultarla, pretende arrancársela de cuajo, pero no puede, y lo sabe. Un consejo, querida mía: deje que la raíz le alimente la copa.

II

Qué fácil era para Parlabane aconsejarme que aceptara mi raíz. No podía saber ni le habría importado lo cara que me estaba saliendo la raíz en casa, que yo no podía aceptar como cueva secreta de sentimiento y sabiduría heredada, sino que era una madriguera de duplicidad y delincuencia al estilo gitano. Una vez más, *mamusia* estaba preparando a Yerko para una incursión pirata en la inocente y crédula ciudad de Nueva York.

Tenían allí lo que suele llamarse un contacto, uno de los comerciantes de instrumentos de cuerda mejor considerados de la ciudad, dueño, además, de una tienda en París con la que los Laoutaro habían tenido mucho trato. A ese famoso comerciante acudían en busca de asesoramiento no sólo algunos de los mejores instrumentistas de cuerda del mundo, sino también un ejército de gente menos famosa pero muy reconocida —violinistas de orquestas de primera fila y sus colegas de la viola, el violonchelo y el contrabajo, que necesitaban un instrumento nuevo para sí o para sus alumnos de vez en cuando—, y todos daban su palabra por buena.

No puedo decir su nombre porque sería traicionar un secreto que no es mío, y no insinúo que el comerciante fuera un estafador, pero la oferta de instrumentos de calidad es limitada; en los siglos XVIII y XIX no proliferaban los grandes *luthiers* y, a pesar de que existen unos millares de violines de primer orden, son muchos más los que sólo lo parecen, o casi, y que proceden de talleres como el de *mamusia* y Yerko. De modo que el comerciante puede decir al cliente: «Si le parece que este Nicolás Lupot se le escapa un poco del presupuesto que tenía pensado para un instrumento de recambio, tengo aquí uno auténtico de la Escuela Mirecourt, pero, como lamentablemente, nos falta el informe completo sobre sus dueños anteriores, consideramos que no sería de ley pedir tanto por él. Es probable que llevara una generación en manos de algún aficionado rico. Es una preciosidad... y una ganga». A continuación, el violinista lo probaba, normalmente se lo quedaba durante un periodo de prueba para hacerse con él y, finalmente, lo compraba.

Eso no significa que no fuera un buen instrumento ni que algunos de sus componentes no procedieran de Mirecourt, pero es posible que la voluta —esa parte del violín tan bonita, sugerente y poco importante— la hubiera tallado Yerko dieciocho meses antes y que el fondo, e incluso la tapa, los hubiera recortado *mamusia* amorosamente de la preciosa madera de abeto blanco, o tal vez de sicómoro, que compra a los fabricantes de pianos. Los arcos inferiores habrían salido de sus manos casi con toda certeza, por muy auténtico que fuera todo lo demás. Y todos los violines, violas y chelos del sótano del ciento veinte de Walnut Street de la ciudad de Toronto han sido rebarnizados con capas y capas de una sustancia secreta de los Laoutaro, preparada al auténtico estilo tradicional con una mezcla de bálsamos y ámbar fosilizado, ingredientes caros y difíciles de encontrar, pero *mamusia* y Yerko

no eran sinvergüenzas por suministrar mercancía barata a precios altos, no; cuando un instrumento salía por fin del *bomarí* era un instrumento de calidad, construido con piezas de otros que habían quedado inservibles, y por tanto se compraban baratos, y rematado con las partes nuevas que fuera necesario añadir. Maravillas del ingenio, pero no exactamente lo que parecían.

Mamusia y Yerko vendían encanto: el encanto de lo antiguo. Hoy en día, hay fabricantes de violines que viven en sitios sin encanto, como Chicago, y fabrican instrumentos musicales excelentes, de tanta calidad en lo físico como las obras de los grandes *luthiers* del pasado. Lo que les falta a esos instrumentos es el encanto de la edad. Y, aunque muchos violinistas son cínicos y otros son poco más que artesanos sindicados, sin más genio artístico que el necesario para conservar un puesto en la última fila de una modesta sinfónica de pueblo, son sensibles al encanto de la antigüedad. Yerko y *mamusia* les proporcionaban encanto y antigüedad que el gran comerciante cobraba sustanciosamente, porque también entendía el artificioso valor de mercado de las antigüedades.

¿Por qué me preocupaba a mí? Porque había pasado por el aprendizaje en el arduo negocio del saber, que pone el grito en el cielo sólo de pensar en la falsificación y condena al hombre que pretende, por ejemplo, demostrar la existencia de un original de Shakespeare que nadie ha podido encontrar. Cuando una cosa no puede defenderse desde todos los aspectos posibles, se hace sospechosa y probablemente no tenga ningún valor. ¿Hipocresía puritana? Pues no, pero es irreconciliable con imposturas encantadoras como los instrumentos, buenos y ambiguos, que salían de nuestro sótano, por artísticos que fueran.

Para esos viajes, Yerko convocaba al Cuarteto de Cuerda Kodaly, como lo llamaba él; los otros tres eran músicos en apuros económicos o morales que se alegraban de viajar gratis con él a Nueva York en una camioneta cargada con unos diez instrumentos para el comerciante; después, Yerko volvía a Canadá por otra ruta, sin el cuarteto pero con un buen cargamento de basura —instrumentos rotos o despedazados— en la trasera del vehículo. Yerko, tan grande, tan moreno, con el pelo tan largo y su aire melancólico, encajaba en la idea que los funcionarios de aduanas tenían de los músicos. Uno de los preparativos del viaje consistía en conseguir que Yerko no bebiera para que pudiese conducir y hacer tratos sin que le ocurriera una desgracia, además de convencerlo de que si iba a la casa de apuestas y arriesgaba dinero, *mamusia* lo averiguaría y le ajustaría las cuentas. Le hacían el pago en metálico, por eso volvía de Nueva York con fajos de billetes en el forro de su amplio abrigo negro de músico. Según la lógica de Yerko y de mi madre, mi tío tenía una pinta de músico tan descarada y ridícula que no despertaría sospechas de ninguna clase.

Era el ingrediente principal de su negocio. El trabajo honrado y sin tacha que hacían para otros músicos de primera fila no era tan lucrativo, pero los halagaba en tanto que *luthiers* y les proporcionaba muy buena reputación entre los proveedores de

encanto y violines buenos de las orquestas norteamericanas.

III

Los gitanos desprecian la mala salud y, en nuestra casa, estaba prohibido ponerse enfermo. Por lo tanto, cuando contraí una fuerte gripe, hice todo lo posible por disimularlo. *Mamusia* creyó que me había acatarrado, y no podía soñar con quedarme en la cama, el sofá de la sala de estar común; insistió en administrarme su único tratamiento para todas las dolencias respiratorias: introducirme por la nariz dientes de ajo. Era asqueroso y me ponía peor, conque me arrastré como pude hasta la universidad, me refugié en la antecámara de Hollier, sentándome en el sofá cuando creía que podía llegar él y, cuando no, acostándome a lamerme las heridas.

¿Por qué no? ¿Acaso no tenía heridas que lamerme? Mi casa era un incómodo tugurio de duplicidad moral en el que no tenía siquiera cama propia donde caerme. («Eres rica, mema; búscate un apartamento y olvídate de ellos». Sí, pero los haría sufrir y, a pesar de las cosas horribles que hacen, los quiero, y olvidarme de ellos sería pasar de lo que Tadeusz esperaba que adorase). El encaprichamiento con Hollier estaba acabando conmigo, porque jamás me daba una señal de que nuestra única unión sexual pudiera repetirse, ni de que yo le importase algo. («Pues oblígalo a significarse. ¿Es que no tienes recursos femeninos? Ni tienes edad ni están los tiempos para andarse con esos titubeos». Ya, pero me da vergüenza pensar en tirarme en sus brazos. «Entonces, si no tienes la mano para que te den comida, ¡muérete de hambre!». Pero, ¿cómo hacerlo? «¡Una ventana donde había una mujer bajándose las bragas!». ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Deja de cantar! «Canto desde la raíz, Maria. ¿Qué esperabas? ¿Cascabeles mágicos?». ¡Ay, Dios, soy Gretchen prestando oídos al diablo en la iglesia! «No, soy tu buen amigo Parlabane, Maria, aunque no te mereces un amigo tan bueno: eres una pánfila y una sosa»).

Mi trabajo académico estaba estancado. Seguía machacándome con Rabelais, cuyos textos existentes conocía ya muy bien, pero me habían prometido un manuscrito espléndido que le daría el empujón necesario a mi carrera —que me elevaría por encima del mundo en el que *mamusia* y Yerko me desacreditarían— y, aparte de la única referencia que Hollier me había hecho en septiembre, no había vuelto a decir palabra sobre el tema. («Pregúntale». No me atrevo; me dirá que cuando sepa algo más, me lo comunicará). Me encontraba fatal, tenía fiebre y tenía la cabeza como llena de trapos grasientos. («Tómate dos aspirinas y acuéstate»).

Una tarde, estaba acostada, profundamente dormida y, casi seguro, con la boca abierta, cuando llegó Hollier. Intenté levantarme de un brinco pero me caí. Me ayudó a volver al sofá, me tocó la cabeza y se puso muy serio. Se me escaparon unas lagrimillas de debilidad y le conté por qué no podía pasar la enfermedad en casa.

—Supongo que le preocupa su trabajo —dijo—. No sabe adónde va y es culpa mía. Esperaba tener ocasión de hablar del manuscrito con usted, antes de esto, pero el maldito legajo ha desaparecido o, mejor dicho, lo han robado, ¡por Dios!, y sé quién ha sido.

¡Qué emocionante! Cuando me hubo contado los avatares del legado Cornish y el intento de acorralamiento del profesor Darcourt al profesor McVarish a propósito del manuscrito, con el que éste se había quedado, sin la menor duda, y la actitud insatisfactoria de McVarish al respecto, me encontraba mucho mejor, tanto que pude levantarme a preparar té para los dos.

Era la primera vez que veía a Hollier en ese estado de ánimo.

—Sé que lo tiene ese sinvergüenza —repetía una y otra vez— y se lo reserva para sí, como el perro del hortelano, pero, ¿qué cree que puede hacer con él, por todos los santos del cielo?

—Es historiador del Renacimiento —dije razonablemente—, de modo que querrá aprovecharlo para su especialidad.

—¡No es el especialista idóneo! ¿Qué sabe él de historia del pensamiento? Conoce la política y algo del arte renacentista, pero eso no le da derecho a creerse historiador de la cultura y del pensamiento. ¡En cambio yo sí y quiero ese manuscrito!

¡Qué espectáculo! Hollier furioso e irracional; sólo en una ocasión, cuando le conté lo del *bomarí*, lo había visto tan emocionado. No me importó que disparatase. Me gustaba.

—Sé lo que me va a decir: que, a la larga, el manuscrito habrá de salir a la luz, porque McVarish escribirá sobre él, y entonces podré pedirle que me deje verlo y descubriré muchos disparates suyos. Va a decirme que tendría que recurrir a Arthur Cornish y exigir un careo, pero, ¡qué sabe el joven Cornish de estas cosas! No, no; quiero ese manuscrito antes de que nadie pueda echarlo a perder. Ya le he dicho que no me dio tiempo más que a hojear rápidamente las cartas, pero me bastó para saber que estaban escritas en latín, desde luego, pero un latín plagado de citas en griego, me pareció, y varias palabras en hebreo, con sus inconfundibles caracteres grandes y gruesos... ¿y qué cree que podrían ser?

Algo se me ocurrió, pero preferí que me lo dijera él.

—¡Cábala... eso es lo que podrían ser! Cartas de Rabelais a Paracelso sobre temas cabalísticos. Puede que fuera un cabalista consumado, que se burlara de ello o que estuviera indagando. Quizá formara parte de los que aspiraban a cristianizar la cabala, pero sea lo que fuere, ningún hallazgo podría ser más significativo en estos momentos. Y eso es lo que quiero hacer: descubrir y dar a conocer ese conjunto de cartas como es debido, no con una burda interpretación de McVarish.

—Es posible que contengan información intrascendente. Mejor dicho, espero que no, pero podría ser.

—¡No sea idiota! En aquellos tiempos, un gran sabio no escribía a otro para preguntarle por el estado de su huerto. Era peligroso; las cartas podían caer en manos de autoridades eclesiásticas represivas y el nombre de Rabelais volvería a verse arrastrado por el fango. ¿Tengo que recordárselo? El protestantismo era el comunismo del momento y Rabelais se acercaba demasiado al protestantismo para

sentirse seguro, pero la cabala lo habría llevado de cabeza a las mazmorras y, en el peor de los casos, a la muerte, ¡a la hoguera! ¡Información intrascendente! ¡Maria, de verdad, me decepciona! Sabe que quiero contar con usted para esto; cuando se impriman mis comentarios sobre esas cartas, su nombre aparecerá junto al mío, porque quiero que se encargue de todo el trabajo de verificación de las citas griegas y hebreas. Más aún, las *Estratagemas* serán enteramente suyas: la traducción y la edición.

Desde el punto de vista académico, era un acto de generosidad fantástico. Si él conseguía las cartas, yo tendría el comentario histórico. ¡Fabuloso!

Entonces, hizo algo totalmente insólito. Se puso a soltar palabrotas violentamente y estampó la taza contra el suelo; agarró la mía y la destrozó; hizo añicos la tetera. A continuación, sin dejar de gritar el nombre de McVarish una y otra vez, rompió la bandeja de madera golpeándola contra el respaldo de una silla y pisoteó los fragmentos de porcelana, madera y hojas de té. Estaba rojo de ira. Sin decirme una palabra más, se plantó en la alcoba interior en cuatro pasos y se encerró dando un portazo. Yo me había encogido al máximo en el sofá, tanto por ponerme a cubierto como por contemplar mejor la escena.

Sin embargo, ni una palabra de amor. Casi me dio vergüenza pensar en eso, cuando lo que estaba en juego era un importante asunto académico. El caso es que lo pensé, pero Hollier estaba tan enfadado con McVarish que no tenía tiempo para nada más.

Con todo, fue una auténtica demostración de sentimientos por parte de Hollier; había demostrado una inquietud humana, aunque fuera hacia sí mismo. Cuando se le excitaba el celo académico, dejaba de ser el típico intelectual absorto y distante, la fachada que presentaba al mundo. La primera vez que le hablé del *bomarí* hizo una cosa extraordinaria; las dos veces que me había hablado del manuscrito de Gryphius lo había hecho en plena excitación y esta última había estallado de cólera. En las tres ocasiones se había transformado en otro ser, un ser más joven, con los sentidos despiertos, arrastrado por la pasión a acciones completamente ajenas a su identidad habitual.

Ésa era su raíz, no la austera copa intelectual. Seguí oyéndolo gritar de vez en cuando. A veces entendía lo que decía, cosas como: «¡Y ese zopenco pretendía que fuera a contarle todo a McVarish!». ¿Contarle qué? ¿Quién era el zopenco?

Recogí los restos del destrozo y con alegría. La cólera de Hollier me había curado la gripe... o casi.

Cuando volví a casa por la noche, *mamusia* me dijo:

—Se te ha curado el catarro pero estás pálida. Ya sé lo que te pasa, hija mía; estás enamorada. ¿Qué tal está tu profesor?

—Mejor que nunca —dije pensando en la tormenta que había presenciado por la tarde.

—Es un hombre estupendo. Muy guapo. ¿Te ha hecho el amor?

—No.

No quise entrar en detalles con *mamusia*.

—¡Bah, esos *gadyé*! Son más lentos que las serpientes en otoño. Supongo que harán falta reuniones sociales. A ellos les gustan mucho las reuniones sociales. Tenemos que exhibirte con todo lujo. Invítalo aquí por Navidad.

Tuvimos una larga discusión al respecto. Yo no estaba segura de lo que había querido decir exactamente con «reuniones sociales»; en vida de Tadeusz, *mamusia* y él nunca hacían fiestas en casa, siempre invitaban a la gente a un restaurante, a un concierto o al teatro. El gran cambio que había experimentado desde la muerte de Tadeusz lo había borrado todo; nunca había tenido amistades entre los empresarios y profesionales húngaros *gadyé* y había cortado la relación con todos los conocidos, pero, cuando se le metía una idea en la cabeza, yo no podía hacer nada por quitársela. Ahora, una fiesta navideña se había adueñado de sus pensamientos, aunque para ella, como gitana, la Navidad no era una ocasión señalada. Intenté hablar con franqueza.

—No te consiento que lo invites aquí para exhibirme como a un caballo gitano en la feria del ganado. No sabes cómo se comportan las personas como él.

—¿De modo que a mi edad soy idiota? Seré tan fina y elegante como cualquier dama *gadyí*, tan repulida, que hasta un piojo me resbalaría por la piel. ¿Exhibirte a ti? ¿Así es como se hace, *poshrat*? ¡Jamás! Lo haremos como las grandes damas vienesas. Le haremos comprender que no es el único que te desea.

—¡*Mamusia*! ¡No me desea!

—Eso es lo que él cree, pero no sabe lo que desea. Déjalo en mis manos. Es el hombre que quiero para que sea el padre de mis nietos, que ya va siendo hora. Lo pondremos celoso. Tienes que invitar a otro hombre.

¿Qué otro hombre? ¿Arthur Cornish? Arthur y yo salíamos con cierta frecuencia y estábamos trabando verdadera amistad, pero nunca había tenido la menor tentativa de acercamiento, salvo para darme un beso de despedida una o dos veces, pero eso no cuenta. Arthur era el último hombre al que querría yo introducir en el mundo de mi madre.

Ella seguía pensando.

—Para poner celoso a Hollier, tienes que invitar a alguien que sea igual que él o un poco mejor. Un hombre de modales más finos, que se vista mejor, que tenga más joyas... ¡Otro profesor! ¿Conoces a algún otro profesor?

Y así fue como invité al profesor Darcourt a comer con mi familia el día después de Navidad. Cuando por fin me animé a planteárselo, se puso de un color muy raro, un tono rosado que le empezó desde el alzacuellos y le fue subiendo, como al llenar una copa de vino. Me asusté mucho. ¿Se habría enterado de que mi casa era un hogar de gitanos? ¿Pensaría que tendría que sentarse en el suelo a comer erizo asado, el único plato de cocina gitana que parecen conocer los *gadyé*? Cuando dijo que sí, que iría con mucho gusto, me sentí inmensamente aliviada y, al salir del aula del seminario, me sorprendió que no hubiera dejado de mirarme todavía y que estuviese

más sonrosado aún; pero él haría muy bien el papel. Tenía, más o menos, la misma edad que Hollier y unos modales exquisitos, vestía con elegancia, para estar tan gordito y, aunque no usaba lo que *mamusia* entendía por joyas, llevaba una vistosa crucecita de oro colgada de la cadena del reloj, que se pasaba, de un lado a otro, por encima de los supuestos trece metros de intestino literario que había descrito el profesor Froats. Sí, Simón Darcourt era perfecto.

—¿Un clérigo? —dijo *mamusia* cuando se lo dije—. Tengo que advertir a Yerko de que se muerda la lengua.

—Procura que no esté bebido —le dije.

—Confía en mí —dijo *mamusia*, palabras que interpreté tan benévolutamente como pude, pero con reservas.

IV

No hubo necesidad de decir a Yerko que se mordiera la lengua. Volvió de Nueva York cargado de dinero clandestino, pero con el corazón alegre, porque había encontrado un dios al que adorar, y el nombre de ese dios era Niño Jesús. Un amigo lo había llevado al Museo Metropolitano, a la sala medieval, donde se representaba una obra sobre el Nacimiento para celebrar la llegada de las fiestas. El amigo pensó que a Yerko le gustaría la música medieval, tocada con violas antiguas auténticas y algunos instrumentos más, entre los que había uno parecido al *cimbalom*, el dulcemele gitano que Yerko tocaba con maestría, pero los caprichos de Yerko eran incalculables, y lo que le llamó la atención fue la obra de teatro, la Anunciación, el Alumbramiento de la Virgen, la Adoración de los Pastores y el viaje de los Reyes Magos. Para los asuntos oficiales, los gitanos se declaran católicos, pero Yerko, libre de la influencia de la educación y la religión, era muy receptivo a lo maravilloso y, a la edad de cincuenta y ocho años, la creencia recién hallada en el Niño Milagroso lo transfiguró. A raíz de eso, compró un belén de madera pintado y tallado con esmero; tan pronto como llegó a casa, se puso manos a la obra y, con su gran habilidad para la carpintería y la artesanía, lo convirtió en el pesebre más espléndido que su imaginación pudo concebir. Espléndido, aunque, como corresponde a la estética gitana, un poco chillón y recargado.

Lo montó en nuestra única sala de estar, ya sobrecargada por la acumulación de las mejores obras que *mamusia* y Tadeusz tenían repartidas por la gran casa cuando la ocupaban entera; el belén lo dominaba todo. Yerko rezaba ante su belén y siempre que pasaba por delante, hacía una inclinación de cabeza y murmuraba un saludo al Niño Jesús, que llevaba, una vez concluida la labor de mejora, una soberbia coronita primorosamente trabajada en cobre y oro, y un faldón de terciopelo rojo decorado con perlas diminutas, obra de *mamusia*.

No me satisfizo el Niño Jesús, era lo opuesto a mis aspiraciones de austeridad intelectual, a mi desprecio rabelesiano por la superstición y a mis anhelos de... ¿qué? De una especie de convencionalidad canadiense, supongo, que mantiene la religión estrictamente en su sitio, donde no se puede hacer mofa de ella, pero tampoco hay que prestarle atención. ¿Qué pensarían nuestros invitados de un altar tan extraordinario?

Pues les pareció magnífico. Llegaron a la puerta de casa los dos al mismo tiempo, aunque Hollier había venido a pie y Darcourt, en taxi, y se dedicaron el uno al otro las extravagantes manifestaciones de alegría por el encuentro que suele intercambiarse la gente en época navideña. Sin darme tiempo siquiera a recogerle el abrigo, Darcourt se plantó rápidamente ante el belén y se ensimismó admirándolo.

Yo había advertido a Yerko que uno de los invitados era clérigo y, como Yerko es así, supuso que sería Hollier, por su apariencia más austera.

—Buen padre —le dijo con una profunda inclinación—, te deseo toda la felicidad

en este día del Cumpleaños del Niño Jesús.

—¡Ah..., lo mismo digo, señor Laoutaro! —dijo Hollier muy sorprendido.

Creo que, en la primera visita, no había llegado a oírle la voz, una voz que parecía salir de un pozo lleno de aceite espeso: grave, profunda y oleaginosa.

Pero entonces Yerko descubrió la lustrosa tirilla clerical de Darcourt y, por un momento, temí que fuera a besarle la mano al estilo campesino. Eso habría sido un mal comienzo de fiesta, desde mi punto de vista.

—Le presento a mi tío Yerko —dije, poniéndome entre los dos.

Darcourt tenía un gran sentido de los modales y comprendió que sería un error llamarle «señor Laoutaro».

—¿Me permite llamarle Yerko? —dijo—. Y le ruego que me llame Simón. ¿Este soberbio retablo es obra suya? Querido Yerko, esto nos acerca muchísimo a los dos. Es, con gran diferencia, lo más adorable que he visto estas Navidades.

Parecía sincero. Supongo que se debía a cierta afición al barroco, insospechable en un académico medievalista.

—Querido padre Simón —dijo Yerko inclinándose de nuevo—, me llenas el corazón hasta arriba. Todo es por el Niño Jesús. —Y echó una ágil mirada al belén—. Y todo esto también es por el Niño Jesús —añadió, refiriéndose a la mesa dispuesta para la comida.

Hay que reconocer que estaba impresionante. *Mamusia* había sacado tesoros que no habíamos visto desde la muerte de Tadeusz y la mesa parecía el altar dedicado a la gula o glotonería de un festival sobre los siete pecados capitales. Sobre un mantel cuajado de encaje esperaba una vajilla completa de una porcelana muy apreciada por algunos entendidos, la llamada Royal Crown Derby, decorada vistosamente en azul, rojo y oro vivos, de una extremada estética gitana. Tadeusz se la había regalado a *mamusia* en una época en que tenían idea de hacer fiestas en casa, pero nunca se había llegado a estrenar, y ahí estaba hoy, platos sobre platos de mayor tamaño, entre cubiertos Jensen del modelo más labrado que hubiera salido de sus talleres. Puede decirse que los candelabros de muchos brazos con velas encendidas formaban un bosque de fuego, y que las flores que me empeñé en llevar empezaban a marchitarse por el calor.

—No sólo los *gadyé* saben hacer bien las cosas —había dicho *mamusia*.

Si Darcourt temía que le dieran erizo asado, ahora estaría seguro de que lo comería como jamás se había comido en la historia.

Darcourt había traído una enorme y espléndida tarta de Navidad, y se la ofreció a *mamusia* ceremoniosamente. Ella la aceptó con mucho gusto: esa clase de ofrenda por parte de un invitado encajaba bien en su idea centroeuropea de la hospitalidad. Hollier no tenía nada que ofrecer, pero me alegré de verlo con un traje bueno, aunque sin planchar.

No hubo preliminares. Nos sentamos a comer inmediatamente. Insinué algo sobre cócteles en voz baja, pero *mamusia* fue inflexible; esas cosas jamás se habían visto en

ninguno de los restaurantes de categoría de Budapest en los que tocaba de joven; a Tadeusz, los cócteles le parecían una trivialidad americana y de poca clase, desde el punto de vista polaco; de modo que no hubo cócteles. Naturalmente, a Darcourt se le adjudicó la bendición de la mesa, cosa que hizo en griego, supongo que por ser la lengua más congruente con la vajilla Crown Derby.

Mamusia se sentó en la cabecera de la mesa, con Hollier a la izquierda y Darcourt a la derecha; Yerko se sentó en el extremo opuesto. Me fastidió enormemente que se me adjudicara el papel de moza de mesa y, aunque tenía sitio en la mesa al lado de Darcourt, no era de esperar que pasase mucho rato sentada. Tenía que traer la comida de la cocina, de la que estaba al cargo, burlada y confinada por las órdenes de *mamusia*, una portuguesa que trabajaba a toda marcha y había pedido paga doble por ser festivo.

—Es apropiado que la hija sirva a los invitados —me había dicho *mamusia*— y procura sonreír y rogarles que coman más. Muéstrate generosa. Todo esto es para demostrar a tu profesor que sabes hacer las cosas. Y ponte un vestido escotado. Los *gadyé* son bastante mirones.

Sé que los *gadyé* son bastante mirones, pero a las gitanas les da igual que las miren o no. Las gitanas son recatadas con las piernas, pero no con el pecho, y supongo que Parlabane diría que, si nunca había conseguido inquietarme que los hombres me mirasen la delantera, era porque mi raíz se hacía valer. Me puse para la fiesta una falda hasta los tobillos, como *mamusia*, pero, en lo tocante a hombros y pecho, las dos lucíamos como mascarones de proa.

Sin embargo, yo no llevaba pañuelo, a diferencia de *mamusia*. Tampoco me puse más joyas que una o dos cadenas y algunos anillos, pero *mamusia* era el objeto más enjaezado de la sala, a excepción del Niño Jesús. Iba cubierta de oro —oro de ley—, con largos aros en las orejas y un collar de táleros de María Teresa que debía de pesar más de tres cuartos de kilo.

—Me estás mirando el oro —le dijo a Hollier—; es mi dote de bodas. Lo aporté al matrimonio con el padre de Maria, pero es mío. Si el matrimonio hubiera fracasado, yo no me habría quedado en la pobreza, pero no fracasó. ¡Ya lo creo que no! ¡Fue todo un éxito! Las mujeres Laoutaro tienen fama de esposas excelentes.

Todo eso lo dijo con una mueca que sólo podría calificar de lasciva y me avergonzó tanto que me sonrojé. Después, me enfadé y me sonrojé más aún, porque me di cuenta de que tanto Hollier como Darcourt me miraban y yo hacía el papel de casta doncella ante unos posibles maridos. Un auténtico número gitano.

¡La madre de Dios! Allí estaba yo, una chica moderna del Nuevo Mundo, ataviada como una gitana, sirviendo en la mesa de su madre, sólo porque no tenía las agallas de desobedecer a *mamusia* o, quizá, porque mi raíz era aún mayor que mi copa. A la vez que rabiaba por dentro, la raíz me decía que estaba más guapa que nunca precisamente porque me sonrojaba. ¡La vida es mucho más complicada de lo que sacarse el doctorado pueda hacer pensar!

La comida se ajustaba al plan que *mamusia* había observado en los restaurantes de su juventud y creo —sé con certeza, en realidad— que a nuestros invitados les pareció asombrosa. No todo era robado, los vinos, en particular, eran comprados, porque en esta parte del mundo todos los vinos y licores son monopolio del Estado y robar en las tiendas del Consejo de Control del Licor es difícil hasta para un talento tan curtido como el de *mamusia*. El Estado, que mete la mano en los bolsillos de todo el mundo y la nariz en sus copas, cuida de sí mismo. Así pues, el espeso vino tinto y el Tokaji que bebimos habían sido pagados a tocateja con dinero de verdad, aunque, conforme al principio del autoservicio, *mamusia* aprovechó para birlar una botella de licor de pera, una de Hubertus y un par de Barack de albaricoque. De modo que no estábamos mal provistos para cinco personas, sin contar los tragos que de vez en cuando se echaba la portuguesa para darse ánimos.

Empezamos con una sopa de bogavante enlatada, robada por *mamusta* y muy mejorada con jerez y la nata más espesa del mercado. Después pasamos a una empanada de conejo, que estaba excelente, comprada en una panadería francesa. Nuestros invitados comieron con entusiasmo ese plato tan poco frecuente, y yo me alegré, porque había costado una fortuna. Quizá no recordaran que, a continuación, vendría una gran carpa rellena, con una salsa de ajo en la que podía plantarse una cuchara de pie, y una *mélange* de verdura tan sofisticada que no parecía verdura en absoluto. Cuando Darcourt hubo dado cuenta de ella, tenía gotas de sudor en la frente.

Me inquietó comprobar que Hollier hacía ruido al comer; hacer eso con Yerko sentado a la mesa era pedir acompañamiento a voces. Hollier machacaba la comida en la boca, las mandíbulas subían y bajaban como pistones y, aunque no parecía tragón, engullía de lo lindo. Pobre hombre, ¿no comería suficiente en su solitaria vida de profesor? ¿O lo habría atiborrado su madre, que no estaba muy lejos de nosotros, del pavo y el budín de ciruelas, que tan apropiados les parecían a esa clase de canadienses para Navidad? Pero, claro, era del tipo sheldoniano que puede comer mucho sin engordar.

Después de la carpa, *sorbete* pero no servido como postre y conclusión de la comida, sino solamente para engañar un poco al estómago, como dijo *mamusia*, antes de pasar al siguiente plato de enjundia. Era un auténtico *gulyás-hus*, con mucho ajo otra vez, y había para dar y tomar, porque a *mamusia* le parecía que era el plato fuerte, la coronación del banquete.

Y eso fue todo, sin contar el flan de albaricoques con crema regada con aguardiente y una *Sachertorte*, que *mamusta* quiso que probáramos todos porque le recordaba a los días gloriosos de Viena y ponía un toque cosmopolita en una comida que, por lo demás, era auténticamente húngara, según recalcó. Y, naturalmente, todos tuvimos que tomar un trozo de la tarta de Darcourt.

Los invitados comieron de todo, bebieron el espeso vino tinto y pasaron de buen grado al Tokaji.

La conversación había sido animada durante la comida y se animó mucho más al acercarse al final. Yo no paraba de llevar cosas a la cocina y traer otras y de controlar a la portuguesa, que se había animado más de la cuenta con la bebida. Los suspiros y gemidos que soltaba habrían pasado desapercibidos, pero a medida que avanzaba la comida, empezó a hablar sola animadamente y, de vez en cuando, abría la puerta y se quedaba atontada mirando con solemnidad, a ver qué tal iban las cosas.

Mamusia hacía muy bien su papel de anfitriona de clase alta, tal como ella lo entendía, y quiso hablar con los invitados de la universidad y de lo que hacían allí. El trabajo de Darcourt lo entendía; enseñaba a sacerdotes como él. Él quiso explicarle que no era un sacerdote en el sentido en que lo entendían Yerko y ella.

—Soy anglicano, ¿comprende? —dijo en un momento determinado— y, por tanto, aunque no se puede negar que sea sacerdote, supongo que podríamos decir que lo soy en el sentido pickwiquiano de la palabra, no sé si entienden lo que quiero decir. No, no lo entendían.

—¿Pero quieres al Niño Jesús? —dijo Yerko.

—Sí, claro. Tanto como nuestros hermanos de Roma, se lo aseguro. O como los de la Iglesia Ortodoxa, ya puestos.

En la primera visita, Hollier había explicado a *mamusia* en qué consistía su trabajo; amplió un poco más las explicaciones sin darle a entender que la consideraba un fósil cultural o poseedora de la mentalidad salvaje.

—Investigo el pasado —dijo.

—¡Ajá! Yo también —dijo *mamusia*—. Todas las romanís sabemos investigar el pasado. ¿Y te da dolor? Yo, a veces, al ver el pasado, siento un dolor muy fuerte en mis partes femeninas, si se me permite hablar de estas cosas, pero aquí no hay niños, salvo mi hija. María, vete a la cocina a ver qué hace Rosa. Dile que si me desportilla uno sólo de esos platos, le saco el corazón. Bien, querido Hollier, de modo que enseñas a ver el pasado. ¿Y a mi hija también se lo enseñas, eh?

—María está ahora muy ocupada estudiando a un gran hombre del pasado, un tal François Rabelais. Fue un gran humorista, creo que podríamos decir.

—¿Y eso qué es?

—Fue un hombre muy sabio, pero expresaba su sabiduría por medio de bromas y fantasías sin límite.

—¿Bromas? ¿Quieres decir adivinanzas o algo así?

—Supongo que toda broma es una adivinanza, porque dice una cosa, pero quiere decir otra.

—Yo sé unas cuantas adivinanzas buenas —dijo Yerko—, aunque casi ninguna se puede decir en presencia del Niño Jesús, pero a ver si adivináis ésta. Escuchad con atención: ¿quién es el hombre grande y risueño que puede entrar en la habitación de la reina, sí, incluso en la de la reina de Inglaterra sin llamar a la puerta?

Se produjo el silencio embarazoso que siempre sigue a una adivinanza, mientras todos fingen que piensan en la solución, cuando, en realidad están esperando a que se

la dé quien planteó el juego.

—¿No lo adivináis? Un tipo grande, fogoso y risueño que a lo mejor hasta se mete en la cama de la reina y ve lo que tapa el peinador. ¿Eh?... ¿No sabéis quién es? ¡Ah, sí que lo sabéis! ¡El sol! ¡Es el sol! ¡Ah, padre Simón! Creías que iba a decir una cochinada, ¿eh?

Y Yerko empezó a reírse estruendosamente de su chiste, abriendo tanto la boca, que se le veía hasta la campanilla.

—Yo me sé una mejor —dijo *mamusia*—. Prestad atención a lo que digo o no la adivinaréis. Es una cosa, ¿entendido? Una cosa hecha por un hombre, que se la vende a otro hombre que no la quiere; pero el hombre que la usa no sabe que la está usando. A ver, ¿qué es? Pensad, pensad.

Pensaron y pensaron o eso parecía. *Mamusia* dio un golpe fuerte en la mesa y dijo:

—¡El ataúd! Buen chiste para un sacerdote, ¿eh?

—Cuénteme más adivinanzas gitanas, señora —dijo Hollier—, para mí esas cosas son una gran mirada maravillosa al pasado remoto y todo lo que se pueda recuperar del pasado ilumina nuestro tiempo y nos guía hacia el futuro.

Oh, podríamos contar algunos secretos —dijo Yerko—. Los gitanos tienen muchos secretos. Por eso son tan poderosos. Mira..., voy a contarte un secreto gitano por el que cualquiera pagaría mil dólares. El perro se mete en una pelea, ¿no? Cada perro quiere matar al otro: ¡Guau, guau! ¡Grrrr, grrrr! No puedes separar al tuyo de ninguna manera. Por más patadas que le des, por más que le tires de la cola, nada. Es que quiere matar. Entonces, ¿qué haces? Te chupas el dedo largo bien, pero que quede bien mojado, entonces vas y se lo metes a un perro por el agujero del culo... no importa que sea el tuyo o el otro. Se lo metes todo lo que puedas. Lo meneas bien. El perro se queda asombrado. «¡Qué demonios!», piensa el perro. Entonces se suelta, le das una buena patada y se acabó la pelea. ¿Tienes un buen perro?

—Mi madre tiene un pequinés muy viejo —dijo Hollier.

—Bueno, pues la próxima vez que se pelee, ya sabes lo que tienes que hacer. Demuéstrale quién manda. ¿Tenéis caballos?

Ninguno de los profesores tenía.

—Lástima. Podría deciros lo que hay que hacer para adueñarse de un caballo para siempre. Voy a contároslo de todos modos: Sólo hay que hablarle bajito por el hocico. ¿Y qué hay que decirle? Vuestro nombre secreto... el que sólo sabéis tu madre y tú, por el hocico adentro, por los dos agujeros del hocico. Y será tuyo para siempre. Se irá contigo aunque esté viviendo con otro, te seguirá a todas partes. Escúpeme en la cara si miento.

—Ya ves que mi hija lleva el pelo descubierto —dijo *mamusia* a Darcourt—. ¿Sabes lo que significa? Que no tiene marido... que no está comprometida siquiera, aunque tiene una dote maravillosa y es muy buena chica. Nadie le ha puesto un dedo encima. Eso lo cuidan mucho las chicas gitanas. Nada de picardías, como esas

desvergonzadas chicas *gadyís*. ¡Lo que llegan a hacer! ¡Es increíble! Son *putani*, ni más ni menos, pero mi Maria no.

—Estoy seguro de que, si no se ha casado, es porque no ha querido —dijo Darcourt—. ¡Es una belleza!

—¡Ajá! Te gustan las mujeres aunque seas sacerdote. Ah, pero claro, los pastores se casan, igual que los ortodoxos.

—No exactamente igual. Los ortodoxos pueden casarse, pero pierden la posibilidad de llegar a obispos. Nuestros obispos, sin embargo, suelen ser hombres casados.

—¡Muchísimo mejor! Así no hay peligro de escándalo. Ya sabes a qué me refiero. —*Mamusia* frunció en ceño—. ¡Chicoss!

—Bueno, sí, supongo que sí, pero los obispos conocen tantos escándalos ajenos que no creo que esa clase de cosas les interese mucho, aunque no estén casados.

—¿Vas a ser obispo, padre Simón?

—Es muy poco probable, se lo aseguro.

—No lo sabes. Me parece que harías muy bien de obispo. Los obispos tienen que ser refinados de presencia y de voz. ¿No quieres saberlo?

—¿Se lo podría decir? —terció Hollier.

—Oh, a él no le importa y tampoco podría decírselo con el estómago lleno.

¡Qué astuta! Poco a poco, pero no demasiado, Hollier la convenció de que les predijese el futuro. El licor de albaricoque había corrido por la mesa y Hollier estaba más convincente, *mamusia* más coqueta y Darcourt, aunque se oponía, estaba ansioso por ver lo que podía ocurrir.

—Trae las cartas, Yerko —dijo.

Las cartas estaban encima de un armario, porque tenían que ocupar la posición más alta de la habitación, y Yerko las bajó con el debido respeto.

—Será mejor que tape al Niño Jesús, ¿no?

—El Niño Jesús no es un loro que se tapa con un trapo. ¡Debería darte vergüenza, hermano! Todo lo que yo pueda ver en el futuro Él ya lo sabe —dijo *mamusia*.

—¡Ya sé, hermana! Tú lees las cartas y le decimos al Niño Jesús que es un regalo de cumpleaños para él, así no habrá problemas, ¿eh?

—¡Qué buena idea, Yerko! —exclamó Darcourt—. Ofrecerle un don espléndido como regalo. No se me había ocurrido.

—Todo el mundo debe hacer un regalo al Niño Jesús —dijo Yerko—. Hasta los reyes. Mira, aquí están los reyes. Las coronas las he hecho yo. ¿Sabes lo que llevan los reyes?

—El primero, oro —dijo Darcourt, volviéndose hacia el belén.

Sí, oro; tienes que dar dinero a mi hermana, no mucho, veinticinco centavos, porque si no, las cartas no salen bien, pero no sólo oro. Los otros reyes llevan inocencienso y mirrisa.

A Darcourt lo sorprendió, pero enseguida lo entusiasmó.

—¡Qué bonito, Yerko! ¿Se le ha ocurrido a usted?

—No, no, lo cuenta la historia. La vi en Nueva York. Los reyes dicen: «Te traemos oro, inocencienso y mirrisa».

—*Sancta simplicitas* —dijo Darcourt mirándome—. Si al menos hubiera más risa en el mensaje que Él nos dejó. Se echa tristemente de menos en el mundo que hemos hecho. E inocencia también. ¡Ah, Yerko! ¡Es usted adorable!

¿Sería el efecto del licor de albaricoque o la habitación había adquirido un resplandor dorado? Las velas se estaban agotando y me había llevado a la cocina todos los platos, excepto las bandejas de bombones, turrone y fruta confitada. Esas chucherías, según *mamusia*, eran para cerrarnos el estómago, para indicar a la digestión y a las tripas, de la medida que fueran, que ya no habría más aquella noche.

Mamusia había abierto la delicada caja de caparazón de tortuga y estaba preparando las cartas. Las láminas del tarot son una preciosidad y el mazo de mi madre era bueno, tenía más de un siglo de antigüedad.

—Después de esta comida no puedo hacer la tirada del mazo completo —dijo—. Haré sólo la tirada de las cinco cartas.

Rápidamente, dividió el mazo en cinco montones, los oros, los bastos, las copas y las espadas, que colocó en cuatro esquinas; en el centro puso los veintidós Arcanos Mayores.

—Ahora tenemos que ponernos muy serios —dijo, y Darcourt dejó de sonreír amablemente—. El dinero, por favor. —Le dio una moneda de veinticinco centavos y *mamusia* se tapó la cara unos treinta segundos—. Ahora, baraja y saca una carta de cada montón, las últimas, las del medio, y colócalas como he hecho yo.

Y así lo hizo Darcourt y, cuando hubo sacado, lo que quedó en la mesa fue una pentalogía que *mamusia* leyó de la forma siguiente:

—La primera carta que te ha salido, la que nos habla del asunto en general, es la reina de bastos, una mujer bella y misteriosa en la que piensas mucho... Pero después viene el dos de copas, en el lugar de las dificultades; significa que, en el asunto amoroso con la mujer misteriosa, uno de los dos pondrá dificultades, pero no hay que preocuparse mucho de eso hasta que hayamos visto las otras cartas... Ah, aquí tenemos el as de espadas, es decir, que habrá una preocupación que te quitará el sueño... Ahora, la última de las cuatro es el cinco de oros, que predice una pérdida, pero mucho menor que la gran ganancia que viene de camino. Bien, la quinta carta, la del centro, es la que manda sobre estas cuatro, es tu gran triunfo e influye sobre todo lo que han dicho las otras cuatro... Y te ha salido el Carro; es una carta muy buena porque significa que todo lo demás está bajo la influencia del sol y, pase lo que pase, siempre saldrás ganando, aunque quizá no lo veas hasta haber pasado algunas dificultades.

—Pero, ¿no se ve que vaya a recibir la mitra de obispo?

—Ya te lo he dicho: una gran ganancia. Será lo que para ti sea una gran ganancia. Si ha de ser la mitra de obispo, eso será, pero no puedo saberlo si no tiro todo el mazo

de cartas, y eso nos llevaría al menos una hora. De todos modos, el destino que te ha salido es muy bueno para ti, padre Simón, a cambio de estos veinticinco centavos, que ni siquiera son ya de plata, sino una falsificación del Estado. Piensa en lo que te he dicho. Esa bella mujer morena... si la quieres, tienes el Carro de tu parte y podría llevarte a ella.

—Pero, señora Laoutaro, sea sincera con nosotros; adjudica un significado a estas cartas, pero supongo que será arbitrario. Si le salieran a otro cualquiera, tendría el mismo destino que yo. Estoy seguro de que lo que hace usted va mucho más allá de tener buena memoria.

—La memoria no tiene nada que ver. Las cartas tienen un significado, claro está, pero recuerda que hay setenta y ocho, ¿cuántas combinaciones se pueden hacer entre ellas? Sólo los grandes triunfos ya son veintidós e influyen en todo lo que dicen los otros cuatro montones. Sin el Carro, la predicción no habría sido tan buena.

»Pero todo sucede bajo el manto del tiempo y el destino. Tú eres tú —si sabes lo que quiere decir eso— y yo soy quien soy; lo que pasa entre nosotros cuando leo las cartas no es lo mismo que con cualquier otra persona. Además, estamos en la noche después de Navidad, son casi las diez de la noche y eso también cuenta. Todo tiene significado. ¿Por qué estoy leyéndote las cartas en este preciso momento, si no te había visto nunca, hasta hoy? ¿Qué es lo que nos ha reunido? ¿La casualidad? ¡No lo creas! La casualidad no existe. Todo tiene significado; de lo contrario, el mundo se haría añicos.

»Pero no vamos a dejarte fuera de juego a ti, querido Hollier. Voy a barajar las cartas otra vez, después sacas tú y veremos lo que te depara el año que viene.

Darcourt se había prestado de buen grado, pero Hollier estaba ansioso y la cara le brillaba. Estaba viviendo el funcionamiento de lo que llamaba la mentalidad salvaje, estaba ante un fósil cultural. Sacó sus cartas; *mamusia* se ensombreció al verlas y yo me fijé bien porque entiendo algo de cartas y quería saber si le diría la verdad tal como saliera, si la endulzaría o la cambiaría por completo. Porque con el tarot hay que tener mucho cuidado, aunque no se lea por dinero y, por tanto, no se transgreda la ley. Por ejemplo, no se puede ser muy explícito con la carta de la Muerte; esa desagradable imagen del esqueleto segando flores y cabezas humanas con la guadaña no debe asociarse con la persona que se sienta enfrente de quien lee las cartas, aunque lleve la muerte claramente pintada en la cara; es muy preferible decir: «La muerte de alguien que usted conoce puede influir en su futuro», y entonces, a lo mejor, el desgraciado de turno da un brinco pensando en una herencia o en la emancipación, si se trata de una mujer mal casada. Pero fue sincera con Hollier, aunque suavizó algunos golpes.

—Qué interesante es esto, pero no te tomes muy a pecho el resultado de lo que voy a decir hasta que termine del todo. Este cuatro de bastos aquí significa que una dificultad que tienes ahora, pronto será el doble de difícil... Y ésta, el cuatro de copas —¡qué bien se te dan los cuatros, Hollier!— significa que alguien, una tercera

persona cercana, va a ponerte muchos obstáculos, a ti y a otra persona aún más cercana... Ahora, aquí, donde se decide la suerte, tenemos el tres de espadas, que significa odio, por lo que tienes que estar prevenido pues, tanto si alguien te odia como si el que odia eres tú, los problemas resultantes serán grandes... Pero la cuarta carta es la sota de oros; la sota es un criado, una persona que trabaja para ti y que te mandará una carta muy importante; no sé cómo influirá en el odio y los problemas... Pero veamos el Gran Triunfo, que es la Luna, la mujer cambiante, y te habla de peligro, de modo que, como ves, está todo muy complicado y no me atrevo a aclararlo más sólo con estas cartas. Conque elige otra de los Arcanos Mayores y esperemos todos encarecidamente que arroje alguna luz sobre lo que ha salido aquí.

¿Se habría puesto pálido Hollier? Yo sí, desde luego. Esperaba que *mamusia* le hiciera una predicción falsa, porque había visto lo negro que lo tenía, pero debía de temer tanto a las cartas, que no se atrevió. Si se traiciona a las cartas, las cartas te traicionan a ti, y muchas adivinatoras se vuelven charlatanas y traidoras por eso, e incluso borrachas o se suicidan cuando ven que las cartas se les han puesto en contra.

Hollier sacó una y, lentamente, la posó en la mesa. Era la Rueda de la Fortuna. *Mamusia* se puso muy contenta.

—¡Ajá! ¡Ahora ya lo sabemos! Me la has puesto aquí del revés, Hollier, y todos vemos a las criaturas dando vueltas en la rueda, ¡con el rey demonio abajo y la parte de arriba vacía! Así que, al final, esa mala época terminará bien para ti, triunfarás, aunque habrá pérdidas grandes por el camino. Conque ¡sé valiente! ¡No pierdas el valor y todo saldrá bien!

—¡Gracias al Niño Jesús! —dijo Yerko—. Estaba sudando de miedo. Profesor, ¡tómame algo!

Más licor de albaricoque; a esas alturas, creo que yo había perdido la copa completamente y vivía sólo de la raíz. Supongo que había bebido mucho, pero los demás también y era una melopea benéfica. *Mamusia* se había quitado los zapatos para leer las cartas y yo hice lo mismo: gitanas descalzas. No sé exactamente cómo se desarrollaron las cosas después, pero de pronto *mamusia* tenía el violín en las manos y tocaba música gitana; yo me perdí en contradicciones fuertemente emocionales entre el *lassu*, tan melancólico y hasta lacrimoso, y el *friska*, el júbilo desenfrenado de los gitanos, pero al estilo verdadero, un poco desquiciado e indudablemente arcaico, y no al estilo dulzón de algunos confites *gadyé* como *Die Czardasfürstin*. Cuando *mamusia* tocaba *friska*, no evocaba resplandor de hoguera, destellos de dientes blancos y revuelo de faldas de gitanos de comedia musical, sino algo antiguo e imperecedero, algo que recluía la universidad y el doctorado en recintos viciados, algo de cuando la gente vivía más al aire libre que a cubierto, consideraba augurios las visitas de los amigos y sentía la presencia de Dios en derredor. Eso eran inocenciense y mirrisa.

Yerko sacó su *cimbalom*, que él mismo había construido; se lo colgó del cuello con un cordón, como una gran bandeja, y golpeó las cuerdas a tal velocidad que las

baquetas se veían borrosas, como el batidor del cocinero al montar nata. A las cuatro de la tarde, cuando la fiesta era todavía una nube oscura que se cernía en mi futuro, aquella música me habría dado grima; pero ahora, pasadas las once, me emocionó y deseé tener valor para saltar al centro de la habitación, ponerme a bailar tocando la pandereta y entregarme al momento.

La habitación se nos quedó pequeña.

—¡Vamos a dar la serenata por la casa! —dijo *mamusia* imponiéndose a la música, y así lo hicimos; desfilamos escaleras arriba cantando.

Cantábamos una gran canción magiar, *Magasan repül a daru*, que no es un villancico sino una canción de amor y victoria. Tomé a mis dos profesores del brazo, uno a cada lado, y canté la letra por los tres, porque Darcourt seguía la melodía con buena voz, pero sólo decía: «la, la, la», mientras que Hollier, que parecía muy animado pero no tenía oído, aullaba monótonamente la sílaba «ye, ye, ye». Cuando llegamos a:

Akkor leszek kedves rózsám atied,

di un beso a cada uno porque la situación así parecía exigirlo. Se me ocurrió entonces que, a pesar de lo sucedido entre Hollier y yo, en realidad nunca lo había besado ni él a mí, hasta aquel momento, pero fue Darcourt quien reaccionó apasionadamente y tenía la boca blanda y dulce, mientras que Hollier me besó con tanta dureza, que casi me parte los dientes.

¿Cómo se lo tomó la casa? Los caniches ladraban con furia. La señora Faiko no hizo acto de presencia, pero subió el volumen del televisor. La señorita Gretser apareció en camisón, apoyándose en la señora Schreyvogel, y las dos sonreían y asentían aprobadoramente con la cabeza, como también la señora Nowaczynski, que estaba en el cuarto de baño y se presentó sin dientes ni peluca, cosa que la puso más violenta a ella que a nosotros. El señor Kostich se asomó al rellano del tercer piso en pijama, sonrió y dijo: «¡Estupendo! ¡Muy bonito, señora!», pero el señor Horne salió de su habitación hecho una furia, gritando: «¡Pero bueno! ¿Es que no se va a poder dormir hoy aquí?».

Mamusia dejó de tocar y señaló al señor Horne con el arco; el señor Horne dormía sólo con la camisa del pijama, de modo que sus partes íntimas, apergaminadas y desagradables, quedaron expuestas a nuestra mirada.

—El señor Horne —dijo ella con grandilocuencia—; el señor Horne es enfermero.

Como si le hubieran apretado un botón, el señor Horne gritó:

—¡No iba a ser enfermera, qué leche! Y ahora, a ver si dejan de hacer ese ruido infernal, ¡joder! ¡O les zurro la badana a todos!

Yerko se acercó al señor Horne con calma.

—No hables así a mi hermana. No digas palabrotas delante de mi sobrina, que es virgen. No armes jaleo cuando cantamos por el Niño Jesús. Calla la boca.

El señor Horne no se calló. Gritó:

—¡Están borrachos! ¡Están todos borrachos! Aunque para ustedes sea Navidad, para mí es un día laborable.

Yerko se le acercó más y le dio un golpe seco en la punta del pene con una de las largas y finas baquetas del *cimbalom*. El hombre se puso a brincar y a gritar; a mí se me olvidó guardar la compostura virginal y me eché a reír estruendosamente y sin parar, mientras nos retirábamos escaleras abajo, donde los caniches seguían ladrando. Se me ocurrió de pronto que Rabelais se habría divertido mucho con nosotros.

Mamusia se acordó de que estaba haciéndose la gran dama ante mis amigos. En tono suficientemente alto para que la oyera el señor Horne, dijo:

—No hagan caso. Es un hombre de baja cuna y lo tengo aquí por compasión.

El señor Horne se enfureció tanto, que se quedó sin palabras, pero siguió vociferando inarticuladamente hasta que volvimos al apartamento de *mamusia*.

—La música de la canción que cantábamos —dijo Darcourt— me sonaba. ¿No será de una de las rapsodias húngaras de Liszt?

—Nuestra música tiene muchos admiradores —dijo *mamusia*—. Hay quien nos la roba, lo cual demuestra lo valiosa que es. Ese Liszt, ese gran músico, no para de robárnosla.

—*Mamusia*, Liszt murió hace mucho —dije, porque la universitaria que hay en mí no había desaparecido del todo y no quería que Hollier pensase que mi madre era una ignorante.

Pero *mamusia* no solía reconocer sus errores.

—Los que son verdaderamente grandes nunca mueren —dijo.

—¡Magnífico, señora! —replicó Hollier.

—¡Café! ¡No han tomado café! —dijo—. Yerko, trae unos puros para los señores, mientras Maria y yo preparamos café.

Cuando volvimos a la sala, Hollier miraba un rey del belén que Darcourt tenía en la mano; Yerko estaba explicándole detalles de su trabajo de ornamentación.

—¡Aquí está! ¡Auténtico café kalderash, negro como la venganza, fuerte como la muerte, dulce como el amor! Maria, éste para el profesor Hollier.

Cogí la taza y se la pasé a Darcourt, en vez de a Hollier, porque estaba más cerca. Me parecía que *mamusia* contenía el aliento bruscamente, pero no presté mayor atención. Me estaba costando un esfuerzo no tambalearme y tropezar. El licor de albaricoque, en grandes cantidades, es terrible.

Café. Más café. Puros largos y negros con un aroma penetrante que podía haber sido de excremento de camello, de tan intensamente como evocaba Oriente. Intentaba controlarme, pero sabía que se me cerraban los párpados y pensé que no iba a poder seguir despierta hasta que los invitados se marcharan.

Por fin se marcharon y los acompañé a la puerta, donde volvimos a besarnos para

poner punto final a la fiesta. Me pareció que Darcourt lo prolongaba más de lo justificable por su categoría de profesor, pero, al fin y al cabo, no era tan mayor. Oía bien. Siempre he prestado atención al olor de las personas, aunque es una cosa que la civilización censura y son incontables los anuncios que nos dicen a diario que no es de buena educación tener un olor humano reconocible. Mi copa no aprecia los olores, pero mi raíz tiene muy buen olfato y, al final de la fiesta, la que mandaba era la raíz. Darcourt olía bien, a hombre limpio y agradable. Hollier, sin embargo, olía ligeramente a cerrado, como cuando se abre un baúl que ha estado cerrado muchos años. No es un olor desagradable, pero tampoco es atractivo. Quizá fuera el traje. Me quedé pensándolo en la puerta un momento, mientras los veía alejarse bajo una tenue nevada, inhalando aire cortante a grandes bocanadas.

Cuando volví a entrar, oí a *mamusia* hablando en romaní con Yerko.

—¡No, no bebas eso!

—¿Por qué? Es café. Hollier no se tomó la segunda taza.

—No te lo bebas, te he dicho.

—¿Por qué? —Porque lo digo yo.

—¿Has puesto algo en la taza? —Azúcar.

—Claro, ¿y qué más?

—Un poquito de una cosa especial, sólo para él.

—¿Qué cosa?

—No importa.

—¡Mientes! ¿Qué le has puesto al profesor en la taza? Es amigo mío. Dímelo o te zurro.

—Pues ya que quieres saberlo... unas pepitas de manzana tostadas.

—Sí, y algo más... ¡Mujer, has puesto tu sangre secreta en este café!

—¡No!

—¡Mientes! ¿Qué andas haciendo? ¿Quieres que Hollier se enamore de ti? ¡Vieja chocha! ¿Es que no tuviste marido suficiente con mi querido Tadeusz?

—Baja la voz, que te va a oír Maria. No, sangre mía no, sangre de ella.

—¡Jesús! ¡Oh, perdóname, Niño Jesús! ¡De Maria! ¿Cómo se la quitaste?

—Esos artilugios... ya sabes, esas cosas que las *gadyí* se meten dentro todos los meses. Exprimí uno con el exprimidor de ajos y... fffisss, ya está. Ella quiere a Hollier, pero es tonta. ¡Le di la taza para Hollier y se la dio a Darcourt! Y ahora, ¿qué crees que va a pasar? ¡Y suelta la taza, que no quiero incestos en esta casa!

Entré como un rayo en la habitación, agarré a *mamusia* por los grandes aros de oro de las orejas e intenté tirarla al suelo, pero ella me agarró por el pelo y nos quedamos trabadas, como los venados por los cuernos, tirando la una de la otra y chillando a voz en grito. La insulté en romaní... me vinieron a la cabeza palabras horribles que no recordaba haber sabido jamás. Nos caímos al suelo, me golpeó en la cara con la suya y me mordió la nariz con todas sus fuerzas; me hizo mucho daño. Yo intentaba arrancarle las orejas a lo bestia. Más gritos.

Yerko nos miraba, de pie, gritando también a todo lo que le daba la voz.

—¡Putas irreverentes! ¿Qué pensará el Niño Jesús? —Y me dio una patada en la rabadilla con todas sus fuerzas, y a *mamusia*, en alguna parte que no vi, porque me quedé encogida en el suelo aullando de rabia y dolor desde lo más hondo de mi raíz gitana.

A lo lejos, ladraban los caniches.

El nuevo Aubrey V

I

Si antes de Navidad creía estar enamorado de Maria, cuando empezó el Año Nuevo estaba desesperadamente seguro. No uso la palabra «desesperadamente» a la ligera; estaba hecho trizas. Mi yo diurno podía asumir la situación; mientras el sol estuviera en el cielo, mantenía el tipo apoyándome en la razón pero, tan pronto como caía la noche —y nuestras noches son largas en enero—, mi yo nocturno tomaba el relevo y lo pasaba peor que un colegial que suspira por su primer amor.

Peor, porque tenía más perspectiva, me agobiaba una gama de sentimientos más amplia, había visto más mundo y sabía lo que les pasa a los profesores que se enamoran de una alumna. Se supone que el amor joven es absorbente e intenso, lo sé por experiencia; de joven, creo que no pasé ni una semana sin estar enamorado de alguien, pero el amor está considerado cosa de jóvenes. El mundo es comprensivo con la mirada vidriosa, la actitud abstraída, los suspiros profundos..., los interpreta con indulgencia, pero un hombre de cuarenta y cinco años tiene otras cosas en que pensar. Se considera que ya ha satisfecho ese aspecto de su ser y se ha consolidado en el papel de marido y padre o soltero satisfecho, mujeriego, homosexual o lo que corresponda en cada caso, y ya está centrado en otros asuntos, pero el amor, tal como lo estaba viviendo yo, consumía mucha energía y mucho tiempo; es la emoción primordial, todo lo demás gira en torno a ella y, a mi edad, veinticinco años de experiencia variada de la vida la intensifican más aún y la fortifican, pero no la suavizan con filosofía ni con sentido común.

Me sentía como un hombre con una enfermedad devoradora de la que no puede quejarse ni puede esperar comprensión.

La cena del 26 de diciembre me había desquiciado por completo emocional e intelectualmente. ¿Qué me quiso decir la madre de Maria cuando me leyó las cartas? Cuando me habló de la reina de bastos y de un asunto amoroso complicado con una mujer morena, ¿me aconsejaba que me retirase? ¿Intuía algo sobre Maria y yo? ¿Maria sospechaba algo por mi comportamiento y se lo había dicho a su madre? Imposible; había sido discretísimo, estaba seguro. De todos modos, ¿qué derecho tenía yo a pensar que la vieja fingía? Parecía una charlatana, comparada con otras madres de Rosedale —la de Hollier, sin ir más lejos, de quien nunca podría esperarse nada fuera de lo común—, pero la señora Laoutaro era una *phuri dai* y no se le podía aplicar el mismo rasero. Todo lo sucedido en aquella extraordinaria noche se salía de cuanto yo había vivido hasta el momento; estaba profunda e íntimamente convencido de que no había sido simplemente una noche de fiesta con unos emigrantes gitanos, sino también un encuentro de peso y trascendencia primordiales.

Y no sólo por mi propia reacción; Hollier me aseguró que habíamos experimentado un modo de sentir completamente distinto a lo que conocíamos. Las cartas de Hollier fueron nefastas, pero la *phuri dai* las leyó con tanto convencimiento y él la escuchó con tanta atención, que llegué a temer que le dijera algo que fuese

preferible callar. Si la mujer mentía, no le habría hecho predicciones tan ominosas, eso seguro. Es cierto que un Arcano Mayor acudió a rescatarnos a ambos, pero en el caso de Hollier tuvieron que ser dos. No, la lectura del tarot no olía a charlatanería; como el collar de táleros de María Teresa que llevaba puesto: pertenecía a otro mundo, pero tintineaba como el oro puro.

Entonces, ¿cómo quedaba yo? Con la predicción de un asunto amoroso en el que alguien pondría dificultades, pero con final feliz, aunque sufriría tanto pérdidas como ganancias. Lo del asunto amoroso era cierto, sin la menor duda.

¡Qué noche tan memorable! Recordaba con toda claridad hasta el último detalle, incluso el curioso regusto de ajo que me dejó el café. Y lo más claro de todo, el beso de Maria. ¿Volvería a besarla alguna vez? No, me dije resueltamente, a menos que ella me aceptara como amante.

Pensar en aquel beso y tomar decisiones por la noche tenía un no sé qué de romántico: esos mismos pensamientos, por la mañana, me horrorizaban. Me humillaba afrontar la realidad de sentir un amor tan desbordante y cobarde, pero así era. Quería la dulzura del amor, pero huía de la responsabilidad y, sean cuales fueren las reglas para la juventud, no son aplicables al hombre maduro y, además, sacerdote. Mi amor tenía la doblez de Jano: una cara, la joven, miraba hacia los placeres pasados de la juventud, las alegrías del amor buscado y encontrado, los besos, los abrazos y las sábanas, pero la otra, la del viejo, miraba hacia la farsa del solterón mayor que se casa con una mujer joven... porque yo no podía plantearme otra cosa que no fuera el matrimonio. No ofrecería a Maria nada deshonesto y mi condición de sacerdote me prohibía pensar siquiera en el fácil concubinato de la juventud liberada, pero... ¿el matrimonio? Hacía años que había descartado esa posibilidad y no me costó un gran esfuerzo porque, en aquella época, no había nadie en particular con quien deseara casarme y, aunque pensaba que un párroco pierde mucho si no tiene mujer, gana más si puede dedicar todo su esfuerzo al trabajo. ¿Sería yo demasiado mayor para cambiar? Reconocer que se es viejo a los cuarenta y cinco para una cosa tan natural como enamorarse y contraer matrimonio era serlo de verdad. Cuanto más suspiraba y languidecía de amor mi cara joven de Jano, más seria se ponía la vieja.

Pensemos con realismo, decía mi yo diurno. Vives cómodamente, no tienes que dar cuentas a nadie de tus costumbres cotidianas, tienes tiempo para dedicarte a la profesión y a tus intereses particulares, sobre todo al camino espiritual en el que laboras y que durante tanto tiempo te ha dado las mayores alegrías. No necesitas tener coche; el servicio de la residencia cuida muy bien de ti, porque distribuyes unos quinientos dólares anuales en propinas entre el servicio y otras personas que te facilitan las cosas. No tienes que irte a vivir a los barrios residenciales de las afueras ni soportar el peso de una hipoteca ni preocuparte de aparatos de ortodoncia infantiles. No es que tu situación económica sea magnífica, pero vives mejor que la mayoría de los de tu clase, de forma que, ándate con cuidado, Darcourt, no hagas tonterías. ¡Indolente, monstruo acomodaticio!, me gritaba mi yo nocturno. ¿Serás

capaz de anteponer esas vulgares triquiñuelas a la plenitud espiritual? Si alegas semejantes excusas para no satisfacer la carne, ¿cómo esperas avanzar espiritualmente? Babosa gorda, no eres digno de la revelación que te ha sido concedida.

Porque resulta que había llegado a la conclusión de que María era una revelación y de tal calibre, que apenas osaba consignarlo ante mis propios ojos.

Dejé el trabajo parroquial y me dediqué a la enseñanza porque quería ahondar en las minas de la fe antigua, en relación, como ya he dicho, con aquellos textos que los compiladores de la Biblia no consideraron adecuados para formar parte de la supuesta Palabra de Dios. A eso me había dedicado, y mi trabajo me había granjeado atención favorable, pero quien se complica la cabeza con textos apócrifos suele asomarse enseguida a los textos heréticos y, aunque no tenía intención de convertirme al gnosticismo, descubrí que los gnósticos me hacían mella porque tenían muchas cosas atractivas que decir. Me cautivó el concepto de Sofía porque encajaba con algunas ideas que había desarrollado, con temor e inseguridad, por cuenta propia.

Me gustan las mujeres; la falta de la presencia femenina en el cristianismo me ha preocupado siempre. Ah, pero conozco bien todas las disculpas que se han alegado históricamente: sé que había mujeres entre los discípulos de Jesús, que le gustaba hablar con ellas y que la mayoría de los fieles que estuvieron con él al pie de la cruz eran mujeres, pero, al margen de lo que Jesús pensara, el complicado edificio de doctrina que llamamos su Iglesia no reconoce ninguna autoridad femenina —sólo una Trinidad compuesta por dos hombres y un pájaro, por decirlo con palabras profanas— y ni siquiera el desagravio tardío que la Iglesia de Roma ha ofrecido a María puede deshacer el entuerto. Los gnósticos son superiores en ese apartado, ofrecieron Sofía a sus seguidores.

Sofía, la personificación femenina de la diosa de la sabiduría: «La sabiduría es contigo, ella, la que conoce todas tus obras, la que estaba presente cuando creaste el mundo; entiende lo que te complace y lo que es conforme a tus mandamientos». Sofía, por quien Dios tomó conciencia de sí. Sofía, por cuya mediación el universo llegó a su plenitud, compañera en la Creación. Sofía, por quien —al menos para mí— la gélida gloria del Dios patriarcal se transforma en la esplendorosa Alma del Mundo que todo lo abarca.

¿Qué tiene que ver todo esto con Maria Magdalena Theotoky, estudiante de doctorado, alumna mía de Griego Neotestamentario? Maria, que ha sido poseída por Clement Hollier en ese inmundo desecho de sofá de piel durante tan sólo tres minutos, supongo, de estupefacción y, ciertamente, no de éxtasis físico. ¡Ay, Dios! Con esto se manifiesta, supongo, la locura intelectual que me aqueja, porque todo el que estudia las numerosas leyendas sobre Sofía sabe lo que significa «la caída de Sofía», que se vistió de carne mortal y, finalmente, acabó ejerciendo de prostituta en un burdel de Tiro, de donde la rescató el gnóstico Simón el Mago. Personalmente, interpreto ese episodio como la pasión de Sofía, porque ¿acaso no se encarnó entre los hombres y sufrió un destino vergonzoso por la salvación de la humanidad? Ésa es la razón por la que los gnósticos la aclaman como Sabiduría y como *anima mundi*, el Alma del Mundo, que pide la redención y, para conseguirla, despierta el deseo. Bien, ¿acaso el apellido de Maria no es Theotoky, la madre de Dios? ¡Ah! ¡De nada sirve decirme que en la época bizantina Theotoky era un apellido griego muy común, que no tenía mayor significado que otro apellido relativamente común, como Diosdado, pero, lo que la mayoría de académicos habría considerado un dato interesante yo lo interpretaba como una señal, una confirmación de que Maria era mensajera de gracia y redención, acaso destinadas sólo a mí!

Es de suponer que, si un hombre convierte la leyenda y las creencias olvidadas en su objeto de estudio y devoción, no debería asombrarlo que la leyenda invada su vida y se apodere de su mente. Maria, para mí, era el todo, la gloria y el don de Dios y

también la tierra misteriosa, tan ajena al pensamiento cristiano convencional. Los persas creían que, cuando el hombre muere, se encuentra con su espíritu en forma de mujer bella, además de infinitamente vieja y sabia, y eso era lo que parecía haberme pasado a mí, aunque estuviera vivo, indiscutiblemente.

Para un intelectual, encontrarse con una idea hecha realidad es tremendo y es lo que me había pasado a mí.

Tales eran las fantasías de mi yo nocturno, pero el diurno, tan bien situado, tan sensato y ordenado, no podía desecharlas.

Es decir, no sabía qué hacer. Retroceder era una bajeza, avanzar, una aventura espléndida y terrorífica, pero tenía que avanzar.

II

Aunque, como todos los enamorados, diga que Maria me ocupaba el pensamiento todas las horas de vigilia, no era para tanto, naturalmente. En contra de lo que pueda pensar la gente, los profesores universitarios son personas muy atareadas, tanto más cuanto que suelen ser imprácticas por naturaleza —ergo, complican asuntos de poca monta— y no tienen secretaria o comparten con otros una ya sobrecargada de trabajo y no siempre muy competente, por lo que se ven obligados a hacer mucha labor de registro, archivo y búsqueda de cosas que han perdido. Todos los días les piden información que nunca han tenido o que han tirado a la papelera o informes sobre estudiantes que dejaron de ver cinco años antes y ya han olvidado. Tienen fama de distraídos, porque están divididos entre el trabajo por el que les pagan —que consiste en enseñar lo que saben y profundizar en sus conocimientos— y otras obligaciones con las que no contaban (como asistir a consejos presididos por hombres que no saben qué hacer para que sus colegas tomen decisiones). Se les exige una eficiencia de hombres de negocios en una profesión que no es un negocio, que carece del aparato de los negocios y trata de asuntos intangibles. En mi caso, al batiburrillo profesoral de costumbre venía a sumarse la complicación de algún que otro encargo clerical, como pronunciar un sermón sin tiempo apenas para prepararlo u oficiar ritos cristianos de transición, como el bautismo, el matrimonio y el entierro, de amigos e hijos de amigos. Como no tenía parroquia propia, muchas veces recurrían a mí cuando un clérigo enfermaba de gripe, por ejemplo, generalmente en un barrio lejano de las afueras, y había que mandar un sustituto a toda prisa a poner en marcha el molino del dogma el domingo por la mañana, pero como profesor tampoco gozaba del derecho de los clérigos al habitual descanso de los lunes. No me quejo, sólo digo que soy un hombre atareado.

Sin embargo, tenía muy presente a Maria, incluso cuando resultaba que Parlabane y su terrible novela reclamaban la mayor parte del poco tiempo libre que me quedaba.

Nunca supe con precisión cuánto le faltaba para terminar de escribirla, porque tenía muchos borradores, esquemas y versiones alternativas y no llegó a enseñarme el texto completo. Se comportaba con tanto celo y reserva sobre su trabajo como cualquier autor y estoy convencido de que me consideraba capaz de robarle ideas, si llegaba a verlas más de la cuenta. Con los editores tenía el mismo recelo, daba la ridícula impresión de empeñarse en vender una novela sin permitir que nadie la leyera antes íntegramente.

—No lo entiendes —replicaba cuando se lo comentaba—. Los editores siempre compran libros sin haberlos visto enteros. Con sólo leer uno o dos capítulos, saben si vale la pena o no. En la prensa, salen noticias constantemente sobre los suculentos adelantos que pagan a éste o al otro por la promesa de una obra o un simple esquema.

—No creo todo lo que se escribe en la prensa, pero he publicado un par de libros.

—Material académico, que no es lo mismo ni mucho menos. Nadie espera que un

libro tuyo se venda a mansalva, pero el mío causará sensación y estoy seguro de que si se publica adecuadamente, con la oportuna publicidad, dará una fortuna.

—¿Se lo has ofrecido a alguna editorial estadounidense?

—No, Eso vendrá después. Quiero que la primera edición sea canadiense, porque prefiero que lo lean los que están más implicados antes que el gran público.

—¿Los que están más implicados?

—Por supuesto. Es un *roman à clef*, además de un *roman philosophique*. Muchos se sonrojarán cuando salga, te lo aseguro.

—¿No te preocupa que puedan denunciarte por difamación?

—En la mayoría de los casos, nadie va a tener prisa por reconocer que es el original de tal o cual personaje. De eso se encargarán otros y, lógicamente, no soy tan idiota como para registrar y transcribir hechos y conversaciones que puedan reconocerse con demasiada facilidad, pero cada cual reconocerá lo suyo, no te preocupes y, con el tiempo, ¡lo sabrá el mundo entero!

—Entonces, ¿es una novela de venganza?

—¡Sim, me conoces de sobra! No hay mezquindad en la novela, no es para vengarme de nadie. Para hacer justicia, quizá sí.

—¿Justicia contigo?

—Justicia conmigo.

Ese planteamiento no me hacía ninguna gracia, pero poco a poco, a medida que me confiaba fragmentos de la gran obra en fajos de papel amarillo, que eran sucias copias de papel carbón, comprendí que la novela no se publicaría jamás. Era terrible.

No terrible porque fuera radicalmente incompetente o analfabeta. A Parlabane le sobraban facultades para superar la calidad de un simple aficionado. Sencillamente, era ilegible. Cada vez que intentaba leer algún capítulo, me invadía el hastío como si hubiera tomado una droga estupefaciente. Era una novela muy intelectual, de estructura muy complicada, con legiones de personajes, y todos eran personificaciones de algún conocido suyo o de alguien de quien había oído hablar y cada cual decía lo que tuviera que decir a lo de largo de capítulos y más capítulos de prosa plomiza. Una noche se lo dije con el mayor tacto que pude. Parlabane se rió.

—Es lógico que no captas el alcance de todo, porque no lo has leído todo —dijo—. El plan está ahí, pero se va descubriendo lentamente. No es una novela para leer en vacaciones, ¿entiendes? La verdad es que es un gran libro y espero que, cuando cumpla su primer objetivo, la gente lo relea varias veces y en cada una de ellas descubra una profundidad mayor. Como sucede con Joyce... aunque en mi caso lo complicado son las ideas, no el lenguaje. La primera impresión, la de que se trata de una biografía, engaña: la peregrinación intelectual de una mente singular y muy fecunda unida a un espíritu indagador. A ti puedo decírtelo porque eres un gran amigo y sabes lo que valgo, hasta cierto punto. Otros lectores comprenderán otras cosas y algunos comprenderán más. En este libro, el lector entregado y despierto se encontrará a sí mismo y, por tanto, descubrirá algo de la esencia de nuestro tiempo. El

mundo se acerca al final de un eón platónico, el de Piscis, y hay cambios gigantescos en el aire. Este libro será probablemente el primero de los grandes libros del nuevo eón, el de Acuario, y prefigura lo que el futuro depara a la humanidad.

—Ajá. Sí, ya veo o, mejor dicho, no veo nada. Sinceramente, a mí me ha parecido que versa sobre ti y sobre todo el mundo con el que has topado desde la infancia.

—Bien, Simón, ya sabes que no pretendo ser malicioso, pero me temo que esa crítica va dirigida a ti, no a mi libro. Tú usas el espejo para ver si la corbata está recta, no para mirarte a los ojos. La opinión de otros millares de personas, cuando lo lean la primera vez, no será mejor, pero tú eres un trozo de pan, de modo que voy a darte algunas claves. ¿Otra copa, quizá, para ponerme en marcha? ¡Ay, si no fueras tan mesurado sirviendo copas...! Me voy a servir yo.

Tras servirse todo un vaso de whisky escocés y un poquito de agua al final, para salvar las apariencias, se enfrascó en la descripción de su libro, aunque ya me la había hecho varias veces en su mayor parte e iba a oírla entera varias más.

—Tiene una textura densa en extremo, ¿sabes? Es un entramado de infinidad de temas que se enlazan e iluminan entre sí, escrito de tal modo, que cada frase contiene un nexo complejo de múltiples acepciones posibles, que a su vez se presta a una diversidad de interpretaciones posibles. Son capas y capas de sentido, de manera que la obra se va desplegando como las capas de una cebolla. El libro avanza en el sentido literal o histórico normal, pero su verdadero movimiento es dialéctico y moral, y se llega a la conclusión mediante la presión de renunciaciones sucesivas, el descubrimiento de errores y lo que el lector atento intuirá como verdades a medias.

—Tremendo.

—No tanto. El lector normal se sentirá satisfecho con una interpretación literal. Le parecerá la biografía de un joven loco y particularmente perverso, nacido para vivir espiritualmente, pero resuelto a librarse del destino o aplazarlo lo más posible, porque quiere conocer el ancho mundo y a todos sus seres. Es realista, ¿comprendes?, de modo que incluso puede parecer un relato sencillo. A los idiotas les podrá parecer frívolo e incluso tedioso, pero seguirán leyendo estimulados por los párrafos picantes.

»Eso, en cuanto a la vertiente literal, pero no podía faltar la alegórica. La vida del personaje principal, un joven académico, es el viaje de un hombre común moderno en un *Progreso del Peregrino*. El lector sigue su evolución espiritual, desde las fantasías infantiles, la preocupación de la adolescencia por los aspectos físicos y mecánicos de la experiencia y el descubrimiento de los principios lógicos, la metafísica y sobre todo el escepticismo, hasta llegar a los dilemas de la vida adulta —los comienzos de la vida adulta— y la madurez y, finalmente, gracias a la imaginación, recupera la visión unificada de la vida, la síntesis de la fantasía inconsciente, el conocimiento científico, la mitología moral y la sabiduría que emana de la reconciliación religiosa del alma con la realidad a través de la aceptación de la verdad revelada.

—¡Uf!

—Un momento. Eso no es todo. El libro también tiene una dimensión moral. Es

un tratado sobre la locura, el error, la frustración y la indagación en los callejones sin salida de las falsas teorías sobre la vida, tal como se propagan y en vano se practican actualmente. El héroe —un aventurero no muy despierto— busca la buena senda en la que el intelecto esté en armonía con la emoción, la inteligencia se integre a través de la experiencia acumulada y ordenada, los hechos moderen el sentimiento y el deseo se dirija a objetos mundanales bajo el control del sentido del humor y la proporción.

—Me alegra saber que no le faltará sentido del humor.

—¡Ah! ¡Es puro humor, de principio a fin! El meollo del libro es el humor profundo y subterráneo de la plenitud espiritual. Como en Joyce, pero no tan constreñido por los antiguos límites jesuítas.

—Suenan agradable.

—Pero la cumbre de la novela es su nivel de significado anagógico, que sugiere la revelación definitiva de la doble naturaleza del mundo, la revelación de la experiencia como lenguaje de Dios y de la vida como etapa preliminar de una búsqueda que no puede describirse, sino sólo adivinarse, porque todas las cosas apuntan a una gloria superior a todas ellas, y así, se descubre que el protagonista del cuento —porque para los simples no es más que un cuento, como ya he dicho— ha entregado su vida a la búsqueda de la imagen paterna y el ídolo materno para sustituir a los padres carnales, que en la vida real eran sucedáneos inadecuados del Creador. La búsqueda nunca concluye, pero la entrega a la imagen y al ídolo va dando paso gradualmente al convencimiento de la realidad de la Realidad que se oculta tras las sombras que constituyen el momento presente en el instante en que discurre.

—¡Hay que ver lo que has abarcado...!

—Desde luego, pero puedo apretarlo con una mano, porque lo he vivido, ¿comprendes? Llegué a la filosofía en la juventud, la saqué al mundo y la puse a prueba.

—Mira, Johnny, preferiría no tener que decirlo, pero lo que me has dejado leer no me incita a leer más.

—Es que no lo has visto todo.

—¿Lo ha visto alguien?

—Hollier tiene una copia mecanografiada completa.

—¿Y qué opina?

—No he podido pillarlo el tiempo suficiente para hablar a fondo. Dice que tiene mucho trabajo, y supongo que será verdad, aunque creo que leer la novela debería ser más importante que las trivialidades que le consumen el tiempo. Soy muy descarado, es verdad, pero se trata de un gran libro y tarde o temprano tendrá que reconocerlo.

—¿Has hecho algo respecto a la publicación?

—He redactado una descripción detallada de la obra —el esquema, los temas, los niveles de lectura— y la he enviado a las principales editoriales. He mandado un capítulo de muestra a cada una porque no quiero que la lean entera hasta estar seguro

de la seriedad de sus intenciones y de la clase de contrato que piensan ofrecerme.

—¿Ha picado alguno?

—Un editor me invitó a comer, pero en el último momento llamó su secretaria y dijo que no podía acudir. Otro me llamó para preguntarme si había escenas «explícitas» en la novela, según su propia expresión.

—Ah, lo de la sodomía, claro. Ahora está muy de moda.

—Desde luego que el tema se toca bastante en el libro, pero si no se considera como parte integrante de la obra, se puede confundir con pornografía. El libro es franco, mucho más de lo que he visto hasta ahora, pero no pornográfico. Quiero decir que no excitaría a nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno... puede que sí, pero es que quiero que el lector viva cuanto sea posible todo lo que vive el protagonista, es decir, tanto el éxtasis amoroso como la crudeza y suciedad del sexo.

—Si dices que el sexo es sucio, no llegarás muy lejos entre los lectores modernos. El sexo es el último grito. No se considera simplemente necesario, natural y placentero, sino que está de moda, que es otra cosa muy distinta.

—Jodienda burguesa. Mi sodomía carcelaria no se le parece en nada. La una es como los pollos del coronel Sanders, para chuparse los dedos, y la otra, matarse por unas migajas de bazofia en Belsen.

—Eso puede venderse muy bien.

—Pareces tonto de remate, Simón. Se trata de un gran libro y, espero que se venda en todas partes y se convierta en un clásico; no me dedico a escribir guarradas para el mercado burgués.

Un clásico. Al verlo tan desaliñado e impresentable, con los harapos de lo que había sido un buen traje mío, me pregunté si en verdad habría podido escribir una novela clásica. ¿Cómo podría saberlo? Reconocer clásicos de la literatura no es mi misión y siento la culpabilidad habitual que nos impone a todos el hecho de saber que, quienes en el pasado negaron el reconocimiento a algún clásico, después parecieron idiotas precisamente por eso. Siempre chocamos con cierta renuencia a la hora de dar crédito de escritor importante a cualquier conocido, máxime si tiene la apariencia desastrada y sinvergüenza de Parlabane, pero el caso es que no me había permitido leer la novela entera, luego, lejos de considerarme digno de ello, me tenía por un ser triste, limitado e incapaz de apreciar su valía. No había cargado con la responsabilidad de declarar la excelencia de su obra, pero sentía curiosidad. Como custodio de *El nuevo Aubrey*, me correspondía descubrir cuanto de genial llegara a mi conocimiento y dejar constancia de ello, si podía.

Aunque el descubrimiento de clásicos quedase fuera de mi capacidad, varias instituciones que otorgan subvenciones confían en mi criterio respecto al talento de estudiantes necesitados de dinero para proseguir con sus estudios y, cuando Parlabane se hubo marchado, me puse a la tarea de rellenar varios formularios, que dichas

instituciones nos envían a los avaladores, como nos llaman ellos, o «asesores de recursos», como nos llaman los estudiantes. Conque desconecté al confidente de Parlabane que pueda haber en mí y al compilador de *El nuevo Aubrey*, y también al hombre exigente y atribulado que añoraba a Maria-Sofía y me puse a rellenar un montón de esos papeles, que me habían entregado en el último momento, todos a una, unos estudiantes ansiosos pero mal organizados, y que habían de remitirse sin dilación a los organismos, al parecer, costeando yo el franqueo necesario en cada caso, pues los estudiantes no habían incluido sellos.

Desde mi ventana se veía el patio interior de Ploughwright y, aunque era muy pronto para hablar de primavera, las fuentes, que nunca se helaban del todo, entonaban su rumoroso canto bajo una corona de hielo. ¡Qué paz transmitían, incluso en aquella época tan desolada del año! «Huerto cerrado eres, hermana, esposa mía. Fuente cerrada, fuente sellada». ¡Cuánto la amaba! ¿Acaso no era extraño que un hombre de mi edad amara tan dolorosamente? Ponte a trabajar, Simón. El trabajo: supuesto bálsamo de todo mal.

Al ponerme a redactar, caí en un ánimo misantrópico. Me pregunté qué sucedería si rellenara los formularios sinceramente. Primero: «Diga cuánto tiempo hace que conoce al/a la aspirante». De verdad, sólo podía decir que conocía a unos pocos porque sólo los veía en los seminarios. «¿En calidad de qué lo/la conoce?». En calidad de maestro; ¿cómo, si no, iba a estar yo rellenando la ficha? «¿Clasificaría al/a la aspirante entre el primer cinco por ciento, diez por ciento o veinticinco por ciento de los/las estudiantes que conoce por el mismo concepto?». Pues, mire, mi apreciado patrocinador, dependerá de su criterio de usted; la mayoría son buenos en general. Ajá, aquí entramos en materia: «Haga los comentarios personales que considere pertinentes». Aquí es donde el aval o consejero de recursos debe aplicar lubricante encomiástico, pero estoy harto de mentir.

Así pues, tras hora y media de introspección, vi lo que había dicho de un joven: «Es un vago enternecedor y carece de mala intención, pero no tiene la menor idea de lo que significa trabajar». De otro: «Un traidor; no le den la espalda nunca». Del tercero: «Vive a costa de una mujer que lo considera un genio; sería aconsejable que basasen la ayuda que puedan concederle en la capacidad de ella para obtener ingresos; es muy buena estenógrafa y tiene el título de licenciada, pero no es guapa y sospecho que, tan pronto como él obtenga el doctorado, descubrirá que sus afectos están en otra parte. Es un procedimiento común y seguramente carezca de importancia para ustedes, pero a mí me duele». De una joven: «Tiene la mente tan lisa como Holanda —las marismas, quiero decir, no los campos de tulipanes—, se extiende hacia el horizonte en todas direcciones bajo un cielo encapotado, pero seguro que se doctorará... en algo».

Concluida la matanza de los santos inocentes —inocentes porque confiaban en que haría lo imposible por ayudarlos a conseguir dinero—, cerré los sobres a toda prisa, antes de que los remordimientos me debilitaran. A saber cómo se lo tomaría el

Consejo Canadiense de las Artes, pero me animó la esperanza de provocar gran confusión y perplejidad en esa institución. Fárrago y estruendo, como le gustaba decir a Maria. ¡Ay, Maria!

Al día siguiente, vi a Hollier a la hora del almuerzo en el comedor de la Entelequia, sentado solo a una mesa que se usa cuando no queda sitio en la principal de los profesores, y fui a sentarme con él.

—A propósito del libro de Parlabane —le dije—, ¿de verdad es extraordinario?

—No tengo la menor idea. No he tenido tiempo de leerlo. Se lo he pasado a Maria para que lo lea. Ella me contará.

—¡Se lo has pasado a Maria! ¿No se enfadará Parlabane?

—No lo sé ni me importa mucho. Creo que Maria tiene derecho a leerlo, si quiere; me da la impresión de que le ha dado dinero para que se lo mecanografien profesionalmente.

—A mí me ha sacado bastante para eso mismo.

—¿Y te sorprende? Sablea a todo el mundo. Estoy harto de ese gorrón.

—¿Y ella te ha dicho algo?

—No ha avanzado mucho. Tiene que leerlo a escondidas, porque él no para de entrar y salir de mis habitaciones, pero la he visto cavilar sobre las páginas, y suspira mucho.

—A mí también me hace suspirar.

Pero, unos días después, la situación se invirtió, porque fue Hollier quien se sentó a comer conmigo.

—El otro día me encontré a Carpenter el editor, ya sabes. Tiene el libro de Parlabane, o una parte, y le pedí su opinión.

—¿Y...?

—No lo ha leído. Como supongo que sabrás, los editores no tienen tiempo para leer libros. Se lo pasó a un lector profesional para que le hiciera un informe. Éste, basado en una descripción y un capítulo de muestra, no es favorable.

—¿En serio?

—Carpenter dice que todos los años les caen dos o tres libros así: largos, llenos de divagaciones, con muchos niveles de lectura, una estructura muy elaborada y una gran carga filosófica, pero que no son otra cosa que autojustificaciones autobiográficas. Se lo va a devolver.

—¡Qué decepción para él!

Quizá no. Carpenter dice que, para suavizar el golpe, siempre manda una carta personal en la que aconseja remitir la obra a otra editorial más dedicada a esa clase de literatura. Ya sabes, una forma como otra cualquiera de pasar el muerto.

—¿Maria ha avanzado algo más?

—Se aplica duramente a la labor. Sobre todo por el título, creo.

—No sabía que tuviera título.

—Sí, ya lo creo y tan ambiguo como el libro entero. Se titula *Otro no sea*.

—Hum. No sé si saldría como un rayo a comprar un libro titulado *Otro no sea*. ¿Por qué le gusta a Maria?

—Es una cita de uno de sus escritores predilectos. Paracelso. Convenció a Parlabane de que leyera algo de él y Johnny metió la mano y sacó una flor. Paracelso dijo: «Alterius non sit, qui suus esse potest»: Otro no sea quien pueda ser el que es.

—Yo también sé latín, Clem.

—Sí, claro. Bueno, pues de ahí viene. Pésimo, si quieres saber mi opinión, pero a él le parece que quedará bien en la portada, en bastardilla, como un guiño al lector insinuando que dentro hay algo bueno.

—Supongo que, como título, no está mal, si sabes a qué se refiere. De lo que no cabe duda es de que Parlabane es el que es.

—Ojalá no hubiera tanto empeño en ser lo que uno es, sobre todo cuando se es un cabrón. Estoy más seguro que nunca de que McVarish tiene el manuscrito que no conseguiste sacarle. No me lo puedo quitar de la cabeza. Empieza a obsesionarme. ¿Tienes la menor idea de lo que es una obsesión?

Sí, tenía una idea muy clara de lo que era una obsesión. Maria. Sofía.

III

—He vuelto a ver a esa chica que estuvo aquí la otra vez que viniste —dijo Ozy Froats—. Ya sabes a quién me refiero... Maria.

Ni que decir tiene que sé a quién se refería. ¿Y a qué fue al laboratorio de Ozy? No iría a llevarle el cubo del día para que lo analizara, ¿verdad?

—Quiere que conozca a Paracelso. Por cierto, es mucho más interesante de lo que me imaginaba, un hombre sumamente perspicaz y certero, pero, claro, no tenía forma de verificar sus conjeturas. Aún así, es increíble lo lejos que llegó basándose sólo en conjeturas.

—No das el menor crédito a la intuición de un gran hombre, ¿eh, Ozy?

—Pues no, pero supongo que tendré que ceder un poco al respecto. Todos los científicos tienen intuiciones y les asustan terriblemente hasta que consiguen demostrarlas. Es que los grandes hombres no abundan.

—Pero tú lo eres. El premio que te dieron te ha elevado por encima de Murray Brown, ¿no es así?

—¿Te refieres a la medalla de Kober? No está mal, no; no está nada mal.

—Tengo entendido que te coloca a la altura del Nobel.

—¡Ah, los premios! Estoy muy satisfecho, desde luego, pero hay que tener cuidado de no confundirlos con el logro auténtico. Me alegro de que se me reconozca. Como sabes, tengo que dar una conferencia en la entrega. Será entonces cuando averigüe lo que piensan esos chicos en realidad, por la forma en que se lo tomen, pero todavía no he mostrado todo lo que quiero mostrar, ni mucho menos.

—Ozy, la modestia de los grandes hombres como tú produce escalofríos a quienes, como yo, cubrimos el expediente cumpliendo como mejor sabemos, pero conscientes de que nuestra aportación no es gran cosa. El Colegio Americano de Médicos te da lo mejor que tiene, pero tú pones reparos y te arrastras por el suelo. Eso no es modestia, es masoquismo. Te gusta sufrir y humillarte. Me das asco. Supongo que se debe a tu tipología sheldoniana.

—Es la educación menonita, Simón. Aléjate del orgullo. Vosotros sois tan amables conmigo, que debo andar con mucho cuidado para no congratularme más de la cuenta. Fíjate, Maria insiste en que soy un mago.

—Y supongo que lo eres, tal como ella lo entiende.

—Me escribió una carta maravillosa. Era prácticamente una cita de Paracelso. La llevo conmigo... señal de debilidad, pero mira lo que dice: «Los llamados magos, o santos naturales, poseen poder sobre las fuerzas y facultades de la naturaleza, porque existen hombres santos de Dios que sirven a la vida beatífica y se llaman santos, pero también hay hombres santos que sirven a las fuerzas de la naturaleza, y se llaman magos [...] Son capaces de hacer lo que otros no pueden, porque se les ha concedido ese don especial». Si un hombre empieza a pensar de sí mismo de esa manera, está acabado como científico. Duda, duda y sigue dudando hasta estar absolutamente

seguro. Es la única forma de hacerlo.

—Si Maria me escribiera eso a mí, la creería.

—¿Por qué?

—Creo que sabe. Tiene una intuición extraordinaria con las personas.

—¿En serio? Me mandó a un tipo muy raro, una verdadera rareza dentro de la tipología sheldoniana, así que me lo he quedado como proveedor de cubos. Un contribuyente muy interesante, en realidad, pero de una sola vez a la semana.

—¿Lo conozco?

—Vamos, Simón; sabes de sobra que no puedo decirte quién es. No es ético. A veces hablamos de la duda, él y yo. Él duda de todo. Fue monje, pero lo más interesante es su tipología sheldoniana; es muy rara. Da un tipo 376. ¿Me sigues? Muy intelectual y nervioso, pero con un físico fantástico. Un hombre peligroso, me parece a mí, con una constitución así. Puede ponerse como una fiera. Se ha maltratado el cuerpo de todas las formas posibles y, por el olor de sus cubos, creo que se droga mucho en estos momentos, pero, a pesar de su baja estatura, es increíblemente musculoso y fuerte. Contribuye por el dinero, pero produce poco. Está atascado. Efecto de las drogas. No me gusta, pero es un caso raro y por eso lo soporto.

—¿Lo haces por Maria?

—No, lo hago por mí. Oye, no pensarás que Maria me hace tilín, ¿verdad? Es una chica muy mona, pero nada más.

—¿No responde a una tipología interesante?

—Desde mi punto de vista, no. Está demasiado equilibrada.

¿Hay posibilidades de que acabe hecha una Broma Pícnica Práctica?

—Imposible. Envejecerá bien. Será una anciana elegante. Encorvada, probablemente, es algo inherente a la condición femenina, pero se mantendrá fuerte hasta el final.

—Ozy, hablando de la tipología sheldoniana, ¿es irreversible?

—¿A qué te refieres?

—La última vez que hablé contigo, te expresaste con toda franqueza sobre mí y mi tendencia a engordar. ¿Te acuerdas?

—Sí; fue la primera vez que vino Maria. Lo que te dije no fue resultado de un examen, desde luego, sólo una suposición, pero te situaría en un 425: blando, gordito, energético. Intestino grande.

—Intestino literario, creo que dijiste.

—Lo tienen muchos literatos. Claro, que se puede tener el intestino grande y no ser literato, por descontado.

—¡No me quites ahora el único consuelo que me diste! Pero lo que quiero saber es lo siguiente: ¿puede una persona con esa tipología modelar el físico mediante la dieta y el ejercicio adecuados y un cuidado general?

—Hasta cierto punto y con más dificultad de lo que vale la pena, creo yo. Es lo

malo de las dietas, los ejercicios físicos y demás. Se puede ir en contra del propio tipo y probablemente se consiga mucho con constancia. Fíjate en los famosos de Hollywood: se matan de hambre y se someten a cirugía para moldearse la figura, y todo porque viven de ello. De vez en cuando, salta uno que no puede soportarlo más, y entonces viene la sobredosis. El cuerpo es el factor ineludible, ¿comprendes? Puedes mantenerte en buena forma dentro de tu tipología, pero el cambio radical es imposible. La vida sana no nos convierte a todos en el ideal griego; hay que vivir el destino del cuerpo. Si lo dices por ti, creo que estarías muy bien con unos diez o doce kilos menos, pero tampoco serías delgado; creo que serías un hombre gordo mejor conservado, pero no sé lo caro que le saldría a tu sistema nervioso.

—En resumen: otro no sea quien pueda ser el que es.

—¿Qué es eso?

—Más Paracelso.

—Pues da en el clavo, pero no es tan sencillo ser el que se es. Hay que conocerse bien fisiológicamente y la gente no quiere creer la verdad sobre sí misma. Nos hacemos una imagen mental de nosotros mismos y luego maltratamos al pobre cuerpo para que encaje en la imagen. Si el cuerpo no obedece —y, naturalmente, no puede obedecer— nos desquicia y vivimos en él como si fuera una casa insatisfactoria de la que queremos mudarnos. A eso se deben muchas enfermedades.

—Eso suena a predestinación fisiológica.

—No estoy muy seguro, pero no lo repitas. No es mi terreno. Yo tengo mi propio problema y no puedo ocuparme de otra cosa.

—Descubrir el valor de lo que hay en lo que despreciamos y desechamos.

—Eso mismo dice Maria. ¿Pero no te parecería un título imbécil para la conferencia que tengo que dar en el Kober?

—«La piedra que desecharon los que edificaban; ésta fue puesta por cabeza de esquina».

—A los científicos no se les habla así, Simón. —Entonces, diles que es la *lapis exilis*, la piedra filosofal de sus antepasados espirituales, los alquimistas.

—¡Oh, lárgate, vamos! ¡Largo!

Y, riéndome, me marché.

IV

Me propuse la tarea de ser un hombre gordo mejor conservado, pues, por lo visto, no podía aspirar a otra cosa, y enseguida me ganó el mal humor que me invade cuando me niego una porción razonable de comida consistente y postres cremosos. Pensaba en Ozy con amargura y, por gran hombre que fuese, me dije que yo podría dar una conferencia Kober mucho mejor que él, enriqueciendo mi información científica con flores de Paracelso y una convincente pátina humanística que sacaría al público del estupor puritano en que los sume la actitud científica y, acto seguido, me reprendí por tamaña vanidad. ¿Qué sabía yo del trabajo de Ozy? ¿Quién era yo, sino un estúpido gordinflón con un cuerpo rechoncho, que era la torre de mando desde la que asomaba al mundo un alma flaca y mordaz? No, tampoco era eso; no estaba tan gordo ni era tan amargo si me permitía comer lo suficiente. Perdí mucho tiempo en esa absurda discusión interior y, cuando —a pesar de estar perdidamente enamorado—, me planteé un par de veces si merecía la pena tanto esfuerzo por Maria, comprobé el alcance de mi abyección.

Uno de los caprichos de Parlabane que más me incordiaban era su manía de bañarse en mi cuarto de baño; alegaba que las instalaciones de su alojamiento eran primitivas. Le gustaba bañarse con lujo y se regodeaba paseándose desnudo, pero no por desinhibición natural, sino por exhibición calculada. Presumía de cuerpo y podía, porque, con la misma edad que yo, conservaba las carnes prietas y musculosas, con los tobillos finos y un vientre impresionante en el que se apreciaban todos los músculos, como las armaduras romanas. Sin duda era una injusticia que un hombre que se drogaba y bebía como un cosaco desde hacía veinte años y que, según decía Ozy, padecía estreñimiento estuviera tan bien en cueros. Claro que tenía la cara destrozada y apenas veía sin gafas, pero, aun así, el contraste con el hombre que se quitó mi traje viejo y una ropa interior en estado lamentable era impresionante y asombroso. Vestido, resultaba pobretón y siniestro; desnudo, guardaba un parecido inquietante con el Satán dibujado por Blake. Desde luego, el último hombre con quien uno querría provocar una pelea.

—Qué daría yo por estar en tan buena forma como tú —le dije en una de esas ocasiones.

—No te lo recomiendo, si quieres pasar a la historia como teólogo —dijo él—; todos los teólogos son o huesudos o gordos. No ha habido ni uno como yo. Engorda otros veinte kilos, Simón, y serás del tamaño de Aquino cuando refutó a los maniqueos. ¿Sabías que engordó tanto que tuvieron que hacerle un altar a medida, con una concavidad en forma de media luna para que le cupiera la panza? A ti todavía te falta un buen trecho para llegar a eso.

—Ozy Froats, que acaba de ser distinguido y justificado con la concesión de la última medalla de Kober, me ha asegurado que mi físico es del tipo literario —dije yo—. Tengo lo que Ozy llama el intestino literario. Si tú tuvieras la panza suavemente

redondeada, como yo, en vez de ese estupendo tablón de músculos que tanta envidia me da, quizá tu novela fuese más fácil de leer.

—Cargaría con tu panza con sumo gusto a cambio de una respuesta decisiva de una editorial.

—¿No hay novedades?

—Cuatro negativas.

—Parece bastante concluyente, al menos hasta ahora.

Se dejó caer en un sillón, desnudo como estaba y, a pesar de su evidente abatimiento, los músculos seguían firmes y su aspecto era espléndido (salvo los gruesos lentes), parecía una escultura de Rodin, *El autor derrotado*, por ejemplo.

—No. La única respuesta decisiva que reconozco es la aceptación del libro, según mis condiciones y para su inmediata publicación.

—¡Oh, vamos! No pretendía desanimarte, pero... cuatro negativas no son nada. Sólo tienes que seguir insistiendo y acosar a los editores. Muchos autores se han pasado años insistiendo.

—Ya lo sé, pero yo no. No puedo más.

—No hace falta que te recuerde que estamos en Cuaresma, la época más desalentadora del año.

—¿Observas mucho la Cuaresma, Simón?

—Estoy comiendo menos, pero es pura coincidencia. Lo que suelo hacer en esta época es un programa de introspección y examen de conciencia, por limpiarme un poco. ¿Y tú?

—Me estoy hundiendo, Simón. Es por el libro. No consigo que nadie se lo tome en serio, y me está matando. Es mi vida en mucha mayor medida de lo que sospechaba.

—Quieres decir tu autobiografía, ¿no?

—¡No, joder! Ya te he explicado que no es una simple autobiografía, sino que es lo mejor de mí y nadie le presta atención, ¿qué quedará de mí? Tú estás tan gordo que no tienes ni idea de lo que es una obsesión.

—Lo siento, John. No tenía intención de frivolizar.

—Es lo único que he podido rescatar del trato tan injusto que he recibido en este agujero inmundo de la vida. Es todo lo que soy: raíz y copa. No sabes de lo que sería capaz por publicarla.

Se fue hundiendo más y más, pero no perdió el instinto de supervivencia, porque antes de marcharse, me sacó dos camisas más, unos calcetines y otros cien dólares, todo lo que tenía en el escritorio. No quisiera parecer mezquino, pero empezaba a cansarme de tener que aguantar sus románticos tormentos espirituales y aflojar la bolsa al mismo tiempo para sustentar sus necesidades materiales.

Él ganaba dinero. No mucho, pero suficiente para mantenerse. ¿En qué se gastaba el mío, el de Maria y el de Hollier?

¿De verdad se lo gastaría en drogas? Parecía demasiado sano. ¿En bebida?

Cuando podía beber por cuenta ajena, bebía mucho, pero no daba muestras de ser alcohólico. ¿Qué hacía con el dinero? No lo sabía, pero me fastidiaba que me pidiera contribuciones cada dos por tres.

V

Cuaresma, época adecuada para el examen de conciencia, para la mortificación quizá, pero jamás, que yo sepa, para el amor. Aun así, el amor era mi compañero, mi penitencia, mi cilicio diario. Tenía que hacer algo al respecto, pero, ¿qué? Afronta los hechos, Simón; ¿cómo se las compone un clérigo de cuarenta y cinco años para ponerse en situación de decir a una joven de veintitrés que la ama? Y ella, ¿qué opina? ¿Qué podría opinar? Afronta los hechos, necio.

Pero, ¿se pueden afrontar los hechos o discernir siquiera cuáles son pertinentes cuando se es presa de una obsesión?

Me imaginé varias escenas y urdí una serie de discursos sumamente razonables, pero formulados con cariño; luego, como suele suceder, todo ocurrió de repente y, habida cuenta de las circunstancias, sin gran dificultad. Maria, en calidad de ayudante de Hollier, tenía el privilegio de compartir mesa con los profesores en el comedor de la Entelequia a la hora de cenar y una tarde de finales de marzo me encontré con ella; cuando, después de la bendición con que el rector concluía la cena, nos trasladábamos a la sala de profesores a tomar café o, mejor dicho, yo iba a tomar café, y le pregunté si le apetecía que le trajera uno. Dijo que no, que en aquel momento no quería café de la Entelequia. Vi una oportunidad, y la aproveché.

—Si quisiera dar un paseo hasta mis habitaciones de Ploughwright, le prepararía un café bueno de verdad. Y un poco de coñac, si le apetece.

—Con mucho gusto.

Cinco minutos después, estaba ayudándome a poner mi pequeña cafetera vienesa en el hornillo... o, mejor dicho, mirando cómo lo hacía yo.

Quince minutos más tarde le había dicho que la amaba —con más coherencia de la imaginable, le había contado la idea de Sofía, que ella ya conocía por sus estudios medievales— y que para mí ella encarnaba a Sofía. Se quedó sentada en silencio un tiempo que se me antojó muy largo.

—En mi vida me habían halagado tanto —dijo por fin.

—Entonces no le parece el colmo de la ridiculez.

—Ridiculez, no, desde luego. ¿Cómo puede considerarse ridículo a sí mismo?

—A mi edad y enamorado de una mujer de la suya podría parecer ridículo, desde luego.

—Pero usted no es como cualquier hombre de su edad. Usted es un hombre maravilloso. Lo admiro desde el día en que lo conocí, en clase.

—María, no se burle de mí. Sé lo que soy. Soy un hombre maduro y nada atractivo.

—¡Ah, no me refería a eso! Digo maravilloso porque tiene un espíritu maravilloso e insufla un amor maravilloso a la materia que imparte. ¿A quién le importa el aspecto físico que tenga? ¡Vaya, qué mal suena lo que acabo de decir! Su aspecto físico es el idóneo para usted. De todos modos, la apariencia no importa en realidad.

—¿Cómo puede decir eso, usted, que es tan bella?

—Si su belleza atrajera tanta atención como la mía e inspirase tantas tonterías sobre usted a los demás, lo vería todo de forma muy distinta.

¿Le parece una tontería lo que le he dicho que es usted para mí?

—No, no; no quería decir eso. Lo que me ha dicho, viniendo de usted, es el cumplido más hermoso que he oído en mi vida.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? Me atrevo a preguntarle si me ama.

—Sí, sin la menor duda, lo amo, pero no creo que sea la misma clase de amor a la que usted se refiere cuando me dice que me ama.

—¿Entonces...?

—Tengo que pensar muy bien lo que voy a decir. Yo lo amo, pero no le he llamado Simón ni siquiera una vez. Lo amo por el poder que tiene para guiarme en la comprensión de las cosas que antes no entendía, o que entendía de otra manera. Lo amo porque ha hecho de su saber el principal alimento de su vida, y así se ha convertido en un hombre excepcional. Es usted como el fuego: me da calor.

—Bien, ¿y qué hacemos con todo eso?

—¿Es que tenemos que hacer algo? ¿No estamos haciendo algo ya? Si yo soy Sofía para usted, ¿qué cree que es usted para mí?

—No sé si la entiendo bien. Dice que me ama, y que para usted valgo mucho. ¿Vamos a ser amantes?

—Creo que ya lo somos.

—No, me refiero a amantes del todo.

—¿Que nos liemos, que nos acostemos y todo eso?

—¿Hay que descartarlo?

—No, pero creo que sería un gran error.

—¡Ah, María! ¿Está segura? Mire, ya sabe lo que soy: un clérigo. No le estoy pidiendo que sea mi querida. No sería digno de usted.

—¡Bueno, no vamos a casarnos, eso seguro!

—¿Quiere decir que descarta el matrimonio rotundamente?

—Rotundamente.

—Ah, pero no puedo hacerle proposiciones deshonestas. No es cuestión de mojigatería...

—No, no; lo entiendo, de verdad. «No me amarías tanto, querido, / si no amaras más el honor».

—No se trata sólo del honor. Podría decirse así, pero es algo de más peso que el honor. Soy sacerdote para siempre, de la orden de Melquisedec; me he comprometido a vivir conforme a unas reglas inflexibles. Si la tomara sin haberle hecho juramento ante el altar, usted no tardaría en aborrecerme y yo sería un sacerdote renegado. No un borracho, ni un libidinoso ni ninguna otra cosa relativamente sencilla, e incluso perdonable quizá, sino un perjurio. ¿Lo comprende?

—Sí, lo entiendo perfectamente. Habría violado el juramento que le hizo a Dios.

—Sí. Lo entiende. Gracias, Maria.

—Reconocerá conmigo que resultaría un poco rara, como mujer de clérigo y, perdóneme por lo que voy a decir, creo que lo que necesita de verdad no es una mujer, Simón. Usted necesita alguien a quien amar. ¿No puede amarme sin necesidad de todas esas cuestiones colaterales del matrimonio, como acostarse juntos y demás, que no creo que tengan nada que ver en realidad con lo que estamos hablando?

—¡Me pide mucho, desde luego! ¿Es que no conoce a los hombres?

—No excesivamente, pero creo que a usted lo conozco bien. Me arrepentí tan pronto lo hube dicho, pero los celos fueron más rápidos que yo:

—¡Yo creo que conoce a Hollier mucho mejor que a mí!

Palideció, se le puso la cara de un tono oliváceo.

—¿Quién se lo ha contado? Supongo que no hay necesidad de preguntar; sólo ha podido ser él.

—¡Maria! Maria, tiene que entenderlo... ¡no fue lo que se imagina! No lo hizo por presumir ni nada; estaba destrozado y me lo contó porque soy sacerdote, ¡y yo tenía que haberme mordido la lengua!

—¿Es cierto?

—Juro que fue como se lo digo.

—Entonces, escúcheme, porque lo que voy a decir es verdad. Amo a Hollier. Lo amo de la misma forma que a usted: porque es espléndido en su mundo de esplendor. Fui tan idiota que lo quise de la forma a la que usted se refiere, no sé ni sabré nunca si porque él me deseaba a mí o yo a él, pero cometí un gran error. Por culpa de esa estupidez, que, como vivencia no valió un comino, creo que he interpuesto entre nosotros algo que casi me ha hecho perderlo para siempre. ¿Cree que quiero que me pase lo mismo con usted? ¿Es que todos los hombres son tan ansiosos y estúpidos como para creer que el amor sólo nace de ese favor en concreto?

—El mundo lo considera la consumación del amor.

—En tal caso, al mundo le falta una cosa importante que aprender. Simón, me ha llamado usted Sofía, la Sabiduría Divina, la amiga y compañera de juegos de Dios en la Creación. Bien, quizá lo asombre lo que voy a decirle: acepto ser Sofía para usted y lo seré mientras usted quiera, pero no puedo dejar mi identidad humana llamada Maria y, si nos vamos a la cama, aunque sea Sofía quien se acueste, la que se levante después será sin duda Maria, y no en todo su esplendor, y Sofía habrá desaparecido para siempre. Y usted, querido Simón, se acostaría como mi ángel rebelde, pero enseguida se convertiría en un clérigo anglicano más bien gordito y el ángel rebelde no volvería más.

—¿El ángel rebelde?

—No irá a decirme que tengo algo que enseñarle, después de la charla tan poco académica que hemos tenido, ¿verdad? ¡Ay, Simón! ¿Es que no se acuerda de los ángeles rebeldes? Eran ángeles de verdad, Samahazai y Azazel. Revelaron los secretos del Cielo al rey Salomón y Dios los expulsó, pero, ¿se entristecieron y

planearon la venganza? ¡No, qué va! No eran egotistas amargados como Lucifer. Al contrario, ayudaron a la humanidad a avanzar, descendieron a la Tierra y enseñaron lenguas, medicina, derecho e higiene —nos lo enseñaron todo— y con frecuencia gozaron de particular predicamento entre «las hijas del hombre». Es un fragmento maravilloso de las escrituras apócrifas y creía que lo conocería, porque sin duda ¡es la explicación del origen de las universidades! Dios no sale muy bien parado en algunos de esos relatos, ¿verdad? Job tuvo que enseñarle unas cuantas verdades sobre Su injusticia y Sus caprichos; los ángeles rebeldes le enseñaron que ocultar el conocimiento y la sabiduría y guardárselos para Sí era hacer como el perro del hortelano. Lo considero una prueba de que acabaremos civilizando a Dios. De modo que le ruego, querido Simón, que no me prive de mi ángel rebelde sólo por aspirar a ser un enamorado humano como otro cualquiera y yo no le privaré de Sofía. Hollier y usted son mis ángeles rebeldes, pero, como es usted el primero en saberlo, escoja cuál quiere ser: ¿Samahazai o Azazel?

—¡Samahazai, sin vacilar! Azazel es asaz pizpireto para mí.

—¡Querido Simón!

Estuvimos hablando todavía una hora, pero no se dijo nada que no hubiéramos dicho ya de una forma u otra y, cuando nos despedimos, la besé, por descontado, pero no como un enamorado cualquiera ni como un prometido en matrimonio, sino con un ánimo nuevo para mí.

Desde la cena del 26 de diciembre, no había dejado de beber lágrimas de sirena a todas horas, pero, para inmenso placer mío, la pueba parecía haber concluido. Dormí como un niño y al día siguiente me desperté inmensamente repuesto.

VI

—¿Hola? Hola... ¿es usted el reverendo Darcourt? Oiga, llamo por un tal Parlabane: ha muerto. Ha muerto en la cama, con la luz encendida. Dejó una carta y decía que lo avisara a usted. De modo que venga, ¿eh? Porque esto hay que solucionarlo. No soy yo quien tiene que ocuparse de estas cosas.

Así habló la casera de Parlabane, en el tono de la típica patrona ofendida de cuya amabilidad abusa todo el mundo; me llamó poco después de las seis de la mañana del domingo de Resurrección. Los médicos y los sacerdotes están acostumbrados a las urgencias y saben que pocas veces hay tanta prisa que no pueda uno vestirse adecuadamente mientras toma un café instantáneo. Las personas con autoridad deben presentarse bien compuestas, allá donde se las requiera, sea cual fuere la desgracia humana que las espera. La pensión de Parlabane quedaba cerca de la universidad, de modo que, al cabo de poco, me encontré escuchando a la señora Mustard, que, furiosa y excitada, me contó lo sucedido mientras subíamos las escaleras. Se había levantado temprano para ir a la iglesia a las siete, había visto luz por debajo de la puerta de Parlabane, insistía mucho a los inquilinos en que no malgastaran electricidad, llamó a la puerta, pero no consiguió despertarlo, conque entró pensando que lo encontraría borracho, como tantas veces —al principio, quiso hacerle creer que era un monje o algo así— y allí estaba, en la cama, con una sonrisa o algo parecido en la cara y no se despertaba: estaba helado y no, no había llamado a un médico y desde luego ella no quería problemas.

Parlabane yacía en la reducida y humilde habitación, a la que había conferido un ambiente de miseria que de por sí no tenía, en una estrecha cama de hierro, vestido con el hábito de monje, el diurno entre las manos y cara de satisfacción consigo mismo, pero no sonreía; los muertos no sonríen, salvo por la mano experta del embalsamados. Había una carta en la mesa dirigida a mí, con mi número de teléfono en el sobre.

Suicidio, pensé. No puedo asegurar que tranquilizase a la señora Mustard, pero procuré apaciguarla todo lo posible y después llamé por teléfono a un médico, amigo de Parlabane y mío en los tiempos de estudiantes; le pedí que acudiera. Al cabo de unos veinte minutos, ya estaba conmigo, completamente vestido también y con el olor inconfundible a café instantáneo. ¡Ah, qué puntal es el café instantáneo para los sacerdotes y los médicos!

Mientras lo esperaba, leí la carta; antes me había deshecho de la señora Mustard pidiéndole que tuviera la amabilidad de hacer café... preferiblemente no instantáneo, maticé, para que tardara un poco más.

La carta sólo podía ser de Parlabane.

Mi querido Simón:

Siento meterte en esto, pero alguien tiene que hacerlo, y entra en tus deberes profesionales, ¿no? La verdad es que de la Mustard no puedo esperar gran cosa y, además, le debo bastantes atrasos del alquiler. Se pueden descontar ésas y mis demás deudas del adelanto de mi novela, que estará a punto de salir. ¿No lo crees? ¡Avergüénzate, hombre de poca fe! Entre tanto, es mi deseo profundo recibir cristiana sepultura, conque, por favor, añádelo a la larga lista de favores que me has hecho — da las buenas noches a Johnny en su camita, como hacías algunas veces cuando éramos jóvenes, en la Entelequia—, aunque jamás te arriesgaste a meterte en la cama con él, so miedica... Que Dios te bendiga, Sim. Tu hermano en Cristo,
John Parlabane, S.S.M.

La llegada del médico fue un alivio; examinó el cadáver y dijo, innecesariamente, que Parlabane estaba muerto, pero, cosa extraña, no logró averiguar la causa de la defunción.

—No hay señal de nada —dijo—; ha muerto porque el corazón ha dejado de latir, eso es todo lo que puedo poner en el certificado. Paro cardíaco, que es como morimos todos, en realidad.

—¿No hay indicios de suicidio? —pregunté.

—Ninguno. Era lo que me esperaba cuando me llamaste, pero no he visto pinchazos ni señales de nada que pudiera justificarlo. Ni hay rastro de veneno... ya sabes, siempre suele haber algo. Parece tan satisfecho de sí mismo que no creo que haya sido un final doloroso. Francamente, me esperaba un suicidio.

—Y yo, pero me alegro de que no sea así.

—Sí, porque eso te saca del atolladero, ¿verdad?

Con esas palabras, mi antiguo amigo vino a aludir a la extendida idea de que los clérigos de creencias como la mía no podemos officiar funerales por los suicidas. En realidad, tenemos gran libertad y la caridad suele ganar la partida.

De modo que tomé las disposiciones necesarias y añadí más obligaciones a mi domingo de Resurrección, que ya estaba bastante cargado. Surgió un percance un poco indecoroso con la señora Mustard, pues dijo que no quería que sacaran el cadáver de su casa hasta que le fuera saldada la deuda. De modo que se la saldé pensando en el tiempo que habría resistido, si le hubiera permitido quedarse con Parlabane en su estado actual. Pobre mujer, supongo que llevaba una vida de perros y por eso era tan desagradable, aunque ella lo interpretase como fortaleza.

Al día siguiente, lunes de Pascua por la mañana, celebré el funeral por Parlabane en la capilla de Santiago el Menor, que está cerca del crematorio. Mientras esperaba por si venía alguien, reflexioné sobre lo que iba a hacer. Ahí estaba yo, con la sotana, el alba y la estola, ejerciendo de expedidor oficial. ¿Hasta qué punto creía las palabras que iba a pronunciar? ¿Hasta qué punto creía Parlabane? ¿Creía en la resurrección de la carne, por ejemplo? De nada valía darle vueltas en aquel momento;

él lo había pedido así y así lo tendría. El servicio religioso fue noble: música espléndida que no debía someterse a examen como una póliza de seguros.

Aparte de mí, sólo estaban presentes Hollier y Maria. El encargado de pompas fúnebres, confundido por el hábito de Parlabane y tomándolo por sacerdote, había colocado el cadáver con la cabeza hacia el altar, y no me molesté en cambiarlo de posición. Ya le había explicado que, en realidad, el cadáver no necesitaba ropa interior; Parlabane había muerto desnudo, sólo con el hábito, y así lo envié a las llamas; no quise granjearme fama de excéntrico pidiendo al enterrador más cambios de procedimiento.

El ambiente fue íntimo, como es lógico, y en el momento oportuno de la ceremonia dije:

—Ahora es cuando el sacerdote suele decir unas palabras sobre la persona cuyo caparazón humano parte hacia su último destino, pero, como somos pocos, y todos amigos suyos, sería más apropiado hablar un poco de él entre nosotros. Creo que fue un hombre digno de compasión, aunque se habría burlado de ella; era desafiante y orgulloso. Pidió un entierro cristiano y por eso estamos aquí. A su modo muy particular, profesó un profundo sentimiento por la fe cristiana, pero parecía burlarse de casi todas las virtudes que los cristianos deben venerar. Podría decirse que la fe y el orgullo libraban una batalla en él: no sabía lo que era la humildad. Confieso que no llegué a entenderlo; creo que me despreciaba, en la última carta que me escribió, creo que quería ser gracioso conmigo, pero en realidad me despreciaba. Mi fe me obliga a perdonarlo y perdonado está; quiso tener esta ceremonia y ni siquiera me planteé la posibilidad de negarme; con todo, me habría gustado poder decir sinceramente que lo apreciaba.

—Hizo todo lo que estaba en su mano para evitar que lo apreciaran —dijo María—. A pesar de sus sonrisas, sus bromas mimosas y sus palabras de cariño, despreciaba profundamente a todo el mundo.

—Yo lo apreciaba —dijo Hollier—, pero también es verdad que lo conocí mejor que vosotros. Supongo que lo consideraba un fósil cultural de los míos; los tiempos en que uno podía declararse intelectualmente superior sin el menor desdoro han pasado a la historia. Ahora somos hipócritas. Él, en cambio, lo reconocía abiertamente: pensaba que todos éramos zopencos y yo, en particular, un fraude intelectual. En ese sentido, él representaba la vuelta a la gran época de Paracelso y Cornelio Agrippa... y Rabelais, sí, cuando los sabios escarnecían sin ambages a cualquiera que considerasen intelectualmente inferior. En ese aspecto, Parlabane era una fuente de agua fresca. Es una lástima que la novela sea tan mala; la verdad es que es una gran befa, de principio a fin, por más que él pensara otra cosa.

—Al parecer, murió creyendo que se publicaría —dije—. En la carta que me dejó dice que se paguen sus deudas a cuenta del adelanto de la publicación.

—No lo creas —dijo Hollier—. Sencillamente, no quiso reconocer la verdad: que vivía a expensas de los demás. Y eso me recuerda otra cosa, Simón, ¿quién paga esta

vez?

—Yo, supongo —dije.

—No, no —replicó Hollier—, déjame contribuir. ¿Por qué habrías de cargar tú con todo?

—Naturalmente —dijo Maria—; así fue mientras vivió, será mejor que siga siendo igual hasta el final. A mí me debía casi novecientos dólares; no me voy a morir por poner cien más.

—Oh, no será tanto —dije—; he procurado hacerlo lo más económico posible. El coste del funeral, más la deuda que tenía con su casera y otro par de cabos sueltos, calculo que nos saldrá por... bueno, sí, se ha acercado usted más de lo que pensaba, Maria; seguramente serán más de doscientos por cabeza. ¡Ay, Señor! ¡Qué indecoroso es esto! Quería que pensáramos en él unos minutos con seriedad y bondad y aquí estamos, comentando sus deudas.

—Bien merecido lo tiene, maldita sea —dijo Hollier—. Si anda por aquí cerca, estará desternillándose de risa.

—Podía haber dejado un testamento como el de Rabelais —dijo Maria—. «Debo mucho, no tengo nada, lo demás se lo dejo a los pobres...».

Y se echó a reír.

Hollier y yo nos contagiamos y, cuando el encargado asomó la cabeza desde el cuartito en el que acechaba y tosió, estábamos riéndonos a carcajadas. Reconocí la señal; había que mandar a Parlabane al crematorio antes de la hora de comer.

—Oremos —dije.

—Sí —dijo Hollier— y después... el fuego purificador.

Más risas. Aunque seguro que había presenciado funerales más estrambóticos el encargado parecía escandalizado. Nunca me había reído en un funeral, pero esta vez sí.

Me quedé hasta que retiraron el ataúd y después nos encontramos fuera. No hacía falta que volviera para la cremación.

—Nunca me había divertido tanto en un entierro —dijo Hollier.

—Yo tengo sensación de alivio —dijo Maria—. Supongo que debería avergonzarme..., pero no, en realidad no lo creo. Sencillamente, siento alivio. Empezaba a ser una carga muy pesada y ahora ha desaparecido.

—¿Nos vamos a comer? —dije—. Permitidme que os invite, habéis sido muy amables viniendo aquí.

—Ni pensarlo —dijo Hollier—. Al fin y al cabo, tú te has encargado de todos los trámites y hasta has oficiado el servicio. Ya has hecho bastante.

—No iré si no me permiten pagar a mí —dijo Maria—. Si tengo que aducir una razón, digamos que me alegro más que ustedes de su desaparición definitiva.

Nos pareció bien, Maria pagó, la comida se alargó hasta pasadas las tres y los tres disfrutamos inmensamente de lo que llamamos el velatorio de Parlabane. Cuando íbamos hacia la universidad, donde ninguno de nosotros tres había estado en todo el

día, vimos la bandera del campus a media asta. No nos tomamos la molestia de preguntar por qué; las grandes universidades siempre lamentan la muerte de sus valores.

El segundo paraíso VI

I

Febrero: mes de crisis en la universidad, sin la menor duda, y probablemente en todo el invernal Canadá. La crisis también se recrudecía a mi alrededor en la sala de *mamusia*, donde Hollier llevaba al menos una hora dando vueltas a su obsesión con Urquhart McVarish y el manuscrito de Gryphius sin entrar en el meollo del asunto. La habitación parecía mucho más oscura de lo que sería de esperar a las cinco de la tarde. Yo no podía hacer otra cosa que mirar con la cabeza gacha y temer.

—¿Por qué no dices lo que quieres, Hollier? Di de una vez lo que tienes entre ceja y ceja. ¿Crees que puedes engañarme? Hablas sin parar, pero lo que quieres puede más que lo que dices. A ver. Quieres comprarme una maldición. Es eso, ¿no?

—Es difícil de explicar, señora Laoutaro.

—Pero fácil de entender. Quieres esas cartas, el libro, lo que sea, pero lo tiene el otro hombre y se burla de ti porque está fuera de tu alcance. Lo odias. Quieres quitártelo de en medio. Quieres ese libro. Quieres que él sea castigado.

—Hay consideraciones académicas...

—Eso ya me lo has dicho. Crees que puedes sacarle más provecho que él al libro, pero por encima de todo, lo que quieres es ser el primero en usarlo, tenga lo que tenga. ¿No es eso?

—Dicho sin tapujos, sí, supongo que es eso.

—¿Por qué no sin tapujos? Mira: vienes aquí, me halagas, me dices que soy una *phuri dai* y luego me cuentas una larga historia sobre un enemigo que te amarga la vida, ¿y crees que no sé lo que quieres? Dices que seré tu colega en un experimento fascinante. Quieres decir que quieres que sea tu *cohani*, la que lanza el maleficio. Hablas del mundo oscuro y de... ¿qué palabra era?... fuerzas ctónicas y toda esa cháchara de profesor, pero lo que quieres decir es magia, ¿no es eso? Porque no puedes resolver la situación por las buenas, como buen profesor, y crees que podrías echar mano de la antigua manipulación negra, pero te asusta pedirlo a las claras. ¿Me equivoco?

—No soy idiota, señora. Llevo veinte años dando vueltas a la cuestión a la que nos referimos. La he estudiado de la mejor forma, de la forma más objetiva que permite el mundo académico, pero no me la he tragado entera. El problema que se me plantea ahora me hace pensar en ella, naturalmente, y tiene usted razón: quiero invocar algún medio extraordinario para conseguir lo que quiero y, si eso significa hacer daño a mi rival de profesión, supongo que será inevitable. No me hable de magia llanamente. Sé lo que es la magia, es decir, sé lo que pienso que es. La magia... detesto ese término por las asociaciones que ha llegado a tener, pero es igual. La magia, en el sentido más profundo de la palabra, sólo puede darse cuando los sentimientos son muy fuertes. No se pone en marcha con una mentalidad escéptica, cruzando los dedos, por decirlo de alguna manera. Es necesario desear y creer. ¿Tiene usted la menor idea de lo difícil que es eso para un hombre de mi época,

con mi educación y mi temperamento? Usted, en el estrato más profundo de su ser, vive en la Edad Media y la magia acude a usted con facilidad..., no precisamente con lógica, pero para mí es un tema de estudio, un hecho psicológico no necesariamente objetivo, una cosa que algunas personas han creído siempre pero nadie ha podido demostrar. No he tenido ocasión de experimentarla personalmente porque no disponía de lo necesario: el deseo y la creencia.

»Pero ahora, por primera vez en mi vida, por primera vez de verdad, quiero una cosa desesperadamente. Quiero ese manuscrito.

Lo quiero tanto que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguirlo. He querido cosas a lo largo de mi vida, como distinciones profesionales, pero no como esto de ahora.

—¿Nunca ha querido a una mujer?

—No como quiero ese manuscrito. No mucho, supongo. Es una cuestión que nunca me ha interesado demasiado.

—¿De modo que la primera gran pasión de tu vida nace del odio y la envidia? Piensa, Hollier.

—Simplifica usted las cosas para denigrarme.

—No, para que te enfrentes a ti mismo. De acuerdo, tienes el deseo, pero eres incapaz de reconocer que, además, crees.

—No lo entiende usted. Me han enseñado a dejar las creencias en suspenso, a estudiar, experimentar y someterlo todo a prueba.

—Es decir, quieres lanzar una maldición a un enemigo sólo como un experimento.

—Yo no he hablado de maldiciones.

—No has pronunciado esa palabra, pero mi anticuado oído, con el que oye mi anticuada mentalidad, no necesita oír la palabra antigua. No la quieres pronunciar porque así te dejas la salida libre: si funciona, bien... y, si no, no era más que charlatanería de gitanos y el gran profesor, el hombre moderno, sigue quedando por encima. Mira, quieres ese libro. Pues busca a alguien que lo robe. Sé de un ladrón listo y honrado.

—Sí, ya lo había pensado, pero...

—Sí, pero si lo robas y luego escribes sobre él, tu enemigo sabrá que se lo has robado tú. ¿No?

—Sí, ya lo había pensado.

—¡Ja! ¡Lo habías pensado! Encaremos los hechos como lo has hecho para tus adentros, aunque no lo quieras reconocer ante mí ni ante ti mismo, siquiera: para conseguir ese libro o lo que sea y poder usarlo libremente, quien lo tiene ahora debe morir. Profesor, ¿estás preparado para desear la muerte a otra persona?

—Miles de personas desean la muerte a otras todos los días.

Sí, pero, ¿lo dicen de verdad? ¿Las matarían de verdad, si pudieran? Entonces, ¿por qué no lo matas? Yo no voy a proporcionarte un asesino, pero Yerko quizá sepa

indicarte dónde encontrarlo.

—Señora, no he venido aquí a contratar ladrones ni asesinos.

—No, eres demasiado inteligente para eso, demasiado moderno. Supon que pillan a tu asesino; esos tipos a veces son muy torpes. Entonces el tipo dice: «El profesor me contrató», y ya estás metido en un lío, pero si te descubren a ti y dices: «Contraté a una vieja gitana para que le echara una maldición», el juez se reirá y dirá que eres un gran bromista amonestándote con el dedo. Eres listo, Hollier.

—Me está llamando idiota.

—Porque me caes bien. Hacer cosas así no es propio de un hombre como tú. Tienes la suerte de haber recurrido a mí. Pero, ¿por qué a mí?

—En Navidad, me leyó el futuro en las cartas del tarot y se ha cumplido. La obsesión y el odio que me predijo se han hecho realidad, desgraciadamente.

—Dificultades para ti y para una persona cercana. ¿Quién es esa persona?

—Se me había olvidado esa parte. No sé quién puede ser.

—Yo sí. Mi hija Maria.

—¡Ah, sí, naturalmente! Maria tenía que trabajar conmigo en ese manuscrito, si lograba hacerme con él.

—¿Y nada más, respecto a Maria?

—No, claro. ¿Qué más podría haber?

—¡La Virgen, Hollier, qué idiota eres! Recuerdo bien lo que te dijeron las cartas. ¿Quién es la sota de oros, el criado que te manda una carta?

—No lo sé. Todavía no ha aparecido, pero la figura de su predicción que me ha vuelto a traer aquí es la Luna, la mujer cambiante que advierte de un peligro. ¿Quién puede ser, sino usted? De modo que, como es lógico, he vuelto a buscar consejo.

—¿Te fijaste bien en la carta? La Luna, alta en el cielo, es a la vez la mujer anciana, representada por la luna llena, y la virgen, la luna creciente, y ninguna de las dos presta atención al lobo y al perro que están en la Tierra, ladrando a la Luna; y en la base, bajo la tierra, está Cáncer, ¿se acuerda?, el espíritu de la Tierra que gobierna el lado oscuro de todo lo que ve la Luna, y Cáncer representa muchas cosas malas, como la venganza, el odio y la autodestrucción, porque devora, ya sabes. Por eso, la enfermedad que devora lleva su nombre. Cuando veo salir la carta de la Luna, siempre sé que puede ocurrir algo malo por culpa de la venganza y el odio devorador, y que puede destruir a la persona con la que estoy hablando. Bien, presta atención, Hollier, porque voy a decirte cosas que no te van a gustar, pero espero ayudarte diciéndote la verdad.

»Llevas más de una hora insinuando que, sólo por probar —como en broma, para ver qué pasa— pronuncie yo un viejo hechizo gitano contra tu enemigo. ¿Qué viejo hechizo gitano? ¿Conoces alguno? Hablas como si supieras mucho más que yo de los gitanos. Yo sólo conozco a unos cien, como mucho, y la mayoría han muerto ya: los mató gente como tú, que siempre tiene que ser más moderna y más lista que nadie. El asunto del hechizo es sólo para concentrar el sentimiento.

»Pero, ¿una maldición? Para eso hacen falta los sentimientos más fuertes. Supongamos que te vendo una maldición. Yo no odio a tu enemigo, no representa nada para mí. Si quiero salir ilesa del asunto, tengo que estar a buenas con “¿Qué?”, porque “¿Qué?” es terrible. A “¿Qué?” no le preocupa la almidarada justicia del hombre civilizado, sino la de la Balanza, que no tiene nada que ver con el hombre e incluso puede parecerle a éste maligna y terrible. ¿Entiendes lo que digo? Cuando la Balanza considera que ha llegado el momento de equilibrar los platillos, suceden cosas tremendas. Casi todo lo que no entendemos es producto de la Balanza. Atraemos lo que somos, ¿verdad, Hollier? Siempre nos toca el perro o el violín oportunos para nosotros, aunque no nos guste y, si somos orgullosos, la Balanza puede demostrarnos con toda dureza lo débiles que somos. Y el señor de la Balanza es “¿Qué?” y, si invoco una maldición sólo por beneficiarte a ti, hay que aplacar a la Balanza, créeme; de lo contrario, me veré en grandes dificultades. Me parece que no me interesa forzar mi crédito con “¿Qué?” sólo por complacerte, Hollier. No quiero invocar a “¿Qué?”, que vive en la oscuridad, allá abajo, donde habita Cáncer, rodeado de un ejército de seres de la oscuridad, espíritus de suicidas y todos los poderes más terribles, para conseguirte un libro antiguo. ¿Y sabes lo que me da más miedo de esta conversación de ahora? La frivolidad que has demostrado pidiéndome una cosa así. No sabes lo que haces. Tienes una mentalidad tan frívola que me escandaliza, como todos los hombres cultos y modernos.

A Hollier le estaba sentando mal el discurso. A medida que *mamusia* hablaba, se le iba ensombreciendo la cara más y más, hasta ponerse del color al que se refiere la gente cuando dice que una persona se pone negra: como si sangrara por dentro. Entonces, la miró de frente, sin rastro de la actitud de profesor que había mantenido durante toda la hora anterior. Estaba espantoso, jamás lo había visto así, y la pasión le ahogaba la voz.

—No soy frívolo. Usted no entiende lo que soy porque no sabe nada de pasión intelectual.

—Orgullo, Hollier, llamemos a las cosas por su nombre.

—¡Cállese! Ya ha dicho todo lo que tenía que decir, que es «no». Muy bien, no diga nada más. Sea como usted quiera. Es posible que haya venido aquí con la esperanza de que consintiera en utilizar sus poderes a mi favor. La tenía por una *phuri dai* y por amiga. Ahora sé hasta dónde llega su amistad, y he cambiado de opinión respecto a su sabiduría. Por preguntar no perdía nada. Buenas tardes.

—¡Espera, Hollier, espera! ¡No entiendes el peligro que corres! ¡No has entendido lo que te he dicho! El poder de la maldición está en la fuerza del sentimiento. Si le digo a «¿Qué?» que este amigo mío, aquí presente, tiene un sentimiento muy hondo respecto a tal persona y le pregunto qué puede hacer por ayudarte, yo sólo seré la mensajera. Para ser mensajera, tengo que creer. No me necesitas para una maldición; ya has maldecido de corazón a tu enemigo y has llegado a «¿Qué?» sin mí. Mira, ¡temo por ti! Había visto odio tremendo otras veces,

pero nunca en un hombre tan ciego sobre sí mismo como tú.

—¿Ahora me dice que puedo arreglármelas solo?

—Sí, porque me has obligado.

—Pues escúcheme bien, señora Laoutaro: me ha hecho un gran favor esta tarde. ¡Ahora sé que tengo las dos cosas, sentimiento y creencia! ¡Creo! ¡Sí... creo!

—¡Ay, Dios, Hollier, amigo mío! ¡Me deja muy preocupada! Maria, acompaña al profesor a casa en el coche... ¡y conduce con mucho cuidado!

No dije una palabra en todo el camino hasta las puertas de la Entelequia. Tampoco había abierto la boca durante la tremenda discusión con *mamusia*, aunque me aterraba la inmensa tensión venenosa que llegó a acumularse en la sala. ¿Qué podía decir yo? Cuando salió del coche, cerró con tanta violencia que temí que la portezuela se cayera.

II

Al día siguiente, Hollier parecía tranquilo y no me dijo nada de la bronca con *mamusia*. La verdad es que, a juzgar por las apariencias, le había afectado mucho menos que a mí. Yo no tenía más remedio que aceptarme a mí misma sobre unas nuevas bases. Había luchado mucho por liberarme del mundo de mi madre, que consideraba supersticioso, pero ahora me veía obligada a reconocer que la liberación total no dependía de mí. Y lo que es más, empezaba a pensar en la superstición con más simpatía que nunca, desde el día en que, hacia los doce años, comprendí por primera vez el lugar tan ambiguo que ocupaba la superstición en el mundo en que vivía. En el colegio, todo el mundo condenaba la superstición tajantemente, pero bastaba con observar para comprender que todo el mundo tenía algún prejuicio irracional. ¿Y dónde había que trazar la divisoria entre la veneración desmesurada de algunas monjas por un santo en particular y los juegos de las niñas para averiguar si su novio las quería? ¿Por qué estaba bien sobornar a san Antonio de Padua con una vela para encontrar los lentes perdidos, pero no a La Florecita para que la hermana Santo Domingo no se enterase de que no habías hecho los deberes? Despreciaba la superstición tan ostentosamente como los demás, y la practicaba en privado como todas mis amigas. Nos enseñaban que el hombre es religioso por naturaleza; yo descubrí que también es supersticioso por naturaleza.

Supongo que fue esa dualidad mental la que me llevó al trabajo de Hollier sobre el rastreo de creencias pasadas y sabiduría oculta. Como tantos estudiantes, buscaba un tema que diera solidez a la vida que tenía en las manos, aunque sería más certero decir que era ella la que me tenía en las suyas; era un honor y una satisfacción ser su aprendiz en ese escarbar en los muladares de creencias supuestamente desfasadas, sobre todo porque la universidad reconocía esa clase de estudios como enfoque científico de la historia de la cultura.

Pero lo que estaba sucediendo a mi alrededor empezaba a acercarse alarmantemente a la entraña de la verdadera superstición, es decir, al reconocimiento de que lo que yo consideraba superstición pudiera tener algún fundamento real en los procesos de la vida. Mucho antes de que Hollier me dijera que quería volver a ver a *mamusia*, yo ya sabía que lo que ella había visto en la tirada de Hollier se estaba manifestando en su vida... y, por ende, en la mía también. Mayores dificultades e insatisfacción creciente en el desarrollo del trabajo; ¿el responsable? Para mí estaba muy claro que Urquhart McVarish era el origen de la perturbación y que la respuesta de Hollier era el odio: odio auténtico, no el simple antagonismo común de la vida académica. Dicho al modo antiguo, era Caín redivivo, que quería apoderarse del portafolios de Gryphius; el hecho de saber tan poco sobre el contenido de las cartas sólo servía para reforzarle la idea de que eran de la mayor trascendencia. Yo no sabía qué revelaciones esperaba encontrar sobre Paracelso y Rabelais; dejó caer algunas insinuaciones sobre el gnosticismo u otra clase de criptoprottestantismo o alquimia

mística quizá y sobre hierbas curativas o nuevas conjeturas sobre el vínculo entre el alma y el cuerpo, que eran el equivalente del conocimiento que Ozy Froats buscaba con tanta paciencia. Parecía esperarlo todo, cualquier cosa, si lograba echar mano a las cartas guardadas en la tapa posterior del portafolios de piel. McVarish había desbaratado sus planes y Caín volvía a hacer de las suyas.

Al menos nada tenía que ver con la imaginación. Urky se comportaba de una forma intencionadamente irritante, se notaba que sabía lo que le pasaba a Hollier. Cuando se encontraban, cosa que sucedía en reuniones de profesores y, esporádicamente, en celebraciones sociales, solía decirle con mucho cariño: «¿Qué tal va el trabajo, Clem? Bien, espero, ¿no? ¿Algún hallazgo digno de mención en su especialidad? Supongo que a estas alturas, es imposible encontrar algo verdaderamente nuevo».

Era la clase de comentario que, dicho con la sonrisa provocadora de Urky, bastaba para que Clem perdiera la compostura y luego, cuando hablaba conmigo, se enfadara y lo insultase.

Le enfurecía que Darcourt no quisiera acusarlo de robo abiertamente y amenazarlo con una denuncia a la policía, cosa que, evidentemente, Darcourt no podía hacer con pruebas de tan poco peso. Lo único que Darcourt sabía era que, al parecer, Cornish había prestado a Urky un manuscrito que no se había localizado, pero hace falta algo más para que un académico lance a la policía contra otro académico. Cuando Hollier me pidió que lo llevara a ver a *mamusia* otra vez, había adelgazado y estaba más taciturno que nunca, a fuerza de alimentar su obsesión. «Comiéndose los higadillos», como el dragón de *Fairie Queene*.

Cuando Hollier dijo a *mamusia* que no sabía quién era la sota de oros, el criado que trabajaba para él, no me lo podía creer. Parlabane, que hasta antes de Navidad sólo pedía dinero de vez en cuando, estaba peor que nunca, pedía todas las semanas e incluso entre semana. Decía necesitarlo para mandar la novela a mecanografiar, pero yo no le creía porque aceptaba la cantidad que fuera, desde dos dólares hasta cincuenta, y después de sablear a Hollier, venía a sacarme más tributo a mí.

Mejor que pedir, diría exigir, porque no era un sablista normal; usaba fórmulas correctas sí, pero entre líneas se leía una amenaza, aunque nunca llegué a saber en qué consistía..., y bien que me cuidé de averiguarlo. Me lo pedía con imperiosidad, insinuando que una negativa acarrearía algo más que malas palabras; parecía dispuesto a la violencia. ¿Habría llegado a pegarme? Sí, estoy segura, y habría sido un golpe tremendo porque era un hombrecito muy fuerte, y muy colérico, y me daba más miedo la cólera que el dolor.

De modo que mantuve la fachada de mujer moderna que actúa por voluntad propia, aun en contra de mis deseos, pero bastaba rascar un poco para saber que no era más que una mujer asustada por la fuerza y la ferocidad masculinas. Me sacaba dinero con intimidación, y nunca me dio tanta rabia como para arriesgarme a una paliza por no someterme.

A Hollier no lo intimidaba. Nadie habría podido. Con él recurrió a despertar la lealtad masculina para con un viejo amigo caído en desgracia, aunque sospecho que al menos una raíz de ese sentimiento se alimenta de culpabilidad..., esa tontería de «gracias a Dios que no me ha tocado a mí». Podía lloriquear hasta sacar diez dólares a Hollier y, acto seguido, presentarse en la antecámara y sacarme a mí otros diez con sacacorchos. Una auténtica actuación estelar.

Su novela era para él lo que el manuscrito de Gryphius para Hollier. Iba por ahí arrastrando un montón de folios en una bolsa de supermercado, de las de plástico fuerte. Debía llevar al menos mil páginas del original, porque la bolsa reventaba, aun después de entregar por fin a Hollier un fajo de hojas, que, según dijo, era una copia casi completa y perfecta del libro. Insinuó, aunque no lo dijo explícitamente, que la versión definitiva estaba en manos del mecanógrafo, que estaba haciendo copias para las editoriales y lo que quedaba en la bolsa era una colección de notas, esquemas y fragmentos insatisfactorios.

Parlabane le hizo entrega del mazacote mecanografiado con mucha ceremonia, pero cuando se hubo ido, Hollier lo ojeó un poco, se retiró desanimado y me pidió que lo leyera yo y le hiciese un informe añadiendo algún comentario que pudiera parecer de su cosecha. No sé si Parlabane llegó a sospechar el engaño, pero procuré que no me sorprendiese nunca forcejeando con su leonera narrativa.

Hay textos mecanografiados tan difíciles de leer como los escritos con mala letra, y el de Parlabane lo era. Estaba en papel barato, ese papel amarillo que no aguanta correcciones en tinta ni en lápiz ni muchas tachaduras, y menos aún, la soba incesante que requiere el proceso de escribir un libro. La novela de Parlabane, *Otro no sea*, era un amasijo lisiado de puntas dobladas, desagradable al tacto, lleno de marcas de culo de vasos y tazas e impregnado de un tufillo que le había dejado el constante manoseo de un hombre cuya vida entera atufaba.

Lo leí, aunque tuve que flagelarme para cumplir. Era sobre un joven que estudiaba filosofía en una facultad, la nuestra, obviamente, y en una universidad, la Entelequia, por descontado. Sus padres eran unos inútiles que no se merecían el hijo que tenían. Celebraba largos consejos filosóficos con profesores y amigos, donde borbotaban palabras como «teleológico» y «epistemológico» y abundaban las digresiones sumamente afinadas sobre el escepticismo y la visión de la vida entera como una lata de gusanos. El mejor amigo se llamaba Picapluma y parecía ser Hollier; daba la talla justa en inteligencia para ser la mano derecha del protagonista, que, lógicamente, era el propio Parlabane (no tenía nombre, se le llamaba *Él*, en bastardilla, a lo largo de todo el libro). Tenía otro amigo, el payaso, llamado Vacabuey o Vacaburra, que nunca decía nada aprovechable; era Darcourt, sin duda. Había escenas sexuales con chicas tan cortas que no alcanzaban a reconocer el filón intelectual que era *Él* y o bien se negaban a acostarse con *Él* o, si lo hacían, *Lo* decepcionaban. *Él* vio la luz cuando se fue a otra universidad a cursar estudios superiores y conoció a un joven que era como un dios griego —no, no se privó de ese

tópico— y con ese D. G. *Él* halló la plenitud espiritual y física.

No se privó de nada. A todo el mundo se le iba la fuerza por la boca... incluso en las escenas de sexo, que no eran divertidas precisamente, excepto con D. G. Pero éstas eran descritas con tal ampulosidad, que era difícil imaginarse lo que sucedía, salvo de forma general, porque usaba un lenguaje que se pasaba de culto.

No pretendo ser crítica de ficción moderna (de momento Rabelais llenaba toda mi cabeza) de todos modos, dudo que esta cosa de Parlabane fuera de verdad una novela moderna ni una novela si quiera. Me parecía un revoltillo aburrido y descorazonado, nada más, y así se lo dije a Hollier.

—Es su vida, pero no tan interesante como me la contó a mí en el *Rude Plenty*: todo está visto desde dentro, y tan microscópicamente que se pierde la narración; va arrastrándose como una ballena varada en la playa.

—¿Y no llega a nada de nada?

—Sí, sí; después de mucho esfuerzo, *Él* encuentra a Dios, la única realidad, y aprende a compadecerse del mundo en vez de burlarse de él.

—Muy amable por su parte. Habrá muchas caricaturas de sus contemporáneos, supongo.

—Yo no podría reconocerlos.

—Claro, son de una época anterior, pero no me extrañaría que algunas sí sean reconocibles y a nadie le va a gustar que le recuerden sus hazañas juveniles.

—Hay cosas escandalosas, pero no se aprecia mucho criterio de selección ni de objetivo.

—Pensaba que nos retrataría a todos; tenía facilidad para hacerse enemigos.

—Usted no sale muy mal parado, pero con el profesor Darcourt se ceba; es el tonelete que cree haber encontrado a Dios, pero, por descontado, no es el verdadero Dios filosófico de dieciocho quilates que encuentra *Él* en su peregrinación espiritual. No es más que un Dios de juguete para mentes cortas, pero lo más raro de todo es que no hay una pizca de humor. Parlabane es un conversador vivaz, pero, por lo visto, no percibe el lado cómico de sí mismo.

—¿Acaso lo esperaba? ¿Usted, una estudiosa de Rabelais? Lo que tiene Parlabane es ingenio, pero no sentido del humor, y el ingenio a palo seco jamás se vuelve hacia sí mismo. El ingenio es algo que poseemos, mientras que el humor nos posee. No me extraña que Darcourt y yo no salgamos favorecidos. Entre amigos de toda la vida, no hay juez más amargo que un brillante fracasado.

—Como novelista, sí parece un fracasado... aunque no me tengo por entendida.

—No se puede sacar un novelista de un filósofo. ¿Ha leído algo de Bertrand Russell? De ficción, me refiero.

Hollier no se planteó siquiera la posibilidad de leer el libro. La cólera contra McVarish lo acaparaba por completo. Fue en febrero cuando me hizo llevarlo a ver a *mamusia* otra vez, y me pasé una hora atroz haciendo de espectadora, aterrada por lo que mi madre era capaz de sacarle a la fuerza. No se me había pasado por la cabeza

que fuese a pedirle una maldición. Supongo que eso da idea de lo estúpida que soy, porque pudiendo leer y escribir esas cosas en su compañía y bajo su dirección, como parte de la materia de la antigüedad que estudiábamos, ¿cómo no se me ocurrió ni remotamente que pudiera agarrarse a algo de esa vida pasada —al menos a mí me parecía cosa del pasado— para vengarse de su adversario? Nunca había admirado tanto a *mamusia*, me sentí muy orgullosa de que hiciese gala de tanta calma severa, de tanto sentido común, pero Hollier se transformó. ¿Quién tenía en aquel momento la mentalidad salvaje?

A partir de aquel día, no volvió a hablar del asunto.

Al contrario que *mamusia*.

—Te enfadaste por lo que hice en Navidad —dijo—, pero ya ves lo bien que están saliendo las cosas. El pobre Hollier está loco. Encontrará grandes dificultades. No es marido para ti, mi niña. La mano del destino desvió la taza hacia Darcourt. ¿Has sabido algo de él?

III

¿Que si había sabido algo del pastor Darcourt? Qué fácil le resultaba a *mamusia* hablar del destino como si ella fuera su cómplice y su instrumento; creía, sin sombra de duda, en el poder del asqueroso filtro, hecho con semillas molidas de manzana y mi sangre menstrual, porque daba por sentados sus efectos como Ozy Froats los principios del método científico, pero en mi caso, reconocer alguna relación entre lo que ella había hecho y la actitud que percibía ahora en Simón Darcourt respecto a mí habría significado renegar del mundo moderno y aceptar la coincidencia como factor de la vida diaria —idea por la que albergaba un profundo desprecio moderno— o bien reconocer que ciertas cosas ocurrían en planos independientes pero paralelos, planos que a veces se disparaban entre sí confusas ráfagas de luz, como trenes que se cruzan en la noche. Había una palabra de moda para expresarlo: sincronía, pero yo no quería pensar en eso: yo era alumna de Hollier y quería considerar las cosas del mundo de *mamusia* como materia de estudio, no como creencias que debían ser aceptadas e integradas en la propia vida. De modo que procuré no prestar a Simón Darcourt más atención que la debida como alumna y por educación elemental.

Me habría resultado más fácil si no hubiera estado tan soliviantada por pensamientos desleales sobre Hollier. Seguía enamorada de él o adoraba sentir por él lo que llamaba amor, porque no encontraba término más apropiado. A veces, cuando hablábamos de mi trabajo, me decía algo tan esclarecedor, que me reafirmaba en la idea de que era un gran maestro que me inspiraba y me abría nuevos caminos, pero, en lo tocante a la obsesión con el manuscrito de Gryphius y las cosas que decía de Urquhart McVarish, me parecía otro hombre; un hombre obsesionado tonto y vanidoso. Abandoné toda esperanza de que fuera a dedicarme algún pensamiento cariñoso y, aunque fingía estar dispuesta a desempeñar el papel de la paciente Griselda y a consentir cualquier cosa por la mayor gloria de Hollier, en mi fuero interno, otra chica iba llegando a la conclusión de que mi amor por él era un gran error, que no sacaría nada de ahí y que más valía superarlo y pasar a otra cosa; absurdamente, ese pragmatismo femenino me avergonzaba, pero, ¿podía amar a Caín redivivo?

Lo único que quieres es un amante, me decía, con mucha sorna, la académica que llevo dentro. «¿Y eso qué tiene de malo?», decía la mujer que soy poniéndose en jarras. «Si buscas amante —decía un tercer elemento (no lo identificaba, pero creo que podríamos llamarlo conciencia común)—, Simón Darcourt lo lleva escrito en la frente».

Sí, pero... «Pero, ¿qué? Parece que lo único que quieres es un ángel rebelde de los que pueblan las universidades, que han establecido lo que Parecelso llama “El segundo paraíso del saber” y están preparados y dispuestos a transmitir la sabiduría a las hijas de los hombres en todas sus formas». Sí, pero Simón Darcourt tiene cuarenta y cinco años, es gordito y sacerdote de la iglesia anglicana. «Es culto y amable y no

cabe duda de que te ama». Ya lo sé y eso satisface a la académica, pero la gitana se ríe y dice que no le sirve. ¿Cómo quedaría yo de mujer de un cura? «Una académica, y tienes esperanzas de adquirir fama en ese terreno, sería la mujer idónea para un sacerdote académico». Y la gitana vuelve a reírse. Le digo que se vaya al infierno; no estoy preparada para reconocer (al menos de momento) que una artimaña gitana con un filtro de amor nos haya metido al pobre Simón y a mí en este berenjenal, pero tampoco estoy dispuesta a consentir el escarnio de la gitana en la situación en que me encuentro ahora. ¡Qué desbarajuste!

Esa confusión interior me atosigaba día y noche. Tenía la sensación de que me estaba robando la salud, pero todas las mañanas, cuando me miraba en el espejo creyendo que iba a encontrarme en la cara los estragos de un espíritu atormentado en forma de patas de gallo y severas arrugas, había de reconocer que estaba tan bien como siempre y no voy a fingir que no me alegrara. Por muy académica que sea, me niego a entrar en el juego de algunas intelectuales de la universidad, que consiste en presentarse lo peor posible, vestirse como si robaran la ropa de los contenedores de caridad de san Vicente de Paul y llevar el pelo como si se lo cortara un loco con cuchillo y tenedor en un sótano oscuro. Supongo que es la vena gitana. ¡Adelante con los pendientes y los fulares llamativos! ¡Presume de larga melena negra y camina con orgullo, con la cabeza bien alta! También para eso te hizo Dios.

Llegué a la conclusión de que era lo propio de la vida a mi edad: confusión, pero al menos, era una confusión intensa e interesante. Desde que tuve edad suficiente para concebir tal cosa, mi mayor anhelo ha sido aprender. En la escuela, a la hora de la oración individual, levantaba la mirada hacia el altar y rogaba: «¡Oh, Dios, no dejes que me muera ignorante!». Lo que estaba pasando ahora debía de ser el precio para que las súplicas fueran atendidas. «Toma y come de este pan, Maria, y da gracias».

Inesperadamente, a mediados de marzo, tuve una iluminación cuando Darcourt se las arregló para llevarme a sus habitaciones en Ploughwright (se creía muy hábil, pero se notaba que lo había planeado muy bien), me invitó a café y coñac y me dijo que estaba enamorado de mí. Lo hizo de una forma maravillosa. Lo que dijo no me sonó nada artificioso ni preparado; fue sencillo y elocuente, sin extravagancias sobre el amor eterno, alusiones a no saber qué hacer si no le correspondía en su amor ni las típicas chorradas de siempre, pero lo que realmente me hizo perder la cabeza fue cuando me confesó que yo desempeñaba el papel de Sofía en su vida.

Supongo que cuando se enamoran, casi todos los hombres cuelgan una etiqueta a la mujer de sus deseos y le atribuyen toda clase de virtudes que en realidad no tiene. O quizá sería mejor decir que no tiene plenamente, porque es difícil ver en alguien cosas de las que no tiene ni rastro, a menos que se sea irremediabilmente bobo. Las mujeres también lo hacen. ¿Acaso no me había convencido yo de que Hollier era un mago, en el mejor sentido? ¿Y podía negarse que lo fuera en gran medida (aunque, seguramente, menos de lo que yo me imaginaba)? Supongo que la desilusión que

sigue al matrimonio, de la que tanto se habla ahora, viene con el reconocimiento de que la etiqueta no era exacta, o bien, el enamorado no se había fijado en la letra pequeña de la etiqueta, pero estoy segura de que sólo los muy jóvenes o quienes no saben mucho de sí mismos ponen a sus enamorados etiquetas absolutamente irreales. ¿Será tan absurda la decepción de los que se engañan como la ilusión que concibieron al principio? No me las doy de saber; solamente los sabiondos que escriben libros sobre el amor, el matrimonio y el sexo parecen estar en posesión de la certeza absoluta, pero creo que, sin cierta ilusión, la vida sería intolerable.

De todos modos... ¡Sofía! ¡Qué etiqueta para Maria Magdalena Theotoky! Sofía: la personificación femenina de la sabiduría; la compañera de Dios, a cuyas instancias creó el universo; la equivalente femenina de Dios a quien los cristianos y los judíos han silenciado de común acuerdo, ¡para gran desventaja de las mujeres durante tantos siglos! Era abrumador, pero, ¿era absolutamente ridículo?

No, creo que no. Considerando que, por supuesto, no soy Sofía, porque ninguna mujer viva puede serlo, salvo en una proporción minúscula, ¿qué soy, en el mundo de Simón Darcourt? Una mujer que viene de lejos, por mi ascendencia gitana, una mujer, supongo, de la Edad Media, una mujer que hasta cierto punto habla su mismo lenguaje culto y conoce la clase de especulación que la cultura engendra, una mujer que no teme las posibilidades que acechan en el trasfondo de la vida moderna, pero tan negadas por la modernidad misma: una mujer a quien se puede llamar Sofía sabiendo que va a entender lo que significa. En resumen, una mujer a quien un hombre hechizado podría atribuir la idea de Sofía sin hacer el ridículo.

Ah, pero ahí está la palabra que me hace parar en seco: hechizado. La palabra «hechizo» ha sido tan vapuleada y desvirtuada que prácticamente hemos olvidado que significa magia y encantamiento. ¿Podría ser cierto que el pobre Simón fuera víctima del café trucado de la gitana de mi madre, y por eso veía maravillas en mí sin saberlo? No soporto la idea, pero tampoco puedo decir con certeza absoluta que no contenga algo de verdad: si no puedo decirlo, ¿qué clase de sabiduría divina poseo? ¿Qué encarnación de Sofía soy? ¿O no es cosa de Sofía hilar tan fino en estas cuestiones?

Sea cual fuere la respuesta a esas difíciles preguntas, tuve la cordura de decirle a Simón que yo lo amaba de verdad, y no mentí, y que casarme con él era impensable y tampoco mentí. Y, puesto que él no podía plantearse un amor físico sin matrimonio (por motivos que comprendo y que le honran, aunque no comparta su renuencia), ahí terminó todo. El amor era una realidad, pero dentro de unos límites.

Me asombró que la definición de los límites lo tranquilizara tanto. Supe, como no creo que lo supiese él hasta mucho después, que la cruda realidad era que nunca había querido casarse conmigo de verdad: ni siquiera sentía un deseo irresistible de hacer el amor conmigo físicamente. Quería un amor en el que esas cosas quedaran excluidas, sabía que eso era posible, que lo había logrado y yo también. Cuando nos despedimos, los dos habíamos ganado una amistad tierna, duradera y deliciosa y tal

vez yo me alegrara más que él, porque en aquella hora, mis sentimientos por Hollier cambiaron por completo.

Saber que contaba con el amor de Simón me alivió la carga de tensión y dolor que soportaba en las habitaciones de Hollier, desde aquel día hasta Semana Santa, y me permitió responder solícita cuando el domingo de Resurrección Simón me llamó por teléfono poco después de las siete de la mañana.

—Maria, he pensado que debía decirle cuanto antes que Parlabane ha muerto. Ha sido muy repentino, el médico dice que ha sido el corazón... no, no hay señales de otra cosa, aunque yo también lo pensé. Me ocuparé de todo; no parece que haya motivos para postergarlo, de modo que voy a hacer los preparativos para celebrar el funeral mañana por la mañana. ¿Puede traer a Clem? Por lo visto, somos sus únicos amigos. ¿Pobre desgraciado? Sí, eso es lo que yo dije: pobre desgraciado.

IV

Hollier, Darcourt y yo volvimos contentos del entierro porque parecía que hubiéramos recuperado algo que Parlabane nos había quitado. Ese sentimiento compartido nos reanimó y nos acercó, y no teníamos ganas de separarnos. Por eso Hollier invitó a Darcourt a subir a sus habitaciones a tomar té. Acabábamos de terminar una larga comida bien regada, pero el día pedía hospitalidad.

Me detuve en la portería del bedel a ver si había correo para Hollier; el lunes de Pascua, los carteros no hacen reparto, pero el servicio universitario interno podía haber dejado algo desde el fin de semana, que había empezado el jueves anterior.

—Un paquete para el profesor, señorita —dijo Fred, el bedel, y me pasó un paquete mal hecho, envuelto en papel de estraza, con una carta pegada con celo.

Reconocí la defectuosa letra de Parlabane y vi que había escrito una indicación: «Confidencial: la carta antes que el paquete, por favor».

—Más mamotreto novelesco —dijo Hollier cuando se lo enseñé. Lo tiró en la mesa, yo hice té y seguimos con nuestra charla, que versaba sobre Parlabane. Finalmente, Hollier dijo—: Bueno, veamos lo que hay ahí, Maria. Supongo que será el epílogo o algo parecido. Pobre hombre, murió con las esperanzas puestas en su libro. Habrá que decidir lo que hacemos con él.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —dijo Darcourt—. Lo único que falta ahora es recuperar el original y hacerlo desaparecer.

—Es larguísima —dije tras abrir la carta— y está dirigida a nosotros dos —dije a Hollier—. ¿Quiere que la lea? Asintió y empecé:

—«Queridos Clem y Molly, amigos y colegas:

Como bien habréis adivinado, fui yo quien dio el descanso eterno a Urky McVarish...».

—¡Dios mío! —exclamó Hollier.

—Entonces, la bandera está a media asta por él —dijo Darcourt.

—¿Lo dice en serio? ¡No puede haberlo asesinado!

—¡Siga, Maria, siga!

—«Os aseguro que no ha sido frivolidad, por el puro placer de terminar con un incordio, sino por razones netamente prácticas, como veréis. Urky tenía en sus manos la posibilidad de impulsar mi carrera mediante su muerte y —una consideración secundaria pero no menos importante— de haceros un gran favor práctico a vosotros dos, que de paso os acercaría. No tengo palabras para explicarte la aflicción que he sufrido estos últimos meses al ver a Molly suspirar por ti, Clem...».

—¿Suspirar? ¿A qué se refiere? —dijo Hollier.

Seguí leyendo a toda prisa.

—«... mientras tú pensabas en otras cosas, meditabas en profundas consideraciones académicas y odiabas a Urky, pero espero que mi pequeña maniobra os una para siempre en esta hora culminante e inmensamente satisfactoria de mi vida.

Fama para mí, fama y felicidad conyugal para vosotros; dichoso Urky, que ha tenido ocasión de hacerlo posible».

—Esto me resulta bochonorso —dije—. ¿No le importaría seguir leyendo, Simón? Me haría un favor.

Darcourt cogió la carta.

—«Sabías que yo veía a Urky con frecuencia, desde Navidad, ¿no? En una ocasión, Maria dejó caer un comentario revelador; dijo que Urky y yo nos estábamos haciendo “uña y carne”; me pareció que le molestaba, pero Molly, escatimabas tanto el dinero que, la verdad, tuve que buscar medios de subsistencia en otra parte. Todavía te debo —bueno, la ridiculez que sea—, pero puedes borrarlo de tu libreta y darte por bien retribuida, porque no quisiste mostrarte tan generosa como corresponde a una chica tan guapa. Las chicas guapas tendrían que dar a manos llenas; abusar de la mezquindad estropea el cutis en poco tiempo. Y a ti, Clem, que no dejabas de buscarme trabajillos asquerosos, pero no moviste un dedo para que mi novela se publicara —no tenías fe en mi talento— como no tengo que seguir aparentando modestia, te señalo sin ambages que... ¡soy un genio!, si bien reconozco que, como todos los genios, no soy un tipo totalmente adorable.

»Al principio intenté encontrar un medio de vida honrado, pero luego tuve que agarrarme a lo que se me presentó. El gordinflas de Darcourt te lo puede contar, si te interesa. Pobre, mi querido Gordinflas, a él tampoco le gustaba mucho mi novela; quizá porque se reconoció en ella: la gente no es generosa con esas cosas. Entonces, como espíritu renacentista que soy, opté por la vía renacentista y me convertí en parásito.

»Parásito de Urquhart McVarish. Le proporcionaba halagos, un público inteligente que no era rival para él y determinados servicios que no habría podido encontrar fácilmente en otra parte.

»¿Por qué me vi impelido a adoptar ese papel, tan desagradable a ojos de quienes, como vosotros, sólo tienen preocupaciones sencillas? Por la pasta, queridos míos: necesitaba pasta. Estoy convencido de que no os engañaba del todo con mis explicaciones sobre el coste de mandar la novela a mecanografiar correctamente. No: es que era víctima de un chantaje. Tuve la mala suerte de encontrarme con un tipo al que había conocido en la Costa Oeste, y que sabía una cosa que yo creía haber dejado atrás. No era un gran chantajista, pero era ruin y exigente. Esta misma tarde he mandado una nota sobre él a la policía; le servirá de lección. De haber tenido intenciones de quedarme aquí a divertirme con las consecuencias, no habría podido hacerlo, aunque habría sido muy gratificante. De todos modos, ya sólo de pensarlo me siento reconfortado.

»A la policía no le extrañará tener noticias mías. Les hacía algunos trabajillos, desde Navidad. Una pista por aquí, otra por allí, pero pagan muy mal. ¡La Virgen, qué rácano es todo el mundo con el dinero!

»Lo paradójico del dinero es que, cuando lo tienes en abundancia, puedes vivir

muy bien sin gastar mucho. No hay nada más económico que ser rico, pero cuando estás con una mano delante y otra detrás, hay que vivir al día y no se encuentra paz mental. Por eso tuve que esforzarme tanto para mantenerme a flote pidiendo, sableando, soplando a la policía y matándome en esa profesión tan mal retribuida de parásito de un escocés mezquino.

»Es que mirad: Urky me confió unas necesidades suyas muy especializadas que sólo una persona como yo podía comprender y atender. En este mundo moderno, en el que tanto abunda la palabrería sobre preferencias sexuales, parece que, en general, sólo se consideran las que se basan en cabriolas heterosexuales o en una sola variedad de homosexualidad. Sin embargo, Urky era narcisista, creo que tendríamos que llamarlo así; su diversión era hondamente personal y su juguetería eran su propia mente y su propio cuerpo, en exclusiva. Lo calé inmediatamente. Todas esas paridas sobre “mi gran predecesor sir Thomas Urquhart” no eran para impresionar, fundamentalmente, sino la música que requería su alma para bailar su gallarda solitaria. ¡No me digáis que no sabéis de nadie que tenga fama de amarse a sí mismo! Pues ésa era la simple verdad sobre Urky. Era un buen académico, Clem; por ese lado, puedes estar seguro, aunque no te habría gustado reconocerlo. Sin embargo, era un asno tan autocomplaciente que desquiciaba a los egotistas más adustos, como tú.

»Necesitaba a alguien que se sometiera por completo, que cumpliera sus deseos sin preguntar, que aportara una pincelada de estilo e inventiva y que le abriese puertas que no quería abrir él. Yo era exactamente lo que buscaba.

»En la Tierra y el Cielo, queridos míos, hay muchas cosas más de las que vuestra filosofía es capaz de soñar, o la mía, cuando me amparaban los brazos de la vida académica. Fueron las cárceles y los hospitales de desintoxicación los que redondearon mi experiencia, los que me enseñaron a abrirme camino en las calles tenebrosas y a distinguir a primera vista a quienes tenían las llaves de modalidades de felicidad inadmisibles. La verdad es que, cuando pienso en nuestra asociación, creo que Urky encontró un chollo en mí, porque era muy mezquino con el dinero, más o menos como vosotros dos, pero él necesitaba un parásito y yo dominaba el papel como no lo habría podido hacer ningún gusano inculto al uso. Yo estaba versado en literatura sobre parasitismo, y en condiciones de dar a mi servidumbre la vitalidad que Urky quería.

»Le volvían loco lo que llamaba sus “ceremonias”. Cualquier sociólogo lo llamaría “juego de roles”, pero Urky prescindía de los sociólogos y su jerigonza, que transforma la aventura más sabrosa en una entrada mal escrita de cualquier tratado de casuística. A Urky le gustaba explicar la ceremonia a su parásito y después olvidarlo como si jamás lo hubiera hecho; al parásito le correspondía procurar que la ceremonia pareciera nueva, auténtica e inevitable.

»¿Os describo un sábado por la noche en casa de Urky? Me levantaba temprano porque debía estar en el mercado de San Lorenzo a primera hora para escoger las verduras, comprar buen pescado y algo para los entrantes, como sesos, mollejas o

riñones, que había que cocinar de una manera concreta, porque a Urky le gustaban las asaduras. Después, directo a su casa (no tenía llaves, me abría él apartando la cara... no me daba ni los buenos días), donde hacía los preparativos para la cena (se tarda mucho en cocinar esos menudillos) y llamaba a la confitería francesa y encargaba algo dulce. Iba a recogerlo por la tarde, compraba flores, abría el vino y hacía todos los preparativos necesarios para una cena íntima de categoría, que otro iba a destruir como si no fuera una obra de arte. No paraba en todo el día, como decimos los criados.

»¿No sabíais que sé cocinar? Aprendí en la cárcel, una de las veces que me nombraron recluso de confianza; ofrecieron un curso muy bueno a los internos que queríamos un oficio para encaminarnos a una vida honrada. Descubrí que tenía cierto don en el arte..., el arte de la cocina, quiero decir, no de la vida honrada.

»Por ejemplo, tenía que preparar cierto capricho de repostería para la diversión de la noche. En la cárcel lo llamábamos galletas de hierba, pero a Urky no le gustaban las expresiones vulgares. Para hacer las galletas tenía que cortar marihuana en trozos pequeños, pero no excesivamente, y mezclarlos con una masa delicada, de modo que las galletas se hicieran enseguida sin destruir lo bueno de la hierba. Además, tenía que asegurarme de que hubiera suficiente maría negra canadiense para hacer un cazo de té de Texas, lo cual podía significar una visita a un “molino holandés”, donde me conocían, pero no mucho.

»¿De qué me conocían en ese sitio? No quiero abochornaros, queridos míos, pero erais tan implacablemente tacaños conmigo que hube de aceptar un poquito de dinero por contar a unos amigos muy curiosos —policías, creo que eran— quién vendía maría, quién dama blanca e incluso quién rulas de la risa. Supongo que era una especie de agente doble del mundo de la droga en pequeña escala, lo que no es bonito pero compensa modestamente. Cada vez que me dejaba caer por un “molino holandés”, me acometía cierta *frisson*, porque los chicos podían haberme calado, cosa que habría podido ser comprometida y ciertamente peligrosa, porque esos chicos eran muy irritables, pero nunca me descubrieron y ahora ya no me descubrirán.

»¿Qué hacía Urky, mientras yo no paraba en la cocina? Comer sobria pero elegantemente en su club, ir a ver una película extranjera y, finalmente, pegarse una estupenda y rejuvenedora sudada en una sauna. *L'après-midi d'un gentleman-scholar*.

»No le veía el pelo hasta que volvía, a la hora de vestirse para la cena. Yo ya le había preparado la ropa, con sus calcetines de seda medio vueltos del revés y todo, para que se los pusiera lo más cómodamente posible, y los zapatos de noche, que tenían que estar relucientes, el empeine tan lustroso como la puntera (solía decir que al caballero se le notaba en eso; ningún ayuda de cámara que se preciase consentiría que su señor llevara sucio el empeine de los zapatos). Yo ya me había puesto el primer traje, uno de mayordomo, con una camisa nívea y una chaqueta de camarero tan almidonada que parecía la cobertura de merengue de una tarta nupcial (hacía la

colada los miércoles, mientras él enseñaba a jóvenes impresionables como usted, Maria).

»El jerez, antes de la cena, era el pistoletazo de salida. El jerez es una buena bebida, pero Urky lo sorbía como si hiciera una *fellatio*, lo paladeaba y lo degustaba estirando las piernas, con los zapatos maravillosamente lustrados, hacia la chimenea, que yo había encendido y debía mantener bien viva toda la velada.

»“El McVarish está servido” —decía yo, y Urky se acercaba a la mesa con parsimonia y comenzaba por el pescado. Nunca quería ni oír hablar de sopa, que consideraba indigna, vete tú a saber por qué. “El McVarish está servido” con acento de las Highlands. No sé muy bien qué personaje encarnaba yo en esos momentos en su imaginación, quizá un leal miembro del clan que lo hubiera acompañado a la guerra en calidad de criado personal, y ahora había vuelto con el terrateniente a la vida privada.

»Nunca me dirigía la palabra. Hacía un gesto con la cabeza cuando quería que me llevase un plato, cuando le ofrecía la botella de clarete para que diera su aprobación, cuando se había zampado todo el *gâteau* que había querido y era el momento de las nueces y el oporto. Asentía con la cabeza cuando le llevaba café y un buen whisky añejo en un *quaich*. Yo desempeñaba a la perfección el papel de criado modesto; me quedaba de pie detrás de él mientras comía y, así, no me veía masticar los bocados que sisaba de lo que no se había terminado él... aunque era muy poco lo que dejaba, la verdad. Urky era muy agarrado con la comida, apenas sobraban migas en la mesa del rico.

»Hasta ahí, la primera parte de la velada, y, una vez concluida, Urky se retiraba al dormitorio mientras yo recogía, fregaba y preparaba el escenario para el segundo acto.

»Hacia las nueve y media, más o menos, había fregado, me había puesto el segundo traje y lo había dispuesto todo. Entraba de puntillas en el dormitorio, destapaba a Urky, que estaba en la cama en cueros vivos, tumbado boca abajo y bastante sonrosadito de la sauna. Con mucho cuidado, le separaba las nalgas y... ¡ajá! ¿Esperáis una escena escabrosa? ¿Algo que ver con el ojo moreno? ¿Creéis que estoy a punto de clavarle mi puñal de carne? No, nada de vulgares trucos carcelarios para el exigente Urky, os lo aseguro. No; despacito, con cuidado, le insertaba en el recto lo que yo llamaba “el mazo”, porque se parecía bastante a un mazo de naipes pequeños; era una cinta de terciopelo rosa, de unos cinco centímetros de anchura por unos tres metros de longitud, doblada en acordeón y formando un taco de unos trece centímetros cuadrados por diez de largo; dejaba colgando una tira de unos cinco o seis centímetros. Urky no se movía ni parecía advertir nada y yo salía de puntillas otra vez.

»En la sala, había colocado dos sillas ante el fuego; para Urky, una antigua hamaca de teca, típica de los buques de la Canadian Pacific Railway, en la que había puesto muchos cojines y una manta marinera de tartán McVarish; para mí, una

banqueta baja de las que llamaban “de señora”, sin brazos, y entre los dos asientos, una mesita auxiliar con tazas, platillos y la infusión de marihuana, en una tetera tapada con cubreteteras de punto con forma de vieja cómica. Ponía el tocadiscos con la música de entrada de Urky, una antigüedad exquisita de setenta y ocho rpm, de sir Harry Lauder cantando *Roamin' in the Gloamin'*. Yo llevaba un vestido suelto de vieja (feo, pero es que todo yo tenía pinta de bruja, conque dejémoslo) y una desgredada peluca gris. Seguro que parecía una bruja de *Macbeth*. Cuando Urky entraba, ataviado con una bata larga de seda y zapatillas, yo ya estaba preparado para hacerle la reverencia.

»Era la apertura de la ceremonia que él llamaba “Las dos ancianas de Edimburgo”.

»Una diversión inocente, en comparación con algunas fiestas a las que he asistido, pero pervertidilla al estilo infantiloides que le gustaba a Urky. Para ese juego, hablábamos con acento de Edimburgo; yo no tenía mucha idea de cómo era ese acento de Edimburgo, pero se lo copiaba a él y fruncía mucho los labios al hablar, como si chupara un caramelo de menta fuerte, y no parecía que mis esfuerzos lo contrariasen.

»También nos poníamos nombres, y aquí es donde se complica la cosa, porque eran la señora Masham (que era yo) y la señora Morley. ¿Lo entendéis? Seguramente no. Sabed, pues, que la *confidante* de la reina Ana se llamaba Masham. La reina Ana, por su parte, se hacía llamar Morley cuando charlaba informalmente con su chupamedias, y tomaba brandy en taza de porcelana y decía que era su “té frío”. No me preguntéis qué tenía que ver la pareja con Edimburgo y Urky porque no lo sé, pero en el mundo de las fantasías se permite toda la libertad».

Darcourt se había adelantado a lo que estaba leyendo y sintió vergüenza.

—¿De verdad tengo que seguir leyendo? —preguntó.

Le dijimos que sí, naturalmente.

«La fantasía era suya, no mía, y no era fácil improvisar una conversación animada, pero ese peso recaía sobre mí. A Urky le gustaban las comidillas escandalosas de la universidad, que yo le iba soltando como a regañadientes, haciéndome la mojígata, mientras tomábamos la infusión de marihuana y mordisqueábamos galletas de hierba (intenté convencerlo de avanzar hacia algo más aventurero una o dos veces —un poquito de ácido en un terrón de azúcar o un pinchacito de nada—, pero es lo que se dice un aficionado, tontea con las drogas pero le da miedo pasarse: poco entusiasta, desde el punto de vista del vicio). Entonces, ¿qué le daba yo? Aquí tenéis un ejemplo que podría ser de interés.

SRA. MORLEY: Decid, querida señora Masham, ¿qué se cuenta de esa tierna niña, la señorita Theotoky?

SRA. MASHAM: *Och!* Continúa con sus estudios, pobre corderito.

SRA. MORLEY: Pobre corderito... ¿y por qué «pobre corderito», señora Masham?

SRA. MASHAM: ¡El cielo nos proteja, señora Morley, querida mía! ¡Qué manera de sonsacar a esta pobre criatura! No he querido decir nada... nada en absoluto. Sólo que espero que no se deje arrastrar por la senda de la disolución.

SRA. MORLEY: ¿Cómo habría de ser así, si cuenta con el consejo del buen hermano John? ¡El hermano John, un santo entre santos! Dejad la labor, querida amiga, y hablad sin rodeos.

SRA. MASHAM: Mucho me temo que el buen hermano John haya perdido toda influencia sobre ella, señora Morley. Si cuenta con un consejero, sospecho que se trate de ese sacerdote gordo, el padre Darcourt, que el cielo se interponga entre ella y su gran panza.

SRA. MORLEY: El Cielo nos proteja, señora Masham, ¿adónde queréis ir a parar con esas insinuaciones?

SRA. MASHAM: Pongo a Dios por testigo de que no pienso mal de nadie, señora Morley, pero he visto cómo la miraba con ojos de cordero degollado, casi como si estuviera embrujado.

SRA. MORLEY: ¡Me hacéis temblar, señora! ¿Acaso su buen tutor, el profesor Hollier, no hace nada para protegerla?

SRA. MASHAM: *Och*, señora Morley, señora, ¡cómo ibais a entender vos la maldad de los hombres, con toda vuestra bondad! ¡Temo que hasta el mismísimo Hollier...!

SRA. MORLEY: ¿NO iréis a hablar mal de él, verdad?

SRA. MASHAM: NO, a menos que la verdad sea maldad, mi señora, pero me temo que haya...

SRA. MORLEY: ¡Tomad otra taza de té! Proseguid, estoy preparada para soportar la peor deshonra.

SRA. MASHAM: ¡YO no he dicho que la haya deshonrado! ¡Ojo, eso no lo he dicho yo! Aunque, ¿quién podría decir que no se haya visto tentado? La niña —la niña Theotoky... me sonroja decirlo—, es una mujercita que se las trae. ¡Tienta a los mejores! ¿Os habéis fijado últimamente en su efigie? Es decir, esa figurita de bronce que tenéis del pobre señor Cornish...

»Entonces, Urky miró la estatua de bronce —no es nada personal, Molly, ya sabes, una simple contribución al jueguito de Urky desde el papel de parásito cumplidor—, cuyo *mons*, el detalle más encantador de la obrita, había ungido yo previamente con un poco de aceite de ensalada para darle una apariencia húmeda y apetecible. Una pincelada de imaginación, ¿no os parece? A Urky le provocaba tales espasmos que no sabía si anticipar la fiestecita o no, porque se suponía que lo reservaba para la culminación de la velada.

»Era el objetivo de nuestra alambicada farsa: llevar a Urky al punto de ebullición muy lentamente. Y ahí llegábamos, no lo dudéis, entre chismes guarros y abundante infusión con galletas —los chismes lo excitaban, la marihuana lo contenía—, y con la cinta rosa colgando, que era la mecha para encender el cohete.

»Vosotros dos no erais los únicos que pintaban algo en aquellas fantasías, pero sí los predilectos y habituales. Urky tenía una débil querencia contigo, Molly, y en cuanto a Clem, me gustaba jugar con él para complacer a Urky, porque, a pesar de mi absoluta comprensión y todo mi perdón, sabía perfectamente que Clem, con su espléndida carrera, no podía cargar más conmigo; uno hace lo que puede por los amigos, pero es lógico dejar a algunos por el camino. Clem hizo por mí cuanto creyó que estaba en su mano, pero sabía perfectamente que no me permitiría convertirme en un estorbo. Así es que me divertí un poco a vuestra costa, pero como descubriréis enseguida, he sabido recompensar con creces vuestra amabilidad genuina en “medida buena, apretada y rebosante”.

»Otra figura estelar de las ceremonias era Ozy Froats: siempre a punto para una buena carcajada. Y había muchos más: todos tenían cabida en el inmenso rencor de Urky, pero era, de verdad, un simple juego. Los manuales de sexualidad más conocidos instan al lector a condimentar el archiconocido acto con mucha fantasía. ¿Quién guardaría rencor a Urky por su placer, o quién me reprocharía a mí que se lo sirviera, cuando lo único que me quedaba en la vida era el papel de parásito? Vosotros no, mis queridos amigos; seguro que vosotros no.

»A Urky le gustaba entretenerse así una hora y media, más o menos, durante la cual su placer iba en aumento, se le hacía más difícil disimular la risa en el papel de la señora Morley. El chismorreó subido de tono le ponía caliente, mientras que la maría lo retenía. Mientras hablaba y escuchaba, llegaba un momento en que levantaba las piernas en la hamaca, la bata se le abría y se quedaba con el culo al aire. Era el pie para mi escena culminante, como sigue:

SRA. MASHAM: Señora Morley perdonad la libertad de ésta, vuestra humilde amiga, pero se os ha descolocado el traje.

SRA. MORLEY: NO, no, os equivocáis.

SRA. MASHAM: NO, no, os equivocáis vos.

SRA. MORLEY: NO tiene importancia. No os molestéis por mí, señora.

SRA. MASHAM: Pero, por vuestro propio bien, señora, como amiga, señora, me veré obligada a ataros, señora. Sí, sí, no habrá más remedio.

SRA. MORLEY: NO, no, mi buena mujer, no sabéis lo que os decís.

SRA. MASHAM: Oh, sí. Es la sangre de los Urquhart que se manifiesta. Mirad: ahí está el viejo sir Thomas en persona, mirándoos y riéndose, el muy zorro rabelesiano. Sabe que vuestra naturaleza puede manifestarse también, y me corresponde actuar para preservaros de toda vergüenza ante él. Debo ataros sin dilación.

»Entonces, sacaba un bonito cordón blanco y ataba a Urky a la hamaca,

ciñéndoselo lo justo para darle la emoción de estar sujeto, pero sin hacerle daño. En esos momentos, su excitación sexual era fuerte y auténtica. No era agradable de ver, pero se suponía que yo no miraba. Y seguía:

SRA. MASHAM: Debéis perdonarme, señora. Es una cuestión profundamente personal, pero me es inevitable observar, señora —a causa del desorden de vuestro traje— que tenéis una cosita...

SRA. MORLEY: ¿Una cosita? Qué atrevida sois, señora.

SRA. MASHAM: Sí, una cosita. Y diré más: es una colita rosa. Sí, una colita de color rosita... la veo, sí, la veo, os la estoy viendo...

SRA. MORLEY: ¡Fisgar es muy feo!

SRA. MASHAM: Si, pero, ¡fisgaré! Y voy a... ¡qué cosquilleo en los dedos por...! Voy a tirar de ella...

SRA. MORLEY: ¡NO OS atreváis, criatura!

SRA. MASHAM: ¡Ya lo creo que me atrevo! ¡Voy a tirar de la colita! ¡Voy a tirar de la colita! ¡Voy a tirar de la colita!

»Y cuando el tira y afloja llegaba casi al máximo, agarraba el trozo colgante de la cinta, tiraba de él y echaba a correr por toda la habitación, y claro, se iba desdoblado rápidamente, con suavidad, haciéndole cosquillas por dentro, y entonces alcanzaba lo que él llamaba la fiestecita.

»Luego, me iba a la cocina inmediatamente y me quitaba de en medio hasta que Urky se hubiera soltado de las flojas ataduras y se hubiera retirado a su dormitorio. Entonces salía yo, limpiaba, lo ordenaba todo y me marchaba con un sobre que me dejaba en la mesa, junto a la puerta.

»Había veinticinco dólares en el sobre. ¡Veinticinco míseros pavos por una jornada que empezaba a las seis de la mañana y nunca terminaba antes de la una! ¡Veinticinco míseros pavos por un hombre de mis cualidades, que le hacía de cocinero, mayordomo, camello, embutechochos, actor de carácter, incitador sexual y parásito intelectual durante diecinueve horas! Una vez le insinué que estaba haciéndole un trabajo de sudar la gota gorda, pero se ofendió ¡y dijo que le había parecido que me divertía tanto como él! ¡Con todo ese fingimiento tan excitante y delicioso! Era un egotista de marca mayor, al menos en mi experiencia, que era amplia. Si no se hubiera enterado de un par de cosas que yo prefería mantener en secreto, lo habría delatado hace mucho tiempo. Ahora ya no tengo que temer chantajes, porque hablo desde el umbral de la eternidad, queridos míos. Rogad por el hermano John. La necesidad me movió, no la voluntad. Hasta esta noche, en que he decidido que ya no quiero seguir. Hasta los buitres sienten náuseas alguna vez.

»La decisión tampoco ha sido repentina; no me precipito a la hora de tomar decisiones sobre cosas importantes. Hace al menos tres semanas que comprendí la necesidad de que desapareciese el hermano John, el falso monje, para dar paso a la reaparición de John Parlabane, autor de una de las novelas indiscutiblemente mejores de nuestra era, porque eso es *Otro no sea*: el mejor y más influyente *román*

philosophique que se haya escrito desde Goethe. Y, cuando me quite de en medio y mis inferiores ya no puedan tratarme con condescendencia, ni castigarme ni denigrarme, así se considerará. Sólo la envidia —la tuya, Clem, Dios te perdone, y la de muchos otros— se interpone en el camino del libro; me conoces, y me conoces en mi faceta inferior de amigo necesitado que se ha equivocado de camino en algunas encrucijadas de la vida, y por eso no ha llegado al puerto seguro de los académicos. Te niegas a verme tal como soy en realidad: un hombre marcadamente individual, profundamente perceptivo y un moralista original de primer orden. Si me hubiera negado a embarrarme los zapatos, como tú, no habría llegado a serlo.

»Como moralista original, una buena obra de arte tiene para mí más valor que la vida humana, incluida la mía. Estoy dispuesto a darla por asegurar la publicación de mi libro y el reconocimiento de su valor, pero es cierto que tal acto no llamaría mucho la atención por sí mismo. Ante el mundo, no soy nadie; para atraer la atención que merezco debo convertirme en alguien, y no hay camino más fácil que llevarme conmigo a otro a las tinieblas. Todo el mundo ama al asesino.

»Pocos asesinatos se han cometido por asegurar la publicación de un libro; no se me ocurre ninguno ahora mismo, pero prefiero hablar con precaución porque puede haber alguno. Los asesinatos se producen por otros motivos o por pasión. No reconozco siquiera haber liquidado a Urky por interés, porque no tendré provecho directo: todo el provecho será para el mundo, que de esta cruda forma se convencerá de la necesidad de examinar mi libro con el debido detenimiento y, con el tiempo, verá el enorme beneficio que le reporta. Maria, ¿qué preferirías tener, la gran obra de François Rabelais o a Urquhart McVarish vivito, coleando y burlón? La verdad es que he conferido a Urky una inmortalidad a la que no podía aspirar, si moría por causas naturales, como se suele decir. (Por supuesto que yo no escribo al estilo de Rabelais, que siempre me ha parecido innecesariamente grosero, pero como obra de conocimiento humanista, mi libro es inmensamente mejor que el suyo).

»¿Por qué Urky? ¿Y por qué no? Yo necesito a alguien y él se ajusta a mis necesidades, porque, habrá cierto revuelo cuando se sepa que se ha ido al otro mundo, sobre todo por la forma en que lo he montado, ya que al mundo no le supondrá una gran pérdida. Por otra parte, me he hartado de su engreimiento y su tacañería para conmigo. Curiosamente, la gente de gustos sexuales poco comunes suele tener necesidad de compartirlos con alguien a quien pueda tratar como a un inferior y mirarlo por encima del hombro; creo que, en verdad, Oscar Wilde quiso a sus mozos y recaderos más que al aristocrático Bosie. Hay hombres que gustan de las mujeres vulgares, como también hay mujeres que gustan de los hombres vulgares; el esnobismo sexual nunca se ha investigado a fondo. Pero yo, para quien Urky era lo que un perro para un hombre, me he cansado de jugar a las viejecitas cotillas de Edimburgo, de que el clan McVarish me desdeñe y me degrade. Es la revolución del gusano: el castigo del parásito.

»De modo que, hace unas horas, cuando la farsa de las dos ancianas de

Edimburgo se acercaba al final, introduje un cambio en el guión que, al principio, Urky se tomó como una ingeniosa variación destinada a complacerlo. ¡Ah, este parásito no tiene precio!

»Imagináoslo atado y riéndose como una colegiala mientras yo me acercaba más y más.

SRA. MASHAM: Señora Morley, querida, ¡cuánto os reís! Eso no puede ser bueno. Tendré que castigaros, niña mala. ¡Mirad cómo os habéis desarreglado el traje! Tendré que ataros muy fuerte, mi niña, muy, muy fuerte de verdad, pero *och!* ¡Qué risita tan tonta! ¡No sabéis soltar una risa sana y desbordante! Mirad, voy a enseñaros. ¿Veis? Voy a poner este disco en la máquina; es sir Harry Lauder cantando la canción de las cosquillas, *Stop Your Tickling, Jock*. Bien, fijaos en la risa de sir Harry, eso es una risa, ¿eh? ¡Una risa sana y desbordante! Vamos, señora Morley, cantad conmigo y con sir Harry:

*I'm courting a fairmer's dochter,
She's one o' the fairiest ever seen;
Her cheeks they are rosy red,
And her age is just sweet seventeen...*

Voy a subir el volumen un poquito para que os animéis. ¡Y voy a haceros cosquillas! ¡Sí, voy a hacéros las! Mirad, me estoy acercando y... ¡os hago cosquillas! *Och*, ¿a eso llamáis risa? ¡Ah, ya sé! Con las cosquillas normales no lo conseguiremos. Fijaos: mirad, tengo aquí mis agujas de hacer punto. Si os introduzco una por esa narizota colorada que tenéis, señora Morley, y la muevo un poquito, y os hago cosquillas en los pelillos, ¿eh? Qué cosquillas, ¿eh? Pero no, así tampoco ganamos nada; vamos a meter la otra aguja por el otro agujero del hocico. ¿Veis lo fácil que es reírse cuando las muevo a la vez? ¿No os reís con sir Harry? *Och*, eso no es reírse. Eso se parece más a chillar. Las voy a meter un poquito más adentro. No, no; no vale poner los ojos en blanco ni saludar, señora Morley, querida mía. Se me ha ocurrido una idea, ¿sabéis? Imaginad por un momento... es que necesito algo que me sirva de martillo, imaginaos que me quito el zapato, así. Y luego, con el tacón del zapato, doy un brioso golpecito a las agujas: una y dos... Pero, señora Morley, ya no os reís. Sólo se ríe sir Harry.

»Y, en efecto, sólo se reía sir Harry, porque Urky se había quedado muy callado, con dos agujas de aluminio clavadas en el cerebro. No sé si por las agujas, si de miedo, de paro cardíaco, o de las tres cosas, pero Urky estaba muerto, o tan cerca de la muerte que no podía emitir sonido alguno.

»Rápidamente, me quité la vieja bata de señora Masham, puse la repetición en marcha y subí el volumen del tocadiscos al máximo para que sir Harry siguiera cantando su canción y riéndose sanamente hasta que un vecino llamase al portero; y

me fui del piso sin olvidar mi sobre. No tenía necesidad de preocuparme por las huellas dactilares; quería que las encontrasen por todas partes, para que nadie me robase el asesinato.

»Sin embargo, donde no he dejado huellas es en una minucia que me llevé del piso de Urky; la tenía guardada con llave en el escritorio, y como tantos vanidosos, creía como un simple en las cerraduras sencillas. Bien, niños, ahora podéis abrir los regalos. Paquete número uno: sí, es el portafolios de Gryphius, y es vuestro, queridos míos, para que os refociléis y os lo quedéis para vosotros solitos. Sobre todo, las cartas escondidas en la tapa posterior. Urky sabía perfectamente lo que eran, y me hizo insinuaciones sobre lo que sabía infravalorando mi capacidad de comprensión, como tenía por costumbre, el pobre infeliz.

»El otro paquete, el grande, es el original completo y mecanografiado de mi novela *Otro no sea*. Voy a escribir a la prensa, Clem, para contar lo que acabo de contarte a ti y decir que tú tienes mi libro, que es único y bueno, y que los editores que aspiren a publicarlo deben dirigirse a ti. ¡Y recibirás solicitudes! ¡Ya lo creo que las recibirás! Las editoriales se pelearán por publicar a un asesino, aunque no hayan tenido tiempo que perder con un filósofo. Es una propiedad muy valiosa, de modo que impón las condiciones más duras que puedas, querido Clem. Véngame, mi querido muchacho; achichárralos, exprímelos, sácales hasta el último dólar que puedas. Y mantente alerta con la clase de publicidad que le hagan; les dejo material para una campaña en toda regla: “¡El libro del hombre que asesinó para ponérselo a ustedes en las manos!”. “¡Un gran genio incomprendido habla a su época!”. “El filósofo asesino al desnudo”. Eso son sólo las salvadas, después, te será fácil que un crítico eminente lo adobe todo con alabanzas sobre la esencia destilada de un gran espíritu frustrado.

»En cuanto a los dineros que se vayan acumulando, dejo a tu criterio la fundación de un atractivo fondo de investigación en la Entelequia, para que gente como tú reciba un poco de pasta y pueda profundizar en su trabajo. Y quiero que se llame Dádiva de Parlabane, para que cada pedante que necesite una limosna deba quemar un poquito de incienso en mi honor. Ya sabes cómo se hacen esas cosas. No te preocupes, que la Entelequia aceptará el dinero. Esta vieja y querida universidad santificará mi dádiva usándola en su beneficio, no temas.

»Creo que eso es todo. Espero que Molly y tú no acabéis peleándoos por el Gryphius, porque os lo dejo a los dos y, si uno intenta quedárselo todo o quitarle a la otra parte lo que le corresponde —Clem, me parece que eres tú el más proclive a jugar sucio—, lo pagará con el infierno, si es que tengo alguna influencia en el fuego eterno.

»Ahora, lo único que me resta por hacer es ponerme fuera del alcance de la ley. No porque la tema, os lo aseguro, sino porque la desprecio. Podría atraer mucho interés hacia el libro si me quedara por aquí, fuera a juicio y dijese lo que tuviera que decir desde el banquillo, pero ya sabéis lo que pasa en los juicios modernos. ¿Podría

esperar justicia? ¿Podría yo, que he planeado un asesinato y he matado a un hombre a sangre fría, esperar que se hiciese justicia poética (la única verdaderamente satisfactoria) con mi vida? ¡Ni remotamente! ¡Qué desfile de psiquiatras deseosos de “explicarme” se formaría! Declararían ante el juez que sufría “demencia” porque, naturalmente, un hombre en su sano juicio jamás desea vengarse ni sacar provecho personal. La gente se emborracharía con el vino barato de la compasión y se dirían unos a otros que “estaba mal de la cabeza”, pero no estoy loco, gozo de muy buena salud y no pienso exponerme a la compasión de mis inferiores.

»Y una última travesura de nada. Todos darán por sentado que me he suicidado. Bien, pues que lo demuestren, pero vosotros lo sabréis, mis queridos amigos. Ahora me voy a poner el hábito; después me acostaré en la cama, con el libro de oraciones a mano, y me inyectaré unos pocos centímetros cúbicos de potasio en una vena del pie, que tiene muchas. A los treinta segundos me habré muerto, pero tendré tiempo de tirar la aguja por un agujero que hay en el suelo, debajo de la alfombrita de la señora Mustard. Limpio, ¿no os parece? Estaré encarcavinado (qué palabra tan bonita y romántica) antes de que a alguien se le ocurra mirar debajo de la alfombra. De esto no digáis ni pío. Me gustaría mucho desconcertar a mis viejos amigos de la policía. Tienen unos médicos muy poco imaginativos.

»No obstante, si algún meticón decide desenterrarme, pido el último deseo amparándome en las provisiones de la Ley de Donación de Tejido Humano de 1971. Dono el agujero del culo, con todo el necesario tegumento correspondiente, a la Facultad de Filosofía; que sea extendido sobre un marco de acero y que todos los primeros de enero, el catedrático de rango superior sople por él emitiendo una nota profunda y afrutada, que será mi saludo al mundo del que ahora me despido para ir en busca del Gran Quizá.

»Quedad con mis bendiciones, queridos míos.

»John Parlabane

»(que antaño fue monje de la Sociedad de la Sagrada Misión)».

Cuando Darcourt hubo concluido la lectura, Hollier ya estaba enfrascado en las cartas de la tapa posterior del Gryphius; la cara le resplandecía. Darcourt se dirigió a él, pero no pareció oírlo al principio.

—Clem.

—¿Hum?

—Tenemos que hablar de ese manuscrito.

—Sí, sí; pero antes de decir algo definitivo, tengo que estudiarlo a fondo.

—No, Clem.

—¿Qué?

—No debes leerlo. Sé que es muy emocionante y todo lo demás, pero date cuenta de que no te pertenece.

—No te entiendo.

—Es un objeto robado, ya lo sabes.

—Lo robó McVarish. Ahora lo hemos recuperado.

—No, «lo hemos» no. No tienes ningún derecho sobre él, en absoluto. Es parte del legado de Cornish, y tengo el deber de restituirlo a sus legítimos propietarios.

Darcourt se puso en pie, quitó a Hollier de las manos el portafolios y las valiosas cartas, lo envolvió todo en el papel en el que estaba antes y salió de la estancia.

V

Los diez días siguientes fueron un puro infierno para mí. Primero, la gran preocupación por Hollier, que se vino abajo unos minutos después de la magistral recuperación del portafolios por parte de Darcourt y cayó en un estado tal que temí por su vida. He oído hablar de colapsos semejantes, pero no sé en qué consisten exactamente. En el caso de Hollier, los síntomas fueron que no conseguí arrancarle una palabra, que no me oía siquiera y que tenía la mirada fija en la nada. Estaba frío al tacto. Se encogió completamente en un sillón y empezó a mover la cabeza hacia la izquierda lentamente, luego al centro otra vez, sin parar, como una oveja modorra; no lograba captar su atención ni ponerlo de pie. Estaba tan alarmada que sólo se me ocurrió llamar a Darcourt para que volviera; reapareció al cabo de media hora, acompañado por un médico amigo suyo que, según supe después, era el mismo al que había avisado para certificar la muerte de Parlabane.

El doctor Greene fue moviendo a Hollier, le dio golpecitos por debajo de las rodillas y lo auscultó; luego agitó la mano ante sus ojos y, finalmente, le diagnosticó un estado de shock. Preguntó si Hollier había sufrido algún contratiempo grave. Darcourt le dijo que sí, un contratiempo grave en relación con la investigación que tenía en marcha, pero que había sido inevitable; me impresionó la firmeza de Simón, su negativa a ceder ni un milímetro. «¡Ajá!», dijo el doctor, lo entendía perfectamente; esa clase de enfermedades metafísicas se daban a veces entre los académicos, que eran unas personas de equilibrio delicado, pero a Clem lo conocía desde sus tiempos de estudiantes en la Entelequia, y estaba seguro de que volvería en sí. Ahora bien, necesitaría cuidados tiernos, amorosos y atentos. Entonces lo levantaron entre los dos y lo llevaron en volandas hasta mi coche, que en realidad no tenía cabida para cuatro personas, una de las cuales estaba tan enferma que no podía meterse en un sitio estrecho, y conduje hacia Rosedale, a casa de su madre, cerca de mi casa.

No era el lugar que habría escogido yo para cuidarlo con amor y ternura. Era una casa acartonada a fuerza de buen gusto y la señora Hollier, a quien yo no había visto nunca, también era una persona acartonada a fuerza de buen gusto. Me dejaron en la sala de visitas —la más blanca y desvitalizada que había visto en mi vida—, mientras los hombres y la señora Hollier llevaron al inválido arriba; al cabo de un rato, un ama de llaves mayor subió trabajosamente con algo que debía de ser una taza de caldo; tras otro rato más largo aún, Darcourt, el doctor Green y la señora Hollier volvieron y me presentaron como alumna del profesor; la señora Hollier me clavó una mirada que habría taladrado el cristal e hizo un gesto de asentimiento, pero no dijo nada. El médico habló en tono reconfortante de un bajón brusco de la presión sanguínea, fenómeno un tanto escandaloso pero exento de verdadera gravedad, y recomendaba descanso, dieta ligera y novelas de detectives tan pronto como el paciente estuviera en condiciones de leer. Dijo que se mantendría en contacto.

Me sentí muy fuera de lugar. Darcourt y el doctor Greene eran unos canadienses que entendían a la gente de alma tan gélida como la señora Hollier, y sabían cómo tratarla. Los países nórdicos y sus habitantes pueden reaccionar con energía y vigor ante una enfermedad metafísica, pero yo no era como ellos. Tuve una inquietante sensación al comprender que, cuando Hollier enfermaba, era ahí donde debía convalecer. Por más aventurero intelectual que fuese, esa casa fría era su hogar.

Esa misma noche se lo conté todo a *mamusia* o todo lo que estaba al alcance de su comprensión, porque insistía en considerar la situación desde un punto de vista exclusivamente suyo.

—Claro que está frío y no puede hablar —dijo—; la maldición se ha vuelto contra él y ahora, mirando a sus adentros, lo que ve es su propia maldad. Se lo advertí, pero ¿quiso escuchar? ¡Ah, no! ¡Cómo iba a escuchar el gran profesor, el señor moderno! Creía que sería feliz si mataba a su enemigo —porque eso es lo que ha hecho, no pretendas convencerme de otra cosa— pero ahora sabe lo que es matar de odio. La navaja, la pistola..., puede que no tengan consecuencias, si se es tan tosco, pero para un hombre como Hollier, matar de odio... ¡suerte tiene de no haber caído fulminado al instante!

—Pero, *mamusia*, fue el otro hombre, el monje, el que mató al profesor McVarish.

—El monje ése era un zorro, malo de verdad. Me habría gustado conocerlo. Esa clase de gente no abunda, pero no fue más que la herramienta, como la navaja o la pistola...

—¡No, no, *mamusia*, el monje odiaba terriblemente a McVarish! Y a Hollier también...

—¡Claro! Tanto odio suelto por ahí, buscando un sitio donde explotar... ¡Y pensar que Hollier quería meterme en semejante follón! Es un insensato, Maria. No es marido para ti. Por fortuna, fue el sacerdote Simón quien se tomó el café trucado.

—No quieres verlo como es.

—¿Ah, no? Déjame que te diga, so tonta, que yo lo veo tal como es en realidad: todo lo demás son tonterías que dicen los que no saben nada del odio y la envidia ni de ninguna de las cosas que rigen su vida, porque no los aceptan como realidades, como fuerzas reales que son. Y ahora hazme caso: dame las llaves del coche.

—¿Para qué? No sabes conducir.

—No quiero conducir y tú no vas a conducir. Estarás cuarenta días sin coger el coche. Mira, estás mezclada en todo ese lío. No sé hasta qué punto, porque no creo que me hayas contado toda la verdad, pero no vas a conducir ningún coche hasta dentro de cuarenta días, porque cualquiera de esos hombres podría alcanzarte.

—¿A qué hombres te refieres?

—A McVarish y al monje. No discutas. Dame las llaves.

Y se las di fingiendo un disgusto que no sentía del todo. No quería salir en los periódicos como víctima de un accidente debido a una «pérdida de control», como

suelen decir ambiguamente en las noticias. Puede que se pierda el control, pero entonces, ¿quién lo ejerce?

Me preocupaba mucho lo que pudiera decir la prensa. ¿Les habría escrito Parlabane con el mismo desenfado que a Hollier y a mí? No. Bromista hasta el último momento, nos había escrito la carta y la había entregado en mano el sábado por la noche, después de matar a McVarish. El abreviadísimo relato que mandó a los tres periódicos de Toronto y que, según me enteré más adelante, era una maraña inextricable llena de tachaduras, en copia de papel carbón estropeado, lo había echado al correo, pero en un buzón sólo para destinos extranjeros; había añadido a cada copia algunos detalles de su puño y letra, de modo que los relatos eran un poco distintos entre sí. Por esa confusión, sumada al hecho de que no había servicio de Correos el lunes de Pascua, los periódicos no las recibieron hasta el jueves; la policía, destinataria de una copia de papel carbón con algunos detalles más, no la recibió hasta el viernes, así es de caprichoso el servicio postal moderno. Por lo tanto, la noticia de la muerte de Urky apareció el lunes en forma de reportaje sobre un asesinato inexplicable, y volvió a aparecer el fin de semana con la suntuosidad de detalles de la confesión de Parlabane. Alabado sea Dios, no nos nombraba ni a Hollier ni a mí en el relato de las «ceremonias»..., sólo como custodios de su gran libro. La policía hizo saber que tenía información privilegiada y que no iba a dar a conocer todo lo que sabía; la prensa predijo una gran redada de camellos.

Entre la noticia del asesinato, el lunes, y la revelación de su índole y causa, el jueves, las autoridades universitarias habían prodigado grandes alabanzas a la persona de Urky —profesor devoto, gran académico, hombre de buen carácter y conducta irreprochable, pérdida irreemplazable para la comunidad académica—, lo trataron a cuerpo de rey en varios y distinguidos estilos. Se especulaba mucho sobre el demonio de las agujas que había asesinado al intachable académico y había «invadido» vergonzosamente su cuerpo embutiéndole una cinta de terciopelo. Fue una grata variación respecto a los asesinatos con pistolas o martillos de víctimas grises y carentes de interés, con los que la prensa hace lo que puede. Todo se acabó bruscamente cuando la verdadera historia salió a la luz; se suspendieron los planes que se habían puesto en marcha para la celebración de un espléndido funeral en el Convocation Hall. Murray Brown habló en el Parlamento para poner de manifiesto que la educación de los jóvenes estaba en manos de personas dudosas y que se imponía una purga de toda la comunidad universitaria. Y, naturalmente, la noticia del libro de Parlabane movilizó a los editores. Empezó a sonar el teléfono.

¿Y quién estaba allí para contestar, si no yo? Parlabane decía en su carta que yo era una de las dos personas que habían tenido acceso al manuscrito completo y Hollier estaba ilocalizable. Seguía calentito en su cama, afortunado él, en casa de su madre, y no podía ponerse al teléfono, decía su madre. De modo que, para ganar tiempo, eludí preguntas y compromisos directos y me negué a recibir a los editores, si bien tuve que verlos forzosamente cuando entraron en tropel por la puerta de las

habitaciones de Hollier. A regañadientes, me dejé fotografiar por periodistas que esperaban a las puertas de la Entelequia y acosar por agentes literarios que querían librarme de cargas pesadas; conocí las delicias de la notoriedad no deseada. Me ofrecieron mucho dinero por mi versión de la historia, *Yo conocí a Parlabane*, más los servicios de un negro que lo escribiría según mi declaración verbal (daban por sentado que sería incapaz de expresarme con coherencia por ser estudiante). Me invitaron a salir en televisión. La madre de Hollier se indignó por la publicidad de la prensa; sospechaba, gracias al sexto sentido que poseen las madres, que yo albergaba algún propósito respecto a su inocente hijo y estaba convencida de que todo era culpa mía. Después de un torpe intento de asalto a las habitaciones de Hollier, guardé el original de *Otro no sea* en la caja fuerte de la Entelequia e intenté que desconectaran el teléfono, pero eso me costó varios días. ¡Ay, fárrago y estruendo!

Otra cosa que debía agradecer al espíritu de Parlabane era que no hubiera nombrado el portafolios Gryphius en ninguna de las cartas que mandó a la policía y a la prensa. Yo no tenía la menor idea de su paradero actual, pero hacia el final del viernes de la segunda semana de asedio periodístico y editorial, estaba sentada en la antecámara de Hollier intentando avanzar algo en mi trabajo, aunque en vano, cuando llamaron a la puerta.

—¡Márchese! —dije a voces.

Se repitió la llamada y con más insistencia.

—¡A tomar por culo! —dije, aullando prácticamente.

Pero, como no había cerrado con pestillo, se abrió la puerta y Arthur Cornish asomó la cabeza sonriendo.

—Ésa no es forma de saludar a un viejo amigo, Maria.

—¡Ah, eres tú! Si eres un viejo amigo, ¿por qué no has venido antes?

—Supuse que tendrías mucho que hacer. He leído lo que cuentan de ti en los periódicos, y todos decían que estabas encerrada con editores doce horas al día, negociando provechosamente la publicación del libro de tu amigo y brindando con litros de champán.

—En tu lugar resulta muy fácil tomárselo a broma. ¡Yo me he sentido como un animal acosado!

—¿Te atreves a salir a cenar conmigo? Si te pones un velo tupido nadie te reconocerá. Un velo y, a lo mejor, un cojín en la espalda también, debajo del abrigo. Diré que eres una tía mía impresentable, la Jorobada del Velo. De todos modos, había pensado en un sitio agradable y poco iluminado.

No estaba de humor para bromas, pero sí para que me dieran de comer. No me había atrevido a pisar un restaurante desde que había empezado el follón y estaba harta de la bazofia de *mamusia*. Me llevó a un sitio muy bueno, nos sentamos en un rincón oscuro y pidió una cena excelente. Fue como un bálsamo para el espíritu: nada que ver con el Rude Plenty en compañía de Parlabane. Hablamos del asesinato, naturalmente, de las emociones y de las complicaciones con que me había

encontrado. No teníamos la intención de obviar los acontecimientos recientes, tan importantes, pero, dadas las circunstancias, fue posible verlo bajo otra luz.

—Entonces, ¿Hollier se ha metido en la cama y te ha dejado plantada con el muerto?

—Perder el portafolios fue la gota que colmó el vaso. Sencillamente, no podía creer que Darcourt se lo llevaría. ¿Dónde ha ido a parar?

—Lo tengo yo. Darcourt no quiso explicarme cómo lo había recuperado, pero deduje que tenía algo que ver con McVarish.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Más bien había pensado en entregarlo como regalo de boda.

—¿A quién?

—¡Vaya! ¡A Hollier y a ti, naturalmente! Porque vas a casarte con él, ¿no?

—No, no voy a casarme con él.

—Entonces, estoy equivocado.

—Nunca has creído semejante cosa.

—Pero estabais los dos tan entregados al mismo trabajo... Tú eras su discípula en todo y a todas horas. ¿Cómo te llamó el monje asesino? Ah, dijo que eras la *soror mystica* de Hollier.

—Estás poniéndote muy desagradable.

—No es intencionado, sólo quiero aclarar las cosas.

—No me casaría con él aunque me lo pidiera. Y no me lo va a pedir. Su madre no lo consentiría.

—¿De verdad? ¿Está dominado por su madre?

—No seas injusto. Vive para su trabajo. Es normal, entre los académicos, ¿sabes?, pero cuando lo vi en casa de su madre, supe que sus emociones seguían vivas allí. Su madre me ha calado.

—¿Es decir...?

—Cada vez que me mira, veo un globo que le sale de la cabeza, como los bocadillos de los tebeos, con las palabras «bicho gitano».

—«Bicho», no, seguro.

—La gente de su clase cree que todas las gitanas son unos bichos.

—Qué lástima. Me apetecía mucho hacerte ese regalo de boda. Bueno, cuando te cases con quien sea, tuyo es.

—¡Ah, por favor! ¡No digas eso! Por favor, dáselo a la biblioteca de la universidad; ¡no te imaginas cuánto lo desea Hollier!

—Ten en cuenta que es mío. No estaba incluido en la donación a la universidad y, además, hace menos de un mes pagué la factura de la compra de ese portafolios; los comerciantes de manuscritos raros son lentos con las facturas, ya sabes; a lo mejor se avergüenzan de los precios que cobran. No siento necesidad de complacer al profesor Hollier; ya te dije una vez que soy un hombre de un buen gusto notable; no me gustan los hombres que no aprecian las cosas buenas a primera vista.

—¿Es decir...?

—Es decir, a ti. Creo que te ha tratado mal.

—Pero no pensarás que se va a casar conmigo sólo por conseguir el Gryphius, ¿verdad? ¿Crees que yo aceptaría semejante proposición?

—No me tientes, no quiero responder a ninguna de las dos preguntas.

—Ya veo que tienes muy mala opinión de mí.

—Tengo la mejor opinión del mundo, Maria, pero dejémonos de tonterías y vayamos al grano. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Por qué iba a querer casarme contigo?

—Sería muy largo de explicar, pero te daré la mejor razón: porque creo que nos hemos hecho muy buenos amigos, y podríamos llegar a ser unos amigos espléndidos, y me parece muy posible que lleguemos a ser amigos maravillosos para siempre.

—¿Amigos?

—¿Qué tiene de malo ser amigos?

—Cuando la gente habla de matrimonio, suele emplear palabras más fuertes.

—¿Ah, sí? No lo sé. Nunca había pedido a nadie que se casara conmigo.

—¿Quieres decir que no te habías enamorado nunca?

—Claro que me he enamorado, y más veces de las que podría contar. He tenido relaciones con dos o tres chicas de las que me enamoré, pero sabía muy bien que no éramos amigos.

—¿Pones la amistad por encima del amor?

—Es lo que hace todo el mundo, ¿no? No, qué tontería, claro que no. Hablan de amor cuando se encaprichan de alguien, hasta la devoción incluso, en algunos casos. No tengo nada en contra del amor. Es muy placentero, pero a ti te estoy hablando de matrimonio.

—Matrimonio. ¿Pero no estás enamorado de mí?

—¡Claro que sí, mentecata! Pero lo del matrimonio es en serio; casarme con alguien que no me pareciese el amigo más espléndido que he tenido en mi vida no me interesa. El amor y el sexo están muy bien, pero no duran para siempre. La amistad, la clase de amistad a la que me refiero, es más caridad y cariño que sexo y dura toda la vida. Y lo que es más, crece y el sexo decrece: tiene que decrecer. Así es que, ¿quieres casarte conmigo y que seamos amigos? Tendremos amor y sexo, pero no nos alimentaremos sólo de eso. No es necesario que respondas ahora, pero me gustaría que lo pensaras seriamente, porque si dices que no...

—Te irás a África a cazar leones.

—No; pensaría que cometías un gran error.

—Qué buena opinión tienes de ti mismo, ¿no?

—Sí, y de ti también... de ti, mejor que de nadie. Vivimos en una época de liberación, María; no tengo que arrastrarme y gemir y fingir que no podría vivir sin ti, sí que puedo y, si no queda más remedio, lo haré, pero contigo viviría muchísimo mejor y tú conmigo... y es una tontería andar con jueguecitos.

—Eres un tío legal, Arthur.

—Sí.

—Casi no me conoces.

—Sí que te conozco.

—No conoces a mi madre ni a mi tío Yerko.

—Preséntamelos.

—Mi madre roba en las tiendas.

—¿Por qué? Tiene mucho dinero.

—¿Cómo lo sabes?

—Con mi trabajo, hay formas de averiguarlo. Tú tampoco estás mal dotada, pero tu madre es algo más que una ladrona; ya ves, eso también lo sé. Es conocida entre mis amigos de la música. Robar en las tiendas es una excentricidad, en casos como el de tu madre; lo mismo que las colecciones de pornografía que, como es sabido, poseen directores de orquesta muy famosos. Llámalo afición, pero ¿tengo que insistir en que no es con tu madre con quien me quiero casar?

—Arthur, eres un tío legal, pero hay muchas cosas que no sabes. Supongo que se debe a que no tienes familia.

—¿De dónde has sacado la idea de que no tengo familia?

—Me lo contaste tú.

—Te dije que no tenía padres a los que pudiera recordar con claridad, pero familia... tengo pelotones de familiares y, aunque la mayoría han muerto, siguen vivos en mí.

—¿Lo crees así, de verdad?

—Desde luego y me resulta muy satisfactorio. Tú me dijiste que no te interesaba la cuestión de la ascendencia; entonces, no me imagino cómo es que te dedicas a revolver en el pasado con Clement Hollier. Si el pasado no tiene importancia, ¿por qué tomarse tantas molestias?

—Bueno... creo que dije más de lo que quería decir.

—Lo sospechaba. Querías dejar a un lado tu pasado gitano.

—Ahora lo he pensado mejor.

—¡Bien hecho! No puedes deshacerte de él y, si lo niegas, se vengará en ti.

—¡Dios mío, Arthur! ¡Hablas exactamente igual que mi madre!

—Me alegra saberlo.

—Pues no te alegres tanto, porque lo que pueda sonar bien viniendo de ella, suena ridículo viniendo de ti. Arthur, ¿alguna vez te han dicho que tienes una vena didáctica muy acusada?

—¿Autoritaria, dirías?

—Sí.

—¿Que soy un poco sabelotodo?

—Sí.

—No, nunca me lo han insinuado, siquiera. Cuando escogen las palabras con

cuidado, suelen llamarme contundente y muy intuitivo.

—¿Qué diría mi madre de ti?

—Reconocería generosamente a un espíritu afín, creo yo.

—No estoy tan segura, pero, volviendo al tema de la ascendencia: ¿lo has pensado en serio? Ya sabes que las niñas suelen salir a la madre.

—Qué más se puede desear que casarse con una *phuri dai*; bueno, ¿cuánto crees que tardarás en tomar una decisión?

—Ya la he tomado. Me casaré contigo.

Un poco de confusión, unos besos. Al cabo de un rato...

—Me gustan las mujeres que saben tomar decisiones con rapidez.

—Ha sido cuando me has llamado mentecata. Nunca me lo habían llamado. Cosas halagadoras, como Sofía, y menos halagadoras, como puta irreverente, sí, pero mentecata, nunca.

—Te lo he dicho con cariño, como amigo.

—Después, lo que has dicho sobre ser amigos ha acabado de aclarar la cuestión. Nunca he tenido un amigo de verdad. Ángeles rebeldes y esas cosas sí, pero nadie me ha ofrecido amistad nunca. Es irresistible.

El nuevo Aubrey VI

I

No caso a nadie sin haber mantenido previamente una conversación con la pareja; quiero saber lo que piensan del matrimonio y lo que creen que van a hacer. Por el instinto de conservación, en parte; no quiero saber nada de los que quieren escribir sus propias palabras para la ceremonia, que se inventan votos fantasiosos a medida y sustituyen las fórmulas del Libro de Oraciones por tonterías de Jalil Gibran o cualquier otro chamán moderno. Por otra parte, estoy dispuesto a suprimir lo necesario a favor de quienes encuentran las fórmulas sacramentales demasiado toscas para sus conceptos modernos. Soy exigente con la música y no tolero *O Promise Me ni Because God Made Thee Mine*; desaconsejo la marcha nupcial de Mendelssohn, que es música para el teatro, y la otra, la de *Lohengrin*, que sirvió de preludio a un fracaso matrimonial estrepitoso. No me considero un adorno pintoresco de una ceremonia popular protagonizada por gente que no tiene la menor creencia religiosa, aunque tampoco exige ortodoxia porque tengo mis propias reservas heterodoxas.

Así pues, me asombró que Arthur Cornish y Maria insistieran en la ceremonia canónica. Me asombró e incluso me alarmó un poco, porque, según mi experiencia, el exceso de ortodoxia crea problemas; lo que mejor se soporta es un poco de cada cosa en su justa medida.

La entrevista con Arthur y Maria tuvo lugar en mis habitaciones de Ploughwright el lunes anterior a la boda, antes de cenar. Maria llegó pronto, cosa que me alegró porque quería hablar a solas con ella.

—¿Arthur sabe lo de Hollier y usted?

—Sí, sí, se lo conté todo, y estamos de acuerdo en que no cuenta.

—¿Cómo que no cuenta?

—Pues que, por lo que a nosotros respecta, sigo siendo virgen.

—Pero, Maria, actualmente no importa que la mujer llegue virgen al matrimonio o no. Lo que de verdad importa es el amor, la confianza, la verdadera intención.

—No olvide que tengo sangre gitana, Simón, y para los gitanos es importante. El valor de la virginidad varía en función de las personas; a la gente trivial le parece trivial, desde luego.

—Entonces, ¿qué le ha contado? ¿Que lo hizo con cierta reserva mental?

—No me esperaba esa frivolidad de usted, Simón.

—No es frivolidad. Sólo quiero estar seguro de que no se engaña. A mí no me importa, pero si a usted sí, preferiría estar seguro de que sabe lo que va a hacer. Lo verdaderamente importante es que se haya quitado a Hollier totalmente de la cabeza, Maria.

—Sólo hasta cierto punto. Todavía lo amo, desde luego, y como Arthur me va a regalar el portafolios de Gryphius por la boda, seguiré trabajando con él sin la menor duda, pero él es un ángel rebelde, como usted, y lo amo igual que a usted, querido Simón, aunque, claro, usted es sacerdote y él, una especie de mago y ahí está la

diferencia.

—¿La diferencia?

—Los magos no cuentan. Merlín, Klingsor y todos los demás eran incapaces de sentir amor humano, y, por otra parte, eran impotentes, en general.

—Qué lástima que Abelardo y Eloísa no lo supieran.

—Sí. Se metieron en un buen lío. Si Eloísa hubiese tenido la cabeza más despejada, habría visto que Abelardo era un petardo espantoso para las relaciones humanas. Claro, que sólo tenía diecisiete años. ¡Qué cartas! Pero no nos distraigamos: Hollier me ha ayudado a reconocer en cierta medida lo que son la sabiduría y la erudición y eso es lo que importa, no un pequeño traspíe en el camino. Usted me ha enseñado todo lo que soy capaz de aprender de momento sobre la generosidad y el placer de la erudición. Por eso los amo a los dos, pero Arthur es diferente, y lo que le entrego a él, ningún hombre lo ha tocado.

—Bien.

—Arthur dice que el acto físico del amor es una metáfora del encuentro espiritual y, desde luego, así fue con Hollier. No importa lo que significase para mí, pero él se avergonzó de sí mismo inmediatamente.

—No sabía que Arthur fuera tan filosófico sobre estas cosas.

—Arthur tiene ideas asombrosas.

—Y usted también. Pensaba que quería huir de toda la parte gitana de su herencia.

—Y así era hasta que conocí a Parlabane, que me habló de la necesidad de reconocer que la raíz y la copa tienen la misma importancia, y eso me hizo comprender que mi parte gitana es ineludible. Es preciso reconocerla, de lo contrario, me atormentará toda la vida como un cancro en la raíz. Hemos hecho muchas cosas gitanas...

—Maria, un poco de cautela; quiero ser yo quien los case, pero no quiero saber nada de cortarse las muñecas y mezclar la sangre, ni de agitar pañuelos ensangrentados para demostrar que ha sido desflorada, ni nada de eso. Creía que quería una boda cristiana.

—No se preocupe, no habrá nada de eso, pero Yerko se está tomando muy en serio el papel de sustituto de mi padre; aunque en realidad, en la cultura gitana, la figura de hermano de mi madre es mucho más importante. Yerko ha pedido un precio de compra en oro, que Arthur le ha pagado. Lo ha aceptado ceremoniosamente como *phral*, ya sabe, un *gadyó* que se casa con una gitana y al que se considera hermano, aunque no gitano, desde luego. Y *mamusia* nos ha dado el pan y la sal; partió un bollo crujiente, le echó sal y nos dio la mitad a cada uno, y nos lo comimos mientras ella decía que nos guardaríamos fidelidad hasta que nos cansáramos del pan y la sal.

—Vaya, parece que han cumplido con el rito romaní completo. ¿Seguro que necesitan más ceremonias, después de todo eso?

—¡Simón! ¿Cómo me pregunta eso? Sí, queremos que bendiga nuestro matrimonio. Somos personas serias. Soy mucho más seria y mucho más real, ahora

que he aceptado mi raíz gitana.

—Entiendo. ¿Y la raíz de Arthur?

—Es enorme, al parecer. Dice que tiene un sótano lleno de raíces secas.

Cuando Arthur llegó, no quiso hablar de su raíz; prefirió aleccionarme sobre la ortodoxia, de la que, sorprendentemente, tenía muy buena opinión. Me informó de que el motivo del fracaso de tantos matrimonios hoy día era que la gente no se atrevía a proponerse aspiraciones suficientemente elevadas; iban al matrimonio con un ojo puesto en todas las salidas de emergencia posibles, en vez de aceptarlo como un paso adelante del que no había marcha atrás.

Supongo que esperaba que me entusiasmara con sus opiniones, pero no fue así. Tampoco lo contradije; he tenido demasiada experiencia en la vida, para intentar decirle nada a un rico de verdad. Son tan terribles como los jóvenes, lo saben todo. Arthur y Maria estaban de acuerdo en que no querían una ceremonia reformada, como la que figura en los libros de oraciones modernos, pero él trajo un bonito ejemplar antiguo, de 1706, que tenía en el frontispicio un retrato de la reina Ana, y que sin duda debía haber pertenecido a Francis Cornish. Yo conocía la fórmula, desde luego, pero me pareció que debía repasarla con ellos y asegurarme de que sabían a lo que se exponían y, como no podía ser menos, insistieron en que incluyéramos el párrafo del Preámbulo, que prohíbe a los contrayentes «satisfacer los apetitos y deseos carnales humanos como las bestias, que no tienen entendimiento». Querían que se les encareciera públicamente la necesidad de «evitar la fornicación» y Maria quería jurar «obedecer, servir, amar, honrar y cuidar» de su marido; tanto es así que en las amonestaciones, ella utilizaría la palabra «obedecer» —tan odiosa para los jóvenes liberales— dos veces, y cuando se lo comenté, me dijo que, para ella, era como el juramento de lealtad a la monarquía, otro juramento que la mayoría de la gente, tan moderna en general, no se toma en serio.

Si no me hubiera enternecido el deleite que compartían por que el matrimonio «se ordenara para la sociedad, ayuda y consuelo mutuos», me habría opuesto a tanta antigualla. Era lo que querían, sencillamente, y Arthur fue muy elocuente en ese punto.

—La gente no habla entre sí lo suficiente —dijo—. Los aficionados al sexo siguen tediosamente con sus manías, sin reconocer jamás que el sexo decrece con el paso tiempo. También hay quien dice que el altar del matrimonio no es la cama, sino el horno de la cocina, y así lo transforman en un homenaje a la gula, pero, ¿quién habla jamás de una amistad íntima de por vida que se expresa en la temática de conversación más amplia posible? Si la gente está viva y atenta de verdad, tendría que durar y durar, prolongando la vida, porque siempre hay algo más que decir.

—Antes me parecía horrible ver en los restaurantes parejas que se limitaban a comer sin cruzar una palabra —dijo Maria—, pero estoy empezando a entenderlo. Creo que, para mantener la comunicación, no es necesario estar hablando todo el tiempo. El verdadero sentido de la conversación no se reduce a no dar tregua a la

lengua; a veces también tiene forma de profundo silencio compartido, aunque Arthur y yo no hemos dejado de hablar desde que decidimos casarnos.

—Empiezo a preguntarme si no habremos entendido mal la leyenda del Paraíso Terrenal —dijo Arthur—. Dios expulsó a Adán y Eva del jardín porque adquirieron el conocimiento a costa de su inocencia y creo que Dios sintió celos. «El Reino del Padre se extiende por toda la Tierra y el hombre no lo ve», ¿lo reconoce, Simón?

—Es uno de los evangelios gnósticos —dije, un poco molesto porque ese joven viniera a instruirme en mi propio terreno.

—El evangelio de Tomás, una frase con mucho jugo —dijo Arthur, que estaba en condiciones de aleccionar al arzobispo de Canterbury y al papa, si fuera menester—. Adán y Eva aprendieron a asimilar el Reino del Padre, y sus descendientes se han esforzado en seguir asimilándolo desde entonces. Para eso sirven las universidades, cuando no andan perdiendo el tiempo por ahí con trivialidades. Claro que Dios sintió celos; se le pidió que compartiera Su dominio un poco. Apuesto a que Adán y Eva salieron del Edén riéndose, felices con el resultado; habían cambiado la inocencia, que nada sabe, por una infinidad de opciones.

Todo eso estaba muy bien, mucho mejor que lo que suelo encontrarme cuando hablo con parejas jóvenes que se acercan al matrimonio. ¡Qué bobos son casi todos, pobrecitos! Apenas saben hablar de sus esperanzas con coherencia. A veces, ni siquiera entienden la función que desempeñan en la celebración: no la de darles permiso públicamente para dormir juntos y utilizar la misma toalla, sino la de intermediario entre ellos, los suplicantes, y Lo Que Sea que escuche sus súplicas, pero yo tenía mis reservas. Estos dos pecaban ligeramente de exceso de coherencia, para mi total satisfacción, y yo quería estar satisfecho del todo, porque todavía amaba a María profundamente.

Ella sabía que yo no me quedaba tranquilo, mentalmente, y antes de marcharse, me dijo:

—Lo que nos dijo el primer día que fui a clase con usted es el lema de nuestro matrimonio. ¿Se acuerda de la cita de san Agustín?

—*Colonqui et conridere.*

—Sí. «Conversad y bromead entre vosotros, servios bien los unos a los otros, leed juntos libros de dulces palabras, compartid el absurdo y las atenciones mutuas». Y las atenciones mutuas incluyen el sexo, naturalmente, conque pierda cuidado, querido Simón.

Habría tenido que ser sobrehumano para perder cuidado. Perdía a una alumna excelente. Perdía a una mujer a quien había considerado durante un tiempo la encarnación de Sofía en la Tierra. Aunque sabía que jamás podría poseerla, la amaba, pero iba a atarla a un hombre del que sólo sabía cosas buenas, pero que, aun así, me molestaba.

Me dije que eran celos. Supongo que los ángeles rebeldes no eran ajenos a los celos. Los celos son una pasión que está mal vista; la gente suele reconocer con cierto

grado de satisfacción que tiene gula o mal genio, e incluso que es agarrada con el dinero, ¿pero quién reconoce que es celoso? No es fácil presentar los celos como una cualidad buena con apariencia mala, pero mi función sacerdotal consiste en enfrentarme cara a cara con la fragilidad humana y llamarla por su nombre. Yo tenía celos de Arthur Cornish porque iba a ser el primero en el corazón de una mujer a la que todavía amaba, pero, como había dicho Maria, un ángel rebelde toma algo de la inocencia de la mujer a la que conduce a un mundo más ancho y a una vida más abierta y no es de extrañar que quien lo ha hecho sienta celos del que se queda con el beneficio. Yo entendía y valoraba a Maria como no podría hacerlo él, de eso estaba seguro; pero también lo estaba de que Maria nunca podría ser mía, salvo en el plano mitológico que ella misma me había explicado. «Lo que te pone enfermo, padre Darcourt, es que ni comes ni dejas comer, porque quieres ser el primero en la vida de Maria, pero no pagar el precio que entraña». De acuerdo, lo entiendo, pero aun así, duele.

¿Por qué refrenaba tanto los sentimientos que me inspiraba Arthur? Porque, a pesar de conocer su copa bastante bien, no sabía nada de su raíz, salvo lo que podía inferirse de su profunda apreciación de la música. Parecía que Maria se le había rendido completamente; todo lo que había dicho en la entrevista que acabábamos de concluir tenía una... no, una nota de falsedad no, pero sí algo que no era propio de ella, sino influencia de Arthur. Había observado esa característica en muchas novias, pero a Maria no podía juzgársela como a las demás.

Todo aquel empeño con la ortodoxia... ¿adónde podía conducir? Según mi experiencia, la esencia del cristianismo, bien comprendida, puede constituir el mejor fundamento posible para la vida matrimonial, pero en el caso de personas con una tendencia tan marcada a la intelectualidad, dicha esencia necesita relleno por todas partes —lo digo en el sentido que lo diría un cocinero, es decir, ampliar y redondear un plato con elementos complementarios—, para que les sean suficientes. No se puede vivir de esencias.

Las parejas a las que entrevisto antes del matrimonio son sinceras en la fe o fingen la sinceridad que, a su juicio, espero yo, pero sé que en el hogar que funden habrá otros dioses, además del único Dios. Los romanos tenían dioses del hogar y sabían a qué se referían; en toda casa y en todo matrimonio hay dioses menores, que a veces adquieren una importancia extraordinaria y, aunque no se los reconozca conscientemente, tienen un gran poder. Todos los dioses del hogar tienen una cara oscura, un lado perverso, como cuando la soberbia se disfraza de dignidad, la ira se hace pasar por conducta moral intachable o la lujuria por libre albedrío. ¿Quiénes serían los dioses del hogar, bajo el techo de los Cornish?

Yo sabía lo que ella tenía metido entre ceja y ceja: el honor, concepto que había extraído y asimilado de la obra de François Rabelais. El honor del que se decía que instaba a las personas a la virtud y las protegía del vicio; ¿tendría ese dios una cara oscura? Especulación vana, aunque no era difícil imaginarse que el honor diera pie a

un verdadero infierno, si llegaba a magnificarse tanto que ocultara la cara del único Dios.

II

Bien mirada, la boda de Maria fue un gran éxito aunque no faltaron algunas rarezas. Cuando estaba en el altar esperando a la novia, la vi quitarse los zapatos al fondo de la capilla de la Entelequia, de modo que vino descalza hasta mí, aunque el largo vestido blanco de novia le tapaba los pies casi todo el tiempo. Parecía un poco más baja de lo habitual y, aunque no podía decirse que Arthur Cornish fuera muy alto, daba la impresión de dominarla. Él iba muy bien vestido al estilo convencional; era evidente que el frac se lo había hecho a medida, en vez de alquilarlo. He visto muchas bodas que adquieren de pronto un cariz cómico, cuando el novio se presenta con un traje alquilado que no le sienta bien y visiblemente incómodo con el primer cuello almidonado de su vida. (Que el novio sea el payaso del circo me parece un mal augurio; generalmente, lo que suele traicionarlo es el sombrero de copa). Arthur y su padrino estaban impecables. El padrino era Geraint Powell, joven actor en alza del festival de Stratford, atractivo, seguro de sí mismo y un poco exagerado, como suelen estar los actores en las ceremonias. Me pregunté de dónde habría salido semejante amigo, que casi era lo que en nuestros tiempos se había dado en llamar un auténtico galán.

También la música fue impecable y supongo que la escogió Arthur. Fue muy curioso ver a Maria avanzar por el largo pasillo central con la espléndida actitud de una gitana descalza, del brazo de Yerko, que andaba como un oso y procuraba ostensiblemente mostrar una sonrisa entre las lágrimas, porque era evidente que le parecía la actitud emocional correcta para su papel. Dios sabrá de dónde había sacado Yerko aquel fular morado de Ascot, que llevaba sujeto con un granate del tamaño de un huevo.

Mamusia, sentada en el primer banco del lado de la novia, era una *phuri dai* con traje de gran gala, varias faldas sobrepuestas, enaguas de colores chillones, no menos de tres chales y el pelo engominado hasta parecer el Dios de Sión; a su paso dejaba aromas de mixtura. Ni una lágrima, no era lo suyo; encarnaba la dignidad matriarcal.

Pero yo sólo tenía ojos para Maria; una vez que hubo aparecido y, a medida que se me acercaba, el dolor que sentía se tornó estupefacción, porque llevaba el collar más largo que he visto en mi vida. Habría despertado la envidia del alcalde de cualquier gran ciudad. Era de medallones de oro de cinco centímetros de diámetro por lo menos, con la imagen acuñada de no sé qué monstruo cornudo; no podía leer la inscripción que llevaban las piezas sin pecar de indiscreto, pero distinguí una palabra que parecía decir «Fyngoud». ¿Qué sería eso? ¿Un tesoro escocés? No podía compararse con los táleros de María Teresa que lucía *mamusia* para la ocasión. La semejanza con la cadena de alcalde era mayor porque lo llevaba sujeto a los hombros y le caía por la espalda un buen trecho, bajo el velo; si la hubiera llevado simplemente colgada del cuello, como un collar normal, le habría llegado casi a los muslos.

Ahí estaba mi amor y mi alegría, junto al hombre con quien tenía que casarla. Era hora de empezar.

—Amados míos, nos hemos reunido aquí, ante Dios y ante esta congregación — (¡y qué pandilla!: del lado de la novia, solamente *mamusia*; bueno, y Clement Hollier, que parecía tan satisfecho como yo; del lado del novio, un grupo considerable de gente, que podía ser familia, aunque seguro que había unos cuantos miembros del consejo de administración y socios mercantiles)— para unir en santo matrimonio a este hombre y a esta mujer.

Y lo hice y volví a maravillarme de lo breve que es la ceremonia del matrimonio y lo fáciles e inevitables que son las respuestas, comparadas con el follón que comporta el divorcio y, al final, como impone el deber, rogué a Dios que colmara a Maria y a Arthur de gracia y bendiciones espirituales para que, tras vivir unidos en esta vida, ganasen la vida eterna. Creo que nunca había pronunciado esas palabras con una sensación de ambigüedad tan fuerte.

Fue una boda matutina —la ortodoxia de Arthur, una vez más— y después la celebración, fiesta o como quiera llamarse, en una sala que la Entelequia pone a veces a disposición para esa clase de cosas, una estancia de roble de solemnidad académica. Ahí fue donde *mamusia* recibió a la corte y derrochó gentileza —la que ella debía de atribuir al estilo vienes del mundo antiguo— entre los compañeros de trabajo de Arthur, todos los cuales parecían llamarse señor Bisbiseo y señora Tico Taco. Maria había cambiado el velo por un pañuelo atado al estilo de la mujer casada. Yerko estaba bastante borracho y extremadamente comunicativo.

—¿Te has fijado en el collar, padre Simón? —dijo—. ¿Cuánto calculas que vale, eh? No lo adivinarías nunca, así que voy a decírtelo. —Me sopló al oído, con voz beoda y cálida, una cantidad pasmosa—. Lo hice yo; tardé una semana trabajando sin parar, pero ahora viene lo bueno: todo ese oro, excepto los eslabones, que los hice con oro que me dejó a mí su padre, Tadeusz, ¡es el precio pagado por Maria! Ya sabes. Lo que me dio Arthur, como tío suyo, por casarse con ella. Dirás que qué curioso, pero así se hacen las cosas al estilo gitano y, como Arthur es rico y *gadyó*, tiene que pagar mucho. Mi hermana y yo somos ricos también, pero las costumbres son las costumbres. Por eso se lo devolvemos a ella en forma de collar. ¿Te has fijado en lo grandes que son los medallones? Son de una onza de oro cada uno. A ver si adivinas lo que eran, vamos, a ver si lo adivinas... ¡Krugerrands! ¡Eran krugerrands! Oro puro y son de Maria, si algo se torciera. Porque, total, el dinero de estas *gadyís* es sólo papel y podría hacer ¡pfui! en cualquier momento. ¿No te parece generoso? ¿Eh? ¿Qué te parece una familia que devuelve todo el precio de la novia?

Sólo fui capaz de decir que lo consideraba sumamente generoso. Hollier estaba escuchando y no dijo nada, pero parecía disgustado. Sin embargo, Yerko no había terminado conmigo.

—Dime, padre Simón, ¿qué clase de iglesia es ésta? Sé que eres un buen sacerdote —un sacerdote de verdad, con mucho poder—, pero miro a todas partes, ¿y

qué veo? ¿Al Niño Jesús? ¡Por ningún lado! Ni una imagen ni una figura... Muchos santos viejos detrás del altar, pero ni el Niño Jesús ni su Madre. ¿Es que aquí no saben quién es el Niño Jesús?

—El Niño Jesús está en toda nuestra capilla, Yerko, no lo dude ni un instante.

—Yo no lo he visto. Me gusta ver, entonces creo.

Y Yerko se fue en busca de otra copa de champán y se la bebió a grandes sorbos.

—Ahí lo tienes —le comenté a Hollier—. Creo que estoy de acuerdo con Yerko; deberíamos dar muestras de fe más evidentes en nuestras iglesias. La hemos refinado tanto, que casi la hemos hecho desaparecer.

—Tonterías —dijo Hollier—. Tú eso no lo crees. Esas cosas sólo conducen a una iconolatría de escayola de la peor especie. No soporto todo esto, Sim. Me revienta tanta afectación étnica: precio de la novia, pies descalzos... Dentro de unos minutos estaremos todos bailando por aquí, gritando y vertiendo el vino.

—Creía que era lo que más te gustaba —dije—, la mentalidad salvaje en acción. El jolgorio, la juega desinhibida.

—Cuando es por puro exhibicionismo, no. Es como la danza de la lluvia que los indios hacen forzosamente cuando reciben visitas de políticos.

Todavía no se había recuperado del todo del colapso, conque no lo contradije, pero me leyó el pensamiento.

—Perdona —dijo—. Tengo que brindar por la novia y los discursos siempre me ponen de mal humor.

No tenía de qué preocuparse; los Bisbiseo y las Tico Taco eran auténticos anglosajones canadienses y no sería fácil que se quitaran los zapatos ni cantasen. Powell, el actor, era el maestro de ceremonias y, al cabo de unos minutos, pidió silencio para ceder la palabra a Hollier, que habló con una carga de solemnidad excesiva para una boda, aunque agradecí sus palabras.

—Queridos amigos, hoy es un día feliz y me siento singularmente honrado de que me hayan pedido proponer un brindis por la novia y lo hago con un profundo sentimiento de ternura, porque la amo como un profesor para quien ella ha sido la más enriquecedora y gratificante de las alumnas. Ya saben que los profesores sólo podemos dar lo mejor de nosotros mismos cuando tenemos buenos alumnos y Maria me ha hecho superarme e incluso sorprenderme de mí mismo, y lo que yo le he dado a ella —la falsa modestia no me hará decir que ha sido poco—, ella lo ha igualado con la calidez de su respuesta, que todo lo abarca. En estos momentos, está rodeada de sus dos familias. Su madre y su tío, que tan espléndida y claramente representan la tradición oriental y pasada, y el padre Darcourt y yo, que estamos aquí como devotos servidores de esa otra tradición que ella ha reclamado como propia y a la que ha aportado grandes dones. Una madre, la *phuri dai*, la Madre de la Tierra, nos honra con su espléndida presencia, pero la otra, el *Alma Mater*, la madre munificente que es la universidad y todo el gran mundo del conocimiento y del pensamiento especulativo, del que ésta participa, nos rodea por doquier. Con semejante

patrimonio, casi está de más desearle felicidad, pero yo se la deseo de corazón, y deseo, a ella y a su marido, una vida larga y toda la alegría que la unión de la raíz y la copa pueda deparar. Los que sabéis del entusiasmo de Maria por Rabelais comprenderéis por qué le deseo felicidad con sus palabras: *Vogue la galère... tout va bien!*

Los Bisbiseo y las Tico Taco aplaudieron educadamente, pero las palabras de Hollier parecían haberlos dejado un poco alicaídos; seguramente, esperarían las típicas bromas paternalistas que suelen acompañar a esos brindis. Después, el discurso de Arthur no ayudó a aligerar el ambiente. Dijo que casarse era arriesgarse a un juego peligroso con las apuestas máximas: una vida más completa o una vida confinada y disminuida. Era un juego para adultos.

Los discursos de los novios suelen ser horribles, pero aquél me pareció particularmente incómodo.

Después de los brindis, a la hora de marchar —sé que el sacerdote debe irse antes de que nadie se emborrache mucho o empiecen las discusiones familiares y las peleas —, fui a despedirme de Maria.

—¿La veremos el próximo trimestre? —le dije, porque no se me ocurría nada que no fuera trivial.

—Ahora mismo, no lo sé con seguridad. Es posible que me tome un año para acostumbrarme a la vida de casada, pero volveré. Como ha dicho Clem, ésta es mi casa y él y usted son mi familia. Gracias, muchas gracias, querido Simón, por casarme con Arthur, y gracias por el año que hemos pasado. Clem y usted me han enseñado mucho.

—Es muy amable que lo diga.

Pero entonces, a Maria se le puso una expresión en la cara que no había visto nunca, cara de bromista y maliciosa.

—Pero creo que quien más me enseñó fue Parlabane —dijo.

—¿Qué pudo enseñarle ese rufián?

—Otro no sea quien pueda ser el que es.

—Pero eso se lo enseñó Paracelso.

—Lo leí en Paracelso, pero me lo enseñó Parlabane. Él también era un ángel rebelde, Simón.

Hollier se marchó conmigo, y lo vi tan desolado que dudé en dejarlo solo.

—Es mejor que vuelvas a casa y descanses un poco —le dije.

—No quiero ir a casa.

Lo entendía. La compañía de su madre no es precisamente lo mejor para un hombre que ha entregado a su amor a otro hombre. Me tocaba hablar claramente.

—Mira, Clem, a ninguno de los dos nos va a servir de nada compadecernos de nosotros mismos. Hemos tomado todo lo que Maria podía darnos, y nosotros le hemos dado todo lo que nuestra naturaleza y las circunstancias nos permitían. No nos deleitemos en los agrídulces placeres de la renuncia. Lo que a nosotros nos

corresponde decir es: «Esto es, con mucho, lo mejor que hago...». Seamos nosotros mismos y reconozcamos lo que somos: ojalá ángeles rebeldes, y no un par de profesores maduros y tontos que lloriquean por lo que nunca pudo ser.

—Pero es que he sido tan idiota; lo he descubierto muy tarde.

—Clem, no reniegues de tu suerte. Crees que has perdido a Maria, pero yo creo que te has librado de ella. ¿Te acuerdas de lo que te dijo la *phuri dai* en las cartas por Navidad? La última carta era la Rueda de la Fortuna, la rueda que siempre gira. Ha girado a tu favor, ¿no es verdad? Tendrás el portafolios de Gryphius tan pronto como vuelvas a reunirte con Maria. Es tu destino, a tu edad y con tu carácter. No eres un enamorado, eres demasiado mago para eso. Mira lo que te digo: ahora te vas a tus habitaciones y te echas una buena siesta, luego ven a cenar a Ploughwright a las seis en punto. Hoy tenemos velada de acogida.

—No, no, seremos muchos en la mesa.

—Nada de eso; nos ha fallado un invitado en el último momento, conque queda un sitio; el destino se ha encargado de dejarlo vacante para ti, está claro. A las seis en punto, las bebidas. Sé puntual, ¿de acuerdo? No hagas esperar al decano.

III

Fue una velada de acogida particularmente cordial, porque era la última antes de las largas vacaciones de verano, y también porque el calendario y una fiesta entre semana se habían combinado de tal modo que era la primera que celebrábamos después de Semana Santa. Abajo, concluida la primera parte de la cena, cuando los estudiantes se habían ido cada cual a sus asuntos, nos quedamos todos los habituales y, además de Hollier, dos invitados más, George Northmore, juez del Tribunal Provincial Superior, y Benjamín Jubilei, de la biblioteca de la universidad.

Me preguntaba cuánto tardaría en salir a relucir la cuestión del asesinato de Urquhart McVarish, y quién la sacaría; había apostado conmigo mismo que sería Roberta Burns, y gané. Una vez más, para *El nuevo Aubrey*, doy una idea de cómo parloteaban entre trago y trago.

—Pobrecito Urky. ¿No recuerdan la última vez que cenó con nosotros, el otoño pasado, y lo orgulloso que estaba de su hueso del pene, el pobre hombre? Pretendía escandalizarme con el artilugio, pero yo le quedaba grande; Urky no tenía la menor idea de lo dura de roer que puede ser una mujer madura e inteligente.

—Era un oxfordiano de la vieja guardia —dijo Penny Raven—; creía que las mujeres eran seres adorables a quienes se podía encender las ascuas sexuales con unos soplidos de cháchara intelectual. Bien, bien; pues, uno menos de los pocos que quedan todavía en este campus.

—Penny, qué impropio de usted —dijo Lamotte.

—No, no, Penny —terció Deloney—, el pobre hombre ha muerto. No nos cebemos con los despojos de los vencidos.

—Sí —dijo Hitzig—, no somos hienas ni biógrafos para andar meándonos en los muertos.

—De acuerdo. *De mortuis nil nisi hokum* —dijo Penny sin dar marcha atrás.

—Yo también estuve en Oxford hace al menos tanto tiempo como McVarish —dijo el decano— y nunca he pensado mezquinamente de las mujeres.

—¡Ah! Pero es que usted era del Balliol, decano. Siempre en la vanguardia. Urky era del Magdalen, que es criptorquídea de otro jardín.

El decano torció el gesto; las rivalidades de Oxford no se pierden fácilmente.

—¿Y qué pasará ahora con su colección de erótica? —dijo Roberta Burns—. Tenía un sacabotas pornográfico en la puerta de su casa que siempre me interesó.

—¡Un sacabotas p...!

Lamotte se hacía el inocente, como le gustaba hacer ante las señoras.

—Se lo aseguro. Una mujer de bronce desnuda, tumbada boca arriba y con las piernas separadas. Se le pone un pie en la cara, se encaja el otro en la entrepierna y, ya está, chanclo fuera. Bastante práctico, pero ofensivo para la sensibilidad femenina que me queda.

—Nunca he comprendido qué encuentra la gente en esos juguetes tan horribles —

dijo Lamotte—. A lo largo de mi larga vida, he observado que las posesiones de un hombre son la clave más certera de su carácter, más que sus actos o sus palabras, siempre y cuando se sepa interpretar ese lenguaje.

Lamotte se quedó como si se considerase a sí mismo un ejemplo de esa clase.

—Lo único que encontraremos en sus armarios son piezas raras de porcelana antigua —dijo Deloney—, y por lo que sé, Rene, no avalan un buen gusto intachable.

—¡A ver, a ver! ¡Cuéntenos eso! —dijo Roberta.

Lamotte se ruborizó.

—Se dice que Rene tiene una bonita colección de *bourdalues* —dijo Deloney.

—¿Y qué son?

—Orinales de porcelana del siglo XVIII, que las damas elegantes se colocaban discretamente debajo de las faldas en los fríos y largos viajes en carruaje.

—No, no —dijo Lamotte—. Se llaman así por el abad Bourdaloue, que pronunciaba unos sermones indebidamente largos... pruebas extremas de paciencia humana, pero ¿quién lo dice?

—¡Ajá! Le gustaría saberlo, ¿eh? ¿De verdad tienen decoraciones eróticas?

—Tardarán bastante en averiguarlo, si continúan tomando oportuno mientras yo bebo agua mineral.

—Las mentes excesivamente refinadas caen en la vulgaridad. Ándese con cuidado, Rene, que lo estamos vigilando.

Ahora fue Lamotte quien torció el gesto.

—¿Están comentando la profunda maldición de la muerte de Urky McVarish?

Era Durdle, gritando desde la otra punta de la mesa, cosa que la etiqueta de la ocasión le prohibía.

—¡Ah, el asesinato de la cinta rosa! —dijo Ludlow, el profesor de Derecho—. ¿Qué opina de la cinta, juez?

—Poca cosa —dijo el magistrado Northmore—. Leí todo lo que se publicó en los tres periódicos, pero los informes eran tan enmarañados y contradictorios que no estoy seguro de nada, salvo que un profesor había sido asesinado en circunstancias ciertamente imaginativas. Ojalá hubiera ido a juicio, para llegar al fondo del asunto...

Roberta Burns soltó un bufido. El decano enarcó las cejas.

—Y así habríamos podido averiguar la verdad sobre la cinta rosa de tres metros hallada en el interior del recto del cadáver. ¿Qué necesidad habrá de hacer eso?

—Algo se explicaba en una de las confesiones de las «ceremonias».

—Sí, sí, señor Ludlow, pero, ¿de qué ceremonias se trata?

—La explicación completa de ese aspecto sólo se encuentra en la carta que recibió la policía y que tuve oportunidad de estudiar —dijo Ludlow—. Un historia alambicada sobre la reina Ana.

—¿Es que no podemos cambiar de tema? —dijo el decano.

—Cuéntemelo después, Ludlow —murmuró el juez.

Pero el débil ruego del decano no fue suficiente para contener la corriente.

—¿Y qué se hizo con el cadáver? —interpeló Deloney a Ludlow.

—¿Se refiere al de McVarish? Supongo que la policía se lo entregaría a la familia, una vez averiguado lo que hubieran de averiguar.

—No sabía que tuviese familia.

En aquel punto pude intervenir con particular conocimiento de causa.

—Es que no la tenía. La universidad se hizo cargo y se celebró un funeral muy restringido. Sólo había un par de representantes del despacho del rector en el crematorio.

—Pues no habrá sido una gran «ceremonia», pero habría un sacerdote, como es de suponer. ¿Quién fue? ¿Usted, Simón?

—No, yo no. En cambio, si le interesa esa clase de datos, le diré que oficié el servicio por el asesino. Nos conocíamos de toda la vida.

—Creo que ese tipo, el asesino, merece que se le dé gracias públicamente —dijo Elsa Czermak.

—¡Elsa, no sabíamos que tuviera tanta inquina a Urky!

—Me refería a darle las gracias por haberse liquidado a sí mismo y evitar al público el gasto tremendo de un juicio. Debía de ser todo un personaje.

—Lo era, se lo aseguro —dijo Hollier.

—Se suicidó, ¿no es eso? —insistió el curioso Deloney—. Dicen que se tomó una lata entera de sedante canino.

¡Qué curioso, oír a Hollier defender a Parlabane!

—No, en absoluto, se lo aseguro. Era un hombre excepcional, de aptitudes formidables, y su sentido del estilo le habría hecho rechazar rotundamente la muerte con sedante para perros.

—¡Ah, claro, el libro! ¡El gran libro! ¿Tan magnífico es, de verdad? —dijo Durdle.

—¿Cuándo se publicará? —dijo Aronson—. Al parecer, es usted quien se encarga de eso, ¿no es así, Hollier?

—Ha sido otra persona la que se ha hecho cargo, mientras yo estaba de baja —dijo Hollier—. Tengo entendido que la puja entre las editoriales todavía no ha terminado. Incluso han pedido los derechos cinematográficos sin haber visto el libro, siquiera.

—Lo verdaderamente importante es que el manuscrito original esté guardado en la biblioteca de la universidad —dijo Jubilei, archivista experto—. Surgió en esta universidad, produjo un incidente en su historia que, por censurable que sea, resulta insoslayable y tenemos que conservarlo en el lugar al que le pertenece.

—Se ha depositado en la biblioteca de su antigua universidad —dijo Hollier—, San Juan y el Espíritu Santo. La Entelequia, para ustedes.

—No estoy seguro de que una biblioteca tan pequeña pueda hacerse cargo debidamente —dijo Jubilei—. ¿Puede garantizar que se conservará página a página entre hojas de papel sin ácido?

Pensé en el sórdido amasijo de hojas escritas a máquina y sonreí para mí.

—No entiendo que lo llame usted «incidente» —dijo Durdle—. Es nuestro crimen, ¿no lo ve? ¡Y estupendo! ¿Cuántas universidades pueden presumir de un crimen? Es decir, de un crimen reconocido e indiscutible. Eso nos da una particularidad propia, nos eleva por encima de todas las demás universidades de este continente. ¡Fue noticia internacional! ¡Tan valiosa como tres premios Nobel por lo menos! ¡Nos confiere una talla profesional inconmensurable a todos nosotros!

—¡Qué sandeces! ¿Cómo puede decir esas cosas? —replicó Stromwell.

—¿Y lo pregunta usted, un medievalista? ¿Cómo eran los grandes eruditos del pasado? Venales, sablistas, insolentes, rencorosos, ofensivos y pependieros —Urky y su asesino se ajustan al modelo— y, además, eran grandes humanistas. ¿Cómo es el erudito moderno? Un triste espantapájaros de convencionalidad burguesa.

—¡Hable por usted! —dijo Stromwell.

—¡Por mí hablo! Precisamente se lo comentaba a mi mujer esta mañana, en el desayuno.

—¿Y qué le dijo ella?

—Creo que dijo: «Sí, querido» y siguió haciendo la lista de la compra, pero eso no viene al caso, sino que la verdadera vida académica necesita una parte grotesca, un poco de originalidad dislocante que va acompañada de cierta gloria. El aciago esplendor del asesinato de Urky cae sobre todos nosotros; su defunción nos engrandece y el libro de su asesino es más nuestro que de nadie.

—Ni siquiera sabe usted si es bueno o malo.

Mientras discutían, algunos intentaban cambiar de tema para complacer al decano.

—Tengo entendido, por fuentes documentadas, que pronto tendremos otro premio Nobel en esta universidad —dijo Boys.

—¿Quiere decir que se lo han concedido? —dijo Gyllenborg.

—No puedo decirlo con toda certeza hasta que se anuncie públicamente, pero este año no hay más que tres candidatos posibles, y creo que nuestro hombre es el primero de la lista.

—Me pareció que podía ser, cuando pronunció la conferencia en el Kober. Ozy hablaba como quien sabe que ha venido a despertar al mundo de su sueño. Todos deberemos replantearnos la forma de pensar. Excrementos: el barómetro diario del estado del cuerpo, quizá incluso de la mente; saber si vamos hacia la enfermedad o hacia la salud. Desde luego, se lo debe todo a Sheldon, pero siempre lo debemos todo al trabajo hecho antes por otros.

—Eso es lo que da esplendor a la universidad —dijo el decano—. No las horribles interrupciones del orden natural.

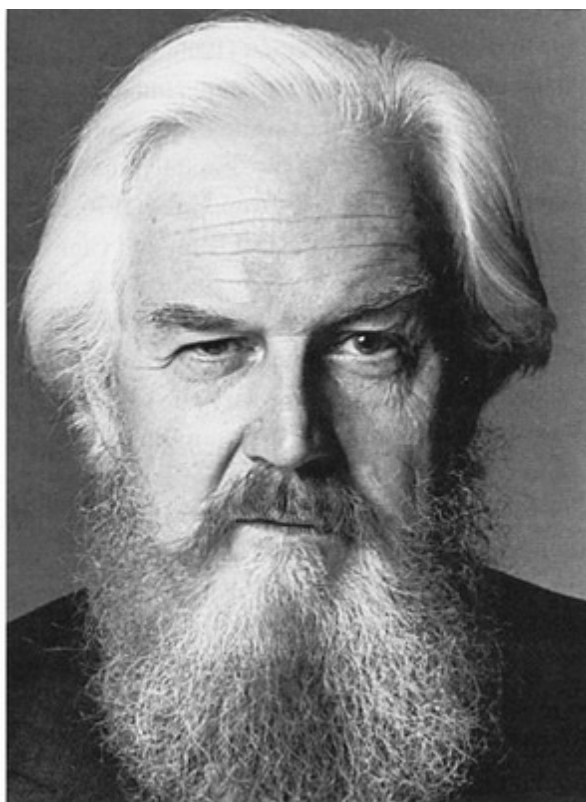
—Usted siempre se acerca a la luz, decano; tal vez las dos cosas sean necesarias, para que el todo sea completo.

—En efecto —dijo el decano—. Confieso que McVarish nunca me gustó del todo,

pero la buena teología moderna reconoce el derecho de todos los hombres a irse al infierno a su manera.

Mientras escuchaba, empecé a sentir una tristeza teñida indiscutiblemente de la misma autocompasión que había censurado en Hollier unas horas antes. En fin, quizá un poco de autocompasión no esté de más en circunstancias en las que ya no podemos esperar piedad de nadie. Así pues, me permití cierta dosis de emoción veleidosa y, para inmensa satisfacción mía, a los pocos minutos se convirtió en una ternura profunda.

Vogue la galère, Maria. Buen viaje y viento en popa.



ROBERTSON DAVIES (1913-1995) murió siendo un escritor mundialmente famoso y uno de los autores canadienses más importantes. Nacido en la región de Ontario, se educó en distintas instituciones de su país y Europa. Tras licenciarse en Literatura en Oxford, trabajó como actor en la Old Vic Repertory Company, donde conoció a la que más tarde sería su esposa. En 1940 regresa a Canadá para dedicarse con éxito al periodismo y a escribir comedias; su columna humorística, firmada con el seudónimo de Samuel Marchbanks, tuvo un éxito inmediato y algunas de sus obras de teatro que él mismo produjo fueron muy aclamadas. A comienzos de los años cincuenta publica la primera de sus once novelas, organizadas en trilogías, que lo harían mundialmente famoso: la *Trilogía Salterton*: *A merced de la tempestad* (1951), *Levadura de malicia* (1954) y *Una mezcla de flaquezas* (1958); la *Trilogía Deptford*: *El quinto en discordia* (1970), *Mantícora* (1972) y *El mundo de los prodigios* (1975); la *Trilogía de Cornish*: *Ángeles rebeldes* (1981), *Lo que arraiga en el hueso* (1985) y *La lira de Orfeo* (1988); y la inacabada *Trilogía de Toronto*. En los años sesenta abandonará progresivamente el periodismo y comenzará a enseñar literatura en la Universidad de Toronto, actividad que compaginará con la escritura hasta su jubilación.

Además de novelas, Davies es autor de una treintena de libros entre cuentos, obras de teatro, crítica literaria y recopilaciones de artículos.